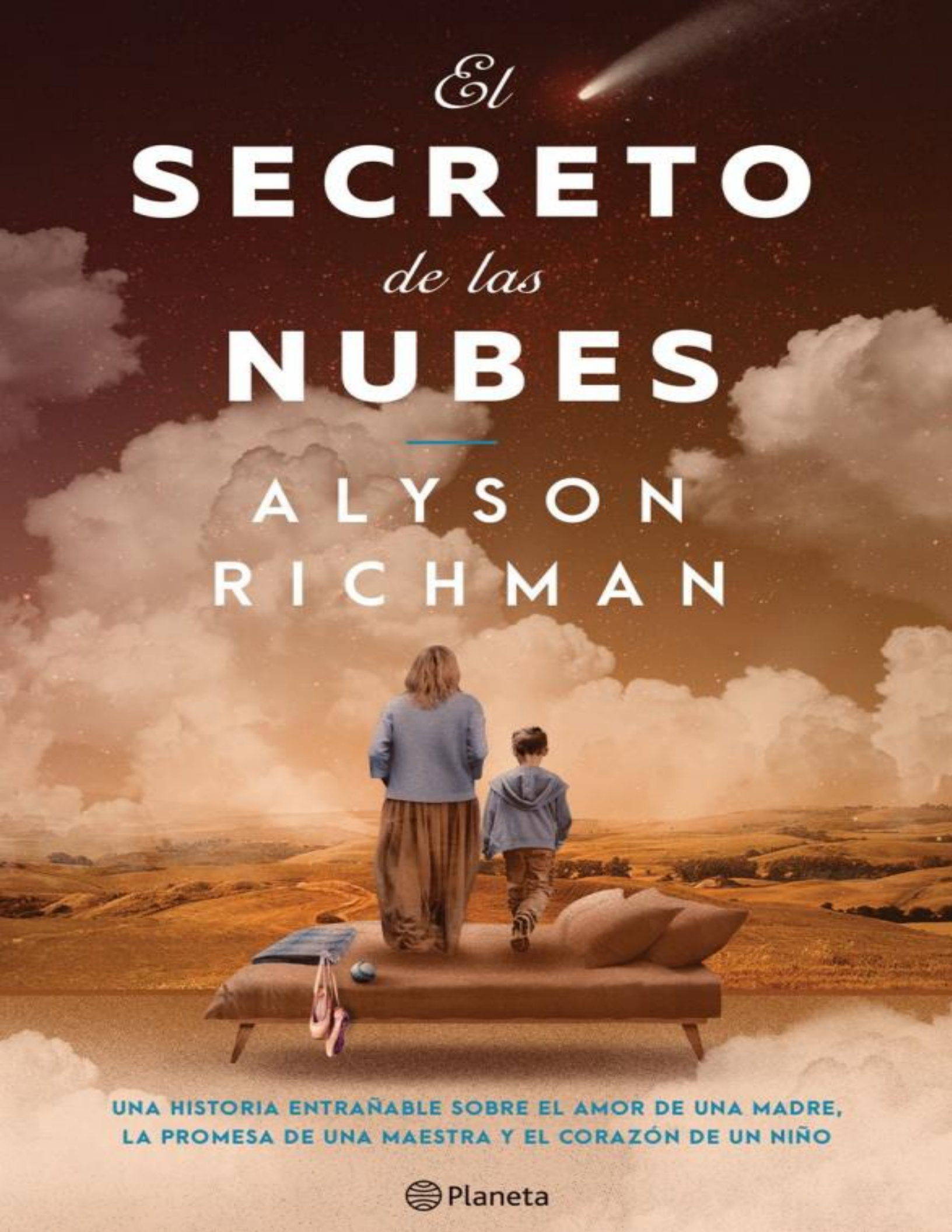
El SECRETO de las NUBES

ALYSON RICHMAN



UNA HISTORIA ENTRAÑABLE SOBRE EL AMOR DE UNA MADRE,
LA PROMESA DE UNA MAESTRA Y EL CORAZÓN DE UN NIÑO

Planeta

El SECRETO de las NUBES

ALYSON RICHMAN



UNA HISTORIA ENTRAÑABLE SOBRE EL AMOR DE UNA MADRE,
LA PROMESA DE UNA MAESTRA Y EL CORAZÓN DE UN NIÑO

Planeta

ALYSON RICHMAN

EL SECRETO DE LAS NUBES

Planeta Internacional

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

74
Epílogo
Extraordinaria lasaña familiar
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para Zachary Wyatt y Christina Tudisco

Nadie ha medido jamás, ni siquiera los poetas, cuánto puede contener un corazón.

ZELDA FITZGERALD

Prólogo

26 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

Ella camina por las calles empedradas y mueve su cuerpo ligero con rapidez. Casi siempre viste varias capas de suéteres delgados y usa una bufanda holgada enrollada al cuello. Hoy, sin embargo, el día está extrañamente caluroso y el sol irradia con el cielo azul pálido como fondo.

Todos en la plaza celebran esta sorpresiva onda de calor. Las mujeres llevan vestidos de algodón por primera vez en meses. Los viejos en el parque juegan ajedrez con las mangas recogidas arriba de los codos. Los niños, junto a sus padres, están metidos hasta las rodillas en el agua del río, en el que por lo general no se puede nadar antes de julio.

El calor. El sol. La luz. Durante unas cuantas horas, en la privacidad de su jardín, Katya se había empapado de esa luz inesperada. Pero ahora da un salto juguetón para esquivar un charco de agua enjabonada que dejó el barrendero. Su leotardo está oculto debajo de una delgada blusa negra. Debajo de su falda se asoman las piernas torneadas de una bailarina. Camina como si no tocara el suelo, balanceando los brazos, con la bolsa al hombro. Su rostro es pálido y el pelo rubio lo lleva bien recogido en un chongo.

Al acercarse al teatro, nadie repara en Katya cuando abre la pesada puerta y sube las escaleras de cemento hacia los estudios de ballet. Dentro, las persianas están completamente abiertas para dejar entrar la luz. Mientras las bailarinas hacen estiramientos, sus sombras imitan los movimientos sobre la duela. Como fantasmas oscuros resucitados por el sol.

1

Déjame contarte un secreto. Hay un tipo de persona único en el mundo: uno que irradia luz incluso a través de un velo de oscuridad.

Como maestra he visto toda clase de cosas en los ojos que me miran: al niño que odia la escuela y desearía estar fuera del salón; al que busca complacer a todos; al pequeño adormilado de ojos vidriosos, y al que invariablemente está perdido en sus fantasías. Hay momentos raros, sin embargo, en los que un estudiante se sienta frente a ti y tienes la certeza repentina —no sabes bien el porqué de esa sensación— de que se trata de alguien distinto.

No hay que confundir a este estudiante del que hablo con el alumno ambicioso, ni tampoco con el que tiene un talento innato para presentar exámenes. No; este niño, el que te da la impresión de que es extraordinario, es el que te regresa todo lo que le das y aún más. Él o ella se vuelve tu faro y cada palabra que pronuncias de pronto tiene un destinatario. Es como si estuvieras dando clases hacia su luz.

En el otoño de 1999 conocí a Yuri, un estudiante que un día me enseñaría cosas que jamás habría aprendido en la escuela. Yo era joven y me había graduado del Columbia Teachers College dos años antes. Había abandonado el primer trabajo que conseguí al salir de la universidad, como asistente personal en un famoso despacho de relaciones públicas de Nueva York, donde mis días eran tan desmoralizantes y estúpidos que a veces pensaba que sería mucho menos doloroso comer vidrio que pasar doce horas atendiendo las pantagruélicas necesidades de mi jefe. Seguí el consejo de mi madre, con la esperanza de encontrar algo que restaurara mi fe en la humanidad y diera sentido a mi vida, y renuncié para volver a la universidad y titularme como maestra.

Para ser honesta, mi pasión por la docencia se transformó casi en fanatismo después de cambiar de carrera. La emoción de dar clases a niños se origina en el hecho de que ellos son auténticos a diferencia de los adultos. Uno halla verdades en cada salón de clases, y yo disfrutaba de esa pureza como si se tratara de un vaso de agua fresca. Quería ser la maestra que lee en voz alta a sus estudiantes para que escuchen la música de las palabras, como lo había hecho mi profesora de Literatura en sexto grado. En el fondo, tenía la convicción de que una historia era capaz de cambiar a la gente y que, si uno lo leía con la suficiente concentración, un buen libro podría transformarle el alma.

Era el segundo año que daba clases de Lengua y Literatura Inglesas a sexto grado en la

Escuela Secundaria Franklin y rebosaba optimismo. A mi alrededor todo parecía lleno de posibilidades. Mi novio, Bill, y yo recién nos habíamos mudado juntos. Durante los primeros cuatro años, después de graduarnos de la Universidad de Míchigan, habíamos vivido a unas cuadras el uno del otro, en la frontera entre el Upper East Side y el Harlem hispano, donde la renta era relativamente barata y abundaban los bares. Pero me cansé de ver profesionistas veinteañeros que se relajaban frente al televisor en los bares deportivos, entre cientos de gorras de beisbol. Además, el trayecto diario desde la ciudad de Nueva York hasta mi trabajo en Long Island me estaba matando. Necesitaba respirar aire fresco y tener un patio trasero. Imaginaba las mañanas de domingo leyendo el periódico y cruzando miradas con Bill entre el humo de las tazas de café. Quizás hasta nos compraríamos un perro.

En un principio, Bill se resistía. Él disfrutaba de la comodidad de comprar un café y un bagel junto con el *New York Post* en su tienda favorita antes de tomar la línea 6 del metro cada mañana para ir a su oficina en Midtown, donde vendía seguros corporativos. Amaba que hubiera cincuenta locales distintos de comida a domicilio para escoger si tenía algún antojo después de la medianoche. Empezaba a ganar dinero y estaba feliz de tener dónde gastarlo. Se compró un juego de palos de golf y se consintió adquiriendo un palco para los partidos de los Mets y para conciertos en el Madison Square Garden.

Sin embargo, durante los meses siguientes, nuestros amigos más cercanos que estaban en pareja comenzaron a anunciar, uno a uno, su decisión de abandonar la ciudad y mudarse a donde hubiera más pasto y las filas para desayunar en domingo no fueran de una hora. Una noche, en Ray's Pizza, Bill comentó que la migración había comenzado.

—¿Y por qué tengo que ser yo el último que quede? —Se limpió la boca con una servilleta—. Quizá tengas razón, Maggie; hay que mudarnos a los suburbios.

Terminamos por rentar una pequeña cabaña en Stony Brook, una zona de Long Island que se parecía más a Nueva Inglaterra que los pueblos más elegantes próximos a Manhattan. Hallé el anuncio de la casita en el periódico local *PennySaver*, una gacetilla de descuentos que tenían mis padres en su casa, y lo encerré en un círculo con tinta roja brillante. La ubicación era perfecta. Quedaba cerca de la secundaria en la que yo daba clases y Bill estaba feliz porque su empresa tenía una sucursal no muy lejos de ahí. Sentía que estaba en camino de convertirme en una adulta de verdad, a la madura edad de veintiséis años.

La parte más romántica de mi ser estaba encantada con la nueva casa. La pequeña cabaña de madera blanca con persianas rojas y aldaba de latón parecía salida de las páginas de un libro para niños. Otros quizá no la habrían querido por los techos bajos o la falta de clósets, pero a mí me convenció la agente de bienes raíces cuando dijo que tenía «un encanto de estilo antiguo». ¿A quién no le fascinan las macetas llenas de petunias moradas y magenta al pie de las ventanas? ¿Quién necesita aire acondicionado cuando enormes árboles de tilo sombrean su tejado azul?

—Intentemos negociar un poco la renta —sugirió Bill.

El empresario que llevaba dentro siempre se emocionaba frente a la oportunidad de obtener un mejor trato. Pero lo ignoré. La agente de bienes raíces nos mostraba la chimenea de leña y yo no quería distraerme de lo que nos decía sobre el trabajo de las molduras talladas a mano.

—Esa es toda la calefacción que van a necesitar en el verano. —Se rio, señalando los leños de cerezo que los dueños habían apilado a un lado con gran minuciosidad.

¡Trato hecho! Desde ese instante me imaginé envuelta en una frazada, leyendo a Toni Morrison frente a la chimenea encendida.

Al final del recorrido, Bill dio las gracias a la agente y le prometió que nos pondríamos en contacto con ella en unos cuantos días. Esperé a que se adelantara unos metros antes de jalar a la agente hacia mí.

—¡Nos la quedamos! —le dije apretándole el brazo. No podía resistirme cuando algo tenía un «encanto de estilo antiguo». Casi podía oler ya el aroma de los leños de cerezo en el fuego, y eso que estábamos a unos días de que comenzara el verano.

Nos mudamos a finales de junio, justo después de concluir mi primer año en Franklin, y me tocó desempacar la mayor parte de las cosas. Limpié el librero de madera en el pequeño estudio y lo llené con todas mis novelas favoritas. Desde que salí de casa por primera vez, cargaba con mis libros más amados, así que incluso mis obras favoritas de segundo de secundaria estaban presentes en los nuevos libreros. Mi maltratado ejemplar de *Una paz solo nuestra* y de *Un árbol crece en Brooklyn* ocupaban un lugar a un lado de adquisiciones más recientes, como *El dios de las pequeñas cosas* y *Un buen partido*. A diario, mientras Bill se iba a trabajar, yo me esforzaba por convertir la cabaña en nuestro hogar. Coloqué sobre el marco de la chimenea fotos de nosotros cuando estábamos en la universidad y corté rosas salvajes que acomodé en antiguos frascos para conservas. La chimenea ya anticipaba las noches acogedoras que vendrían.

Mientras tanto, encontré mi propio pedacito de paraíso en una silla Adirondack colocada bajo uno de los árboles del jardín. Sabía que, llegado septiembre, sería el sitio perfecto para dedicarme a calificar los ensayos de mis estudiantes. No podía esperar a descubrir los ojos brillantes que más me inspirarían durante el siguiente año escolar.

El viernes previo al Día del Trabajo llegué temprano a Franklin, ansiosa por instalarme en mi salón de clases. Llené mi Toyota plateado con una caja llena de artículos de papelería: fólderes, papel y marcadores. Cuando entré, mi amiga Suzie Price, la maestra de Arte, estaba en el pasillo engrapando hojas de colores en el periódico mural, el cual se transformaría en una galería para exhibir las obras de los estudiantes en un par de semanas.

—Hola, guapa —dijo. En realidad, Suzie era la verdadera guapa. Tenía labios rojos y cutis perfecto, y yo envidiaba la manera tan artística que tenía de arreglarse con sus pañuelos y su combinación de prendas distintas. En invierno, mientras yo estaría envuelta en un suéter de lana muy práctico, ella luciría un atuendo de chenilla con botones de

vidrio marino—. ¿Tuviste un buen verano?

—¡El mejor! Se acabaron los viajes a la ciudad. Bill y yo encontramos un gran lugar…, una cabañita en Stony Brook.

—¡Qué gran noticia, Maggie! Yo voy a mudarme de casa uno de estos días. Vivir en un sótano no es bueno para el alma de una artista.

—Revisa el *PennySaver* —le grité mientras me alejaba con mi caja hacia mi salón.

El salón número 203, mi salón, estaba a la mitad del ala oeste de la escuela. Como la mayoría de las escuelas públicas de Long Island, el interior de Franklin carecía de cualquier encanto o detalle arquitectónico. Los techos eran bajos, las paredes de bloques de cemento estaban pintadas color arcilla y los pisos eran de linóleo cuadriculado. Sin embargo, casi todos mis colegas maestros disfrutaban la oportunidad de desafiar la arquitectura funcional de los años sesenta y transformaban su entorno en algo que inspirara a los estudiantes una vez que cruzaran la puerta de su salón.

Todos nos sentíamos muy orgullosos de los distintos temas que empleábamos para decorar nuestra aula. Ese verano pasé varias semanas reflexionando sobre mi tema hasta que por fin decidí que sería «La mente es una herramienta poderosa». Pasé horas creando un molde para un boceto de cerebro con sus infinitas circunvoluciones. Después coloreé cada sección con una gama de plumones neón para destacar las dos partes. Pinté el lado izquierdo de color naranja para mostrarles a los niños el *cerebro lógico*, el sitio donde generamos el lenguaje y el análisis. El lado derecho lo pinté de rosa para simbolizar el *cerebro creativo*, la zona que despierta la fantasía y la imaginación. También hice un cerebro en miniatura para cada uno de mis veinticuatro estudiantes y escribí sus nombres en el centro con un grueso marcador negro. Me apresuré para llegar al salón; tan deseosa estaba de empezar a trabajar en mi periódico mural.

Al entrar al salón, para mi sorpresa, encontré una pequeña nota del director pegada en el escritorio:

Señorita Topper:
Necesito hablar con usted cuando le sea posible. Estaré en mi oficina todo el día. Pase cuando lo crea conveniente.
Muchas gracias.

T. Nelson.

Me pregunté de qué podría querer hablar conmigo en mi primer día de vuelta al trabajo. Me miré en el espejo, respiré profundo para tranquilizar mis nervios y me preparé para ir a verlo.

El director Nelson estaba parado frente a su archivero de metal cuando entré a su oficina.

Un ventilador de escritorio hacía circular el aire caliente en el rincón.

—Qué gusto verla, Maggie. —Me hizo una seña para que me sentara—. ¿Tuvo un buen verano?

—Sí, muchas gracias. Pero estoy muy contenta de regresar a clases.

—Me da mucho gusto escucharlo. —Sonrió, caminó hasta su escritorio y se acomodó en su silla—. Le tengo una petición poco usual… —Se acercó hacia mí y añadió—: Maggie, estoy muy satisfecho con su trabajo del año pasado. Aporta un entusiasmo envidiable al salón de clases.

Me sonrojé y estaba por rechazar el elogio, cuando el señor Nelson alzó la mano para pedirme que no lo hiciera.

—No hay necesidad de decir más sobre ese tema. Solo quería que supiera que espero que su segundo año sea espléndido aquí en Franklin. —Se aclaró la garganta y agregó—: Y, de hecho, estoy tan satisfecho que pensé en usted de inmediato cuando me llegó este encargo especial del superintendente.

—Suena intrigante… —Sentí que me atravesaba una oleada de energía nerviosa.

—Un niño que acaba de mudarse a este distrito entra este año a sexto grado. Estaba inscrito en su clase, pero, por lo que me he enterado, nació con un defecto cardiaco que lo tiene realmente debilitado.

Sentí cómo el estómago se me estrujaba.

—Dado que está demasiado débil para acudir a la escuela, la administración estuvo de acuerdo en enviar tutores a su casa para que no se retrase. Y yo esperaba que usted fuera su tutora de Lengua y Literatura.

Tamborileó con dos dedos sobre el escritorio, en espera de mi respuesta.

—Obviamente deseamos que el chico recobre la fuerza y se una a su clase más adelante en el año —continuó—. Pero, por lo pronto, el distrito le pagará a usted por visitarlo después de concluir con sus clases aquí. Estábamos pensando que, para empezar, fueran dos días por semana. La administración dispondrá de otro tutor para que ayude al alumno con las materias de Matemáticas y Ciencias, pero me parece que no será de Franklin. —Cruzó los brazos sobre el escritorio y preguntó—: ¿Suena como algo que pueda interesarle, señorita Topper?

La emoción que había sentido unos segundos antes se transformó en pánico. En mi mente apareció un recuerdo de mi infancia: una niña enferma con los ojos pegados a la ventana de su habitación cuando el autobús escolar pasaba por su casa.

Pude sentir cómo se me iba el color del rostro y se me paralizaba la mente. Quería decir algo profesional y bienintencionado, como lo maravilloso que resultaría dar clases particulares a un estudiante, o que sería un privilegio ser la tutora de un niño con necesidades especiales; pero las palabras me fallaron. Lo único que percibía era cómo me retorcía de nervios en la silla.

—Entonces, ¿puedo contar con usted, Maggie? —El director Nelson se acercó a mí una vez más.

Tragué saliva, desesperada por hacer cualquier cosa que me permitiera, al menos,

responder, pero no podía dejar de pensar en Ellie, mi vecina de la niñez.

—¿Cómo se llama el alumno? —me obligué a preguntar.

El director Nelson alzó una hoja de papel de su escritorio y entrecerró los ojos.

—Yuri Krasny —leyó con rapidez—. No tengo idea de si estoy pronunciándolo bien…

—¿Yuri? —repetí el nombre. Sonaba exótico e interesante. No como los Michaels y Jonathans que abundaban en Franklin. Me sentía atrapada en un torbellino de emociones: quería ayudar a un niño necesitado y al mismo tiempo temía por la carga emocional que llevaba a cuestas desde hacía quince años—. Sé que ser tutora es una oportunidad muy especial. Sin embargo, ¿le importaría si aprovecho el fin de semana largo para pensarlo? Quiero estar segura de que no tendré demasiadas cosas por las tardes.

El director Nelson parecía sorprendido.

—Bueno, claro, Maggie. —Se colocó el lápiz tras la oreja y se alejó de su escritorio impulsándose en su silla; las ruedas rechinaron sobre el piso de cerámica—. Revise sus horarios y avíseme el martes. Pero tendré que seleccionar a otra maestra si no está usted dispuesta, así que, por favor, no se demore más allá de esa fecha.

—Desde luego, y discúlpeme por pedirle tiempo extra.

—Espero que advierta la importancia de este encargo —añadió—. Es algo único y creo que usted está bien calificada para ello.

Asentí. Sabía que el hecho de que me lo hubiera pedido a mí era un voto de confianza, pero en el fondo me preocupaba si en realidad estaba capacitada para ser la tutora de un niño enfermo. Mi mente volvía una y otra vez a Ellie. Así pasa con la memoria: sin importar cuánto nos esforcemos por olvidar ciertos sucesos, las historias perviven. Pensé en las circunvoluciones serpenteantes de los cerebros miniatura que había hecho para mis estudiantes. Cada uno de nosotros tiene historias ocultas en los laberintos de su mente. Sin embargo, como ocurre con la mayoría de las cosas, esas historias pueden permanecer enterradas por mucho tiempo.

Yo tenía trece años el verano en que Ellie Auerbach salió de la cama una mañana y sintió que las piernas se le vencían. Tenía cinco años. Ese verano le regalaron su primera bicicleta, que era de color rosa brillante con una canastilla de rafia y una campanilla en el manubrio. Todos los días la escuchábamos dar vueltas en la calle durante horas; oíamos las rueditas entrenadoras que se arrastraban detrás de ella y cómo resonaba en el aire la campanilla.

Recuerdo a la señora Auerbach diciéndole a mamá que pensaba que tal vez Ellie había pasado la noche en una posición rara y se le habían dormido las piernas. Pero entonces aparecieron las fiebres inexplicables que asolaron a la niña durante un mes y el virus persistente que su madre confundió con una gripa fuera de temporada. Todas eran claves que la madre de Ellie dejó pasar quizá porque interferían con su negativa a gastar energía preocupándose demasiado por cosas que suponía pasajeras. Sin embargo, con el tiempo esos sucesos destellaron bajo una luz dolorosa y evidente.

La señora Auerbach siempre había creído que el mundo era bondadoso y que el cielo

cambiaba de color cada atardecer por una razón.

—El universo no quiere que nos volvamos complacientes con su belleza —me dijo una tarde nublada, mientras bebíamos limonada en su enorme porche blanco.

La condensación del vaso me heló los dedos y sorbí la limonada por el popote de papel. En ese momento ella estaba embarazada, esperando a Ellie. Su abdomen era grande y amplio bajo la tela de su vestido blanco; tenía las mejillas ruborizadas y el pelo castaño oscuro recogido en una trenza larga. Puso las manos sobre su vientre y dijo:

—¡Oh, Maggie, sentí una patada! ¿Quieres tocar al bebé?

Antes de que pudiera decirle que yo era demasiado melindrosa, la señora Auerbach ya había puesto mi mano sobre su piel. Y ese soleado día de verano noté cómo un pequeño talón o un puñito cerrado —redondo e impaciente— se hacía presente desde los confines de ese vientre.

Volvieron con Ellie en un moisés de paja unas semanas después. Rosadita y arrugada con un gorrito bordado, se había llevado los cinco dedos a la boca. El señor Auerbach, vestido con pantalones caqui de algodón, estaba afuera y el sol le iluminaba el rostro.

—Una pequeña niña —lo felicitó papá—. No hay nada como tener una hija.

Recuerdo que mamá me indicó que no me acercara mucho a la bebé, pero la señora Auerbach levantó la mano y soltó una risilla.

—Si Maggie se lavó las manos, no hay ningún problema en que se asome y vea al pequeño bichito —me dijo mientras se acomodaba en una silla confortable, el cuerpo aún regordete debajo del vestido.

Me sentí muy contenta al asomarme y rozar con un dedo la mejilla de Ellie. Sus párpados se abrieron y vi esa suave bruma en su mirada de bebé recién nacida mientras relajaba el diminuto puño. La manita de Ellie se acercó para tocar la mía, y desde entonces se convirtió en la hermana pequeña que nunca tuve.

Le llevaba ocho años, y, aunque yo tenía más experiencia en todos los aspectos de la vida, Ellie nunca estaba lejos de mi casa. Le encantaba jugar en el jardín de mamá, donde usaba mis viejas botas de hule y mi pequeña regadera con una margarita pintada en el costado. Y ese verano, cuando comenzaron sus dolores de piernas, todos estábamos angustiados mientras la señora Auerbach llevaba a su hija de doctor en doctor, hasta que, por fin, un especialista de Nueva York les dijo que lo que Ellie tenía era un tipo muy raro de cáncer.

Ese año no pudo ir al kínder según lo planeado. En los primeros días de escuela, el autobús escolar amarillo se detenía frente a su casa, como si estuviera esperando a que la niña bajara.

—Me recomendaron que le cortara el pelo muy corto —le confesó la señora Auerbach a mamá en secreto—. De ese modo, cuando se le caiga no será tan desconcertante —explicaba mientras rodaban lágrimas por su rostro.

Cuando volví a ver a Ellie y a su madre, ninguna de las dos tenía trenzas. La señora Auerbach también se había dejado el pelo muy corto, justo después de que la estilista se lo

cortó a Ellie.

De buenas a primeras, la casa de los Auerbach pasó de tener macetas repletas de geranios rojos y las ventanas siempre abiertas a estar invariablemente cerrada, impenetrable. Las cortinas se hallaban corridas. Las macetas estaban llenas de tallos y hojas marchitas.

Mi madre y yo las visitábamos, pero la señora Auerbach ya no era la madre de espíritu despreocupado y mirada esperanzada. Se veía demacrada y cansada; sus ojos estaban rodeados por círculos negros y su sonrisa se transformó en una delgada línea. El aire dentro de la casa estaba estancado y sobre la mesa había muchos frascos color naranja con medicamentos. Y lo más doloroso de todo era ver a la pequeña Ellie en el sofá, con el cuero cabelludo como el de un bebé recién nacido, pero la mirada de alguien con mucho más que cinco años.

Ellie permaneció en mi mente durante toda mi vida adulta. Escuchaba, por ejemplo, una campana de viento repicar con la brisa y en mi cabeza aparecía la imagen de la señora Auerbach embarazada, en su porche. Y cada vez que oía el sonido metálico de una campanilla de bicicleta, en lugar de hacerme sentir alegre, me provocaba el efecto contrario. Era un recordatorio doloroso de lo injusta que es la vida y de lo incomprensible que resulta que un niño deje este mundo tan prematuramente.

En realidad, nunca procesé la muerte de Ellie; la mantuve enterrada bajo capas de pena reprimida. Los Auerbach se fueron menos de un año después del fallecimiento de su hija. Su casa ahora la ocupa una pareja mayor de Boston que se mudó para estar más cerca de su hijo, residente en la ciudad de Nueva York. Aun así, había veces que veía a una niña parecida a Ellie, con el mismo rostro redondo, los ojos almendrados, las trenzas doradas atadas con un listón blanco, y su recuerdo me asaltaba. Después de todo ese tiempo, Ellie seguía teniendo seis años, aunque ahora yo ya era una mujer adulta que daba clases a sus estudiantes.

El domingo, Bill y yo fuimos a un asado con amigos en Westchester y pasamos todo el día en el jardín, comiendo hot dogs y sandía, disfrutando el último fin de semana del verano. El lunes, víspera del regreso a clases, Bill fue a jugar golf con un amigo de la universidad y yo aproveché para visitar a mis padres.

Mi familia vivía mucho más al este que yo en Long Island, dos pueblos más allá, en un sitio llamado Strong's Neck. Era un lugar en el que las personas disfrutaban de su soledad. En la primavera, el aire estaba impregnado del aroma de la madreselva y el jacinto. En el otoño, lo que abundaba era la deliciosa fragancia del arce azucarero y el roble. Había varios tramos de tierra con el pasto crecido y árboles antiguos flanqueaban los caminos serpenteantes; muchas de las viejas casas databan de la época de los primeros pobladores de Long Island. La casa de mi familia distaba mucho de ser histórica. Era un búngalo modesto con tejas y persianas de cedro que mi padre había pintado de verde oscuro para que combinaran con los pinos que rodeaban la casa.

Mi padre parecía un irlandés robusto, pero tenía alma de orfebre italiano. Empezó a fabricar violines como pasatiempo después de jubilarse, una pasión extraña y exótica para un hombre que había sido vendedor a lo largo de toda su vida adulta. El sótano de mi infancia, donde mis amigos y yo solíamos jugar Twister o hacíamos sesiones de espiritismo durante las pijamadas, se había convertido en un taller con el piso lleno de aserrín y frascos de cristal repletos de pegamento y barniz. Hasta los aromas de la casa familiar habían cambiado. Solía predominar el aroma inconfundible del ajo y los tomates sofritos. Ahora el aire estaba lleno de la esencia del abeto recién tallado.

Cuando toqué el timbre, mi padre abrió. Siempre me sorprende encontrarlo tan transformado. Recuerdo que cuando yo era estudiante lo veía con un traje azul marino, corbata a rayas y portafolios color piel. Ahora mis ojos tenían que reajustarse. Mi padre traía puesta una bata de trabajo de vinil, un lápiz tras la oreja, entre su cabello cano, y, cuando me abrazó, pude sentir los callos en sus manos.

—¡Hola, Mags! —Alzó las mejillas al sonreír y besarme—. ¿A qué debemos esta visita sorpresa? Seguro es porque extrañabas a tu viejo, ¿verdad?

—Extrañaba la lasaña de mamá.

—Con todo gusto ocupo el lugar detrás de ella. —Sonrió.

Mi padre se sacó la lotería al casarse con mi mamá, una italoamericana de primera generación. No había mejor cocinera que ella en el mundo; podía tomar cualquier cosa y transformarla en algo delicioso. Sin embargo, mi padre insistía en que no había sido la sazón de mamá lo que lo había enamorado, sino su bello canto, que consideraba mucho más perfecto que cualquier instrumento que pudiera fabricar a mano.

—Y tienes suerte… Anoche hizo manicotti. Sírvete lo que haya sobrado, está en el refrigerador.

—¿Cómo están tus manos hoy?

La artritis de mi padre se había vuelto especialmente dolorosa en el último año y medio. Alzó las manos; sus nudillos abultados y su piel manchada delataban que tenía ya sesenta y tres años.

—Nada que un poco de ibuprofeno y una tina con hielo no arreglen. —Se me acercó y me dio un abrazo—. Tu padre no es ningún cobarde.

Puse los ojos en blanco y dije:

—Pero esos violines ¿de verdad valen toda la agonía que pasas?

—Bueno, para mí sí lo valen.

Sonreí. Sabía que, después de una vida entera vendiendo fármacos, mi padre por fin tenía la oportunidad de dedicarse a lo que siempre había querido hacer, y no había ningún dolor o incomodidad que pudiera detenerlo.

Dejé caer mi mochila y me fui a lavar las manos.

Para cuando salí del baño, mi madre ya había vuelto del jardín. Sus sandalias verdes de hule descansaban junto a la puerta y ella estaba descalza junto al fregadero, lavando las matas de rúcula recién cortadas que había traído en una canasta. Iba bien arreglada,

incluso después de haber pasado todo el día arrodillada en la tierra. Su cabello castaño, en el que había algunas canas plateadas, estaba recogido en un chongo suelto; alrededor de su cuello llevaba un pañuelo rojo. La elegancia europea nunca la abandonaba.

—¡Maggie! —Sus ojos se iluminaron al verme. Se sacudió las manos húmedas y cayeron pequeñas gotas de agua sobre el linóleo—. Qué agradable sorpresa. ¿Tienes hambre, cielo?

—¿Alguna vez no tengo?

Era evidente que se había animado con solo pensar en darme de comer. Hizo un gesto para que me acercara a la mesa de la cocina. La obedecí sin protestar en lo que ella comenzaba a calentar la comida.

El de mis padres era uno de esos amoríos clásicos. El niño irlandés salido del Bronx que se enamora de la niña italiana de cabello oscuro que vive al final de la cuadra y sobre la que sus padres lo habían prevenido. Mi papá siempre nos contó a mi hermano y a mí que, como ocurría con las sirenas de la antigua Grecia, él había quedado fascinado por la voz de mamá antes de llegar a admirar su belleza. Un día, cuando él estaba en el escenario practicando con la orquesta de la preparatoria, escuchó a una chica cantar detrás del telón. Las notas que flotaban hacia él eran perfectas y claras. Según la leyenda familiar, dejó su violín y fue a buscarla. Y cuando se dio cuenta de que la chica alta de largos cabellos y ojos oscuros era la de la voz de ángel, quedó perdidamente enamorado.

Y aunque la familia de mi padre en un principio se resistía a aceptar a mi madre, con el tiempo ella conquistó a su futura suegra, no con su voz angelical ni con su sazón, sino con lo que los irlandeses llaman el don de contar una historia.

Mi favorita era la que narraba sobre mi abuela, Valentina. Sus primos estadounidenses habían recibido una fotografía de una menuda joven siciliana que parecía desnutrida y necesitada de un buen hogar. Cuando por fin llegó a Ellis Island, nadie entendía cómo era que quien decía ser su prima fuera una chica tan corpulenta. Todos los parientes cuchicheaban mientras llevaban a aquella joven cuya ropa parecía a punto de reventar hacia el edificio de departamentos de Arthur Avenue. Condujeron a Valentina a un cuarto en el que había una tina grande de metal para que se diera un baño y se cambiara de atuendo. Las demás mujeres de la casa se quedaron mudas al ver que aquella chica bajita y regordeta se quitaba el abrigo, luego el vestido, después otro vestido y otro más. Una a una se fue quitando capas de ropa, y al final quedó la mujer flaca de la fotografía. En lugar de empacar sus prendas en una maleta, la madre de Valentina la había hecho ponérselas todas durante todo el viaje. De esa manera, la maleta podía ir llena de otros objetos necesarios, como zapatos, ropa interior y suéteres.

Mi madre me heredó su amor por contar historias. Me demostró que una historia tiene el poder de vincularnos con los demás, que un buen cuento puede incluso zanjar la brecha que separa a niños y adultos. Cuando había que tranquilizar a un niño, ella tenía un arsenal de relatos listos para reconfortar incluso al pequeño más enfadado. Te ofrecía una galleta color azafrán y luego te contaba una historia llena de detalles sobre su amiga de

Suecia que le había pasado la receta, como si la narración fuera un ingrediente más, junto con las capas de harina y mantequilla.

—¿Ya pintaste tu nuevo cuarto, Maggie? —me preguntó mi madre mientras me servía una buena porción de mozarela y ricota derretidos—. ¿Quieres que vaya a ayudarte?

—El color está empezando a gustarme, mamá, así que no creo que sea necesario cambiarlo. Me he estado diciendo a mí misma que no es blanco crudo, sino color mantequilla, y así ya no me parece tan aburrido.

—Ah, el tranquilizante color mantequilla —se burló y se sentó junto a mí—. Siempre fuiste tan buena con las palabras, Maggie. Y siempre puedes hallar el lado positivo y bello…

—Eso lo saqué de ti, mamá. —Me reí—. Si tan solo hubiera heredado tu sazón. —Me llevé el tenedor a la boca y disfruté de los sabores cálidos y fusionados.

En realidad, creía que mi mamá era la que podía descubrir algo bello cuando menos se esperaba. En muchas ocasiones consideré que tenía ese efecto en mí. Yo había crecido sintiéndome siempre incómoda por mi estatura, por el color rojizo de mi cabello y mis pecas. Pero, de alguna manera, mi madre era capaz de hacerme sentir bien conmigo misma cada vez que alisaba los mechones alborotados de mi pelo o tomaba mi cara entre sus suaves manos.

—Así que la escuela comienza mañana… Debes estar muy emocionada, Maggie.

No le respondí de inmediato y ella se dio cuenta. Sentía su mirada sobre mí mientras pasaba el tenedor por los pequeños charquitos de ricota en el plato.

—De hecho, vine porque quiero hablar contigo de algo —le dije y dejé mi tenedor sobre la mesa.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata, cariño?

—Bueno… —Vacilé por un momento, tratando de hallar las palabras adecuadas—. El viernes fui a dejar algunos materiales a la escuela y a alistar mi salón, y me encontré con una nota del director en la que me pedía que fuera a verlo a su oficina…

En el rostro de mamá había confusión.

—No, no era porque estuviera en problemas ni nada de eso. Era lo contrario, de hecho… El director Nelson quería ofrecerme un encargo extra porque está muy contento con mi trabajo del año pasado.

—Eso es algo bueno, ¿no, Maggie?

—Bueno, no es tan sencillo, mamá. Me pidió que considerara dar lecciones de Lengua y Literatura en casa a un niño que no está bien de salud para ir a la escuela este año. El chico nació con un defecto en el corazón y está demasiado débil para asistir al salón de clases con los demás estudiantes. El distrito está enviando a dos profesores a su domicilio para que no pierda el año escolar.

Mi madre estiró el brazo hacia mí y cubrió mi mano con la suya.

—Oh, cariño —exclamó—, ese niño te necesita.

Sin embargo, yo podía sentir cómo mi cuerpo se tensaba. Tuve que parpadear para que

no se me salieran las lágrimas.

—Ya lo sé, mamá. Pero no puedo dejar de pensar en Ellie. No sé si soy lo suficientemente fuerte para ir todas las semanas a la casa de un niño enfermo. —Inhalé con fuerza—. ¿Y si no soy capaz de manejarlo?

Mi madre negó con la cabeza y desvió la mirada. Hablar de Ellie era muy difícil para ella también.

—Lo que pasó con Ellie fue terrible, Maggie —dijo con delicadeza—. Y tú fuiste muy valiente. La visitaste todas esas ocasiones en las que se sentía muy mal, aunque para ti era duro verla en ese estado. Le leías. Coloreabas libros con ella. ¿Te acuerdas de que algunas veces jugaban a la escuelita? La señora Auerbach me contó que Ellie ansiaba verte más que a ninguna otra persona. —Suspiró—. Ahora me doy cuenta de que no te hicimos ningún favor tu papá y yo al no decirte de inmediato.

Sentí que mi rostro se tensaba. Durante mucho tiempo ese había sido un tema sensible entre mis padres y yo. Me encontraba en un campamento el verano en que Ellie murió. Nadie podría haber predicho lo que pasó, obviamente, pero ella falleció justo cuando yo estaba fuera. Mis padres no me dijeron nada hasta que volví a casa, casi una semana después del funeral.

—Nunca pude despedirme —murmuré, con la voz quebrada.

—Nos equivocamos. Tu papá y yo éramos jóvenes y no queríamos arruinarte el verano. En cualquier momento que hubiéramos escogido, contártelo no habría sido nada fácil.

—En un minuto estaba aquí y al siguiente ya se había marchado. Los primeros meses después de su muerte los pasé pensando que iba a escucharla en su bicicleta o que la vería en el porche junto a su mamá, saludándome mientras yo iba en el autobús a la escuela. —El dolor regresó, como si los años no hubieran transcurrido.

—¿Y temes encariñarte con ese estudiante? —Mi madre bajó la voz—. Es entendible, Maggie. Pero no podemos tener tanto miedo de experimentar dolor, al grado de que eso interfiera con lo que amamos. Piensa en tu papá, en lo mucho que sufre con su artritis. Todas las mañanas lo veo meter las manos en una tina de hielo antes de comenzar a trabajar en sus violines. Aun así, eso no lo detiene, ni siquiera cuando las cosas se tornan difíciles. Tiene que hacerlo. Y tú deberías imitarlo. —Se me acercó y me acarició la espalda—. ¿Ya sabes cómo se llama el niño?

—Yuri —le respondí en voz baja.

—Creo que, por ti misma, debes hacer al menos un esfuerzo por Yuri —me aconsejó—. Él está encerrado en su casa, sin poder ir a la escuela como los niños de su edad. Piensa en todo lo que puedes aportar a su vida —me dijo con suavidad—. E imagina todo lo que él puede aportar a la tuya.

2

El siguiente martes por la mañana, como lo prometí, fui a ver al director Nelson antes de que comenzaran las clases y le di mi respuesta.

—Me encanta, Maggie. Creo que hará un gran trabajo con Yuri.

Noté cómo me ruborizaba. Deseaba que el director tuviera razón, pero yo me sentía plagada de incertidumbre. Sabía que había cambiado de carrera porque quería marcar una diferencia en el mundo y pensaba que no había mejor manera de hacerlo que ayudando a moldear la vida de un niño. Pero, de pronto, lo que estaba en juego era mucho más que antes. No podía fallarle a ese niñito enfermo.

—Le avisaré a la familia que usted pasará mañana para presentarse.

—Me parece bien —respondí y regresé de prisa por el pasillo para llegar a mi salón antes que el primer grupo de estudiantes.

Todos los maestros, sin importar el grado o el tiempo que lleven dando clases, batallan durante las primeras semanas del año escolar. Tenemos solo una pequeña oportunidad para conectarnos con cada niño y necesitamos dar una buena impresión desde el principio. Los músculos de los chicos todavía se aferran a los recuerdos de las vacaciones de verano: el campamento deportivo o los días de ocio en la playa. A la mayoría, en particular a los varones, les cuesta trabajo estar sentados y tranquilos todo el tiempo.

Como sucede con las profesoras nuevas, yo todavía tenía grandes reservas de energía. En la mañana, de ser la Maggie Topper ojerosa y necesitada de café, en pijama de franela con motivos de pétalos de rosa, me había transformado en una excepcional maestra con cafeína en su sistema. Me peiné el cabello con la secadora hasta dejarlo como una lámina de cobre y me vestí con ropa que me pareció profesional y, al mismo tiempo, con cierto estilo.

«La revelación inesperada», anoté en el pizarrón el día que conocí a mi grupo de Literatura de sexto grado.

—Vamos a aprender cuando menos lo esperemos.

—Genial —dijo Óscar—. ¿Entonces no va a haber tarea?

—No tan rápido. Escribiremos mucho este año. Van a encontrar cosas en las que nunca pensaron antes de poner el lápiz sobre el papel. —Di un golpecito en el escritorio—. ¿No les parece fantástico?

Todo el grupo se inquietó. Jack se movía en su silla. Rachel arrancó una hoja de su carpeta y la estrujó hasta formar una pelota compacta. Un lápiz rodó hasta el frente del

salón.

—En unos días empezaremos a hacer nuestros cuadernos de escritura. En ellos plasmarán sus relatos personales. Serán el reflejo de sus pensamientos, de lo que les gusta y lo que les disgusta. Incluso decorarán la portada con imágenes o palabras que en su opinión los definan mejor.

Algunos chicos hicieron muecas de hartazgo. Unas niñas de las bancas del frente escribían, sin motivo alguno, cada palabra que yo decía.

—Quienes ya están medio dormidos, despierten —bromeé—, porque este año será muy divertido.

Mi mamá me había animado a dejar mi puesto en relaciones públicas y a buscar trabajo como maestra. Una primavera, después de casi un año de estar empleada en Mellancamps Strategies, me dijo al verme:

—Tienes los ojos apagados, cariño. ¿Qué pasó con esa chispa que conozco tan bien?

—Sucede que no es como lo imaginaba —me quejé—. Pensé que me gustaría el ritmo frenético con el que se mueven las cosas en la oficina, la emoción de lidiar con la cuenta en turno. Sin embargo, todos están enfadados la mitad del tiempo y se la pasan gritándose unos a otros… Siento náuseas a diario, me pone nerviosa que mi jefe me grite porque no pedí suficientes bagels para la junta de directores y me está dando úlcera por un trabajo en el que ni siquiera uso el cerebro.

Por un momento, mamá guardó silencio.

—Tienes veintitrés años, cariño. Sabes que eres lo suficientemente joven para cambiar de carrera. Lo que nunca regresa es tu tiempo…

—Pero ¿hacer qué?

Antes de que yo hiciera la pregunta, mi madre ya tenía la respuesta. Desde pequeña me había visto ponerme los lentes de mi padre a manera de diadema y utilizar el caballete del sótano como pizarrón improvisado. Desde el momento en el que entré al kínder, el salón de clases se volvió mi entorno natural. De manera instintiva gravité hacia los pupitres más cercanos a la maestra. Me encantaba la proximidad con esa persona que tenía la respuesta para cada una de mis preguntas. Y, cuando las maestras eran talentosas, exudaban una energía que irradiaba por cada poro. A diario acomodaba mis libros en el alféizar del salón de clases e imaginaba que se trataba de mi propio librero. Cuando estaba en primaria, fantaseaba con que yo era la maestra; me sentaba con la espalda derecha y los ojos alerta, y podía transportarme a su lugar o verme parada frente al pizarrón.

—Puedes volver a la escuela para hacer una maestría. Mete tu solicitud ahora y ve si consigues entrar. No pierdes nada, Maggie. Eres una persona que florece cuando tiene un propósito. Por eso estás a disgusto en tu trabajo. —Me dio una pequeña palmadita en la frente—. Tu cerebro está desperdiciado. Y también tu corazón.

Sabía que mi madre tenía razón. Durante mi último año en la Universidad de Míchigan, mis amigos estaban deseosos de comenzar a trabajar en bancos o en grandes

corporaciones. Bill había aceptado un empleo en una aseguradora muy grande; lo había conseguido gracias a uno de sus compañeros de fraternidad y esperaba con ansias empezar. Pero yo detestaba pensar en abandonar la escuela. Vivía para ella. Me encantaban sus distintos ciclos. Había siempre algo nuevo por hacer, algo distinto que aprender, con un grupo renovado de profesores al año siguiente.

No miré atrás una vez que comencé a dar clases. Amaba la energía que me proporcionaba, la electricidad que sentía al entrar en el salón. Era mucho más gratificante que promover una nueva marca de malvaviscos o una pasta de dientes que blanqueaba la dentadura. Dar clases significaba abrir la mente de los niños a infinitas posibilidades, hacerlos pensar y cuestionar el mundo a su alrededor. Claro que había días que terminaba exhausta o irritada, pero ¿cuántos trabajos te dan la oportunidad real de influir en la vida de alguien más? Con la docencia, por fin había encontrado mi razón de ser.

La tarde siguiente, después de mi última clase, me preparé para ir a conocer a Yuri. Abrí mi enorme bolsa, y metí una libreta y un fólder en ella. Había elaborado una hoja de información para mis estudiantes en la que describía gran parte de lo que haríamos ese año. Estaba ansiosa por comenzar a trabajar con los alumnos en sus cuadernos de escritura. Me entusiasmaba que, en una media hora, me daría idea de quién era Yuri y cómo sería nuestro tiempo juntos. Me había forzado por no imaginar qué tan enfermo podía estar; no quería imponerle mis recuerdos de Ellie. Revisé el domicilio que me dio el director Nelson y respiré profundo.

La residencia de los Krasny estaba a escasos quince minutos de la escuela en auto, pasando la calle Moriches Road y no muy lejos de la granja en la que Bill y yo comprábamos maíz todo el verano.

La casa era pequeña, casi del mismo tamaño que la que rentábamos, pero la pintura exterior estaba descascarándose y el inmueble parecía desvencijado por falta de mantenimiento. Tenía un camino de ladrillo que iba de la calle a la puerta. Entre las juntas asomaban dientes de león y el pasto del jardín estaba lleno de tréboles.

Me estacioné en la calle y me miré en el espejo retrovisor. Llevaba despierta desde las seis de la mañana y mi rostro lo evidenciaba claramente. Mi complexión delgada, con su buena dosis de pecas, me hacía verme demacrada. El borde de mis ojos tenía un color rosa brillante, como si fuera un conejo cansado. Quería dar buena impresión, pero una cara así de agotada no ayudaría mucho a entusiasmar a un nuevo alumno. Busqué mi rímel y mi lápiz labial dentro de mi bolsa y me retoqué el maquillaje apresuradamente.

Con la bolsa en mano, cerré el auto y caminé hacia la casa pisando los dientes de león.

La mujer delgada que abrió la puerta no se presentó en un principio. Su piel y complexión delataban que venía de Europa del Este. Nunca había visto mejillas tan pronunciadas. Su cabello color trigo estaba bien recogido en un chongo.

—Hola —le dije extendiendo la mano—. Soy Maggie Topper, la profesora de Literatura de Yuri.

Sus dedos eran delgados y fríos; sus ojos estaban enmarcados por una sombra oscura. Se forzó a sonreír.

—Soy Katya, la madre de Yuri. —No usaba maquillaje, y eso me hizo desear un pañuelo para quitarme el labial color frambuesa que acababa de aplicarme—. Pase por favor.

Me dejó entrar. En su tono de voz había un acento evidente. No era que sus palabras no fueran claras; era más bien una cuestión de cadencia, lo cual hacía que sus frases sonaran trastabillantes, en *staccato*.

El interior de la casa estaba poco iluminado. Desde la cocina llegaba el olor de unas cebollas friéndose en aceite. La vivienda tenía ese mismo aire pesado, quieto y silencioso que recordaba de mis visitas a Ellie, como si la enfermedad se hubiera convertido en un invitado permanente.

—Yuri está en el sillón. —Con un gesto señaló la sala—. Está un poco cansado hoy. Ayer vino el profesor de Matemáticas. —Caminamos hacia el umbral de la sala y se detuvo de pronto—. ¿Puedo ofrecerle té?

—Estoy bien, gracias. Acabo de tomar mi tercera taza de café.

Katya traía puesto un suéter. Pese a ser otoño, los días eran veraniegos, así que afuera la temperatura era de unos veinte grados; sin embargo, ella parecía una de esas personas que siempre están congelándose.

—Creo que por hoy él y yo solo nos conoceremos un poco —la tranquilicé—. Y no se preocupe, no le voy a dejar ningún tipo de tarea para que pueda descansar esta noche.

Nuevamente se forzó a sonreír y dijo:

—Bien. Le agradará eso. —Vaciló por un momento—. Creo que debo mencionar que Yuri la ha pasado mal últimamente. Le gustaba mucho ir a su antigua escuela, a pesar de que faltó varios días por estar enfermo. La mudanza y tener que quedarse en casa todo el día lo ha puesto muy triste.

—Me imagino. No se preocupe. Me esforzaré para que el tiempo que pasemos juntos sea lo más divertido posible para él.

Katya asintió y señaló el pasillo con la mano.

—Bueno, pues el baño está a la izquierda. Debemos tener cuidado de lavarnos las manos. La enfermedad de Yuri le dificulta respirar a veces —inhaló profundamente—, así que hasta un mínimo resfriado puede ser peligroso para él.

—Claro. No es necesario que me dé explicaciones. Es lógico que sea tan precavida.

Entré al baño, abrí la llave y me arremangué.

Cuando entré a la sala, Yuri estaba cubierto por un edredón; apenas asomaba el rostro entre una montaña de capas acolchonadas. Mi primera reacción al verlo fue de alivio, porque no parecía tan enfermo como recordaba a Ellie. Me recordaba en cambio a un pajarillo. Su cabello rubio estaba alborotado, como si fueran plumas. Tenía la misma piel

pálida y las mejillas marcadas de su madre. Un par de enormes ojos azules me estaban mirando.

—Tú debes ser Yuri —le dije. Ahora era yo la que parecía un pajarillo. Noté que mi voz había sonado increíblemente aguda.

Yuri bajó las cobijas hasta su cintura y pude ver que seguía en pijama. Eran de esas antiguas, con camisa de botones y estampado azul con rojo, como las que usaba mi padre.

—Soy la señorita Topper y voy a ser tu profesora de Lengua y Literatura Inglesas.

Levantó la mano que tenía encima del edredón y me hizo un saludo débil. Le sonreí.

—Yuri, vamos a pasarla bien este año juntos. —Me senté, dejé mi bolsa en el suelo y saqué un fólder—. Leeremos muchos libros increíbles… —Alcé la mirada para verlo—. ¿Te gusta leer?

Descubrí que había dos libros de texto en la mesita junto a él; eran de Matemáticas y de Ciencias. También vi un Game Boy de bolsillo. Pero, por lo demás, no había evidencia de que leyera por placer.

Mi pregunta quedó sin responder. En cambio, los ojos de Yuri se desviaron hacia el comedero de los pájaros junto a la ventana. Dos estorninos picoteaban una montaña de semillas y su cola emplumada subía y bajaba. El piso del porche, de madera de cedro, estaba salpicado con un montón de semillas caídas y hojas húmedas.

—Mmm… —Intenté reenfocar la conversación—. ¿Leíste algún libro este verano? —Sabía que la escuela había mandado una lista de lecturas sugeridas a todos los estudiantes de sexto año.

Una vez más, Yuri no respondió. Su mirada seguía fija en la ventana y en los pájaros afuera, como si los envidiara por estar al otro lado del vidrio.

—Si leer no es lo tuyo…, entonces ese va a ser mi reto personal este año…, hacer que lo sea. —Solté una risa forzada—. Pero, mientras tanto, ¿por qué no me platicas qué te gusta?

—Desearía no estar aquí adentro todo el día —respondió inexpresivo.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Todas mis esperanzas de cautivar a Yuri con mi inagotable energía y creatividad estaban empezando a desaparecer.

—Me imagino lo frustrante que debe ser no poder ir a la escuela como todos los demás —dije, eligiendo las palabras con cuidado.

—No puede imaginarlo —respondió mientras me miraba a los ojos—. Nadie puede.

Durante varios segundos, el silencio entre nosotros fue incómodo y opresivo. No tenía la posibilidad de desviar mi atención a los demás niños, como ocurre en el salón. Tampoco podía pedirle a otro alumno que rompiera el silencio, ni contaba con el recurso del pizarrón para comenzar a escribir un nuevo tema. Éramos solo él y yo, y sentía que me estaba hundiendo en arena movediza justo frente a sus ojos.

Por suerte, la voz de Katya flotó en el cuarto como una balsa salvavidas.

—¿Yuri? ¿Señorita Topper? —Estaba parada en el umbral de la sala, sosteniendo una charola con galletas y dos vasos de leche—. Dijo que no quería té, pero ¿quizá pueda tentarla con unas galletas?

—Acaba de descubrir mi debilidad. —Reí—. En mi familia, la comida es la lengua materna.

Katya sonrió y dejó el plato de galletas en la mesa que nos separaba.

—Espero que Yuri se esté portando bien con usted. —Lo miró y le hizo un gesto, como si hubiera estado escuchando nuestra reciente conversación—. Como puede ver, no lo pone muy contento estar todo el día en casa.

Yuri estiró una mano y tomó una galleta. Un pequeño velo de azúcar glas le cubrió los labios.

—Creo que, una vez que lo conozca, se dará cuenta de que Yuri es un niño muy inteligente —dijo Katya, alzando la charola. Tenía una gracia que parecía totalmente natural en ella y la hacía parecer muy distinta de la mayoría de las madres que yo había conocido.

Yuri tomó otra galleta y miró hacia la ventana. No hizo ningún intento por contradecir el comentario de su madre, como hacen de pronto los niños enfadados.

Una vez que Katya salió, volví a tratar de interesar a Yuri en las actividades que había preparado para nuestro año juntos.

—Bueno, según te había dicho, vamos a leer muchos libros increíbles… y a hacer cosas muy divertidas, como nuestro propio cuaderno de escritura. A todos les encanta decorarlos. Ya verás…

Pero era evidente que Yuri no me escuchaba. Sus ojos habían vuelto a la ventana. El último estornino que quedaba en el porche batió sus alas y se elevó. Mientras me agachaba para sacar mi libreta de la bolsa, pude notar que Yuri se alejaba de mí sin decir una sola palabra.

3

A lo largo de las siguientes semanas estuve en casa de los Krasny en seis ocasiones, y cada una de mis visitas fue menos productiva que la anterior. Yuri no hacía la tarea que le encargaba. Le había dejado un ejemplar de *Donde crece el helecho rojo,* la novela que mi grupo de lectura de nivel intermedio estaba estudiando en Franklin. Intenté abordarla con él, pero era evidente que ni siquiera se había molestado en abrir el libro. Pensé en acudir con el director Nelson y decirle que quizá tendría que considerar reemplazarme porque no estaba logrando establecer una conexión con Yuri. Mi frustración me pasaba factura.

—Lo más irónico de todo —me quejé con Suzie mientras bebíamos café— es que tengo autoridad sobre veinticuatro alumnos en mi salón de clases, pero no logro establecer un vínculo con el único que se sienta justo enfrente de mí. ¿Cómo es posible eso?

—Creo que estás siendo muy dura contigo misma —me respondió.

—No estoy tan segura. Quizá simplemente no sirvo para esto. Tal vez no soy tan buena maestra como pensé que era.

—No digas tonterías —me interrumpió Suzie—. El chico está pasando por un mal momento. Está encerrado en su sala todo el día, sin poder ir a la escuela como los demás niños. ¿Por qué crees que estaría dispuesto a vincularse contigo de inmediato? Debes dejar de pensar que es un niño común y corriente, porque no lo es. Su situación es extraordinaria… y él también.

Hice una mueca. Sabía que Suzie tenía razón, pero era muy difícil pensar con claridad cuando mi fracaso me resultaba tan terrible.

—El asunto con los niños, Maggie, es que enseguida perciben cuando estás esforzándote demasiado. Es casi como si lo olfatearan. Probablemente en este momento Yuri odia a todos los que se empeñan en ponerle buena cara cuando lo ven.

Sabía que tenía razón. Me estaba esforzando demasiado.

—Los niños deben sentir que pueden confiar en ti. Y quizá con algunos chicos lleva más tiempo ganarse esa confianza.

Resultó mucho más difícil de lo que preví parecer relajada frente a Yuri y no presionarlo demasiado. Pero algo inesperado sucedió entre nosotros, algo que no podría haber previsto y que logró acercarme al chico: el beisbol.

Esa tarde llegué a su casa con veinte minutos de retraso. Un accidente cerró la carretera 25A y tuve que tomar dos atajos. Cuando me presenté, Katya parecía preocupada.

—No sabíamos si vendría hoy. Siempre es tan puntual.

—Hubo un accidente grave en la 25A —me disculpé.

—Yuri está en la sala viendo la televisión. Le dije que podía ver un partido porque creí que usted no se presentaría.

—No hay problema —respondí y me quité la bolsa del hombro—. Voy a lavarme las manos y lo saludo después.

Encontré a Yuri con los pies en un puf, el cuerpo echado hacia delante y los ojos fijos en la televisión. Cuando entré en la sala, volteó a verme. Parecía alarmado. No quería dejar de ver el juego.

—Hola. ¿Quién va ganando?

—Los Yankees van perdiendo con los Orioles. Cinco a cero, en la parte baja de la novena entrada. —Su voz sonaba tensa—. Sacaron a Clemens y ahora picha Grimsley. Es una lástima que no puedan meter a Rivera.

Sonreí y me senté junto a él a ver el juego.

—Tienes razón —dije—. Son muchas carreras de diferencia para meter a un cerrador.

Yuri me miró y sonrió. Algo extraño sucedía. Aunque estábamos en silencio, sentí que la energía de la habitación había cambiado.

Pasé la siguiente media hora con Yuri mirando la última entrada del partido. Fue una oportunidad para observar cómo interactuaba con los jugadores que estaban en la pantalla. El niño apático y desinteresado que había conocido en las visitas anteriores se transformaba en un fanático increíblemente apasionado y bien informado. Verlo en esa nueva faceta me hizo darme cuenta de que, para Yuri, no había nada más vital que el beisbol.

Yo no era una neófita total del juego. De hecho, me consideraba una aficionada bastante aceptable; lo suficiente para saber lo que era un *cerrador*, por lo menos. Cuando éramos niños, mi hermano mayor era un fanático a muerte de los Mets, al igual que Bill. Me encantaba ir a los partidos y dejarme envolver por la energía positiva que rodeaba el pasatiempo favorito de Estados Unidos. Incluso Bill me compró el uniforme de Al Leiter y lo usaba cuando asistíamos a algún encuentro en el estadio Shea.

Pero evidentemente no estaba al nivel de Yuri, quien citaba las estadísticas de los bateadores cuando llegaban al montículo. Habló de sus cuatro jugadores favoritos —Pettitte, Posada, Rivera y Jeter— y explicó por qué hicieron que los Yankees fueran tan grandes.

Cuando terminó el partido, Yuri tomó el control remoto y apagó la televisión.

—Gracias, señorita Topper, por dejarme terminar de ver el juego. Se lo agradezco.

—Fue un placer verte tan interesado. Sabes mucho de beisbol, ¿verdad?

Sonrió.

—A mi papá y a mí nos gustan mucho los Yankees.

—Bueno, pues te tengo una sorpresa. ¿Qué crees? Yo le voy a los Mets. —No me aguanté las ganas de molestarlo un poco.

—¡Le va al equipo equivocado!

—Ah, ¿sí? —Le seguí el juego.

—No han ganado una Serie Mundial en trece años.

—Supongo que tengo un lugarcito en mi corazón para los débiles.

—Bueno, pues ha llegado al lugar adecuado, entonces.

—¿En serio?

—Sip. —Alzó la mano y se la puso en el pecho—. Le presento a Yuri Krasny. Débil número uno.

—A mí no me pareces débil —le dije, fingiendo que no veía el altero de frascos de pastillas a un costado de la lámpara y el deshumidificador junto al sofá.

—¿No?

—Nop. E incluso, si lo fueras, lo que me queda claro del beisbol es que el jugador que menos esperas es el que saca la pelota del estadio. —Todas las conversaciones nocturnas con Bill y sus colegas de fraternidad giraban en mi mente y tuve que hurgar en el fondo de mi memoria a fin de hallar la comparación adecuada para impresionarlo—. ¿Sabes? Como Bucky Dent cuando pegó aquel jonrón —añadí.

—¿Dijo Bucky Dent? —La incredulidad se le notaba en la cara—. ¿Sabe quién es?

De milagro se me quedó grabada la anécdota que Bill le contó a un amigo de Boston que nos visitó durante el verano sobre el famoso jonrón de Bucky Dent contra los Medias Rojas.

—Claro que lo sé. Era un tipo bajito, no muy buen bateador. Pero aun así pegó uno de los *hits* más importantes en la historia de los Yankees.

Vi cómo se le mudaba el rostro. Una vez más, noté que de pronto algo cambiaba entre nosotros y, al saber que teníamos un interés en común, me sentí más animada.

Por fin tenía el gancho que había estado buscando. ¿Quién habría dicho que escuchar a Bill y sus amigos hablando interminablemente sobre beisbol todos estos años me resultaría útil? Pero, sin duda, así era.

Yuri alzó la barbilla y me miró. Entonces vi ese brillo en sus ojos. Era tan intenso que cegaba.

4

—¿Por qué te gusta tanto el beisbol? —Ahora que había conseguido la atención de Yuri, no estaba dispuesta a perderla.

—Lo que pasa con el beisbol, señorita Topper, es que es totalmente impredecible. Nunca sabes qué va a pasar… Puedes hacer la jugada correcta o la equivocada. No sabes si tu decisión es la acertada, pero debes confiar en tu instinto.

Era interesante escucharlo. Mucho de lo que decía me remitía a las decisiones que yo tomaba al dar clases.

No sabía quién estaría en mi salón o qué influencia tendría la personalidad de los alumnos en mi manera de enseñar. Había numerosos desenlaces posibles cuando comenzaba la clase que preparaba a diario. Cada estudiante traía su pequeña dosis de cambio.

Me urgía contarle a Suzie de mi avance con Yuri.

—Bien por ti —me felicitó mientras tomábamos café—. Como te dije, estas cosas suelen resolverse de manera natural si no las fuerzas demasiado.

—¿Qué haría sin ti? —la molesté.

Suzie se llevó la mano a uno de sus aretes metálicos de otoño y me lanzó una sonrisa.

—No estoy tan segura. Creo que te la pasarías dudando mucho más de ti misma.

—Por lo menos ahora tengo un plan de acción. El beisbol será el camino para que Yuri se interese más en sus lecciones.

Suzie sonrió.

—Bien, esa es la Maggie que conozco y que quiero. Estoy deseosa de ver qué pasará con ustedes dos.

Me motivó mucho saber que podía trabajar con el amor que Yuri sentía por el beisbol. Antes de volver a su casa, necesitaba hallar una novela que pudiéramos utilizar en los *clubes literarios*, esas discusiones informales que organizaba en mis clases.

Cuando Bill llegó a casa esa noche, me encontró hincada frente a las cajas de libros que adquirí durante la última feria del libro.

—Hola —dijo, al tiempo que colocaba su portafolios en la silla y se quitaba el saco—. ¿Cómo te fue en la escuela? —Debajo de su camisa blanca almidonada podía verse el contorno de su fornida espalda. Una corbata de seda a rayas doradas y azul marino, con el nudo ya aflojado, colgaba de su cuello.

—Perdona que no haya hecho la cena. ¿Quieres que pidamos comida china? —pregunté,

alejándome de las cajas de libros.

Lo escuché entrar a la cocina y abrir el refrigerador. Segundos después, se oyó el conocido destape de una cerveza; luego, el inconfundible suspiro de satisfacción que sigue al primer trago.

—Sí, seguro. El Golden Wok es buena opción. —Regresó a la sala y se quitó la corbata.

—¿Sabes? Hoy me salvaste… ¿Te acuerdas de ese estudiante del que te he hablado…, con el que me estaba costando hacer clic? Bueno, por fin logré abrirme camino y fue gracias a algo inesperado.

Bill me miraba confundido. Me acerqué a él y lo besé.

—Escucharte todos estos años me ayudó con ese estudiante en particular. Y, ¿sabes?, estaba a punto de darme por vencida con la tutoría.

—Bueno, ya deja de dar rodeos, Maggie. ¿Cómo fue que te ayudé? —Le dio otro trago a su cerveza.

—Con el beisbol. Parece que ahora tenemos una pequeña rivalidad Mets-Yankees.

—¿En serio? Me da mucho gusto haber sido de utilidad.

—Sí, resulta que el chico es fanático empedernido de los Yankees. No sé cómo, me acordé de un comentario sobre Bucky Dent que te escuché hacer alguna vez. Sin duda fue un momento de inspiración divina.

Sonrió, un tanto divertido.

—Tengo plena confianza en ti —dijo—. Sé que para el final del año lograrás que tu alumno ame a los Mets. —Se fue a sentar a la silla y alcanzó el control remoto—. ¿Llamas tú o llamo yo al Golden Wok? —preguntó, cambiando los canales.

—Estoy en deuda contigo —bromeé—. Yo lo hago.

5

Estaba acostumbrada a buscar claves en los trabajos de mis estudiantes. Una sola frase podía arrojar luz sobre lo que pasaba en su familia o develaba cierta ansiedad oculta. El mejor de los casos, sin embargo, era cuando una de esas frases revelaba una pasión. No me importaba si era por la música o por el beisbol. Tenía la profunda convicción de que, si hay algo en tu vida que ames verdaderamente, eso te sostiene.

No se me olvidaba que mi primera pista para llegar al corazón de Yuri era el beisbol, pero aun así no había hallado el libro adecuado para que lo leyéramos juntos. Bill no recordaba cuál era su libro favorito a los doce años, así que pensé que tendría mejor suerte con mi hermano Charlie, que vive en Boston.

—Eso es fácil, Mags. *Shoeless Joe*. Ese libro inspiró *Campo de sueños* y ¿qué niño de doce años al que le guste el beisbol no ama esa película? Espérame un segundo; veré quién es el autor, porque creo que todavía tengo mi ejemplar.

Me reí para mis adentros. Parecía que Charlie había heredado mi costumbre de arrastrar libros viejos con todas las mudanzas.

—Aquí lo tengo. W. P. Kinsella. Le va a encantar. Tiene todo… Beisbol… Magia. Una leyenda hecha realidad. —Se estaba emocionando con solo recordar el libro—. La posibilidad de enmendar viejos errores…

—Eres increíble. Te debo una.

—¿Una? Diez, más bien —bromeó.

—¿Van a venir tú y Annie para Acción de Gracias?

—¿Crees que mamá me dejará escapar? —Podía imaginarlo sonriendo detrás del teléfono—. Sí, ahí estaremos. ¿Papá nos va a deleitar tocando uno de sus nuevos violines?

—Puedes apostar la vida a que sí… Entre platillos, entra Paganini.

—No puedo esperar, Mags. Y cuéntame si le gustó el libro al niño.

Unos días más tarde, estaba frente a la casa de los Krasny con dos ejemplares de *Shoeless Joe* que había sacado de la biblioteca de la escuela en la bolsa.

Había sido un día cansado en Franklin. Uno de mis estudiantes golpeó sin querer a una niña en la cabeza con la mochila al dar un giro. Sin duda, se trató de un accidente, pero la niña golpeada se quejaba de náuseas y la enfermera tuvo que llamar a sus padres y advertirles que debían estar atentos por si había síntomas de conmoción cerebral.

Como necesitaba un poco de fortaleza antes de mi tutoría con Yuri, busqué un dulce o

un chocolate en todos los rincones de mi bolsa. Encontré un caramelo de manzana verde medio derretido y me lo eché a la boca.

Katya abrió la puerta. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y usaba un largo suéter holgado de cuello de tortuga y pantalones de mezclilla. En sus ojos se veía que no había dormido lo suficiente. Se tomaba los codos con las manos, como si tuviera frío permanentemente, a pesar de que su casa era acogedora y templada.

—Gracias por venir, señorita Topper. —Caminó hacia el vestíbulo.

—Oh, llámeme Maggie. Vamos a estar viéndonos muy seguido.

Mientras estaba parada junto a Katya, no pude evitar sentirme como un mamut comparada con ella. Sin zapatos mido 1.77 metros, y hoy traía botas. Parecía treinta centímetros más alta que mi anfitriona. Ella se veía tan delicada y frágil que me costaba trabajo acallar la voz de mi madre en mi mente, diciendo: «Que Katya se siente y coma algo, por favor». Yo jamás fui delgada. Mi constitución tendía más bien hacia lo atlético, a pesar de que nunca fui buena en los deportes. Katya estaba demasiado delgada. Bajo su piel, blanca como la porcelana, podía verse la fina trama de sus venas azules.

Cuidar de un hijo enfermo debía ser algo extremadamente estresante. Yo tenía muy vivo el recuerdo de la transformación de la señora Auerbach, cuya figura pasó de ser maternal y robusta, a enjuta y encorvada, consumida por el padecimiento de Ellie. Sabiendo que no podía hacer gran cosa para que Katya ganara algo de peso, ofrecí lo único que estaba en mis manos: una sonrisa de solidaridad.

Katya no sonrió de vuelta; en cambio, se acercó un poco a mí.

—Algo hizo bien con Yuri la última vez que vino… —Se mordió un poco el labio inferior; la piel estaba reseca—. Su ánimo mejoró notablemente después de su visita.

—Me alegra mucho que hayamos congeniado, pero creo que vamos a tener una pequeña rivalidad Mets-Yankees entre nosotros —dije, riendo.

—Sí, el beisbol es lo que más le gusta —respondió en voz baja—. Nunca tendrá la resistencia para jugarlo (su corazón no es lo suficientemente fuerte), pero cuando lo ve por televisión me doy cuenta de que imagina que es parte del equipo.

Puse mucha atención a las palabras de Katya. Debajo de su encantador acento ucraniano había una solemnidad cargada de tristeza. Desvió la mirada. Un único rayo de luz que entraba por una de las ventanas iluminó el lado derecho de su cara. Por un momento, su figura me transportó a la única clase de Historia del Arte que tomé en la universidad y a los rostros de los santos con sus aureolas doradas.

—No ha sido fácil para él…, para nosotros.

Pude ver cómo se empezaban a llenar de lágrimas sus ojos azules. Giró la cara y me mostró su perfil izquierdo; con sus largos dedos blancos apretaba las mangas de su suéter de lana.

—Nació con un defecto en el corazón llamado anomalía de Ebstein —continuó—. Por suerte, mi esposo y yo emigramos de Ucrania antes de que yo quedara embarazada, y él nació aquí. Si aún viviéramos en Kiev, probablemente ya no estaría con nosotros… —Su

voz se quebró—. Pero tuvimos la fortuna de que el director del departamento de Biología Molecular de la Universidad de Stony Brook becara a mi esposo.

—Fue una gran fortuna —coincidí.

—Sí —respondió con suavidad—. Pero el defecto en el corazón de Yuri sin duda no lo fue.

Cuando entré a la sala, Yuri estaba sentado en el sillón reclinable con una manta que lo cubría hasta la cintura. Su pelo rubio estaba bien peinado y traía puesta una camisa de rugby a rayas que lo hacía ver mucho más alegre que en nuestro primer encuentro.

—Hola, campeón. —El apodo salió sin pensarlo. Así le decía mi padre a mi hermano cuando éramos chicos, y a Charlie parecía gustarle. Forcé la voz para que sonara una octava más alta de lo normal, con el fin de parecer más animada—. ¿Cómo te sientes hoy?

Sus ojos me siguieron mientras jalaba una silla para quedar cerca de él. Me senté.

—Estoy bien. —Se despejó el pelo de la frente con la mano. Sus ojos parecían brillar mientras yo me esforzaba por sacar mi fólder y el libro de mi bolsa.

—Te ves bien. Me gusta tu camisa.

Se palmeó el pecho y sonrió.

—¿Vio el juego de los Mets anoche? —Estaba ansioso por llevar la conversación de inmediato hacia el beisbol.

Vacilé por un momento. No sabía ni siquiera que habían jugado. Me había ido a dormir mientras Bill seguía en la planta baja, quizá viendo el juego por el cual ahora Yuri me preguntaba.

—Piazza pegó otro jonrón. Creo que los Mets tienen posibilidades de llegar a la postemporada este año… Ya era hora.

—En una de esas, ¿verdad? —Me reí, aunque al mismo tiempo sentí el temor recorriendo mi cuerpo. Me gustaba el beisbol, pero era claro que mis conocimientos no estaban al nivel de los de Yuri.

—Le voy a perdonar por esta vez que no haya visto el juego de ayer —bromeó.

—Estaré mejor preparada para la próxima —prometí. Saqué las tareas que teníamos que cubrir y los ejemplares de *Shoeless Joe,* y puse todo sobre la mesita que estaba entre nosotros—. Bueno… —añadí—. Tengo un par de cosas para ti hoy. Un esquema de lo que haremos en clase durante las próximas cuatro semanas y, también, una sorpresita.

—¿Qué tipo de sorpresa? —Las cejas rubias de Yuri se alzaron.

Le mostré el libro.

—Este año tendremos clubes de lectura en clase. Así que tú y yo haremos el nuestro aquí en tu sala.

Le entregué el libro y dejé que estudiara la portada. Aparecía la fotografía en blanco y negro de Shoeless Joe Jackson con su antiguo uniforme de los Medias Blancas. La imagen tenía de fondo un colorido maizal.

—¿Viste alguna vez la película *Campo de sueños*? —le pregunté.

—¡Por supuesto! ¡Es una de mis favoritas! La vi con mi papá.

—Bueno, esta es la novela que inspiró esa película.

—¿Quiere decir que estaba basada en un libro? —Yuri puso cara de asombro.

—Sip. A mí también me sorprendió cuando me enteré.

—Pasan cosas muy locas en esa película… Es imposible que hayan ocurrido en la vida real. Como todos los fantasmas de los Medias Blancas originales que salen de la nada…

—Esa es la magia de la escritura. Todo es posible —dije, riendo.

Le dio la vuelta al libro y leyó los elogios de la contraportada.

—Este es tu ejemplar, Yuri —le dije—. Lee los dos primeros capítulos para el jueves; yo haré lo mismo. Luego podemos discutirlo… Tendremos nuestro propio club de lectura, como el que tengo con los demás estudiantes en Franklin. —Me recargué en la silla—. Y quiero que esta vez leas el libro, no que lo evites como pasó con *Donde crece el helecho rojo*.

—Es sobre beisbol, señorita Topper, ¿cómo podría dejar de leerlo? —Rio—. ¿Se acuerda de la frase que dice Kevin Costner en la película: «Si lo construyes, ellos vendrán…»?

—Sí, claro.

Le di unas palmadas al libro. La melancolía que sentí al entrar por primera vez a la casa de los Krasny se estaba disipando.

—Todo eso está ahí. —Sonreí—. Ya verás.

6

27 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

No hay clase de danza hoy, domingo, así que Katya despierta tarde. La taza de té negro de Sasha sigue en la mesa de la cocina; su abrigo está sobre el sillón. «Un día más de calor inusual», dice para sí misma, al tiempo que abre la ventana y deja que la luz de la mañana entre en el departamento. Afuera, el jardín está extrañamente silencioso. No hay una sola ave ni rastro de una ardilla.

Mientras se cambia de ropa se mira en el espejo. Los músculos de sus piernas parecen cuerdas tensas. En su espalda se ven las líneas rojas, delgadas y furiosas que dejan los rasguños de madame Vaskaya. Aún puede escuchar las reprimendas de su profesora: «¡Los hombros hacia atrás! ¡Los hombros hacia atrás!».

La satisfacción es una emoción imposible para madame Vaskaya. Cuando las niñas no alzan las piernas lo suficiente, se les acerca y les bufa al oído: «¡Más alto! Tu arabesco debe tocar el cielo». En la cinta que circunda la cintura de su falda guarda un encendedor. Si el pie de la bailarina no está colocado como ella lo desea, saca el encendedor y lo prende debajo de la pierna. Katya todavía tiene en la mente la imagen de la pierna de su amiga Olga temblando por el esfuerzo de alejarla de la flama.

De su cajón, Katya saca un brasier y unos calzones. Se los pone, junto con sus mallas y un vestido con estampado de flores que su madre le dio de regalo de cumpleaños.

Le prometió a su madre que más tarde ese día iría a verla y a hacer pan de Pascua con ella. Su madre se esfuerza para que Dios esté en su casa, a pesar de que el gobierno soviético y sus escuelas aspiran a tener una población atea. Katya recuerda con facilidad las tardes de su juventud, cuando a ella y a su hermana las llevaban por la fuerza a la iglesia, donde todas las bancas estaban llenas de viejecillas y no había casi ningún niño.

Pero ahora las tradiciones reconfortan a Katya. Espera con ansias ver a su hermana; ambas trenzarán la masa para formar figuras decorativas. Rosas y cruces. Y más tarde hervirán huevos con piel de cebolla para intensificar su color, antes de colocarlos en una canastilla de paja junto a la kielbasa, el rábano, la mantequilla y el queso. Se quedará hasta la hora de la cena, e irán todas juntas a la liturgia para llevar la canasta ceremonial a que la bendiga el padre. Sasha permanecerá en casa con sus libros. La madre de Katya se molestó mucho cuando se enteró de que su hija se casaría con un judío. No podía romperle el corazón a su madre, así que no le dijo la verdad: Sasha se consideraba un hombre de ciencia y no compartía con ellas su fe en Dios.

—¡Qué calor hace hoy, Katya! —se queja su madre al abrir la puerta. Es evidente su desconcierto. Lleva una mascada atada a la cabeza y el cabello recogido debajo. Cual búho clarividente, sus enormes ojos azules dan la bienvenida a Katya. Su mandil, atado a su amplia cintura, está manchado de harina—. Es un clima rarísimo para el mes de abril. —Hace pasar a su hija—. Parece como si fuera julio.

Katya entra a la cocina. En la estufa hay una olla llena de leche tibia con azúcar. Una hogaza ya está en el horno y su aroma dulce, a levadura, inunda la casa.

—¿Ya empezaste a hacer la *paska*? —pregunta Katya, refiriéndose al pan de Pascua.

En la mesa hay un gran tazón de metal repleto de harina, mantequilla y huevos.

—Sí. Yulia está en el jardín, trenzando parte de la masa.

Katya se lava las manos y se sirve agua de la llave en un vaso.

—Estoy tan sedienta después de la caminata —dice y vuelve a llenar el vaso. Se pone un delantal y el cinto le da dos vueltas a su delgada cintura—. Voy a ayudar a Yulia.

El jardín brilla bajo el sol. Yulia está sentada frente a una mesa de madera con una charola y un tazón colmado de masa. Hace largas cuerdas que luego acomoda en forma de rosetas y de cruces. Katya toma asiento a su lado y empieza a ayudarla.

—Como en los viejos tiempos —reflexiona Katya mientras pellizca a su hermana menor.

—El jardín está muy callado hoy —murmura Yulia—. No he visto ningún pájaro. Y no hay un solo sonido que provenga de la colmena.

Pasaba lo mismo que en el jardín de Katya, como si la Madre Naturaleza estuviera dormida.

7

27 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

Cuando Katya regresa de casa de su madre, Sasha la convence de bajar al río antes del atardecer. El segundo día de clima inusualmente cálido tiene a todos de buen humor.

—Según mi amigo Vadim, el agua se siente tan cálida como si fuera agosto —le dice mientras revuelve los cajones de la cómoda para hallar su traje de baño.

—¿Cómo es posible? —pregunta escéptica Katya—. ¡Debería estar helada por el invierno!

Él niega con la cabeza.

—Tal vez no hubo tanta nieve este año. —Se ríe y la acerca hacia él. Respira el aroma de su champú; la fragancia de manzanilla y miel que ahora asocia con el perfume de Katya—. Ve por tu traje de baño y vamos a nadar. ¡Piensa en lo suertudos que somos por poder hacer esto, cuando todavía no estamos en mayo!

Ella saca del cuarto su traje negro de una pieza y se cambia frente a él. Sasha la observa contonearse para entrar en la prenda de nailon y siente el impulso de besarla, de desatarle el top y dejar que todo caiga al piso. Casi quiere decirle que se olviden de ir a nadar, que preferiría enredarse en sus largas piernas y pasar la tarde abrazados. Pero entonces ella se da la vuelta y puede ver en sus ojos que se le ha despertado el deseo de echarse un chapuzón.

—¿Estás listo? —pregunta Katya, tomando dos toallas que se secaban en la puerta del baño.

Ambos se ponen pantalones de mezclilla y playeras encima de sus trajes de baño y salen.

—Nunca había visto un cielo tan bello. —Katya sonríe al ver el horizonte de encendidos naranjas y dorados. El sol semeja una bola de fuego. Las nubes son cúmulos color durazno.

—Sí —coincide Sasha—. Parece irreal.

El río Dniéper fluye por el centro de Kiev; sus aguas aperladas tienen el color del interior de una concha de mejillón. Katya y Sasha bajan aprisa los escalones del embarcadero, ansiosos por meterse a nadar antes de que el sol se ponga.

El río está lleno de bañistas. Las mujeres mayores, con el pelo recogido bajo sus *babushkas,* exhibiendo sus brazos flácidos y caderas con celulitis, se meten en el agua hasta las rodillas. Los jóvenes coquetean con sus novias y las mojan juguetonamente. Un

hombre solitario flota de espaldas, absorbiendo los últimos rayos de luz de la tarde.

—¡Ven! —grita Sasha, lanzándose al agua—. ¡Tienen razón! ¡Está muy tibia!

Katya se quita la playera y los pantalones, y se mete al río.

Sasha está metido hasta la cintura. Extiende los brazos hacia ella, animándola a acercarse.

—¿No es maravilloso? —dice, en un estallido de felicidad descontrolada. Todo lo que ha pasado en el día le parece mágico. Ella está en sus brazos, la piel de ambos se siente resbalosa y sus cuerpos se entrelazan.

El agua está más cálida de lo que Katya esperaba. La joven se deleita con la ligereza de sus miembros. Su pierna se mueve sin esfuerzo detrás de ella al hacer una arabesca, y el contraste entre ejecutar ese movimiento dentro del agua y en la dura duela del salón de danza la entusiasma. Arquea la espalda y extiende los brazos sobre la superficie brillante del río, permitiendo que las puntas de su pelo se mojen en el agua.

—Mi pequeño cisne blanco —le susurra Sasha y estira el brazo para tomarla de la cintura.

Katya tiene los ojos cerrados y Sasha los observa con asombro antes de besar sus labios, que esbozan una sonrisa perfecta.

8

Llegó el otoño. Los árboles parecían en llamas con sus tonos escarlata y ámbar. Una lluvia de bellotas caía sobre el techo de la cabaña por las mañanas; eran tantas que Bill se preguntaba en voz alta si no había un francotirador con un rifle de balines trepado en el árbol. Siempre tomábamos el café deprisa y dejábamos el periódico en una pila cada vez más alta de lecturas pendientes. Nos dábamos un beso sin mucha atención y nos dirigíamos cada quien a su auto.

En la escuela yo tenía cinco diferentes clubes de lectura en mis tres clases, uno para cada nivel de lectura. Había un alumno, Finn, un atleta natural que también era muy buen lector, al que le asigné *Shoeless Joe*. Descubrí que era fan de los Yankees porque con frecuencia llevaba la playera del equipo a la escuela y algunas veces tuve que recordarle que debía quitarse la gorra dentro del salón. Si en algún momento Yuri adquiría la fuerza suficiente para unirse al grupo, sería muy bueno para él tener a un compañero que no solo era buen estudiante, sino que también amaba los deportes tanto como él.

Conforme avanzamos en los talleres de escritura, comencé a asignar papeles a los estudiantes para que ellos dirigieran la discusión. Cada alumno recibía un título; por ejemplo, a la *luminaria literaria* le correspondía encontrar un fragmento que contuviera una escritura bella o descriptiva, mientras que el *mago de las palabras* se encargaba de hallar nuevo vocabulario. Los alumnos pronto participaron más activamente en el salón de clases y comenzaron a asumir sus responsabilidades.

Entretanto, el paisaje en el exterior empezó a cambiar de los últimos días de un verano tardío a un otoño en pleno. Wicks Farm, sobre la ruta 25A, ya estaba entregada por completo al entusiasmo decorativo de Halloween. Una enorme bruja negra de papel maché que existía desde que yo era pequeña se elevaba por encima del puesto de calabazas, y los cobertizos estaban repletos de telarañas falsas. Me detuve para comprar una calabaza pequeña; esa noche se me había ocurrido pintarla con las franjas de los Yankees y escribir con plumón el número del jugador favorito de Yuri. En la caja registradora vi que vendían sidra y compré un galón para regalárselo a Katya.

Al llegar a la casa de los Krasny, noté que había una corona hecha con hojas de maíz y arándanos en la entrada. Le daba un muy necesario toque de alegría a la fachada.

Cuando toqué el timbre no me abrió Katya, sino un hombre alto de pelo rubio, y supuse que se trataba del padre de Yuri.

—Hola —dije y extendí la mano mientras él abría la puerta—. Soy Maggie Topper, la tutora de Lengua y Literatura de Yuri.

—Sí, me dijo mi esposa que vendría a darle clases. Soy Sasha. —Me saludó de mano y me invitó a pasar.

En cuanto puse el pie en el pasillo, me sobrecogió un aroma a tostado que venía de la cocina.

—Algo huele delicioso —dije, aspirando el aroma reconfortante pero desconocido para mí—. ¿Qué está preparando?

—Algo de mi tierra. Kasha y cebolla. —Sonrió.

—En mi casa solo conozco la pasta —respondí, quitándome el abrigo—. Perdón por parecer tan ignorante, pero ¿qué es la kasha?

—Grano de trigo sarraceno. Es nuestra comida casera. —Esbozó una leve sonrisa y de inmediato reconocí a Yuri en sus facciones—. Es rico en vitaminas. Bueno para el niño.

Sasha movió la barbilla en dirección a la sala, donde sabía que me esperaba Yuri.

—Les traje algo a usted y a Katya —anuncié y le entregué la sidra—. Y una calabaza con franjas de los Yankees para Yuri. —Me acerqué un poco y añadí en voz baja—: No le diga todavía. Quiero que sea sorpresa.

—Bueno, si nos trajo algo, tengo que devolverle el favor… —Sasha alzó la mano como para detenerme—. Déjeme darle un tazón de kasha —insistió, evidentemente conmovido por mi gesto—. En Ucrania creemos que el alma se calienta de adentro hacia fuera. ¡Y la kasha con un vaso de sidra es mucho más saludable que con un vaso de vodka! —exclamó, levantando la sidra.

—Papá se tomó el día —me dijo Yuri mientras me sentaba junto a él. Su ejemplar de *Shoeless Joe* tenía la portada doblada y varias páginas estaban marcadas en las orillas. Se me aceleró el pulso.

—Veo que has estado leyendo, Yuri.

Sonrió, y el vivo reflejo de su padre apareció frente a mí.

—Es un buen libro, señorita Topper.

Al ver que había conseguido encontrar un libro que le gustara, el corazón me dio un salto dentro del pecho.

—¿Qué tanto avanzaste?

—Llegué hasta la parte en la que los papás de la esposa de Shoeless Joe llegan a la ciudad. Ellos no creen que él sea capaz de construir su propia cancha de beisbol, aunque la esposa y la hija sí.

—¿Y qué te pareció la manera en la que el autor entreteje la historia de Joe Jackson?

Yuri se quedó en silencio por un momento antes de responder:

—Bueno, lo primero que pensé fue que la infancia de Shoeless Joe me recordaba un poco la infancia de Mariano Rivera. Mi papá me contó que este no tenía dinero cuando era pequeño y que amaba tanto jugar beisbol que se hizo un guante con tiras de cartón.

—No lo sabía. —Me encantaba aprender de Yuri.

—Sí. Mi papá dice que, cuando Mariano llegó a las prácticas de primavera, era el único jugador que no tenía guante ni zapatos especiales.

—Pero lo que sí tenía era talento —dije, orgullosa.

—¡Sí! ¡Exacto! —Yuri estaba radiante—. A mi papá le encantan las historias de los Core Four de los Yankees: Jorge Posada viene de Puerto Rico; Andy Pettitte, de Baton Rouge; Mariano Rivera, de Panamá, y Derek Jeter, de Kalamazoo, Míchigan. Aunque provienen de lugares distintos y tienen pasados diferentes, todos han aprendido a trabajar juntos y a ayudarse a brillar.

—Es una gran manera de ver el equipo, Yuri.

—Sí, y mi papá adora sus historias porque demuestran que todo es posible en Estados Unidos si te esfuerzas lo suficiente. Dice que las cosas no son así en Ucrania.

—Creo que por eso han venido tantos inmigrantes a Estados Unidos: por la oportunidad de tener una vida mejor —coincidí.

—Pero una parte del libro me entristece, señorita Topper. Sigo preguntándome si es verdad. ¿Acaso Joe perdió a propósito la serie?

Había leído un poco acerca de la Serie Mundial de 1919 y el llamado «escándalo de los Medias Negras». Varios jugadores de los Medias Blancas fueron acusados de aceptar sobornos de los apostadores para dejarse ganar, y, una vez que salió a la luz el escándalo, esos jugadores, incluido el gran Shoeless Joe Jackson, fueron vetados de por vida del beisbol.

—Me niego a creer que él era malo —dijo Yuri con inocencia infantil.

—¿Sabes? Shoeless Joe Jackson prácticamente no sabía leer ni escribir —le expliqué—. Lo que más le gustaba en el mundo era el beisbol. Si en verdad hubiera entendido lo que los apostadores le pedían, probablemente no habría aceptado perder un partido. Además, tuvo una Serie Mundial fantástica.

Yuri miró hacia la ventana. El comedero de los pájaros no tenía semillas. Una ardilla solitaria corrió por el porche. Había hojas húmedas pegadas a la madera; semejaban enormes huellas color café.

—Odio pensar que hizo algo malo a propósito. Quizá, si lo hizo, se trató solo de un malentendido. —La candidez de Yuri era conmovedora—. Eso te hace darte cuenta de que debes ser inteligente hasta en el beisbol.

—Sin duda. —Me reí—. Y, ya que estamos en el tema del beisbol, permíteme presentarte una calabaza muy especial para inaugurar el otoño. —La saqué de mi bolsa con gran ceremonia—. Tiene las rayas de los Yankees, pero le falta el número. ¿Cuál crees que debamos darle?

El rostro de Yuri se iluminó. Escuché los pasos de su padre y, cuando volteé, Sasha estaba detrás de mí con un tazón humeante de kasha.

—Me gusta Jeter. Pero mi papá ama a Mariano Rivera.

—La calabaza es para ti, así que tú decide.

Se decidió por Mariano Rivera.

—Póngale el número 42. Aunque nunca deja de estar bajo mucha presión, ni siquiera suda y siempre cierra el partido. Quizá me traiga buena suerte.

Saqué un marcador de mi bolsa y dibujé un 42 sobre la calabaza.

—Cualquier cosa por tener un poco de buena suerte, ¿no?

Tomé el tazón de kasha y aspiré su aroma a nuez. La primera cucharada me llenó de una calidez que me recordó la sazón de mi madre. El fogón de un hogar amoroso.

Esa tarde, además de la calabaza de Yuri, llevé el cuaderno de escritura que hice cuando estuve en la escuela de Pedagogía. Mis estudiantes en Franklin ya habían recibido un cuaderno y les había dado instrucciones para que decoraran la portada con imágenes que fueran importantes para ellos. Para mí, era una manera de entender mejor su esencia.

Las imágenes que seleccionaran serían *artefactos* en sí mismos. Podían ser de todo tipo. Los alumnos podían tomarlas de periódicos y revistas; recortar letras y formar palabras que los describieran, como *artista* o *atleta*, o bien utilizar viejas fotografías familiares o postales de sus vacaciones pasadas. Una vez que terminaban, yo forraba sus cuadernos con plástico transparente para protegerlos.

En la portada del mío puse una postal de Capri, una vieja fotografía de mi hermano y yo cuando éramos niños y otra de la boda de mis padres. Además, incluí estampillas extranjeras y estampas que coleccionaba desde pequeña. Y como me encanta la comida, también recorté un triángulo de pizza y pegué las letras que formaban la palabra «tiramisú». Tomé imágenes del libro de Richard Scarry, *What Do People Do All Day?,* porque era mi favorito cuando tenía tres años; los personajes Lowly Worm y Huckle Cat eran casi amigos míos. Concluí mi labor con un pequeño fragmento de *El conejo de terciopelo* sobre cómo el amor es el único sentimiento capaz de hacernos personas reales.

Había pasado la mañana y la tarde mostrando mi obra a los estudiantes para que pudieran apreciar cómo lucía un cuaderno terminado. Apenas lo habían visto de lejos el primer día, cuando mencioné que sería parte del plan de estudios de ese año. Ahora, con esos primeros días tan distantes, se animaron mucho al enterarse de la posibilidad de hacer una manualidad, particularmente una que podían diseñar según sus propios intereses. Hice que el cuaderno circulara entre ellos.

—¡Genial! ¿Entonces podemos pegarle lo que queramos? —preguntó Finn. Traía puesto el uniforme de Derek Jeter, y no pude evitar recordar a Yuri.

—Sí, Finn. Cualquier cosa que te represente.

—¿Podemos utilizar fotografías? —intervino Óscar.

—Así es.

Rachel alzó la mano.

—¿Podemos hacerlo tridimensional?

Me quedaba claro que ella iba a ser la artista del grupo. Como Suzie, tenía una manera peculiar de elegir su ropa, de utilizarla como medio de expresión. Rachel usaba pulseras de distintos colores hasta el codo y llegaba a la escuela con calcetines dispares que se asomaban por encima de sus botas Dr. Martens. Hoy lucía una pluma morada en el cabello.

—Bueno. —Me reí—. Siempre que puedan abrir y cerrar el cuaderno. Nada más no se aloquen mucho. Aunque, claro, se trata de ser creativos.

Cuando vio mi cuaderno esa tarde, Yuri me preguntó si podía sostenerlo. Era evidente que estaba esforzándose por conectar todas las imágenes que había elegido para definirme.

—¿Le gusta la pizza?

—Me encanta, Yuri.

—¿Y ha estado en Italia?

—Sí… Mi primer año de la universidad lo pasé en Roma. También viajé un poco después de terminar las clases.

—¿Y vio el Coliseo?

—Sí. —Sonreí—. Es impresionante.

—Quisiera ir algún día. Mi papá me compró un libro sobre la antigua Roma.

Asentí, impresionada. Pocos padres les enseñaban la historia de Roma a sus hijos de doce años.

Podía ver que su imaginación lo dominaba.

—Este es el tipo de tarea que me gusta.

—Más adelante en el año vamos a escribir un ensayo sobre cada artefacto y las razones por las que lo escogiste —dije, riendo—. Pero, por ahora, tu tarea es simplemente empezar a cubrir tu cuaderno con imágenes. ¿De acuerdo, campeón?

—¡De acuerdo!

El rostro de Yuri siempre se iluminaba cuando le decía «campeón». Le di un golpecillo en el hombro y le entregué un cuaderno en blanco.

—Pero también debes seguir leyendo *Shoeless Joe,* porque quiero que escribas una descripción de una cuartilla del personaje con el que más te identificas.

Pedir a los alumnos que escribieran sobre algo con lo que se identificaran en particular era parte del plan de estudios y, conforme avanzara el año, tenían la responsabilidad de hacer anotaciones en sus cuadernos a diario. Algunos días serían textos independientes, y otros, tareas específicas; pero el objetivo era que escribieran tanto como fuera posible.

—Me muero de ganas por ver lo que vas a escribir, Yuri —confesé, sin esconder mi entusiasmo—. Una de las cosas que les digo a mis estudiantes es que, si quieren que algún texto se mantenga privado, lo único que deben hacer es doblar la página.

—Bien. Es bueno saberlo. —Yuri hizo una mueca—. Pero, mientras tanto, estoy muy emocionado por que veas mi portada —dijo, animado—. A los dos nos encanta el beisbol y la pizza.

9

Las imágenes que Yuri puso en la portada todavía tenían pegamento fresco. La fotografía de una bailarina de ballet, un recipiente de laboratorio, un santo ortodoxo ruso, una estrella de David y un talismán contra el mal de ojo. También había, obviamente, varias tarjetas de los Yankees: Derek Jeter, Mariano Rivera. Y una rebanada de pizza, una estampa con un corazón roto y una imagen, sacada de una revista, de esponjosas nubes blancas sobre un cielo azul.

—No está concluida todavía —me dijo al entregármela.

—Está muy bien, Yuri. Hay muchas cosas interesantes aquí. Esperaremos a que termines para forrar el cuaderno con plástico transparente.

Su portada estaba llena de indicios. El pulso se me aceleró. Sentía como si me hubieran dado un objeto de cristal fragmentado; con el tiempo, sería testigo de su recomposición.

—Gracias. Me divertí mucho haciéndolo. —Hoy su rostro se veía un poco menos decaído; me daba gusto encontrarlo más fortalecido—. Hice la tarea de escritura también.

—Excelente.

Tomé el cuaderno y lo abrí, ansiosa por leer su trabajo:

El personaje que más me gustó de Shoeless Joe *fue la esposa, Annie. Ella no deja de creer en su marido, aunque él está muy subestimado. Todos menos ella y su hija piensan que está loco y consideran que no podrá construir su cancha de beisbol. Pero Annie sí cree en él.*

Ella me recuerda a mi mamá, quien también cree que voy a recuperarme. No le hace caso a nadie que diga lo contrario. Mi mamá cree en mí como Annie cree en Ray.

10

28 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

Durante tres días el cielo quema de tan brillante. Todos, hombres y mujeres, tienen la piel tostada y apenas es abril.

Pero, de pronto, una nube negra se posa sobre la ciudad y el cielo se oscurece. Se pone del color de la ceniza. La gente comienza a repetir un rumor sobre un terrible incendio en el reactor nuclear de Chernóbil. Esa noche, cuando Katya regresa del estudio de danza, Sasha está sentado a unos centímetros de la televisión.

En las noticias están informando que tres días atrás ocurrió un accidente en el pueblo de Prípiat, donde se localiza la planta nuclear de Chernóbil. Pero la información es escasa y las imágenes limitadas.

—No hay razón para alarmarse —repite el presentador al aire—. El gobierno está tomando todas las precauciones necesarias.

Katya se acerca al televisor y se sienta en el sillón junto a Sasha. Se quita las mallas. Sus pies están rojos y llenos de ampollas debido a las zapatillas. Parecen dos puños apretados y doloridos, y comienza a masajearlos.

La televisión muestra imágenes de un helicóptero lanzando arena, arcilla y plomo sobre el fuego que arde en el reactor nuclear. También arrojan boro, un material que absorbe la radiación.

—Camaradas, los hombres y mujeres de Prípiat han sido evacuados. El pueblo de Ucrania está a salvo —enfatiza el presentador.

Sasha mira atentamente la pantalla; su rostro está pálido.

—El accidente está bajo control. Los bomberos han seguido trabajando en el lugar desde el momento en que ocurrió, el sábado —continúa el reportero.

Katya dobla las piernas desnudas debajo de su falda y descansa la cabeza sobre el hombro de Sasha.

—Dicen que no nos preocupemos, amor. —Busca los dedos de Sasha y se los lleva a los labios.

Sasha mueve los dedos para zafarse de la mano de Katya. Sus ojos siguen fijos en la pantalla. Las llamas del reactor brillan en cien tonalidades diferentes. Rojo. Naranja. Azul. Blanco.

—El reactor se encuentra apenas a unos cien kilómetros al norte de nosotros, Katya —dice Sasha, haciendo cálculos.

Katya puede ver al científico que vive en él. Sasha sospecha de las palabras tranquilizadoras que el gobierno emite con tanta ligereza; se pregunta qué habrá lanzado a la atmósfera el incendio en ese reactor.

Katya niega con la cabeza e insiste:

—El gobierno asegura que tiene todo bajo control.

Sasha permanece en silencio durante un momento. Luego, en un susurro, ella lo escucha decir en voz muy baja:

—Pero ellos no pueden controlar el viento.

11

—Hay un nuevo maestro sustituto para la clase de Música —me dijo en secreto Suzie durante la comida. Vestía una brillante túnica rosa de seda, pequeñas cuentas de cristal en el cuello y pantalones palazzo. Incluso su labial combinaba con la ropa—. El señor Barton tuvo que volver a Iowa para cuidar a su madre enferma.

Estábamos sentadas en el salón de maestros, y yo miraba sin ánimo mi sándwich de ensalada de atún. Me costaba trabajo comer comida fría cuando el clima cambiaba. Mi cuerpo tenía su propio barómetro. Una vez que la presión del aire comenzaba a descender y las hojas empezaban a caer de los árboles, lo que yo quería era un termo lleno de sopa minestrone caliente y un sándwich de queso gratinado.

—Es muy sexi —murmuró Suzie, y el rostro se le iluminó—. ¿Ya lo viste?

—¿A quién? —Estaba pensando en los pasajes de *Shoeless Joe* en los que quería que Yuri y yo nos enfocáramos más tarde, así que no estaba prestándole atención a Suzie.

—¡El nuevo profesor de Música! ¿Me estás escuchando, Maggie?

Volteé a verla y de inmediato noté que tenía un poco de labial en un diente.

—Tienes un poco de… —Me toqué un diente con el dedo.

—Oh, gracias. —Se pasó la lengua por el diente para quitarse la mancha rosa. Estaba por describir al nuevo profesor sustituto cuando de pronto se le congelaron las facciones —. Es él —murmuró, inclinándose hacia mí.

Me parecía que éramos dos niñas de sexto grado y no dos maestras. Pero, a decir verdad, la inmadurez no tiene límite de edad. Disimuladamente tiré el lápiz al suelo y volteé la cabeza al recogerlo.

Suzie tenía razón: el profesor era guapísimo, de cabello castaño oscuro ensortijado y ojos verdes. Además era alto y de hombros amplios. Traía un suéter de cuello de tortuga azul marino y pantalones color caqui bien planchados. Yo no lo habría descrito como sexi, pero sí habría dicho que tenía una belleza juvenil. Al mirar con más detenimiento su rostro, pude advertir que tenía una pequeña cicatriz en la sien en forma de herradura.

—Invítalo a sentarse, Maggie. —Suzie tenía los ojos desorbitados y su voz reflejaba urgencia—. Invítalo, te lo ruego.

Por el rabillo del ojo pude verlo caminar hacia la cafetera y tomar un vaso. Abrió dos paquetes de azúcar con los dientes y se los echó al café.

—Si tantas ganas tienes, ¿por qué no le dices tú? —Fruncí el ceño—. Yo tengo que revisar unas cosas de la clase. —Envolví lo que quedaba de mi sándwich de atún en el papel aluminio.

Moví la silla y estaba a punto de pararme cuando detrás de mí escuché una voz suave, casi melodiosa, que decía:

—Hola. Soy Daniel, el nuevo maestro de Música. ¿Me puedo sentar aquí?

Su voz era suave como un flan, y la amabilidad de su pregunta fue un golpe directo al estómago. En quince minutos comenzaba mi siguiente clase, así que hice lo que cualquiera en mi lugar habría hecho: me levanté y llené un par de vasos de unicel con el peor café del mundo para Suzie y para mí, y nos sentamos con él.

—Conque estás sustituyendo al señor Barton, ¿eh?

—Sí, me dijeron que tuvo que ausentarse un tiempo por razones familiares.

Ambas asentimos. Pero ahora yo escuchaba a medias. Mis ojos estaban enfocados en la pequeña cicatriz. De inmediato sentí curiosidad; parecía haber una historia detrás.

—Todos esos estudiantes y todos esos instrumentos distintos en la orquesta…, debe ser un trabajo enorme. Hay que tener mucho talento para poder tocarlos todos. —Suzie me miró y yo asentí.

—Es más paciencia que talento. —Bebió un poco de café e hizo una mueca de asco—. Mmm. No es tan bueno, ¿verdad?

—No. Lo más recomendable es comprar uno en Dunkin' Donuts antes de llegar a clases.

Ambas apartamos nuestro vaso también.

—Y ¿qué clases dan ustedes?

—Yo enseño Arte, y Maggie, Lengua y Literatura.

—Déjenme adivinar. Cuando eran niñas, a ti siempre te gustó dibujar y a ti siempre te gustó leer.

—Sip. —Reí—. Esa es la versión corta de la historia. Y a ti, ¿siempre te gustó la música?

—En realidad, sí… Creo que sí. —Cuando sonrió se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda, la forma inversa de su cicatriz.

—A mi padre también. —Las palabras se me escaparon de la boca sin poder contenerlas.

Daniel arqueó una ceja.

Me sentía con una energía extraña; sabía que tenía algo peculiar que ofrecer a la conversación.

—Sí, mi papá tocó el violín muchos años, pero ahora ha llevado su afición un paso más allá. Ahora que se retiró es laudero.

—¿Fabrica violines? —Daniel levantó la voz—. Jamás he conocido a un laudero. —Observé el entusiasmo en su rostro—. O sea, ¿qué tan seguido dice uno la palabra *laudero*? Siento que debería estar alzando un cáliz de ambrosía en lugar de este triste vaso de unicel.

Me reí; su sentido del humor era un alivio bienvenido en el ambiente rancio y a veces deprimente del salón de maestros.

—¿Tiene su propio taller?

—De hecho, sí. —No podía creer que la extraña afición de mi padre estuviera

sirviéndome para impresionar a alguien.

—Eso es fantástico. ¿Dónde?

—En el sótano de mi infancia —dije, acercándome.

—Bueno, a lo largo de la historia, algunas de las mejores obras de arte se han creado en sótanos… Todos lo sabemos.

—Es verdad —intervino Suzie—. Jamás olvidaré el proyecto estilo Jackson Pollock que salió mal. Mi mamá no quedó muy contenta con las paredes todas embarradas.

La clase estaba a punto de comenzar; tomé mi bolsa.

—Si en serio te interesa ver cómo se hace un violín, dime. A mi papá le encanta compartir su conocimiento con quienes saben apreciarlo.

—En una de esas, sí —respondió Daniel y recogió sus cosas. Lo dijo como si de verdad lo pensara.

12

30 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

Es la víspera del 1 de mayo. El clima sigue mucho más caliente de lo normal. Y aunque el reactor nuclear continúa ardiendo en Prípiat, el gobierno no ha cancelado el gran desfile de celebración. Todos estarán en las calles festejando. Katya y sus compañeras bailarinas de la escuela montarán un número con trajes típicos.

Los niños de la región han estado haciendo flores de papel que pegan en unas varitas y les han pedido que las agiten mientras caminan hacia la plaza principal de Kiev.

Madame Vaskaya ha puesto a practicar a diario a sus alumnas, desde la mañana hasta la tarde. El vestuario es pesado: faldas, crinolinas y corpiños con botones de metal. Aun así, las chicas están contentas por la oportunidad de usar esos vestidos. Usualmente solo se les permite vestir un leotardo negro y mallas color piel. Cada año, la escuela les proporciona un leotardo y ellas deben encargarse de lavarlo por las noches y secarlo sobre el radiador. Sus zapatillas de ballet no son de satín rosado; están hechas de madera pulverizada y papel, y tienen un tono azul turbio.

Katya ya es miembro de la compañía de baile. Sueña con ser primera bailarina y poder viajar a Budapest o a Praga, ya que, según las estrictas reglas comunistas, es casi imposible viajar a Occidente. Comenzó sus estudios a los nueve años; su cuerpo fue analizado por un comité comunista de expertos en danza. Le midieron la cabeza, la extensión del torso y la distancia del pie a la cadera. Le escrutaron los arcos de los pies. Una de las mujeres del panel de admisión le pidió que imitara un compás con aplausos para ver si podía mantener el ritmo.

Cuando tenía ocho años, Katya vio por la televisión a Anna Pavlova bailando en *La muerte del cisne*. El espectáculo, desde el teatro Kirov en Moscú, fue transmitido en cadena nacional. Katya aún recuerda cómo quedó embelesada con la belleza y elegancia de Pavlova, sus piernas larguísimas que parecían flotar entre la rigidez del corsé y el tutú. En aquel momento se acercó a la pantalla y empezó a imitar los movimientos de ballet.

—¡Increíble! —dijo su padre desde el sillón en el que fumaba un cigarro—. ¡Tenemos nuestro propio cisne!

Sus tías estaban sentadas en la mesa de la cocina tomando té negro.

—Mira, Oksana —le dijeron a su madre—. Iván tiene razón.

—Tiene gracia natural —apuntó la hermana mayor de su madre—. Deberías llevarla a las audiciones de septiembre. El teatro de Kiev cuenta con una academia de ballet y

escogen a las bailarinas cuando tienen la edad de Katya.

Su madre no les respondió ni a sus hermanas ni a su marido. Simplemente se quitó el delantal y se sentó a la mesa. Cuando Pavlova extendió la pierna para realizar un arabesco perfecto, Katya vio en la televisión el reflejo del rostro de su madre. No era una mirada de asombro ante lo que hacía Pavlova; tampoco era un gesto de desinterés. Era la inconfundible expresión de la añoranza.

13

Mayo de 1986
Kiev, Ucrania

El presentador de noticias anunció que el incendio en Chernóbil había sido controlado por los valientes bomberos que arriesgaron su vida para apagar las llamas. Pero en Kiev les dijeron que mantuvieran las ventanas cerradas y que evitaran pasar muchas horas en el exterior. En el estudio de ballet, una de las bailarinas le contó a Katya que su hermano pequeño y todo su grupo habían sido trasladados en autobús a un campamento en el sur de Ucrania por lo que restaba del año para que no tuvieran que preocuparse por la radiación en el ambiente.

Katya no sabe qué quiere decir la palabra *radiación*. No se puede ver ni oler y, sin embargo, las ventanas de los departamentos permanecen cerradas aunque el clima es cada vez más cálido. El gobierno está enviando panfletos por correo en los que detalla las precauciones que han de tomarse. Todos deben tener dos pares de zapatos, uno para el exterior y otro para el interior de la casa. El agua para cocinar debe hervirse, y las frutas y verduras, pelarse.

Katya solía anhelar despertar por las mañanas escuchando el gorjeo de los pájaros afuera de su departamento, que se ubicaba en la planta baja. Desde que se mudaron estaba emocionada por ser una de las pocas inquilinas con un pequeño jardín propio. Pero, desde el accidente de Chernóbil, ya no la despertaba el canto de los gorriones, sino el escándalo de las pipas de agua que llegaban muy temprano con sus enormes mangueras a rociar el perímetro del edificio para lavar la radiación.

Ella y Sasha permanecían despiertos en la cama escuchando aquel sonido agudo. Podía percibir el enfado de Sasha cuando se quitaba las sábanas de encima e iba a la estufa a poner la tetera.

—No la pueden lavar —espetó una mañana, una vez que la pipa partió a su siguiente destino. Pegó la palma de la mano contra la ventana y sacudió negativamente la cabeza—. ¿Y cuánto tiempo tendremos que mantener las ventanas cerradas, si cada día salimos a trabajar y respiramos el aire? —Volteó a verla—. No tienen idea de lo que nos han hecho, Katya.

Odiaba cuando él hablaba así; el gobierno había insistido en que se habían tomado todas las precauciones necesarias para que estuvieran seguros. Aun así, a ella le seguía pareciendo extraño que hubieran mandado a la mayoría de los niños a unas vacaciones de verano anticipadas en el sur. ¿Qué tan seguro podía ser para todos los demás, si no era

seguro para los pequeños?

Y, entonces, una tarde de finales de julio, cuando el verano saturaba ya el ambiente, Katya notó que alguien, en uno de los departamentos superiores de su edificio, había abierto la ventana. Un par de mujeres mayores sentadas en unas bancas también lo señalaron.

Al día siguiente, vio que había dos ventanas abiertas más.

—¿Crees que eso significa que ya es seguro dejar que el aire entre en el departamento? —le preguntó a Sasha esa tarde. Las dos semanas anteriores, el calor había sido insoportable, y, pese a que ellos tenían dos ventiladores, el aire que circulaba era denso y tibio.

—Yo preferiría que no lo hiciéramos —respondió él—. Aunque, pensando de forma lógica, si salimos a diario al trabajo y a hacer las compras, en realidad no hay gran diferencia.

Para la siguiente semana, casi todos en el edificio habían abierto las ventanas.

—¿Qué crees que signifique? —preguntó Katya.

—Creo que es señal de que todos se han rendido. —Respiró profundo y se acercó a la ventana—. Y que la vida debe continuar.

Esa noche durmieron mejor de lo que habían dormido en semanas. Hicieron el amor sin que las sábanas los cubrieran y con la ventana abierta de par en par. Las cortinas de raso del departamento se mecían un poco, como una bandera blanca ondeando en la brisa.

14

Yuri llenó su cuaderno de escritura con historias y poemas. Sin embargo, la suya era la única libreta que aún no forraba con plástico.

—Quizá quiera añadirle otra cosa. No me parece que esté terminado todavía. ¿Podemos esperar un poco más?

No había razón para decirle que no. Mientras tanto, le pedí que escribiera sobre la imagen de beisbol que había pegado en la portada, y esa noche, mientras Bill roncaba a mi lado, estiré las piernas bajo las sábanas y leí lo que había escrito.

Me gusta el beisbol porque requiere mucha inteligencia. Miles de niños juegan futbol porque es fácil: corres y pateas un balón hacia una portería. Pero en el beisbol tienes que llevar registro de los jugadores que están en las bases, así que la matemática del juego siempre está cambiando. Mi papá dice que a él le gustan las estadísticas, y a mí también. El beisbol es como matemáticas en vivo. Es mucho más interesante que un libro de texto. También me gusta que la probabilidad cambie cada vez que alguien va a batear. Cada jugador tiene la posibilidad de modificar el partido. Aunque el doctor le dijo a mi mamá que no es buena idea que yo juegue en un equipo, colecciono tarjetas de beisbol como muchos otros niños. Algunas veces pego las tarjetas en la pared e intento armar el equipo perfecto. Es una manera muy divertida de imaginar a quiénes ficharía para mi equipo si fuera gerente general. Un día quizá yo sea uno de los que eligen a los jugadores. No podré correr en la cancha, pero por lo menos estaré involucrado en el beisbol.

Observé su letra, que era mucho más clara que la de la mayoría de los niños de mi clase de sexto. Todos ellos estaban apurados por salir del salón; miraban una y otra vez el reloj y calculaban cuantos minutos más faltaban para el recreo o para tomar su almuerzo. Querían estar afuera, o en el gimnasio jugando basquetbol. Mi hermano era así también a esa edad; escuchábamos el interminable sonido de una bola golpeando su guante y el tronido del bat de nuestro vecino cuando jugaba en el jardín.

Pero el texto de Yuri me hizo evocar lo que me dijo cuando descubrí que le gustaba el beisbol: que le encantaba la gimnasia mental que implicaba, todos los posibles resultados cada vez que un nuevo bateador se paraba a un lado de la base. Claro, a Yuri y a su padre científico les fascinaba hacer todos esos cálculos juntos. Para un niño que no podía jugar, era una manera de participar activamente en compañía de su padre.

Pasé a la siguiente página del cuaderno de Yuri; le había pedido que buscara un pasaje descriptivo de *Shoeless Joe* que le hubiera gustado y que explicara por qué lo había elegido.

Mi pasaje descriptivo favorito en Shoeless Joe es cuando Ray Kinsella está sentado junto al autor J. D. Salinger en el estadio Fenway Park mirando un juego y le cuenta sobre su campo mágico en Iowa: «Me gustaría llevarte ahí. Nos sentaríamos en las gradas que construí atrás del jardín izquierdo. Los hot dogs son como los de antes, largos, gruesos y asados en una parrilla con cebolla, y se les puede untar mostaza con un palo de paleta, y también hay botes con aderezo verde».

Me gustó ese pasaje, primero, porque describe comida, y a mí me encanta comer. Pude imaginarme esos hot dogs sabrosos y el chorrito de mostaza. No me gusta el aderezo verde, pero incluso eso sonaba tentador. El pasaje era tan bueno que le pedí a mi mamá que nos hiciera salchichas kielbasa para cenar esa noche. Envolví la salchicha en un pan y le puse un poco de mostaza extra. También me gustó el pasaje porque cuando cerré los ojos me hizo sentir que estaba sentado en las gradas mirando a los jugadores. Sentí como si estuviera en un juego de beisbol real.

Cerré el cuaderno por un momento y pasé los dedos por la portada, sobre las imágenes de beisbol y comida, y los números y el equipo de laboratorio, que eran referencias a su padre. La zapatilla de ballet seguía siendo un misterio. Y la imagen del corazón roto resultaba tan dolorosa como una herida abierta.

15

Llevaba tiempo esperando las vacaciones de Acción de Gracias. Mi hermano y Annie, su esposa, vendrían de Boston, y Bill había aceptado quedarse esos días con mi familia. Tenía la esperanza de que el largo fin de semana nos permitiera pasar más tiempo en pareja. A pesar de que nos habíamos mudado juntos, las últimas semanas Bill parecía extrañamente distante y preocupado. Consiguió dos nuevas cuentas corporativas y las horas extra en la oficina lo dejaban en estado catatónico cuando por fin llegaba a casa por la noche. Cuando estábamos en la ciudad, si uno de los dos se sentía demasiado cansado, cada quien se iba a su casa para no exponerse al enojo del otro. Pero ahora, con los dos juntos bajo el mismo techo, era imposible esconder nuestros malos humores.

—¿En serio tienes que quedarte hasta la medianoche planeando las clases, Maggie? —se quejó Bill una noche que yo tenía papeles regados por todo el suelo. Había pensado que trabajar en la misma habitación que él sería un gesto más o menos romántico, pero, más bien, mis papeles y fólderes desparramados por el piso parecían ser una distracción para él.

Era cierto que había estado llevándome el trabajo a la casa, pero ¿cómo no hacerlo? El mío no era un empleo que pudiera realizar disimuladamente en un BlackBerry, como él. Cargar con veinticinco cuadernos cada noche no es para nada sutil. Me di cuenta entonces de que las conversaciones entre Bill y yo también habían decaído en los últimos días. Para ser sincera, toda la energía que me sobraba no la empleaba en preguntarle por las dos nuevas empresas de tecnología que había conseguido asegurar, sino en mis clases y en trabajar con Yuri. A pesar de que era evidente que la distancia entre Bill y yo crecía, mi corazón no padecía de soledad. Al contrario, parecía estar extrañamente lleno.

Sabía que debía agradecérselo a Yuri. Aunque intentaba recrear con él una experiencia similar a la del salón de clases, tuve que admitir que era muy refrescante trabajar con él de forma individual. Era muy inteligente y articulado, y no teníamos distracciones durante el tiempo que compartíamos. En mis clases en Franklin siempre había un niño que llegaba tarde o que debía irse temprano, o un grupo de chicos que se la pasaban pateando la silla de alguien o intercambiando recados. Y ahora, a medida que algunos estudiantes se acercaban a la adolescencia, su desarrollo físico se aceleraba y la cascada de hormonas representaba una carga extra de distracción. No había una sola maestra de secundaria que no sintiera por momentos que estaba intentando dar clases en un circo. Yuri, en cambio, me daba su atención completa. Le entregaba todo mi entusiasmo y mis mejores ideas, y mentiría si no confesara que empecé a creerme su Annie Sullivan y que mis clases le abrían

un mundo nuevo.

Incluso Katya comenzó a ser más cálida conmigo. En mi última visita me tocó el brazo y me dijo que Yuri le había dado su ejemplar de *Shoeless Joe* a su padre para que lo leyera.

—A esos dos les encanta el beisbol —comentó, claramente divertida—. A mí, no tanto. —Era la primera vez que la escuchaba reír.

—Después de las vacaciones le pediré que escriba sobre otras cosas además de beisbol, así que no se preocupe —le prometí—. Ya verá.

Me agradeció y abrió la puerta. Afuera, el aire otoñal traía el aroma de las hojas de arce.

—Feliz día de Acción de Gracias —le dije al bajar los escalones del porche.

—También para usted. En mi país no tenemos ese día para celebrar la gratitud. Es una bonita tradición.

Asentí al despedirme. Cuando llegué a mi coche, miré hacia la pequeña casa con su techo de tejas; las persianas seguían abiertas en la ventana de la sala. A través de esta pude ver a Katya acercarse a Yuri, cubrirlo con una frazada y darle un beso en la frente.

En casa de mis padres el aroma del pavo asado y el relleno con la salvia del jardín de mi madre llenaba el ambiente. Mi hermano y Annie ya estaban sentados en la sala bebiendo sidra, y mi mamá trajinaba en la cocina; su mesa brillaba gracias a la plata pulida de los cubiertos y los destellos de los platos de porcelana.

Papá nos ofreció sidra a Bill y a mí, pero él preguntó si había cerveza.

Me mordí el labio. Si bien mi familia no era muy sofisticada, teníamos nuestros rituales. Sidra especiada el día de Acción de Gracias, vino caliente en Navidad. ¿Realmente era necesario pedir una Coors el día de Acción de Gracias?

Papá le dio un apretón cariñoso a Bill.

—Puede que haya alguna en el refrigerador del garaje. ¿Por qué no vas a ver qué logras encontrar?

Miré al piso en lo que Bill se dirigía al recibidor para salir hacia el garaje. Sentí el aguijoneo de la culpa. ¿Estaba siendo demasiado dura con él? Nada de esto me habría molestado cuando estábamos en la universidad y, sin embargo, ahora me sentía cada vez más enfadada.

—Puedes sacar al muchacho de la fraternidad, pero no puedes sacar la fraternidad del muchacho —bromeó mi padre—. Supongo que no le gustará escucharme interpretar algo de Mozart con mi nuevo violín.

—No creo, papá. Pero a mí sí. —Bebí un sorbo de sidra caliente.

Me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Esa es mi hija —dijo—. ¿Puedo convencerte de que bajes conmigo y veas mi nueva obra maestra?

Bill aún no regresaba del garaje.

—Claro, me encantaría —le respondí. Puse mi taza en la mesa de la cocina y lo seguí.

Cuando yo era pequeña, mi padre pasaba mucho tiempo viajando a lugares que me parecían distantes y helados: Minnesota, Wisconsin, Dakota del Norte. «Si fuera a Italia», nos decía mi madre durante la cena, junto a la silla vacía de mi padre, «¡lo obligaría a que nos llevara!». Aun así, yo percibía cuánto lo extrañaba cuando no estaba. Si el teléfono sonaba después de las nueve de la noche, ella saltaba de su silla para correr a contestarlo. Su voz cambiaba cuando hablaba con él. Era más suave, más cálida que la que utilizaba con mi hermano y conmigo. Jalaba el cable, lo estiraba hasta donde alcanzara, buscando algo de privacidad, lejos de nosotros. Lo único que podíamos descifrar de su conversación era que ella le preguntaba si estaba bien y su preocupación por que el clima del Medio Oeste fuera a demorar más su regreso. Pero, por ser pequeños, hablábamos poco con él por teléfono. «Les estoy llamando de larga distancia», solía recordarnos si Charlie o yo contestábamos. Cuando le preguntábamos a mamá cómo estaba, ella nos decía siempre lo mismo: que nos extrañaba y que la comida del hotel era terrible.

Pero ahora, al estar jubilado, mi padre tenía tiempo libre de sobra. Nada le impedía hacer lo que amaba, ni siquiera su artritis crónica, que yo sabía que le causaba gran incomodidad. Había trabajado toda su vida para poder cumplir su sueño de fabricar violines y no iba a abandonarlo así como así.

Con enorme gusto se construyó un espacio de trabajo. En el centro del sótano dispuso una mesa larga que encontró en una venta de garaje; alrededor de ella había grandes repisas de metal donde colocaba sus herramientas, cinceles y sierras. La caja con sus lijas metálicas y todos esos recipientes de cristal en los que guardaba sus brochas y solventes estaban al alcance de la mano.

En las paredes colgó pósteres de festivales de música clásica del mundo entero y uno del taller de laudería que tomó en el Oberlin College. También había un póster de un Stradivarius de gran tamaño y otro de un Amati. Durante mi infancia pude conocer una buena cantidad de sótanos; algunos tenían pósteres de autos Ferrari en los muros y en muchos se veía a Farrah Fawcett en su traje de baño rojo. Pero ninguno tenía imágenes de esos extraños instrumentos de cuerda como las que mi padre exhibía en su sótano.

—Mira esto —dijo, alzando una hoja recién lijada de abeto. La acercó a su nariz e inhaló—. Casi puedo oler las bayas de enebro.

Me incliné y acerqué el rostro. Tenía razón: el aroma era embriagante. La madera se sentía tan lisa como el mármol. Me resultaba difícil pensar que las manos de mi padre eran capaces de hacer algo así de bello.

En una repisa había un violín casi terminado.

—El barniz ya casi está seco —comentó al examinarlo y lo tomó con mucho cuidado del mango. La parte de atrás, de arce rojo, tenía la superficie llena de líneas onduladas y elegantes—. Me encantaría que tocaras, cariño. Cómo me gustaría hacerte un violín.

—Tristemente, no heredé nada de tu talento musical ni del de mamá. Y tampoco Charlie. ¡No olvides que tomé clases durante un año y era malísima! —dije riendo.

—Lo sé —respondió meneando la cabeza, juguetón—. Una de las crueles burlas que me gastó el destino.

Le di unas palmadas en la espalda.

—Lo que me parece sorprendente es que tengo un papá irlandés-estadounidense que hace violines en su sótano. Si los ancestros de mamá vinieran de Cremona, y no de Sicilia, estarían muy orgullosos de ti.

—La ironía es casi poética. —Esbozó una sonrisa—. Todavía estoy esperando que tu madre perfeccione su refrito de carne encurtida.

Cuando subimos, mi hermano y Bill estaban viendo futbol americano en la televisión.

—Ven y siéntate, Mags. —Bill dio unas palmadas al lugar vacío en el sofá—. Puede servir como investigación para ti y Yuri. Le puedes enseñar sobre otros deportes, no solo sobre beisbol. Amplíale un poco la perspectiva a ese chico…

—No creo que a Yuri le guste el futbol americano —le respondí. Ya había una lata de cerveza vacía en la mesa de centro y otra lata abierta en la mano izquierda de Bill.

—No te lo tomes tan en serio, Mags. Solo era una broma. Ven y siéntate.

No quería sentarme.

—Deberías dejar de pensar en ese niño veinticuatro horas al día, todos los días —murmuró mientras alejaba la lata de cerveza de su boca—. No es sano.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Qué dijiste?

—Nada, Mags. Solo que no creo que sea normal lo obsesionada que estás con ese niño. No es nuestro hijo. Es un estudiante al que le das tutoría, por Dios. No tienes que hablar de él a cada segundo.

Podía sentir que la presión se me disparaba. Quería gritarle, y lo único que me detenía era que no deseaba hacer un escándalo frente a mis padres.

Bill intentó retractarse.

—Vamos, sabes que solo estaba bromeando.

—Mamá necesita ayuda en la cocina —dije y me alejé—. Por cierto, no fue nada chistoso.

Una hora después estábamos todos sentados a la mesa del comedor, con montones de comida en nuestro plato, observando cómo mi padre cortaba el pavo. Sin embargo, yo ya no tenía hambre; en cambio, mi mente imaginaba cómo sería la mesa de Acción de Gracias de los Krasny. Dudaba que estuvieran comiendo ziti con camotes asados, pero sabía que su gratitud opacaría la nuestra.

16

Septiembre de 1984
Kiev, Ucrania

Conoció a Sasha a los diecinueve años. Ella y sus amigas acababan de terminar sus exámenes y esperaban que les dijeran si las invitarían a formar parte del ballet de Kiev. Habían acordado salir a una discoteca esa noche para celebrar.

Más tarde él le dijo que la había visto en cuanto entró, con sus pantalones de mezclilla adquiridos en el mercado negro, un suéter grueso de cuello de tortuga y arracadas plateadas en las orejas. Llevaba el cabello rubio amarrado en una coleta alta y los ojos azules delineados. Visto de lado, su perfil afilado era el de una Nefertiti rusa.

Él fumaba cigarros Kosmos con su amigo Andrei; estaban en un rincón, envueltos en una nube de humo. Modern Talking, una banda de rock de Alemania Occidental, sonaba a todo volumen en las bocinas. Cuando terminó la canción, se acercó a la barra y se ofreció a invitarle un trago. Ella le respondió que solo bebía agua. Él pidió un poco de vodka y, mientras ella daba un sorbo a su vaso, bromeó diciendo que la gente podría pensar que bebía mucho más que él.

Bailaron más tarde. Sus cuerpos chocaban levemente entre sí, mientras las manos de él rodeaban la esbelta cintura de ella. Por encima de ambos, la bola disco despedía destellos de luz blanca, y, mientras la música hacía vibrar el salón, ella giraba y bailaba con una libertad que le parecía muy ajena a sus largos días de estricto ballet.

—Debes ser bailarina —le susurró Sasha al oído. Pensó en los peces plateados que se mueven en el agua sin esfuerzo. Katya era así. No tenía que pensar cómo mover su cuerpo al ritmo de la música; era algo innato.

Esa noche, una vez que sus amigas se subieron a un taxi, ella le permitió darle un beso de despedida junto a la pared de cemento, afuera de la disco. Después de que se separaron, él no pudo dejar de pensar en ella. Aún sentía el peso de su cuerpo contra su pecho, su mano tibia en la suya. Su parte científica pensó en la conexión entre la luna y las mareas. Así fue como Sasha se sintió cuando Katya se alejó, como si hubiera una fuerza invisible que los atrajera.

No esperó a que Katya lo llamara, aun cuando él le había escrito su teléfono en un papel y se lo había guardado en el bolsillo de sus pantalones de mezclilla. Recordó que ella había mencionado que el teatro estaba haciendo audiciones para la próxima función de ballet. Así que, el lunes siguiente, cuando Katya salió de la academia de ballet estatal —después de que ella y sus amigas hicieron fila en el pasillo para ver quién había pasado

las primeras pruebas—, descubrió a Sasha aguardando afuera, flores en mano, con la esperanza de que ella hubiera recibido buenas noticias.

Los ojos de Sasha brillaron al verla y dio grandes pasos para llegar hasta ella. Cuando sus dedos se rozaron, él sintió una chispa que le recorrió todo el cuerpo. Luego, esa chispa rebotó en los ojos de Katya, como un destello blanco y brillante.

17

Octubre de 1984
Kiev, Ucrania

Katya se entera de que Sasha está terminando su doctorado en Biología Celular y que es cinco años mayor que ella. Durante su primer año de noviazgo, él la lleva al río y le habla de la importancia de la corriente y su relación con los ciclos de reproducción de los peces. Le describe los ritmos de la vida y los secretos de la naturaleza. Por muy acostumbrado que está a ser frío en sus investigaciones, se da cuenta de que al lado de Katya ha perdido toda objetividad. Cuando la ve acercarse, con su paso tan ligero, le da la impresión de que flota, como si no pesara.

Ella, sin embargo, se comunica en distintos niveles. Él se da cuenta muy pronto de que las palabras que ella le dice no siempre revelan lo que realmente piensa. Más bien debe enfocarse en su lenguaje corporal. Cuando tiene miedo, se envuelve con sus propios brazos. Cuando está distraída, sus dedos juegan con los cabellos sueltos detrás de su oreja. Cuando quiere sentirse amada, sus ojos de ave le buscan la mirada. «Agua mira agua», piensa él cuando sus ojos se encuentran. La primera vez que hacen el amor, él siente el eco de los latidos de su corazón junto al suyo. Y, cuando se va a la universidad a la mañana siguiente, aún escucha su pulso contra el suyo como un recuerdo fantasma. Entonces descubre que los ritmos del amor son iguales a los ritmos de la vida. Como una melodía que uno no puede sacarse de la cabeza, que lo acompaña a todos lados.

Un domingo que Katya no tiene función, Sasha la lleva a los jardines municipales. Empaca un lunch compuesto por kielbasa y una hogaza de pan negro. Extiende un mantel y mira cuán ágilmente ella dobla las piernas bajo su falda. Los labios de Katya son color betabel; su rostro, pálido como la luna. Se acerca a besarla y nota que ella tiene la capacidad de alterar su percepción del tiempo. Cuando está con ella, es como si se moviera en cámara lenta.

Después de comer, se acuestan sobre la manta y sienten la luz del sol en su rostro. Él busca su mano y le habla del efecto mariposa.

—Los aleteos de una mariposa en la selva pueden alterar un huracán a cientos de kilómetros de distancia. ¿No es impresionante que algo tan pequeño sea capaz de cambiar el resultado de algo tan lejano?

Katya voltea a mirarlo, con la cadera recargada en la manta, y sonríe. Sasha la besa una vez más, al tiempo que rodea su nuca con la mano y le alisa los rizos con la palma.

Katya piensa en todas las pequeñas cosas que debieron ocurrir en las semanas anteriores para que ella estuviera en la disco esa noche. Generalmente no es muy sociable con las demás jóvenes de la escuela. Casi nunca sale a bailar porque por lo regular tiene los pies cansados al final de la jornada. Acababa de terminar sus exámenes y, de no haber estado junto a Elsa en la parada del autobús aquella tarde, no la habrían invitado a ir con ellas.

Y, sin embargo, aquí estaba ahora, con la mano de Sasha acariciándole el cabello. La calidez de sus dedos penetraba su cuerpo entero.

—Ignoraba que las mariposas tuvieran tanto poder en sus alas.

—Lo tienen —susurró él. Y, cuando cerró los ojos, imaginó a Katya en el escenario del Teatro Nacional, con los brazos estirados y el cuerpo elevándose del suelo. Ligera, como si fuera la dueña del viento.

18

Después de la cena de Acción de Gracias, regresamos a casa en el auto sin hablar. Bill sintonizó WFAN, la estación deportiva de radio y escuchó los comentarios sobre el partido de los Vaqueros. Yo apretaba el volante y me preguntaba si acaso le preocupaba que yo estuviera enfadada.

Aunque los comentarios del partido flotaban en el ambiente, el silencio entre Bill y yo era doloroso. No esperaba que me pidiera perdón por beber cerveza y aislarse en la sala de la televisión toda la noche, pero al menos deseaba que de camino a casa se disculpara por sus comentarios hirientes acerca de Yuri. Sin embargo, él no hacía ningún esfuerzo por conversar. Se limitaba a escuchar a Steve Somers hablando de lo bien que habían jugado los Vaqueros.

Cuando estacionamos el auto en la entrada de gravilla, la casa estaba totalmente a oscuras. No habíamos dejado encendida ninguna luz exterior y ahora tropezábamos en el camino hacia la puerta. Una vez adentro, prendí la luz de la entrada y colgué mi abrigo.

—Subo en un minuto —dijo Bill, y lanzó su abrigo al sofá—. Quiero ver cómo va el partido. —Su corbata a rayas estaba floja; la camisa, mal fajada.

Me asaltó un recuerdo de Bill en nuestro último año de la universidad. Me había dejado anonadada cuando llegó a mi dormitorio vistiendo un esmoquin y con un ramo de rosas en la mano. La persona que ahora estaba frente a mí parecía venir de otro planeta.

—Son las diez de la noche, Bill. —Hasta yo sabía que el último partido del día había terminado hacía horas.

—No en California —replicó, dejándose caer en una de las sillas tapizadas—. Subo en un rato.

Le di la espalda y subí al cuarto. El aire nocturno se había filtrado y la casa estaba tan fría como un refrigerador. Había crecido con un papá que insistía en no encender la calefacción hasta pasado el día de Acción de Gracias. «Un suéter es el mejor aislante», solía decirnos a mi hermano y a mí antes de sacar los suéteres de lana de nuestros clósets.

Ahora, como si estuviera repitiendo un ritual familiar de Acción de Gracias, fui hacia el termostato y subí la temperatura a veintiún grados por primera vez esa temporada. Me puse la pijama y me tapé con las cobijas antes de prender mi lámpara de noche.

La semana anterior había comprado la última novela de Toni Morrison, *Paraíso,* y la puse sobre mi ejemplar de *Shoeless Joe*. El lado de la cama donde Bill dormía tenía una pila de almohadas mullidas. Jalé una para mi lado y me acomodé como una princesa. Aunque deseaba empezar el libro de Morrison, me decidí por *Shoeless Joe*.

Quería terminar el día con algo que me elevara el ánimo y sabía que en esas páginas había más magia de la que requería la construcción de un campo de beisbol en medio de una granja en Iowa. Ahí adentro estaba la magia de un niño pequeño leyendo a la luz de su lámpara y con la mente llena de posibilidades. Quería creer que, a pesar de que el débil corazón de Yuri le impedía jugar beisbol, su mente no tenía límites. Podía estar repleta de sueños.

Regresé a la escuela el lunes después de Acción de Gracias, preguntándome si mis estudiantes habrían disfrutado sus minivacaciones. Les había dejado una tarea para esos días: escribir un pequeño ensayo sobre alguna de sus tradiciones familiares. Yo les conté de la negativa de mi padre a prender la calefacción hasta pasado el día de Acción de Gracias y sobre el ritual de mi madre de secar al sol su cosecha de tomates cada septiembre.

—¿Entonces no tiene que ser una tradición de Acción de Gracias? —preguntó Jennifer.

—No. Simplemente tiene que ser una tradición exclusiva y particular de su familia —aclaré.

Todos tenían sus cuadernos sobre su escritorio. Vistas de lejos, las portadas daban un toque de color al salón.

Estaba por pedirle a Finn que leyera de su cuaderno, cuando Óscar se levantó para sacarle punta a su lápiz.

—¿Es en serio, Óscar? —Me esforcé por imprimir un tono gracioso a mis palabras—. ¿Necesitas sacarle punta a tu lápiz justo ahora que vamos a comenzar a leer nuestros cuadernos?

La clase entera se rio.

—No, señorita Topper. Es solo que…

—¿Sencillamente te pareció una buena idea en este momento? —Puse los ojos en blanco, fingiendo indignación—. Aguantemos las ganas de sacar punta a nuestros lápices hasta que los necesitemos, ¿sí?

—Sí, señorita Topper. —El chico regresó a su lugar y lo noté algo encorvado.

Sonreí para mis adentros. Estaba mejorando. El año anterior me habría enfurecido con Óscar y probablemente lo habría regañado con demasiada dureza.

Poco a poco aprendía a usar una pizca de humor para corregir los errores de los estudiantes.

Volteé a mirar a la clase.

—¿Quién quiere leer primero? ¿Qué tal tú, Finn?

Finn se sonrojó un poco y abrió su cuaderno; luego agachó la cabeza. Después de unos segundos de vacilación, comenzó a leer:

Mi familia tiene la tradición de comer galletas Mallomars la primera semana de septiembre. Esa es la semana en la que empiezan a estar a la venta en el supermercado Waldbaum's. La mayoría de las personas no se da cuenta de que no venden Mallomars en verano. Son un dulce de invierno y solo están disponibles de septiembre a marzo

porque el chocolate se derrite con rapidez. Mi mamá nos compra a mí y a mi hermana una caja cada 1 de septiembre. Y, cuando le quito el envoltorio amarillo, siento que es Navidad.

¿A quién no le gusta un chocolate para comenzar los meses de invierno? Hay algo muy especial en la delgada capa de chocolate del Mallomars que envuelve el malvavisco suave y esponjoso. Tiene un toque de sal que hace que sea difícil comer uno solo. El texto de Finn me hizo querer subirme a mi coche y comprar una caja o dos de inmediato.

—Lograste que me diera hambre —le dije. Me acerqué un poco más a su escritorio y le sonreí—. Bien hecho.

—Mi mamá me puso unos en mi lonchera. ¿Quiere uno? —Buscó en su mochila debajo del escritorio.

Sonreí. Amaba que los chicos se tomaran todo de manera literal.

—No; guárdalo para ti, Finn.

De pronto me recordó a Yuri. No solo por su compartido amor por el beisbol o por su inteligencia. Era que ambos conservaban esa ternura infantil en un momento en el que estaba desapareciendo en muchos de sus compañeros.

—Ese estado intermedio de la infancia a punto de volverse adolescencia… es una época muy bella, pero muy fugaz. No sé. Quisiera poder expresarlo mejor —le dije a Suzie por la tarde—. Creo que… aunque muchos de esos niños nos hacen sentirnos al borde de la locura, aún hay algo translúcido en ellos. Son como una especie de cascarones, y, si los observas con cuidado, puedes ver al pequeño adulto emergiendo en su interior.

Suzie asintió.

—Lo sé… Lo veo en sus cuerpos, en sus caras. Se están afilando, perdiendo lo rollizo de la infancia.

—Incluso sus voces. Algunos de ellos ya hablan con voz más gruesa, ¿verdad?

—Cuando era adolescente, yo era un desastre. Ojalá mi piel hubiera sido tan traslúcida como un cascarón de huevo —confesó Suzie—. Lo haces sonar tan bonito, Mags.

Me reí.

—Eso es lo que mi madre opina de mí. Mientras todos ven lo oscuro, yo siempre busco el lado luminoso del mundo. Es mi lado romántico. —Sonreí, resignada.

19

Esa tarde conduje hasta la casa de Yuri y toqué el timbre, emocionada por verlo después de una pausa de cinco días. La puerta de los Krasny aún tenía la corona de hojas de maíz y arándanos, y, mientras esperaba a que abrieran, pude escuchar música clásica sonando en el interior.

—Pase —dijo Katya, haciéndome una seña desde el pasillo—. Tengo que bajarle al estéreo —se disculpó—. Algunas veces, cuando estoy inquieta, pongo algo de Chaikovski y me tranquiliza. En la Unión Soviética estudié para ser bailarina.

—¿Por qué no me sorprende? —le dije y dejé mi mochila en el piso—. Tiene el cuerpo de una bailarina.

Katya se esforzó por sonreír.

—Eso me han dicho. Pero fue hace mucho tiempo y en un mundo distinto.

Para cuando llegué a la sala y me senté junto a Yuri, quien yacía en su enorme y mullido sillón, la música se había detenido. El humor de Katya, sin embargo, permanecía en el aire.

Yuri había terminado *Shoeless Joe* y me mostraba la más reciente entrada en su diario.

—Dijo que escribiera sobre tradiciones familiares. Escribí sobre preparar pierogi con mi madre.

—¿Cómo supiste que el camino a mi corazón pasaba por mi estómago, Yuri? —dije, riendo.

—No lo sabía —respondió, abriendo mucho los ojos—. ¿Quiere decir que automáticamente tengo buena calificación?

—Depende de la escritura, no de la comida —aclaré, bromista—. Y eres el segundo estudiante hoy que escribe sobre algo que me encanta comer.

—No es nada más que me gusten los pierogi. Me gusta hacerlos con mi mamá. —Se estiró y me entregó su cuaderno.

En mi familia, la comida es una tradición muy importante. Mi mamá celebra la Navidad y la Pascua, y mi papá es judío. Así que una de las cosas que nos gusta mucho hacer como familia es preparar pierogi en la víspera de Año Nuevo, porque es la única fiesta en la que podemos crear nuestra propia tradición. Yo ayudo pelando las papas para el relleno, mientras mi mamá hace la masa. Porque sabe cuánto trabajo cuesta

prepararlos, mi papá dice que puede sentir nuestro corazón en su estómago. Dice que puede percibir el amor en cada bocado.

—Mi mamá y yo solíamos hacer salsa de tomate cada domingo —le confesé—. Yo pelaba los dientes de ajo y los picaba muy finos. Ella los freía en aceite de oliva y me pedía que bajara al sótano por uno de sus frascos de tomates en conserva. Cuando lo vertía en la sartén, era como si estuviera liberando el verano en nuestra cocina. —Miré a Yuri en su enorme sillón reclinable. Era mucho más pequeño que Finn; su fragilidad se acentuaba por el tamaño del asiento—. La comida nos conecta con nuestro pasado, ¿no es así?

—Sí, creo que sí… Por eso los hot dogs y la mostaza le traen recuerdos de beisbol a Ray.

—Es cierto, campeón. —Un recuerdo de mi padre y yo compartiendo un hot dog en un partido de los Mets me vino a la mente—. ¿Terminaste el libro en las vacaciones?

—Sí. —Volteó hacia donde estaba su ejemplar, en la mesa llena de cuadernos y lápices —. Le dije a mi papá que era un libro que ojalá no terminara.

20

Mayo de 1985
Kiev, Ucrania

Sasha sorprendió a Katya cuando le reveló que era judío, pero la sorprendió aún más que le confesara que no creía en Dios. Katya escuchó en su mente la voz de su madre diciéndole que, aunque la religión estuviera técnicamente prohibida en la Unión Soviética, uno debía creer en Dios; simplemente no había que hablar de ello. Pero la falta de fe de Sasha no se debía a una devoción por el comunismo ni por la patria, sino a su historia familiar.

—Mi padre pasó los primeros tres años de su vida en una cueva en el oeste de Bielorrusia. Los alemanes llegaron a su pueblo y enviaron a la mitad de los judíos a un campo de concentración, y a la otra mitad, a un gueto.

Katya tensó el rostro.

—Qué horrible —murmuró, intentando mostrarse empática—. Sé que mi familia vivió su propio sufrimiento durante la guerra.

Sasha golpeteó la mesa con la cuchara.

—No me vayas a contar una historia lastimera de cómo a tu abuelo le dio pie de trinchera y tuvieron que cortarle tres dedos —dijo, medio en broma.

—Cuatro —precisó Katya—. La piel se le cicatrizó y quedó como un mazo.

—Todos, de aquí a Siberia, tienen una historia similar.

—No digas esas cosas —susurró Katya acercándose a él. Temía que alguien los escuchara y los reportara por ser anticomunistas.

Sasha hizo una mueca.

—Esas historias son distintas, Katya. Los vecinos de mi abuelo, todos ucranianos, informaron encantados a los nazis sobre dónde vivían los judíos.

—Lo lamento. —Ahora Katya le evitaba la mirada. De pronto sintió vergüenza—. No puedo ni imaginarlo.

—No tienes por qué lamentarlo. Ni siquiera estabas viva entonces —dijo él, forzando una sonrisa.

Ella logró sonreírle también, pero en su fuero interno recordaba que su abuela había dicho cosas horribles sobre los judíos en el pasado. Aunque su abuela decía cosas horribles de casi todos, pensó, intentando sentirse menos culpable.

Sasha miró a Katya, con sus manos delicadas alrededor de la taza de cerámica, y se preguntó si debía contarle el resto de su historia familiar.

—Quizá debo dejarlo ahí. No quiero que te sientas incómoda.

Ella negó con la cabeza.

—No, Sasha. Cuéntame el resto. Quiero saber.

Él empujó la taza hacia el centro de la mesa y se acomodó en la silla. Entonces comenzó:

—Mi abuelo había localizado las cuevas días antes de la redada y le dijo a mi abuela que corriera allá con los niños si escuchaba disparos. Él ya había dejado ahí algunas provisiones: sacos de granos, jarrones para recolectar agua de lluvia y, lo más importante, una rueda para moler el grano y hacer pan. —Se pasó la mano por el cabello y se aclaró la garganta antes de continuar—. Vivieron ahí tres años. Y, aunque fue horrible, mi padre y su familia tenían más oportunidad de sobrevivir en esa caverna helada que en cualquier otro sitio de Ucrania.

Ella sintió náuseas al imaginar la odisea de su familia, pero se esforzó por concentrarse en cada palabra.

—Cuando por fin volvieron a su pueblo al término de la guerra —añadió Sasha—, eran los únicos judíos que quedaban.

—Demasiado sufrimiento, Sasha… —No sabía qué más decir. Había escuchado algunas historias de cómo el gobierno comunista ordenó que muchos judíos se asentaran en las regiones lejanas de Uzbekistán y Kazajistán después de la guerra. Le daba gusto que por lo menos Sasha no había tenido que padecer eso.

—Sin duda —respondió él y alzó su taza para apurar el último trago de té—. Y ahora ya conoces la triste y oscura historia de mi familia. —De hecho, la había recortado bastante: no le contó lo que su abuelo le había narrado acerca de los primeros pogromos, ni cómo una turba enfurecida le quemó la casa. En cambio, trató de tranquilizarse dejándose absorber por la belleza de los ojos de Katya.

—¿Por eso no crees en Dios?

—No creo en Dios por muchas razones, Katya. Para empezar, me considero un hombre de ciencia. Pero, más profundo aún, no puedo creer en un dios que permite que tantas personas pierdan la vida sin sentido y de manera tan violenta. No solo los judíos, sino ¿cuántos millones de rusos han perecido en los últimos cincuenta años? Y creo que casi cada una de esas almas murió rezándole a un dios que no los escuchó.

—Entiendo por qué dices eso, pero, aun así, yo sigo creyendo… ¿Piensas que soy ridículamente ingenua?

—No. —Le sonrió—. Claro que no.

Ella lo miró con dulzura.

—Así como dices que no puedes imaginarte a un dios que no escucha, yo no puedo concebir que un mundo así de bello haya sido creado sin ayuda divina.

Él se cruzó de brazos y la estudió como si se tratara de una especie rara. Sasha era sensible a cualquier cambio. Percibía la más mínima alteración de la temperatura o el sonido. Con Katya se daba cuenta de que la luz del lugar cambiaba junto con ella. Algunas mujeres pueden entrar en una habitación y perderse en un mar de personas. Pero Katya iluminaba el espacio que ocupaba. Su luz interna brillaba como una vela.

—Eres especial, Katya —le dijo—. ¿Puedes seguir saliendo con un bárbaro como yo?

Ella se sonrojó.

—Creo que sí puedo. Pero, dime, ¿por lo menos crees en el cielo?

—¿Cómo podría no hacerlo? —Le sonrió—. Sería muy doloroso pensar que solo podré disfrutar de tu belleza en esta vida. Debo creer que también me espera en el más allá.

Ella se rio y buscó la calidez de su mano.

La primera vez que la vio bailar, sintió que algo se sacudía. Aunque no estaba en el centro del escenario, sus ojos iban hacia ella. Una energía magnética lo jalaba hacia cada uno de sus movimientos.

—Nunca en mi vida he visto a nadie más bella que tú en ese escenario —la elogió después de la función.

Ella se sonrojó.

—Solo soy una de muchas bailarinas, amor. Alexandra era la primera bailarina.

—Solo tengo ojos para ti —le dijo él, acercándose para besarla por encima del ramo de flores que le había llevado.

Quería decirle más, pero no creía tener el vocabulario adecuado para expresarlo. El lenguaje de la danza era muy distinto del de la ciencia, y la incapacidad de Sasha para comunicarse lo frustraba terriblemente. Sentía que nadie podía capturar en palabras lo etéreo, porque se trataba justo de lo contrario de sujetar algo concreto con las manos. Y quizás ese era otro de los misterios que hacían que Katya le pareciera tan atractiva. Su magia no se podía contener ni cuantificar.

Unos meses más tarde, mientras cenaban en una plaza, él le pidió matrimonio. El anillo era una simple argolla de oro que reposaba en una caja de terciopelo rojo; ella se lo puso y gritó: «¡Sí, sí!», una y otra vez.

Esa noche, mientras hacían el amor y ella lo tocaba a la luz de la luna, él se dio cuenta de que quizás había estado equivocado todos esos años. Había algo que resultaba igual de inexplicable que el dolor innecesario y la muerte en el mundo: la belleza y el amor. No le dijo a Katya esas palabras al oído, pero las pensó. Quizá, después de todo, sí había un dios.

La familia de Katya no se puso muy contenta cuando ella les contó que tenía planes de casarse con Sasha.

—Pero será uno de los candidatos a doctorado más jóvenes de su departamento —dijo ella, intentando conseguir su aprobación.

—Sufrimiento —murmuró su madre mientras lavaban juntas los platos de la cena del domingo—. Su gente lo atrae desde los huesos.

21

El clima después del día de Acción de Gracias se volvió absolutamente glacial. Las mañanas eran tan oscuras que me costaba mucho trabajo salir de la cama. Mientras Bill se bañaba, yo apretaba el botón para postergar la alarma a fin de tener unos minutos más de sueño. Por lo menos el espíritu festivo estaba en el aire. Durante mi camino por la calle Moriches, muchas casas ya estaban envueltas en luces navideñas, y los aparadores de las tiendas de la ruta 25A estaban decorados con nieve artificial y listones coloridos. Siempre me sentía más animada al llegar al estacionamiento de la escuela.

Suzie estaba en la entrada principal esa mañana. Ya había comenzado a usar sus suéteres más extravagantes para atraer las festividades. El de hoy era un suéter con pequeñas lentejuelas plateadas cosidas a la lana. Traía el pelo atado en un chongo alto y su labial era rojo intenso.

—Buenos días, rayito de sol —se burló cuando entré.

Yo traía un café en la mano y sentía que aún tenía hinchados los ojos.

—Necesito lo que sea que estés tomando. —Gruñí y alcé mi vaso hacia ella—. Este café no me está haciendo nada, ni con las dos cucharadas extra de azúcar que le puse.

—Desayuné huevos revueltos con tofu. ¿Quieres que te traiga un poco mañana?

—Mejor no. —Me reí—. Pero quizás ese sea el camino a seguir…

Me dio un empujoncito con su engrapadora y bajó la voz:

—Daniel estaba hablando de ti el otro día. Parece que está buscando un nuevo violín.

La miré, confundida.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Con tu papá, tontita. Me pidió que te preguntara si tu papá estaría dispuesto a platicar con él al respecto.

Volví a reír.

—Ah, mi padre, el laudero… ¿Quién iba a decir que gracias a él me volvería tan popular?

—A menos que sea una treta para pasar más tiempo contigo. —Le brillaron los ojos—. Deberías advertirle a tu Bill que alguien más te está echando el ojo. Un poco de celos podría reavivar el fuego de la pasión. —Se rio una vez más.

—Estás loca; lo sabes, ¿verdad? Pero gracias por levantarme el ánimo; me sentía como un animal muerto en la carretera. Eres buena amiga.

Durante el verano, mi madre me guardó un recorte de la columna titulada *Querida Abby,*

en la cual una maestra describía cómo, a lo largo de los últimos veinte años, había solicitado a sus estudiantes de sexto grado que escribieran cartas a su yo futuro de dieciocho años. Les pedía que meditaran en quién podrían convertirse a esa edad y cuáles serían sus sueños. Una vez que los niños terminaban las cartas, les indicaba que rotularan los sobres con sus direcciones y les prometía enviárselos el día de su graduación de preparatoria. «No se pueden imaginar la alegría que eso les provoca», escribió la maestra en la columna. «Y a mí también, porque se genera un nuevo vínculo con ellos antes de que entren en el mundo adulto».

—¿No te parece una idea fabulosa? —dijo mi madre emocionada mientras tomábamos café y galletas—. Creo que deberías adoptarla como una de las tradiciones de tu salón.

Tomé el pequeño recorte entre mis dedos y volví a leer la descripción de la maestra en esa menuda tipografía.

—Sí, parece algo que puede resultar muy significativo.

—Para ti y para los estudiantes. —Mi madre entrelazó las manos y me di cuenta de que llevaba el anillo de oro de mi abuela, una joya clásica con una amatista en el centro—. Es decir, ¿puedes imaginarte la sorpresa que sienten los chicos cuando les llega esa carta tantos años después, justo cuando están por irse a la universidad? —Hizo un ruido curioso con la lengua—. Debe de ser impresionante recibir una carta que escribieron cuando tenían doce años.

—Seguro que sí. —Me parecía muy curioso su entusiasmo desbordante—. Qué increíble que me hayas guardado este recorte. —Y no me negué cuando me ofreció la última galleta.

La actividad de escribir la carta resultó ser una gran idea; no podía esperar para hablarles de ella a mis colegas. Había otros dos profesores de Lengua y Literatura en Franklin, además de mí: Ángela Tizzo y Florence Konig.

Tanto Ángela como Florence llevaban más de veinte años en la escuela. Me recordaban a Laverne y Shirley. Una era alta, con rizos esponjados y las puntas decoloradas, y la otra era bajita y llenita, de cabello canoso y corto. Eran amigas cercanas con hijos adultos y parecían tener una opinión sobre cualquier cosa. Sin embargo, dado que ambas compartieron conmigo sus proyectos favoritos cuando llegué a la escuela, pensé que sería justo preguntarles si también querían hacer la actividad de las cartas con sus estudiantes.

—Es una gran idea en principio, Maggie. Pero ¿realmente crees que vas a conservar las cartas de tres grupos al año durante los siguientes seis ciclos escolares? ¡Piensa en todo el papel que supone! —dijo Ángela, descartando la propuesta. Eran como un coro griego de negatividad.

—¿Y qué pasa si el niño se muda de casa? Te vas a desanimar mucho si las cartas no llegan —añadió Florence—. Imagínate que empiezan a regresarte todos esos sobres.

—Solo quería darles la opción —les contesté, intentando ignorar su pesimismo.

—¿Por qué no haces el proyecto de las portadas? —sugirió Ángela—. Ese en el que los niños diseñan su propia portada.

—O un diorama de su escena favorita de un libro. Esa es una actividad ganadora con los niños cada año —dijo Florence.

—Pero ya decoraron las portadas de sus cuadernos de escritura —repliqué. Me mantendría firme con la actividad de la carta—. Este proyecto los motiva a imaginar su futuro.

—Cuando tengas casi veintidós años dando clases, Maggie, ven y dime si quieres conservar doscientas cartas en un archivero de tu sótano.

Hice un gesto de impaciencia. No conocía bien a Florence, pero hacía tiempo me había dado cuenta de que, mientras todas las otras maestras cambiaban la decoración de su salón de clases cada año, e incluso elegían un tema para cada temporada, ella conservaba el tema «mariposas» desde septiembre pasado, cuando entré a trabajar en Franklin. Vaya uno a saber si llevaba ahí desde que comenzó a enseñar, veinte años atrás. Aun así, lo que sí sabía era que Florence no parecía tener ninguna intención de hacer algo novedoso y refrescante en su aula.

Recogí mis fólderes e hice un gesto para indicar que me iba.

—No se preocupen —les dije a Florence y a Ángela—. Nunca me importó tener un sótano abarrotado. Aprendí de mi padre que es señal de una vida creativa.

22

—Para la clase de hoy haremos algo distinto —les anuncié a mis estudiantes de sexto al entregarles hojas y un sobre—. Quiero que escriban una carta a su yo de dieciocho años.

Todos los niños me miraron, perplejos. En el reverso del sobre escribí en letras negras: «Una carta del pasado con un mensaje para el futuro».

Finn alzó la mano.

—¿Es como una especie de cápsula del tiempo?

—En cierto sentido sí, Finn. —Sonreí—. Es una cápsula del tiempo para tus pensamientos y aspiraciones actuales.

Los estudiantes comenzaron a murmurar entre sí y algunos se miraban con curiosidad. Sonaba como una colmena de abejas que despertaba.

—Quiero que le escriban al yo que creen que serán a los dieciocho años. Qué esperan estar haciendo para entonces. Qué será importante para ustedes. —Les sonreí—. Sean creativos. Y piénsenlo bien. Cuando terminen, anoten por favor su dirección en el sobre.

Tras unos cuantos quejidos de algunos estudiantes que decían que no sabían qué escribir, todos se pusieron a trabajar. Lisa me preguntó dos veces si no había problema si lo que escribía ahora no coincidía con lo que sucedería después de su graduación.

—Parte de lo bonito de este ejercicio es que estás documentando tus sueños en este momento —la tranquilicé—. Lo que tenga que pasar, pasará. Y estoy segura de que sabrás apreciarlo cuando vuelvas a leer y recuerdes lo que alguna vez deseaste.

Al final, todos los niños inclinaron el rostro hacia el papel y el sonido de sus lápices llenó el salón. Escuché que Zach se acercaba a Finn y le susurraba que creía que lo contrataría algún equipo de la NBA.

—Ah, casi lo olvido —los interrumpí—. No sellen sus sobres. Una vez que terminen quiero poder disfrutar sus cartas, tanto hoy como en seis años, cuando se las envíe por correo. Me las voy a quedar, y les prometo que volverán a verlas el año en que se gradúen de preparatoria.

Una oleada de sonrisas recorrió el salón, y esa reacción me rejuveneció. A Florence y a Ángela quizá no les gustaba mi idea de escribir cartas, pero a los niños sí, y eso era para mí un triunfo.

Cuando iba al coche para dirigirme a mi tutoría con Yuri, empezó la primera nevada de la temporada. Los pequeños copos de nieve golpeaban el parabrisas, así que activé los limpiadores y me enfilé hacia la casa de los Krasny. Para cuando llegué, ya había caído

una pulgada de nieve. A medida que caminaba hacia la puerta, mis pies dejaban huellas sobre lo que parecía azúcar glas.

Katya nos ofreció una taza de chocolate para celebrar lo que se sentía como el primer día de invierno. Dentro de la casa, el termostato estaba alto y Yuri traía puesta una pijama de beisbol.

—Se ha sentido un poco débil hoy… Pasó mala noche. Algunas veces su corazón se acelera tanto que le cuesta trabajo dormir.

La fatiga de Katya hacía que el aire se sintiera pesado.

—Por favor, avíseme si en algún momento Yuri prefiere que no nos reunamos. Siempre podemos hacer una pausa y volver cuando él se sienta mejor.

—Lo sé —respondió en voz baja—. Casi cancelo hoy, pero invariablemente parece más animado y lleno de vida después de estar con usted.

Sonreí por el elogio.

—Es un chico que disfruta mucho la conversación. Tiene muchas cosas en la mente y mucha sabiduría, más de la que cabría esperar en un niño de su edad.

Me di cuenta de inmediato de que mi comentario había tocado una fibra en Katya. Sus ojos miraron con tristeza hacia la ventana.

—Más que cualquier otra cosa, desearía que pudiera convivir con chicos de su edad. Y ya sabe que en este país… las amistades se hacen desde la infancia. Los padres se hacen amigos en el parque, mientras sus hijos juegan en el arenero. Pero, desde siempre, Yuri y yo solo nos hemos tenido el uno al otro. —Se jaló el suéter; las mangas alargadas como tubos tejidos le cubrieron los dedos—. Nunca habrá un parque para él o para mí. Y, aun cuando esté lo suficientemente recuperado como para ir a la escuela, Yuri tiene pocos amigos. Siempre ha parecido más grande que los demás niños. —Katya dejó escapar un suspiro—. Intentamos que permaneciera en la escuela, pero fue demasiado para él. Se enfermaba con frecuencia y, simplemente, no tenía la suficiente energía. Así que, cuando nos cambiamos de distrito escolar el año pasado, el doctor nos insistió en que recibiera las clases en casa debido a su estado de salud.

Asentí, pero, en ese momento, tuve una idea.

—Me queda claro que ir a la escuela a diario es mucho para él, pero me pregunto si sería posible llevarlo a la clase de visita, aunque sea una sola vez. Quizá lo haga sentirse más vinculado con los demás, si conoce a algunos de mis estudiantes.

—Es usted muy amable; siempre piensa en lo mejor para él. —Torció la manga con sus dedos—. De verdad, se lo agradezco. Vamos a ver qué dice el doctor. Hoy hice otra cita para Yuri. No puedo decir ni sí ni no sin antes consultarlo con él.

Entendí que debía ser cuidadosa. El sistema inmune de Yuri era muy débil debido a su poca exposición a otros chicos, con todos sus gérmenes. Lo último que yo quería era poner en peligro su organismo. Pero sabía que había más en el desarrollo de un niño de lo que podía obtener de libros o tareas escritas. Un niño necesita interactuar con sus pares.

23

Enero de 1986
Kiev, Ucrania

El padre de Katya vende sombreros de piel en el mercado todas las tardes de domingo, y su madre es la encargada de cobrar y hacer plática a los clientes.

Para el día de su boda, su padre eligió una de sus más preciadas pieles de zorro blanco y le confeccionó una pequeña estola.

—Un poco de glamur para mi bailarina —le dice y le da un beso a la entrada del registro civil.

Su hermana Yulia porta un pequeño ramillete de flores para Katya.

Las dos familias no se llevan bien. Todos están muy tensos mientras la pareja firma el acta de matrimonio. Katya luce un sencillo vestido blanco, y Sasha, un traje que perteneció a su padre. En la oficina de gobierno, el único adorno para la celebración son las banderas soviética y ucraniana que cuelgan de un pequeño poste de metal en una esquina.

Más tarde, el jardín de la casa donde Katya creció está iluminado con pequeñas linternas. Afuera, los invitados beben vino espumoso en vasos de plástico y arrojan bocanadas de humo de cigarro en el aire helado. Ella aún trae puesta la estola de zorro blanco que le hizo su padre, y su cuello está envuelto en una capa de suavísima piel. Su tía cocinó un guiso especial de hongos salvajes que Katya come con entusiasmo porque es su platillo favorito.

Cuando las temperaturas gélidas vencen incluso a los invitados más persistentes, todos se agolpan en la sala de la casa de los padres de Katya y ponen un disco de los Beatles adquirido en el mercado negro.

Dos de las compañeras de Katya fueron invitadas a la fiesta. Sus largas cabelleras están recogidas en trenzas y enrolladas en la parte superior de su cabeza; semejan un par de elegantes jirafas. Levantan a los hombres de sus sillas y logran hacer que los colegas de Sasha del departamento de Ciencias de la universidad bailen. Sus rostros ya estaban enrojecidos por el vodka, pero ahora se enrojecen más al intentar en vano moverse al ritmo de la música.

Después de la medianoche, cuando todos los invitados se han marchado, los recién casados regresan al departamento de Sasha, al otro lado de la ciudad. Una vez ahí, él toma el rostro de Katya entre sus manos y la besa apasionadamente en la boca.

—Mi hermosa esposa —dice y la carga hacia la cama.

Con el radiador zumbando en el fondo y las ventanas nubladas por la condensación del vapor, las piernas de Katya se enredan alrededor de él, y Sasha jura que siente cómo sus pulsos se fusionan. Una unión que late por sus venas.

24

Enero de 1986
Kiev, Ucrania

A Katya el primer año de matrimonio le parecía ahora un recuerdo lejano. Su departamento en Kiev era del tamaño de la sala de su nueva casa en Long Island, para la cual lograron juntar el suficiente dinero para dar un anticipo. La pequeña estufa con piloto en la que preparaba la comida favorita de Sasha se le antojaba prehistórica en comparación con la General Electric de ahora, que prendía sin tener que acercarle un cerillo. Y su refrigerador estadounidense seguía maravillándola; era tan grande como el viejo ropero de su abuelo en el campo y con solo apretar un botón sacaba hielos o agua.

Ahora hacía las compras en el supermercado Grand Union. Cinco distintos tipos de leche, pirámides de pasta e, incluso, un pasillo dedicado únicamente a las galletas. La madre de Katya solía pasar casi toda la tarde haciendo fila con sus cupones para obtener los ingredientes mínimos. El gobierno de la Unión Soviética controlaba incluso los estómagos de los ciudadanos: determinaba la cantidad de leche, carne y queso permitida por persona en cada familia. Pero aquí, Katya podía pasear con su carrito por el brillante supermercado y comprar cuanto necesitara en una sola y eficiente visita. Al principio le parecía que todo lo que la rodeaba estaba a punto de desaparecer. ¿Cómo era posible tener moras o plátanos frescos en mitad del invierno? Aun las tiendas departamentales la tenían cautivada con sus ofertas interminables. No podía creer lo afortunada que era cada vez que salía a la calle.

Y, sin embargo, se había sentido muy insegura cuando Sasha le dijo que quería solicitar permiso para salir de Ucrania después de que Gorbachov anunciara que los judíos podían emigrar del país.

Sin embargo, luego de la lesión que sufrió bailando, la compañía de danza no la emplearía hasta que su tobillo sanara. Y, después de eso, no tenía idea de si lograría recobrar la fuerza y la habilidad para bailar profesionalmente. ¿Qué opciones le quedaban, si no lograba volver a bailar? Sin un título universitario, era probable que terminara trabajando en una tienda, como aquella en la que su madre solía formarse todo el día para comprar kielbasa.

A pesar de haberse mudado al otro lado del mundo, Katya conservaba un par de zapatillas de ballet en uno de los cajones de su habitación. Eran las únicas de satín rosa que había utilizado; estaban destinadas para su debut individual. En su tercer año en la

compañía por fin le habían dado una breve parte para ella sola, y sabía que, si la profesora de ballet quedaba conforme con su actuación, estaría más cerca de ser una de las bailarinas principales.

Durante semanas practicó con ahínco su parte. La coreografía era intensa y muchos pasos se ejecutaban en puntas. Entonces, la mañana anterior a la primera función, cuando ensayaba por su cuenta en uno de los estudios, escuchó el tronido más espantoso de su vida: su tobillo se dobló al momento de hacer una pirueta. Lanzó un grito de agonía. Lo que siguió era confuso. Lana entró corriendo al estudio y la encontró llorando en el piso.

Los rayos X revelaron que había sufrido una devastadora fractura Weber B en el tobillo izquierdo. La morfina le había quitado el dolor, pero el doctor no suavizó sus palabras.

—Podemos volver a colocar el hueso en su lugar con una placa de metal y unos tornillos, pero andará en muletas varios meses. La placa y los tornillos deberán quedarse ahí durante un año.

Sasha llegó al hospital en cuanto Lana le avisó y ahora sostenía la mano de Katya.

—¿Me está diciendo que no podré bailar durante todo un año? —Su voz se quebró mientras intentaba pronunciar las palabras.

El doctor la miró con seriedad.

—Me temo que sí. El tobillo está deshecho y el tejido aledaño quedó muy dañado. Lamento darle malas noticias, pero no podrá poner peso en este pie durante todo ese tiempo.

Sasha estaba por decir algo reconfortante, pero Katya alzó la mano que tenía libre para detenerlo.

—Mi carrera está terminada —dijo—. Aun si recobro la fuerza en un año, perderé mi lugar en la compañía. Hay por lo menos una docena de bailarinas peleando por cada puesto.

—Podrías recuperarte antes del tiempo que dice el doctor.

Sasha intentaba mantener la esperanza, pero eso era intolerable para Katya. Sasha, el hombre que decía que solo veía el mundo desde una perspectiva científica, ahora trataba de ignorar los hechos para evitarle el dolor. La hizo sentir mucho más desesperanzada que él recurriera a ese tipo de imposibilidades; así de desesperado estaba por tranquilizarla.

—Sasha, hay chicas que ponen vidrios rotos en las zapatillas de sus compañeras porque quieren sabotearles la carrera. ¿Crees que van a esperar a que me cure y vuelva? —Se esforzó por contener las lágrimas. A continuación levantó la vista hacia la placa de rayos X que estaba apoyada contra la pantalla blanca y que mostraba el hueso fracturado—. Mira eso —insistió—. ¿Qué más necesitas ver? Es ciencia médica. Los hechos son indiscutibles.

25

Todos los niños estaban impacientes por entregarme sus cartas. Después de recogerlas, vi sus ojos llenos de vida, como si acabaran de escribir un secreto que ansiaran compartir.

Esa noche me acomodé desde temprano con las cartas y una taza de té de menta. Bill llamó para avisarme que estaría trabajando hasta tarde en la oficina y me sentí muy contenta por tener tiempo para leer sin distracciones.

Sonreí mientras leía. La mayoría de los estudiantes habían escrito que esperaban ser admitidos en una buena universidad o en la selección deportiva de su prepa. Lisa Yamamoto metió en el sobre tres garzas de papel para la buena suerte. Otro estudiante mencionó que deseaba vivir en Australia. Jack, un niño muy bajito para su edad, anhelaba crecer y medir más de 1.80.

La carta de Finn era particularmente conmovedora. Describió a su hermana pequeña, a la que habían operado ya varias veces de la pierna izquierda. Escribió que esperaba que, para cuando él cumpliera dieciocho, por fin pudieran salir a corretear juntos, y entrar a estudiar medicina para descubrir cómo ayudar a más personas como ella.

Me detuve más tiempo en su carta que en la de los demás. Me di cuenta de que había muchas cosas que uno podía enseñar a los estudiantes. Era posible enseñarles matemáticas, gramática, y también ayudarlos a ser más pacientes o más meticulosos con sus tareas. Pero había otras habilidades que no era fácil transmitir en el salón de clases, como la compasión y la bondad. Esas eran cualidades que Finn tenía bien aprendidas, al ser testigo de las batallas de su hermana en casa.

A menudo había visto a la madre de Finn esperándolo en el estacionamiento de la escuela cuando yo salía hacia la casa de Yuri. Finn siempre me saludaba con la mano para luego abordar su camioneta Volvo blanca. Solía alzar ligeramente la barbilla y echarse la mochila un poco más arriba en el hombro. «Adiós, señorita Topper», me gritaba al meterse al vehículo.

En algunas ocasiones había podido ver a la madre de Finn en el asiento del conductor. Siempre llevaba el pelo rubio atado en una coleta y unos lentes de carey muy a la moda. En el asiento de atrás había una niña pequeña, la versión miniatura de la madre de Finn. Me imaginaba que la suya era la clase de familia pudiente que usaba bolsas de playa idénticas, con las iniciales bordadas de cada uno de sus integrantes. Pero después de leer la carta de Finn y de enterarme de la discapacidad de su hermana, mi percepción de él y de su familia cambió. Ahora me quedaba claro que, cuando Finn hablaba con tanta pasión sobre deportes, no solo jugaba para sí mismo, también lo hacía por su hermana.

Cuando Yuri me entregó su carta en su casa la tarde siguiente, reparé en que, debido a la emoción por describirle la tarea, se me había pasado mencionarle un detalle esencial: que no cerrara el sobre.

Ahora, mientras sostenía su carta en mi mano, me percaté de que no solo la había sellado, sino que se había tomado el tiempo para decorarla con mucho cuidado. Al ver todo el esfuerzo que había puesto en ello, no tuve corazón para pedirle que metiera la carta en un nuevo sobre sin cerrar.

—¿Disfrutaste escribirla? —le pregunté mientras la guardaba en mi bolsa.

Los demás niños se veían muy emocionados cuando me las entregaron, pero Yuri parecía más bien pensativo.

—Fue una buena tarea —dijo después de una larga pausa—. Me hizo pensar bastante en lo que realmente espero de la vida. Y me ayudó mucho ponerlo por escrito.

—Me da gusto que te haya servido de algo —respondí. Noté que había descubierto un cardenal que descansaba en el porche nevado.

—Me pregunto dónde estaré cuando ponga la carta en el correo —murmuró, los ojos fijos en el pajarillo rojo.

De inmediato lo imaginé con su toga y birrete de graduación. Traía un diploma en la mano y era varios centímetros más alto; su voz era más grave e incluso tenía novia.

—Estarás disfrutando de tu último día de preparatoria, campeón —le aseguré, confiada.

Asintió y volteó a verme después de que el pajarillo se alejó.

—Cardenales, Azulejos, Orioles —enumeró, cambiando el tema—. Muchos equipos de beisbol tienen nombres de aves. ¿Se ha preguntado por qué?

—De hecho, Yuri, jamás lo había pensado.

—Debe ser increíble poder volar. Estar mucho más cerca de las nubes, ver todo desde arriba.

—Sí, debe ser. —Me acerqué y le di un pequeño apretón en el brazo—. ¿Quieres que tu carta te la entregue una paloma mensajera? —pregunté en broma.

Volteó a mirarme. Sus ojos azul claro me sorprendieron por el brillo que habían adquirido.

—¡Señorita Topper, eso sería fantástico!

Más tarde, ya en mi casa, analicé con mayor cuidado su sobre. Yuri había anotado meticulosamente en la parte frontal su dirección con letras mayúsculas. Y en la parte de atrás, debajo de donde yo había escrito: «Una carta del pasado con un mensaje para el futuro», había trazado un diamante de beisbol, usando como base la solapa. Con toda una gama de colores, el chico había creado un hermoso dibujo de un campo de beisbol, con hileras de maíz creciendo a la distancia. Era su propio campo de sueños.

Para ser honesta, pensé en valerme del vapor de una tetera para abrir su carta. Ese era mi nivel de curiosidad por leerla. Pero me contuve. El fin de semana anterior había comprado un archivero de metal justamente para guardar las misivas de los alumnos. En un fólder manila grande escribí con marcador: «Generación de preparatoria 2006».

Coloqué los sobres de todos mis grupos de Franklin en el fólder y los metí en el archivero. Bajé y puse la carta de Yuri junto con las demás.

Cuando volví a subir, apagué la luz. Había terminado la tarea por el momento. Solo quedaba esperar al año siguiente para asignar la misma tarea a mis nuevos estudiantes. Y, para cuando llegara ese día, la generación de preparatoria de 2006 estaría un año más próxima a graduarse.

26

Octubre de 1987
Kiev, Ucrania

Había dos imágenes de la televisión soviética de las que Katya todavía guardaba memoria. La primera era la del helicóptero soltando arena sobre el reactor nuclear en llamas de Chernóbil. La otra era la de los judíos en Moscú gritando: «¡Déjennos ir! ¡Déjennos ir!». En cada una de las situaciones, recordaba haber sentido que el mundo estaba cambiando. No solo por lo que transmitía la televisión, sino también por la reacción de Sasha. En ambas ocasiones se dio cuenta de que el lenguaje corporal de este se modificaba cuando se sentaba en el sofá a ver la televisión. Tenía los hombros hacia arriba, el torso inclinado hacia delante y las manos entrelazadas frente a él. En el reflejo del cristal, notaba que sus ojos estaban fijos en la pantalla.

Antes de casarse con Sasha jamás había caído en la cuenta de cuánto antisemitismo había en Ucrania. Pero, en el breve tiempo que llevaban casados, era claro que se había convertido en una parte muy opresiva de sus vidas. Los experimentos de Sasha con frecuencia eran saboteados en el laboratorio. Para la segunda primavera que pasaron juntos, a él no quisieron darle un ascenso y se lo concedieron a alguien más, aunque ella sabía que Sasha estaba mucho más calificado para el puesto. Algunos días, Sasha llegaba a casa y apenas si podía hablarle a Katya porque temía que, si daba rienda suelta a su rabia, no podría detenerse y rompería todo lo que había en su departamento. Así que a ella no le sorprendió que, cuando Gorbachov anunció que cualquier persona con herencia judía podía salir de la Unión Soviética, Sasha comenzara a hacer planes para irse incluso antes de hablarlo con ella.

Cuando por fin hablaron del asunto durante la cena una noche, ella levantó la vista de su plato y vio su mirada decidida a convencerla de que tenían que marcharse.

—Si estuvieras bailando este año, Katya, no podría presionarte. Pero quizás esta sea nuestra única oportunidad de tener una vida mejor.

—Pero ¿a qué costo, Sasha? —Levantó los brazos—. ¿Qué pasará con nuestras familias cuando nos vayamos? ¡Dirán que son parientes de traidores! Sufrirán las consecuencias de nuestro egoísmo. No podría soportarlo.

—Quizá nunca volvamos a tener una oportunidad como esta, Katya. Gorbachov puede prohibir la emigración con la misma velocidad con que la aprobó.

La mente de Katya iba a miles de kilómetros por hora y apenas si se pudo concentrar en lo que Sasha dijo después para persuadirla de que esa era la decisión correcta. Para él era

más sencillo marcharse, ya que sus padres habían muerto y era hijo único. Sin embargo, ella todavía tenía que pensar en sus padres y en su hermana.

—Podemos considerar comenzar nuestra propia familia cuando lleguemos allá. En un sitio en el que nuestro hijo tenga todas las oportunidades a su alcance. —Katya sintió la mano de Sasha sobre la suya y sus ojos que la miraban fijamente—. No en un lugar donde haya cuotas para el número de judíos que pueden solicitar ingreso a una universidad. No uno en el que el apellido Krasny te etiquete como *yid*. —Se le acercó y la abrazó—. Mírame, Katya.

Ella alzó la mirada.

—Tienes que confiar en mí, amor. Esto es lo mejor para nosotros.

El silencio de Katya fue una confirmación. Él leyó su respuesta en sus ojos.

La tarde siguiente, Sasha fue a buscar una solicitud de salida.

27

Octubre de 1987
Kiev, Ucrania

La madre de Katya le dijo tres palabras cuando se enteró de que estaban solicitando su salida.

—No eres judía —murmuró. El tono de su voz era gélido.

—No, pero Sasha sí… —Katya estaba parada en el umbral de la cocina de sus padres. Su madre, que estaba sentada a la mesa, no quería mirarla—. Mamá…

Su silencio era ensordecedor. Y Katya intentaba imaginar lo que pasaba por la mente de su madre en ese momento: «Nos fallaste como bailarina. Nos fallaste cuando te casaste con ese *yid*. Y ahora nos estás fallando al dejarnos aquí solos en nuestra vejez».

Una hora después, cuando llegó su padre, Katya tenía miedo de decirle.

—Papá, te tengo una noticia —anunció tímidamente. Era consciente de que su voz sonaba distinta cuando hablaba con su padre. En automático se transformaba en una niña pequeña si estaba cerca de él—. Sasha quiere emigrar a Estados Unidos.

Él se sorprendió.

—Pensaba que todos habíamos nacido en este basurero y que en él nos íbamos a morir. Ignoraba que uno simplemente podía tomar sus cosas e irse.

—No es broma, papá. Gorbachov anunció que permitirá que los judíos se vayan.

Su padre sacó una botella de vodka del refrigerador y se sirvió un vaso. Después de beber unos cuantos tragos, caminó lentamente hacia la sala y se sentó en su silla. La bebida le había relajado el rostro.

—Ese pobre tobillo tuyo nos quitó la vida que nos correspondía. —Le hizo una seña a su hija para que se acercara y luego la abrazó con fuerza, como solía hacerlo. Olía a alcohol y a cigarro.

—Me quitarán los clavos en Estados Unidos y quizás ahí la terapia física sea tan buena que pueda volver a bailar en una compañía de danza estadounidense.

—Mi pequeña *lapushka* ya está llena de optimismo estadounidense.

—No precisamente, papá. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Tengo miedo de que les hagan algo a ti y a mamá cuando nos vayamos.

—Estamos viejos. ¿Qué más nos pueden hacer? —Negó con la cabeza—. ¿Crees que pueden aplastarme? —Alzó el vaso y le dio otro trago—. Si me acusan de ser el padre de una traidora, sobreviviré. Y también tu madre.

Pero Katya podía escuchar a su madre golpeando las sartenes en la cocina.

28

Algunas veces, cuando Katya observaba su casa, le sorprendía el escaso rastro que quedaba de la mujer que había sido en Kiev. No solo por todas las comodidades de los suburbios estadounidenses que ahora la rodeaban: el refrigerador lleno, el Pontiac en la entrada o la sala con sus hermosos muebles de madera. Más bien lo decía porque su vida ahora estaba enfocada en cuidar de Yuri; era como si se hubiera transformado en una persona completamente distinta de la que había sido antes, cuando cada minuto de su vida giraba en torno al ballet.

Cuando se enteró de que tendría que dejar de bailar al menos por un año, sintió que había perdido por completo su razón de ser. Antes, entrenaba su cuerpo como una atleta. Pero ahora, por primera vez desde los nueve años, no pasaba el día entero practicando en el estudio o junto a sus compañeras de danza. En secreto, Katya creía que jamás se recuperaría plenamente, que su cuerpo la había traicionado. Ya era evidente que se habían desvanecido los músculos que antes tenía muy marcados en los muslos y las pantorrillas. Sin duda no había engordado, pero su cuerpo ya no era tan duro y firme como antaño. Con cada día que pasaba, dejaba ir cada vez más el sueño de volver al ballet.

Así que, cuando Sasha le propuso emigrar, Katya dijo que sí porque sentía que su patria no tenía nada más que ofrecerle. Se dijo a sí misma que debía creer en Sasha y en su instinto de que estarían mejor en Nueva York que quedándose en Kiev.

Pero emigrar a Estados Unidos no fue nada fácil. Sasha tenía que preparar una declaración para el gobierno de Estados Unidos en la que detallara los problemas que le había acarreado el ser judío bajo la persecución soviética. Pasaba horas en la mesa del comedor tecleando en una vieja máquina de escribir, describiendo todos los incidentes de antisemitismo que había padecido, primero en la universidad y luego en su trabajo. Pormenorizó todos los obstáculos que la gerencia le había impuesto para que progresara en su carrera. E incluso después de hacer esa declaración, los documentos migratorios requerían una gran cantidad de firmas, incluida la del jefe de Sasha, y hasta un certificado de la compañía de luz en el que informaran que estaba al corriente con sus recibos. Aun la biblioteca local tuvo que refrendar la solicitud, asegurando que ni Katya ni Sasha debían libros. ¡Que Dios no permitiera que se fueran del país con un libro que pertenecía a la patria!

Sasha tuvo que soportar juntas con su jefe y sus colegas en las que lo acusaban de traidor. Por su parte, la madre de Katya estaba tan dolida que apenas podía dirigirle a ella dos palabras; sin embargo, lo más doloroso fue con su hermana, que le rogó que

reconsiderara. Por la noche, Katya miraba el techo y contaba los días para que llegara el momento en que harían borrón y cuenta nueva, y empezarían una nueva vida.

Cuando por fin se fueron a la ciudad de embarque de Chop, no se les permitió sacar más de cien dólares del país. Pero se llevaron una lata de caviar y una botella de coñac armenio porque se habían enterado de que, para cruzar la frontera, necesitarían algunos artículos de lujo para utilizarlos como sobornos.

En sus dos maletas guardaron solo unas cuantas prendas, algunas fotografías de su familia y su retrato de bodas. De último minuto, Sasha insistió en que Katya empacara también las zapatillas de ballet que había usado en el ensayo el día del accidente.

—Llévatelas —insistió al ver que ella las había colocado en la caja con todo lo que regalarían a sus amigos y a su familia.

—No volveré a bailar —dijo ella, con un ensayado tono de reserva y estoicismo.

—No lo sabes, Katya. Y, además, mira, todavía tienen mucha vida. —Las sacó de la caja y se las dio para que las empacara.

Sasha tenía razón: la punta apenas estaba gastada y los listones seguían inmaculados. Cuánto la habían maravillado la primera vez que se las calzó y ató los listones a sus tobillos. Ahora parecían reliquias de una vida pasada.

Katya murmuró alguna objeción, pero, al final, accedió. Cuando llegaron a Estados Unidos, guardó las zapatillas en el cajón de la ropa interior, envueltas en una bufanda de seda. Colocó medias y calcetines sobre ellas, y unas agujas y un kit de costura al lado. Ahí permanecieron, sin que nadie las tocara, como un secreto que no compartía con nadie.

Aunque hubiera estado lo suficientemente sana como para retomar su carrera de bailarina, Katya era consciente de que había otros obstáculos. Las principales compañías de ballet se ubicaban, todas, en Manhattan, pero el trabajo de Sasha los obligaba a vivir cerca de la Universidad de Stony Brook, en la parte oriental de Long Island, casi a dos horas de distancia de la ciudad en auto. Así que pasaba sus días perfeccionando su inglés en una universidad comunitaria local y adaptándose a su nueva vida.

A diario, Sasha salía a trabajar a un mundo que conocía poco. Se vestía cada mañana con gran esmero, con una camisa formal y con corbata, a pesar de que ninguno de sus colegas la usaba. Katya recordaba con particular cariño una tarde en la que Sasha sacó una hoja de papel de su portafolios donde estaban apuntadas las palabras «Yankees» y «Mets» con un signo de interrogación a cada lado.

—Los hombres en la oficina aman el beisbol —le informó—. Me dijeron que, si quiero convertirme en un estadounidense de verdad, tengo que elegir un equipo.

—¿En serio? —respondió Katya, incrédula—. ¿Te dijeron eso?

—Sí. Me parece que estaban bromeando, *lapushka,* pero será una buena manera de acercarme a ellos. Intenté hablarles de futbol, mas no les interesó para nada.

»He estado investigando. La elección evidente son los Mets. Están en una racha ganadora este año, a pesar de la publicidad adversa en relación con el problema de drogas

de Darryl Strawberry. Sin embargo, como bien sabes, jamás he sido alguien que se vaya con la elección obvia.

Ella rio y se sentó a su lado en la mesa de la cocina, frente al papel con los nombres de los equipos.

—La mayoría de los compañeros son fanáticos de los Mets. Todos, en realidad… Excepto por uno, Carl. —Sasha tomó un lápiz y golpeteó la mesa con él—. Carl me dijo que no había nada más estadounidense que los Yankees… Joe DiMaggio, Babe Ruth, Lou Gehrig y Mickey Mantle. Todos son héroes nacionales. —Se agachó para sacar dos gruesos libros de su portafolios envueltos en celofán; los había traído de la biblioteca. Ambos eran sobre historia del beisbol—. Empecé a leerlos durante la hora de la comida. Creo que me iré con los Yankees.

Durante las semanas siguientes, Katya fue testigo de la transformación de Sasha en especialista en un deporte completamente nuevo para él. Estudió cada partido. Lo asombraba la estrategia mental que se requería para tener éxito. Memorizó los nombres de los jugadores y sus números, y mostró una habilidad peculiar para memorizar las estadísticas de cada equipo. Ella sabía que esto formaba parte de la personalidad de su esposo: se crecía cuando debía tomar una decisión y se concentraba tanto en la investigación que se volvió mucho más experto que sus compañeros. Pero, en secreto, Katya envidiaba su capacidad para hacerse de algo propio. Él se había adueñado del pasatiempo más antiguo del país, y ella ansiaba encontrar algo en esta nueva nación que ella pudiera hacer suyo con la misma pasión.

Mientras Sasha se instalaba en su rutina laboral y comenzaba a hacer amistad con sus colegas gracias a su nuevo amor por el beisbol, a Katya le costaba trabajo sentirse plena con sus breves excursiones al supermercado o con sus clases de inglés. No podía considerarse ni una mujer trabajadora ni tampoco un ama de casa con hijos. Más bien se veía a sí misma como una inmigrante aislada sin amigos de verdad, salvo por las contadas mujeres que iban los martes por la noche a la biblioteca a aprender inglés. Por eso se sintió fascinada al descubrir, seis meses después de haber llegado a Nueva York, que estaba embarazada, pues ahora tenía una motivación. Comenzó a pasearse en el auto frente a los parques y se imaginaba sentada en una banca con las demás madres mirando a sus hijos jugar en el arenero. Visualizaba coloridas fiestas de cumpleaños con pastel helado, un manjar que no conocía antes de mudarse a Estados Unidos y que la emocionaba. Tenía la cabeza inundada de escenarios infinitos de gozo maternal.

Sasha y ella se unieron todavía más al saber que traerían una nueva vida a este mundo. Ella dejó de sentirse frágil por la sombra de su vieja lesión y, más bien, se sentía más sana que nunca. Sasha ayudaba preparando platillos originarios de su país, que eran nutritivos y que a su juicio fortalecerían al bebé; hizo goulashes y mucha kasha. Guardaba un plato con huevos cocidos en el refrigerador y empezó un pequeño huerto en el patio trasero para cultivar sus propios tomates, zanahorias y cebollas. Solía bromear diciendo que, si era niño, verían juntos el beisbol e incluso tal vez jugarían a atrapar la pelota los fines de

semana.

Por la noche, su lado más romántico regresaba; colocaba las manos en la panza de Katya, que cada vez era más grande, y le decía que no había nada más bello en el mundo para él que verla con su bebé creciendo en su interior. «Un amor dentro de mi amor», le susurraba al abrazarla. Dirigiendo la voz a su vientre, leía novelas en inglés y le prometía a Katya que los tres dominarían el nuevo idioma gracias a las palabras de un buen libro.

Aunque el embarazo de Katya no presentó problemas, el parto en sí fue dolorosamente difícil y Yuri nació azul. En un principio, el pediatra pensó que quizá tenía un bloqueo en los pulmones; sin embargo, cuando el color volvió al bebé, otro doctor creyó detectar un soplo cardiaco. Después de tres días agotadores de reuniones con especialistas e incontables exámenes, incluido un angiograma, les informaron que la situación era mucho más grave: Yuri había nacido con un extraño defecto en el corazón conocido como anomalía de Ebstein.

—En esencia, el corazón de Yuri es distinto del de la mayoría de los niños porque su válvula tricúspide está más baja de lo normal en el ventrículo derecho. —El doctor Rosenblum tomó un lápiz y dibujó un diagrama en un trozo de papel—. Eso quiere decir que, conforme se desarrolle el corazón, parte del ventrículo derecho se unirá con el atrio del mismo lado, y esa sección del corazón se hará más grande, lo cual afectará su funcionamiento normal.

Katya estaba sentada en el consultorio mientras Yuri, de apenas una semana de nacido, dormía en sus brazos. En ese momento, su nivel de inglés apenas le permitía descifrar algunas de las palabras que decía el doctor. Pero Sasha, que tenía mayor dominio del inglés, parecía memorizar cada frase. Después de unos minutos, Sasha pidió al doctor que se detuviera para poder traducirle a Katya, porque sabía que permanecer en la oscuridad, ignorante de lo que ocurría, estaba preocupándola mucho.

El cardiólogo pediatra les confesó que era difícil predecir el tipo de vida que Yuri tendría. La anomalía de Ebstein podía tener un sinfín de consecuencias. Algunos niños vivían años sin tener problemas y otros padecían complicaciones respiratorias, taquicardia, etcétera. Había pequeños que jamás requerían cirugía y otros necesitaban una intervención quirúrgica a los tres o cuatro años de edad.

—Lo mejor que puedo recomendarles —dijo el doctor al tiempo que se ponía de pie y le daba la mano a Sasha— es que lo tengan bien vigilado. Si presenta algún cambio en el color de la piel o en la respiración, llámenme de inmediato.

Cuando regresaban a casa esa tarde, Sasha miraba por el retrovisor a su esposa y a su hijo cada vez que llegaban a un semáforo en rojo. Podía ver a Yuri asegurado en su asiento, mordiéndose el pulgar mientras dormía, y a Katya con una mano sobre la manta que cubría las rodillas del bebé. Sasha jamás había manejado tan despacio y con tanto cuidado en su vida. En cada curva maniobraba como si estuviera transportando el cargamento más preciado y frágil.

Desde el momento en que lo llevaron a casa, toda la atención que Katya había dedicado al baile se la consagró a Yuri. Pasaron la cuna del cuarto del bebé a su recámara, y Katya

dormía solo en intervalos de quince minutos. Permanecía en una vigilia constante, pues su cuerpo era incapaz de abandonarse por completo al descanso. La mayor parte del tiempo permanecía de costado, con los ojos bien atentos a la respiración de su hijo. Observaba cómo subía y bajaba su pechito bajo su pijama de algodón. Estaba alerta a cualquier gorjeo, a cualquier quejido.

Cuando amanecía y Sasha se iba a trabajar, Katya se llevaba a Yuri al pecho y le acariciaba la mejilla con el dedo, creyendo que la leche materna lo fortalecería de alguna manera. Sin embargo, sabía que no lo curaría de su verdadero mal.

No estaba segura si entendía del todo cuál era el pronóstico de Yuri, aun cuando Sasha le había explicado una y otra vez lo que el doctor les había dicho.

«Hay que vigilarlo siempre», repetía Sasha con insistencia, pero eso era algo que ella ya hacía día y noche. La falta de sueño la había vuelto más irritable y la dejaba más tensa. Cada día, Sasha se marchaba al trabajo y se distraía ahí; ella, en cambio, vivía con una constante sensación de pánico porque algo podría salir mal en casa. Por ejemplo, Yuri podía ahogarse de pronto y ella no sabría bien cómo ayudarlo.

Por fin, un sábado, cuando Yuri tenía casi tres meses, Sasha le pidió que se sentara con él y le habló con firmeza:

—No podemos vivir siempre con miedo, Katya. Has de aceptar lo que el doctor Rosenblum dijo: hay muchos matices en la enfermedad de Yuri. Lo único que nos queda es esperar y ver cómo se desarrolla. Pero también tenemos que aprender a vivir en el presente. —La abrazó y sintió cómo todo su ser descansaba en sus brazos. La apretó contra su pecho y ella comenzó a llorar—. Se hará más fuerte —le aseguró—. Te prometo que ese pequeño bebé crecerá y se convertirá en un niño perfecto.

Ahora Katya lloraba en su pecho. En ese abrazo afloraron todas las emociones que ella había mantenido ocultas en su interior durante los últimos tres meses a fin de dedicarle cada pizca de energía a su bebé.

Cuando por fin dejó de llorar, Katya notó sobre su espalda el sol que entraba por la ventana y se sintió recuperada. Durante los siguientes meses, vio cómo lo que Sasha le había dicho se volvía realidad: de alguna manera, Yuri se hacía más fuerte cada día.

29

Sasha se aferró a cada palabra que el doctor pronunció sobre la enfermedad de Yuri. Necesitaba entender cada detalle del conocimiento que el doctor Rosenblum estaba dispuesto a transmitirle. Quería desentrañar la información y volver a armarla, metódica y cuidadosamente, para poder decirle a Katya sin vacilaciones que comprendía el diagnóstico de su hijo y que haría todo lo que estuviera a su alcance para que Yuri recibiera los mejores cuidados.

Recordó que el doctor le había dicho que el corazón de un infante era del tamaño de su pequeño puño, con los cinco dedos bien apretados. «Aunque el corazón de Yuri ahora es tan grande como una nuez, crecerá conforme el niño se desarrolle, siempre manteniendo el tamaño de su puño». El doctor alzó la mano y la dejó sobre el escritorio unos segundos antes de hacer un puño.

Ahora, mientras Yuri tenía los dedos apretados y cerca de su boquita, Sasha, de pie junto a la cuna, intentaba imaginar el corazón de su hijo latiendo dentro de su cuerpo. Había leído en una revista científica que los pacientes con actitud positiva —aquellos que se negaban a sucumbir ante la desesperanza— por lo general tenían mejores resultados que quienes mostraban actitudes negativas. ¿No había escuchado en un programa de radio a un radioescucha que había llamado y había dicho que procuraba visualizar que su cáncer entraba en remisión y que podía mejorar su pronóstico al vislumbrar un futuro en el que tenía buena salud?

Sasha siempre se había considerado un hombre de ciencia, pero al mirar a su hijo dormido se dio cuenta de que estaba desesperado por hallar cualquier cosa que lo ayudara a mejorar su pronóstico. Respiró profundo y pensó en el aire que entraba a sus pulmones y en su corazón bombeando sangre hacia sus venas. Cerró los ojos y comenzó a imaginar que su corazón se sincronizaba con el de su hijo. Con su fuerza de voluntad lograría hacerlo más fuerte. El ventrículo dañado de Yuri detendría su deterioro, su válvula tricúspide no dejaría escapar la sangre y el lado derecho de su corazón no se haría más grande. Sasha siempre había dicho que no creía en Dios; sin embargo, en secreto ahora sabía que estaba dispuesto a tener fe en lo que fuera con tal de salvar a su hijo. Si hubiera incluso la mínima posibilidad de que sirviera de algo imaginar ese hilo invisible reparando el defecto del corazón de su hijo, creería en ello. Si Katya le pidiera ir con ella a la iglesia y rezar de rodillas para que Yuri estuviera completamente sano, lo haría sin protestar.

Abrió los ojos y miró de nuevo al pequeño bebé que dormía en su cuna. Katya le había puesto un mameluco de algodón azul con estrellas blancas. El móvil que colgaba del techo

también tenía estrellas, una gran luna blanca y un sol amarillo. «Las constelaciones del amor», pensó Sasha, con los ojos fijos en el diminuto puño de su hijo. Cuando este abrió los dedos y se llevó el pulgar a la boca, Sasha volvió a respirar profundamente. En su cuerpo sentía la lucha del miedo y la esperanza. Abría y cerraba su propia mano y movía los dedos para que la sangre volviera a circular. Inhaló el suave aroma a bebé dormido —el perfume del talco y la crema para rozaduras— y puso su mano sobre el pecho de Yuri. Podía sentir su corazón latir ahí, debajo de la tela de algodón, y su ritmo le dio tranquilidad. En ese momento, Sasha supo que su hijo era un niño fuerte.

30

Después del nacimiento de Yuri, a Sasha le costó trabajo sentirse útil y relevante, pues tenía muchas razones para sentirse impotente. Era torpe al cambiarle los pañales a Yuri y, a diferencia de Katya, no siempre escuchaba cuando el pequeño estaba llorando. Su esposa parecía tener un sexto sentido para ello, incluso antes de que el sonido atravesara el aire. Pero lo peor de todo era la sensación de impotencia para curar el corazón de su hijo.

Cuando Katya amamantaba a Yuri, sentada en la cama y recargada en una almohada, él la observaba llevarse la criatura al pecho y cómo la leche salía del seno a los diminutos labios. Sasha quedó impresionado y con una sensación de humildad al ver la estrecha relación entre madre e hijo, determinada por la naturaleza. Ansiaba también poder darle algo a su pequeño que fuera único para él.

Pronto se dio cuenta de que Yuri disfrutaba cuando leía para él. Veía sus pupilas dilatarse con asombro al escuchar su voz. Sasha sentía que su corazón se aceleraba de felicidad cada vez que Yuri le sonreía. Con el paso de los años, intentó toda suerte de nuevos proyectos con el chico a fin de repetir aquellas sensaciones de gozo puro. Cuando Yuri todavía era pequeño, Sasha llevó a casa legos y un castillo de madera con un juego completo de caballeros medievales. También le obsequió un microscopio para niños y colgó un móvil de planetas sobre su cama. Pero no fue sino hasta que introdujo a su hijo al beisbol cuando Sasha descubrió lo que los uniría para siempre.

Yuri tenía cinco años la primera vez que vio el beisbol en televisión. Sasha estaba encantado de poder explicar ese deporte a su hijo, a pesar de que él también era un aficionado reciente.

Recordaba que, por ahí de la cuarta entrada, Yuri arrancó una hoja de papel y comenzó a dibujar con crayolas una televisión y, dentro de esta, un campo de beisbol con jugadores. Sasha pensó que el dibujo estaba terminado, pero Yuri incluyó dos muñequitos tiesos sentados en un sillón frente al aparato, ambos con una sonrisa en forma de «U». «Somos tú y yo, papi». Irradiaba felicidad cuando le entregó a Sasha su creación.

Después de todos esos años, Sasha conservaba aquella hoja en una pared junto a su escritorio en el laboratorio. La firma del Yuri de cinco años en la parte inferior era grande y chueca, pero cada detalle del dibujo hacía feliz a Sasha. Documentaba el momento en que el vínculo entre ambos se había sellado.

A Yuri le gustó el juego de inmediato. A los seis años ya entendía completamente las reglas, la complejidad y velocidad de pensamiento que cada jugada requería.

Como su padre, él también podía memorizar datos y cifras con facilidad, y pronto se aprendió el nombre de los jugadores de los Yankees y el número de sus yerseis. Para cuando cumplió siete años, podía recitar el porcentaje de bateo y jonrones, así como los RBI totales de todos los miembros del equipo.

Sasha compró playeras y gorras de los Yankees para los dos, con el fin de que se las pusieran cuando se sentaban en el sillón a ver un juego juntos. Katya, que no tenía ningún interés en los deportes, les preparaba botanas, como rollitos de kielbasa y babka de chocolate de postre; siempre fingía estar seria y los regañaba en broma por hacer demasiado escándalo.

Cuando Yuri creció y sus problemas del corazón le impidieron entrar a las Ligas Menores o jugar con niños de su edad en la escuela, Sasha vio que, no obstante sus limitaciones, el beisbol había salvado a su hijo, porque podía seguir siendo ese aficionado apasionado y dedicado. Sasha lo llevaba al mercado de pulgas de las Ligas Menores de Tri-Village los fines de semana y le compraba tres o cuatro sobres de tarjetas de beisbol. Yuri pasaba horas organizando su creciente colección en álbumes especiales con hojas protectoras. Le gustaba variar el modo de ordenar las tarjetas. Algunas veces las disponía alfabéticamente; otras, decidía que era mejor por equipos o por posiciones. Sasha le compró también unos protectores especiales Lucite para las fichas más preciadas, de modo que Yuri pudiera exhibirlas orgullosamente en el librero de su cuarto.

Durante la temporada de beisbol, a menudo Sasha llegaba a casa y veía a Yuri frente a la televisión imitando todos los detalles de las poses de los bateadores o los preparativos de los pícheres antes de lanzar la bola.

Sasha quedó impresionado con lo meticuloso que era Yuri. Apretaba con sus manos un bate imaginario para emular a Derek Jeter y, luego, lentamente hacía círculos con el bate por encima de su cabeza mientras esperaba el picheo. Y cuando remedaba al pequeño segunda base Chuck Knoblauch, doblaba las rodillas casi hasta el piso con el bate prácticamente horizontal y muy atrás del resto de su cuerpo. Sin embargo, la imitación que más sorprendía a Sasha era cuando su hijo reproducía los movimientos de Andy Pettitte en el montículo de picheo.

Yuri se bajaba la gorra de los Yankees hasta cubrirse la frente y alzaba el guante como un escudo justo debajo de sus ojos. Con la mirada fija al frente, simulaba los movimientos de Pettitte, primero elevando las manos sobre su cabeza y, luego, echando la pierna izquierda al aire, con tanta lentitud y concentración que, al verlo moverse, Sasha recordaba a Katya años atrás exhibiendo la fuerza y la gracia de su ballet.

«Está imaginando que juega», pensaba Sasha cada vez que veía a su hijo realizar su ritual. Los ojos de Yuri estaban fijos en la pantalla y su concentración era tan intensa que quizá ni cuenta se daba de que su padre lo miraba en silencio. Y Sasha se sentía muy bien por el asombroso regalo que le había dado a su hijo: el amor a algo que desafiaba su enfermedad. Cuando Yuri veía partidos de beisbol, era como cualquier otro niño. Estaba

contento y era libre.

31

Cuando llegué a la casa de Yuri al final de esa semana, la nieve que apenas unos días atrás había cubierto su entrada ahora era una mezcla de charcos oscuros y arena. Dentro de la casa, sin embargo, Katya estaba radiante y feliz. Su cabello color miel caía suavemente sobre sus hombros y lucía un grueso vestido rojo que exhibía su físico de bailarina. Me di cuenta de que incluso traía un lápiz labial que combinaba con el vestido. Era una persona completamente distinta cuando se ponía un poco de color.

Me dio gusto ver a Katya tan bien, porque sabía que eso significaba que Yuri se sentía más fortalecido. Era curioso lo poquito que me bastaba para sentirme optimista. Un vestido rojo y algo de labial y ya creía que Yuri estaba curado.

Incluso los olores dentro de la casa eran distintos. Yo era un sabueso cuando se trataba de aromas que provenían de la cocina. Por lo general, la casa de los Krasny olía a cebolla sofrita o estaba impregnada de la sabrosa fragancia de la kasha. Pero, esa tarde, las habitaciones estaban inundadas del perfume de la mantequilla y las mantecadas.

—Huele a que alguien estuvo horneando —dije con entusiasmo mientras me quitaba el abrigo.

—Sí, hice galletas —respondió Katya, y señaló la cocina—. Yuri se ha sentido mucho mejor los últimos tres días. No se ha quejado de palpitaciones o falta de aire. Quería celebrar un poco. —Extendió el brazo hacia la sala—. La llevo con él. Les dejé unas galletas en la mesa.

Entramos a la sala y me sorprendió no encontrar a Yuri enfundado en una manta en su sillón mullido, sino cruzado de piernas en el sofá. Vestía pants y un jersey extragrande de los Yankees. Era la primera vez que lo veía sin pijama. En la mesa de centro había un plato con tres galletas y algunas migajas.

—Hola, Jeter —le dije bromeando cuando vi que traía el número 2 del parador en corto.

—Hola, señorita Topper. —Parpadeó varias veces cuando entré a la sala. Junto a él se asomaba la portada de su cuaderno de escritura.

—Qué bueno ver que ahí está tu cuaderno. He estado recogiendo los de los demás estudiantes esta semana para asegurarme de que todos estén haciendo sus apuntes diarios.

Yuri volteó a ver su cuaderno y se movió vacilante.

—No me digas que no has estado escribiendo —le dije con ligereza.

—No; sí lo he hecho.

Me senté en la silla junto a él y lo miré. Me parecía que algo, que aún no descubría, lo

hacía sentir incómodo, quizás ansioso.

Yuri debió darse cuenta de que yo estaba percibiendo algo, así que hábilmente redirigió la mirada hacia el plato de galletas.

—Debería probar una. Están buenísimas.

—Esperaba que me la ofrecieras —le respondí y tomé una.

—Mi mamá usó la receta de mi abuela que está en Ucrania. Es de mis favoritas.

—Saben a mantequilla; quizá te robe otra —confesé, pensando si debía hacerlo.

—Debería animarse. —Me acercó el plato.

—No; tú las necesitas más que yo, campeón —repliqué, satisfecha al ver que había vuelto la atmósfera relajada entre los dos—. Termínatelas.

Tomó las últimas y se las llevó a la boca una por una. Al fin sonrió.

—Bueno, ahora que terminamos con las galletas, déjame preguntarte: ¿te gustó la última tarea?

Quería echar a andar la imaginación de mis alumnos, así que les pedí que escribieran acerca de alguna experiencia que los hubiera dejado *intrigados*. Me emocionaba mucho saber qué había escrito Yuri.

—Sí, lo hice. —Frunció el ceño—. Me costó algún trabajo decidir sobre qué escribir. Pero dejé que mi mente divagara un poco y entonces me vino una idea.

—Así que lograste sobreponerte al bloqueo. Magnífico, Yuri.

—Sí, señorita Topper. Lo extraño es que nunca me había gustado escribir. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que me siento mucho mejor después de hacerlo.

—Pues es una gran noticia. Sabes bien qué decir para alegrar a tu maestra.

—Lo digo porque es verdad, no porque quiera que usted esté contenta —contestó serio.

Sentí que me ruborizaba al escuchar sus palabras. Una vez más, recordé la voz de Suzie diciendo que «los niños se dan cuenta cuando te estás esforzando demasiado».

Yuri no deseaba que yo estuviera siempre animada y llena de optimismo. Yo había percibido que quería alguien con quien poder ser honesto y no tener que estar censurando sus pensamientos ni sus emociones.

Me tomó unos minutos recomponerme y darle a Yuri lo que requería: que yo fuera honesta con él.

—Bueno, la verdad es una cualidad importante a la hora de escribir —dije lentamente —. Con el propósito de encontrarla, escriben los escritores y crean los artistas. Miguel Ángel utilizaba su cincel a fin de liberar la figura que se hallaba oculta en el bloque de mármol. Con sus trazos impresionistas, Monet procuraba evocar una atmósfera y cierto tipo de luz. Ambos buscaban maneras de revelar algo que uno no distingue con claridad a primera vista.

A Yuri le brillaron los ojos. Me escuchaba con gran atención y yo podía sentirlo.

—Los escritores emplean las palabras de la misma forma. Están buscando el sentido de un mundo que a veces es confuso y difícil. Buscan la verdad al cuestionar lo que hay a su alrededor. —Hice una pausa antes de seguir—. ¿Tiene lógica lo que te digo?

Yuri sonrió.

—Sí, mucha.

—Bien, me alegro.

Era extraño lo rápido que uno podía advertir que estaba tambaleándose frente a un estudiante. También era bueno saber que, en esta ocasión, todo lo que yo decía llegaba a Yuri.

—Algunas veces la página en blanco es intimidante, señorita Topper, porque no sé cómo llenarla. Pero entonces solo cierro los ojos y escribo lo que siento.

—Eso es lo bello del caso, Yuri. Cuando te rindes ante el proceso y simplemente empiezas a escribir la verdad en el papel.

Yuri asintió.

—Bueno, volvamos a tu escritura. ¿Por qué no me lees lo que redactaste para tu ensayo sobre algo que te haya intrigado?

—Bueno, si usted insiste.

—Insisto. —Sonreí.

Yuri estiró la mano para tomar su cuaderno y por unos segundos buscó la página adecuada. Respiró profundo y comenzó a leer:

LAS ZAPATILLAS DE MI MADRE
POR YURI KRASNY

En el buró de mi mamá hay un par de zapatillas rosas de ballet. Las encontré una tarde cuando estaba buscando un seguro y ella había salido al supermercado.

Las zapatillas tienen largos listones como los que se usan en la envoltura de un regalo fino o para hacerle un moño en el pelo a una niña. No sé mucho sobre esas zapatillas. Solo sé que, según mi papá, mi mamá era una bailarina muy buena en Ucrania. Mis padres vinieron a Estados Unidos en 1987 y mi papá ahora trabaja en el laboratorio de la Universidad de Stony Brook, pero mi mamá ya no baila ballet.

A veces me intriga pensar cómo habrá sido la vida de mi mamá antes de llegar aquí. Me gusta imaginarla en un gran escenario, dando saltos y giros al ritmo de la música. Sé que suena mal, pero me pregunto si seguiría bailando si no tuviera que preocuparse por mí.

No le dije a mi mamá que encontré sus zapatillas. Las observé durante unos minutos y volví a guardarlas en su cajón. Son su secreto. Pero me gustaría saber más sobre ellas y sobre su vida antes de que ella y mi papá vinieran a Estados Unidos.

Escuché a Yuri, saboreando cada una de sus palabras. Se trataba de uno de esos extraños y exquisitos momentos en la vida de un profesor en los que este casi puede sentir los pensamientos de su estudiante, como si estirara los dedos para tomarlo de la mano. No sabía si Yuri nos había escuchado a su mamá y a mí hablar en la cocina aquella vez sobre los sueños de Katya de volver a bailar. Sin embargo, en este ensayo de una página, su escritura capturó perfectamente los misterios del pasado de su madre.

—Tienes razón —le dije—. Esas zapatillas te intrigan y te hacen pensar en las cosas que las personas eligen mantener en secreto.

—Sí… Pero mi mamá probablemente ni siquiera sabe que yo las vi. Así que no le cuente por favor, ¿sí? No me gustaría darle otra razón para preocuparse.

Alcé la mano.

—Te doy mi palabra. Te prometo que jamás traicionaré nada de lo que me digas… o escribas de manera confidencial.

La sonrisa de Yuri se transformó en una expresión más seria.

—Mi papá siempre dice: «Uno cuida a las personas a las que quiere». —Me miró—. Supongo que no desea que me preocupe, porque él y mi mamá siempre están cuidándome. —Un destello translúcido apareció en su rostro en ese instante; el niño se transformaba en un joven.

Al escuchar sus palabras, sentí que el corazón se me derretía.

Yuri dejó su cuaderno sobre la mesa.

—Entonces, ¿me lo puedo llevar? —le pregunté—. Leeré el resto de tus trabajos cuando llegue a casa esta noche.

—Sí, claro —me respondió, pero de nuevo esa extraña sensación de incomodidad parecía haberlo invadido.

Cerró el cuaderno, me lo dio y yo lo guardé en mi mochila. Se recargó en el respaldo de su silla.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

—A-já —dijo, alargando la expresión.

—Bueno, entonces comencemos hablando de *El mundo mágico de Terabithia*. Me intriga saber qué pensaste de la improbable amistad entre Jess y Leslie.

Yuri se veía distraído una vez más. Me estaba costando mucho trabajo descubrir qué era lo que lo ponía tan ansioso. Me pareció que habíamos estado en la misma sintonía durante el ejercicio de escritura, pero ahora sentía que lo estaba perdiendo de nueva cuenta.

Respiré profundamente una vez más y esperé unos segundos para que volviera a concentrarse.

—Creo que los ayudó a sobrevivir a circunstancias muy difíciles.

—Sí, eso es cierto.

—También me gustó cómo Jess se pone objetivos cuando corre. Cómo quiere ganarse el respeto de su padre por medio de los deportes.

Asentí.

—Tienes razón. Y Jess no ha tenido una vida fácil, ¿o sí?

—No. La ha pasado mal. Su amistad con Leslie lo ayuda. Ella le muestra muchas cosas que él no habría conocido de no ser por su amistad.

—¡Es verdad! Lo introduce a todo un mundo mágico.

Yuri buscó acomodarse mejor en su silla y comentó:

—Eso es lo maravilloso de los amigos, supongo.

—Sí. Aprendes mucho de ellos, ¿no es cierto? Puedes tener nuevas maneras de ver las cosas gracias a sus experiencias o simplemente al escucharlos. Así como me pasa oyéndote a ti, Yuri.

Sonrió sin ganas. Podía sentir que algo lo preocupaba.

—Señorita Topper, ¿me puede regresar mi cuaderno por un momento?

Lo miré confundida.

—Claro, Yuri. ¿Pasa algo?

—No, solo quiero corregir algo.

Saqué su cuaderno de mi bolsa y se lo devolví. Lo abrió, pasó las páginas hasta que llegó a una que había doblado para asegurarse de que nadie la viera, y la alisó. Ahora estaba a la vista como las demás.

Cerró el cuaderno y me lo entregó.

—Gracias, señorita Topper —dijo con voz suave—. Supongo que al escribir algunas veces escribimos para nosotros mismos. Y luego nos damos cuenta de que, si de verdad confiamos en la persona que nos leerá, entonces no hay problema en compartirlo.

Esa noche, mientras Bill veía un episodio de *La ley y el orden* en la sala, yo subí a leer los cuadernos de mis estudiantes. Dejé el de Yuri para el final, porque sabía que había algo en él que requeriría mi total atención. Cuando llegué a la hoja que había doblado y luego desdobló, sentí que era una muestra de lo mucho que habíamos recorrido juntos en los últimos meses. La página desdoblada era un símbolo de confianza.

Algunas veces odio ser yo mismo. Amo a mi mamá y a mi papá, y sé que el doctor Rosenblum pensó que lo mejor era que yo no asistiera a la escuela este año después de cómo me enfermé el año pasado, pero me parece que uno solo es niño una vez en la vida y yo no estoy teniendo esa oportunidad. Desearía poder tener aunque sea un solo amigo de mi edad. Alguien con quien hablar de las cosas que me encantan, como el beisbol o, incluso, los pájaros. Sé que puedo platicar con mi papá de beisbol y que a la señorita Topper también le gusta un poco este deporte, pero no es superfanática. Creía que Mariano Rivera había pichado un juego perfecto la temporada pasada, mas no fue él, sino David Wells. Es una mujer y comete errores como esos, supongo, pero en ocasiones me encantaría poder volar a la clase de la señorita Topper y ser como un pájaro, como una paloma o algo así, para mirar por su ventana y estar cerca de los demás niños.

Al leer las palabras, sentí el dolor de Yuri impregnado en ellas. Sabía que no tenía manera de aliviarlo y eso me caló tan hondo como años atrás, cuando vi cómo la pequeña Ellie miraba pasar el camión escolar desde su ventana. Quería ayudarlo, pero ¿cómo?

Los siguientes días los pasé pensando qué hacer con la información que Yuri había decidido compartir conmigo. Consideré que traicionaría su confianza si mostraba el

cuaderno a Suzie o incluso a mi madre, por más que ansiara escuchar sus consejos. Aun así, deseaba tener a alguien con quien intercambiar ideas para hacerlo sentir menos aislado.

No fue sino hasta que me hallé frente a mi grupo de tercer grado cuando vi a Finn y sentí que me llegó la inspiración. Fue la gorra de los Yankees que traía en la cabeza —otra vez se le había olvidado quitársela al entrar del recreo— la que me dio la idea.

Esa tarde, al salir hacia la casa de Yuri sentí que la neblina de no saber cómo ayudarlo se disipaba. Sonreí. Me percaté de que había descubierto la manera de suavizar su aislamiento.

Esperé hasta el final de nuestra sesión. Katya estaba frente a la tarja, limpiando la cocina.

—Tuvimos una gran sesión el día de hoy —le dije—. Es maravilloso ver que Yuri está cumpliendo con todas las tareas de lectura y escribiendo a diario en su cuaderno.

Katya alzó la mirada y sonrió.

—Es un buen chico. Quiere hacer las cosas bien. Pero, claro, es difícil para él estar todo el día encerrado.

Sentí que se presentaba una oportunidad, así que la aproveché.

—Es verdad —coincidí—. Debe ser duro no interactuar con los demás niños.

—Incluso cuando iba a la otra escuela le resultaba complicado vincularse. Es un alma vieja en muchos sentidos. Debido a su enfermedad, ha vivido una infancia distinta y es más maduro que los chicos de su edad. Sé que considera al doctor Rosenblum su amigo.

Bajé los ojos y enseguida volví a alzarlos para mirar los de ella.

—Bueno, pero el doctor, en realidad, por mucho que sea parte de la vida de Yuri, no puede equipararse a un amigo de su edad.

Katya me miró con severidad. El cuarto de pronto se sintió helado.

—Lo digo porque me preocupa Yuri —continué, determinada a ayudarlo—. Y me preguntaba si consideraría la posibilidad de que visitara la clase, aunque sea un solo día. Sé que ya lo habíamos hablado antes, pero también sé que él lo disfrutaría mucho.

La mirada de Katya se suavizó.

—Le pregunté al doctor al respecto recientemente, y él piensa que todavía es muy riesgoso que Yuri esté cerca de tantos niños en este momento. —Respiró profundamente —. Es terrible saber que no hay nada que podamos hacer con la anomalía de Ebstein y la taquicardia. Pero, en los once años que hemos tenido a Yuri, siempre hemos sido muy cuidadosos con su sistema inmune… Su protección es algo que sí podemos controlar. Su respiración siempre ha sido un tema, y un resfriado menor puede mandarlo directo al hospital. En especial durante el invierno, cuando hay más resfríos o, peor aún, influenza…

Me había preparado para esa respuesta. Era entendible, pero también se me había ocurrido una solución más creativa, una alternativa.

—Sin duda comprendo sus preocupaciones. Se me ocurrió otra idea que creo que puede funcionar. Una especie de punto medio. Me preguntaba si podría traer a uno de mis

estudiantes…, un chico realmente especial, a una de nuestras dos sesiones semanales, para que Yuri tenga un poco más de interacción y para que las discusiones acerca de los libros sean más participativas. Una tercera voz sin duda ayudaría mucho.

—¿Traerlo aquí, dice?

—Sí, quizá no sería una carga para el sistema inmune de Yuri si se trata de un solo niño y tenemos mucho cuidado de que se lave las manos cuando venga a visitarlo, como lo hago yo.

Katya me escuchaba. La veía considerando la posibilidad.

—Déjeme pensarlo y discutirlo con mi esposo y con el doctor de Yuri.

—Claro —le respondí.

—Me parece un buen punto medio.

—No lo habría mencionado si no pensara que puede ayudar a Yuri, y además tengo al invitado perfecto.

No dije su nombre en voz alta, pero sabía que no podía ser otro que Finn.

32

Después de su lesión, Katya tenía sueños recurrentes en los que bailaba. En su subconsciente, seguía siendo una niña capaz de elevar el tobillo por encima de su cabeza y dar saltos y piruetas. Cuánto extrañaba la ligereza de saltar con los pies en punta y los brazos extendidos. En su mente, con su cuerpo alargado como una flecha, tan compacto y preciso, podía cortar el aire.

A veces soñaba que estaba en el escenario y los reflectores se enfocaban únicamente en ella mientras personificaba el pájaro de fuego de Stravinski o el cisne de Chaikovski. Usaba un tocado de plumas y una corona con joyas brillantes al centro. Bailaba de manera frenética, con su cuerpo transformado en ave.

Cuando despertaba, siempre pasaba por un momento de desorientación, una confusión de dos mundos: uno en el que seguía siendo bailarina en Kiev y otro en el que era una inmigrante aislada en Estados Unidos.

Después del diagnóstico de Yuri, Katya dejó de soñar que bailaba. No dormía lo suficiente para soñar. Sí dormía, pero solo por breves momentos. A pesar de que Yuri ya no era un infante de cuna, sino un niño de secundaria, su impulso de comprobar si estaba bien no había desaparecido.

Sasha dormía como un oso, con el cuerpo encogido y mirando hacia la mesita de noche, despreocupado desde el momento en que cerraba los ojos. Katya envidiaba su capacidad para acallar su mente y entregarse al sueño. Ella despertaba cada hora. Incluso pasado todo ese tiempo, no había noche en que no se quitara con mucho cuidado las sábanas y caminara despacio hasta la puerta del cuarto de Yuri. Algunas noches incluso cargaba a su hijo y lo llevaba a la cama con Sasha y con ella. Después de todo, el mismo Sasha le había dicho que, en opinión de un científico conocido, el corazón tenía su propio lenguaje. «Cuando dos corazones están muy cerca pueden llegar a sincronizarse», le explicó, mucho antes de que naciera Yuri. «Algunas personas creen que la cercanía con otro corazón puede aliviar un "corazón roto"». Así que, en esas noches en que dormía con Yuri, apoyando su corazón contra la espalda de este, Katya se preguntaba si su hijo podía sentir el amor que ella le enviaba a través de la piel, el deseo que tenía de que se curara.

33

Era curioso cómo una noticia tan pequeña había podido hacerme sentir tan feliz. El solo hecho de saber que Katya estaba abierta a considerar que llevara a otro estudiante a conocer a Yuri me animó mucho.

A lo largo del ondulante camino que llevaba a mi casa iba meditando sobre el proyecto que les asignaría a Yuri y a Finn. Ambos amaban los deportes, así que pensé en un proyecto periodístico; les pediría escribir una columna sobre un suceso específico en que un atleta hubiera cambiado el curso de la historia. Jesse Owens en los Juegos Olímpicos de 1936 y Jackie Robinson como el primer beisbolista negro en jugar en la liga de beisbol eran dos posibilidades. Creía que la historia de cualquier atleta que hubiera superado las adversidades sería algo que ambos disfrutarían. Cuando estacioné el coche en la entrada de mi casa se había hecho de noche. Bill no había llegado todavía, así que prendí la luz y me puse a preparar la cena.

En la radio sonaba «Livin' la vida loca», de Ricky Martin, y, sin pensarlo, me puse a bailar mientras buscaba ollas y sartenes en la cocina.

Media hora después, tras haber freído ajos y cebollas, vertido en la sartén uno de los frascos de tomates en conserva de mamá y cocido un poco de pasta, vi las luces del auto de Bill frente a la casa.

—¡Hola, amor! —grité al escucharlo entrar y poner las llaves en la mesa—. ¡Hay espagueti y salsa de mamá para cenar! ¡En un instante estoy contigo! —Estaba muy emocionada por comunicarle la buena noticia.

Bajé la flama de la estufa para que la salsa se cociera a fuego lento y me acerqué a darle un beso.

—Hola —dijo en el pasillo cuando fui a saludarlo. Las siguientes frases «¿cómo estuvo tu día?» o «¿qué tan hambriento estás?» se fueron por la borda. Bill estaba parado con los ojos rojos y la camisa medio abierta. Su saco de Brooks Brothers estaba todo arrugado y, raro, traía puesta una gorra de la Universidad de Míchigan. Peor, la traía puesta hacia atrás.

Me acerqué y pude percibir el denso aroma a cerveza que exudaba su piel. No lo había visto así de desaliñado desde las fiestas de su fraternidad.

De pronto, todo el buen ánimo que había puesto en preparar la cena, todo el amor de los tomates de mamá se evaporó. Ahora lo único que podía ver era a mi novio de hacía seis años parado ahí, con una pinta de cliente de bar y detective fachoso y mal rasurado.

—Perdón por llegar tarde. Mi amigo Ben estaba en la ciudad por un asunto de negocios

y me cayó de sorpresa en el trabajo.

—Preparé la cena —murmuré—. Tenía una buena noticia que quería comunicarte, pero quizá no sea buen momento.

Se quitó el abrigo y lo tiró sobre el sofá.

—Soy todo oídos, Maggie. ¿Cuál es la buena noticia?

Estaba por contarle, pero me contuve. No quería manchar mi felicidad con su aliento a taberna.

—Nada, olvídalo —le dije y le di la espalda. Me fui a servir la cena. No pareció molestarle que yo estuviera tan enojada. Más aún, parecía que ni me estaba poniendo atención.

Lo escuché prender la televisión mientras yo escurría la pasta. Se había pasado de cocida. Estaba blanda, sin vida, y no creí justo añadirle los tomates de mamá. Así que volví a llenar la olla con agua y empecé de nuevo.

34

—Solo estaba desestresándose un poco después del trabajo —dijo Suzie en defensa de Bill al día siguiente a la hora de la comida. Faltaban tres semanas para las vacaciones de Navidad y era evidente que ella ya estaba dándole la bienvenida a la celebración usando un suéter rojo de chenilla, mallas de terciopelo negro y un muy colorido botón con un muñeco de nieve—. No dejes que te afecte, Mags. A los hombres les gusta tomarse unas cervezas de vez en cuando con sus amigos para relajarse. Es como el pastel de chocolate para las mujeres.

—Me gustaría que tuviéramos enfrente un pastel de chocolate en este momento —le respondí con nostalgia.

Suzie y yo casi nunca comíamos en la sala de maestros. El lugar siempre olía a sobras recalentadas en el microondas y café quemado. Era realmente desconcertante abrir el refrigerador y ver viejos cartones de leche o contenedores de unicel con notas adhesivas en las que alguien había anotado en letras enormes «¡No tocar!». Al ver todos esos recipientes con los nombres de los maestros escritos en plumón rojo, uno pensaría que la planta docente de Franklin estaba conformada por un montón de cleptómanos.

Una cosa era innegable: el salón de maestros era terriblemente deprimente y me ponía de mal humor. Sin embargo, hacía mucho frío para comer afuera y en mi aula estaban aplicando exámenes a algunos estudiantes, así que intenté enfocarme en mi conversación con Suzie.

—Suze, sucede que llevo con Bill desde el segundo año de la universidad, pero esta es la primera vez que vivimos juntos. Supongo que no me había dado cuenta de lo mucho que bebe y de toda la televisión que ve. Cuando iba a su dormitorio o a su viejo departamento, siempre estaba listo para salir, ir a cenar o ver una película… Pero ahora siento que lo único que nos mantiene unidos es el hecho de compartir una casa.

—¿Me estás diciendo que acabas de darte cuenta de que después de seis años de novios no tienen nada en común?

—Bueno, a los dos nos gustan los Mets —dije, encogiéndome de hombros y tratando de aligerar el ambiente—. Solía haber algo inteligente en nuestras conversaciones. Era un tipo chistoso, ingenioso, que recordaba gran cantidad de datos curiosos y de cultura popular. Pero, ahora, cada vez que llega a casa solo parece un exmiembro de fraternidad gordo y cansado. Tiene veintiocho, pero aparenta setenta y ocho.

—Qué asco. —Suzie hizo una mueca—. Ni cuando estaba en la universidad me caían bien esos tipos. —Se llevó el tenedor a la boca—. Supongo que siempre he preferido más

bien a los bohemios. Ya sabes…, el tipo que escucha a los Grateful Dead y usa un cinturón multicolor de macramé —dijo riendo—. Por Dios, Mags, los atletas creían que con poner una cinta de James Taylor o Cat Stevens ya ibas a ser suya.

—Supongo que yo era blanco fácil. Perdí mi virginidad con Bill mientras escuchábamos «Fire and Rain». Creo que Bill todavía debe tener por ahí los mayores éxitos de James Taylor específicamente para ese propósito.

—¡No es cierto! —gritó—. Ahora no podré sacarme de la cabeza esa canción nunca.

—Sí. De hecho, si él hubiera durado unos segundos más, habríamos podido incluir «Sweet Baby James» en ese fabuloso recuerdo.

Suzie se quejó.

—Me da gusto saber que ya me volví inolvidable para ti —dije, claramente contenta. Entonces sonó la campana—. Dios, vamos a llegar tarde a nuestras clases.

Corrimos a nuestros respectivos salones tras dejar los envases vacíos en la cocina. Ninguna de las dos había escrito su nombre en la tapa. El tiempo habría de decir si los recipientes estarían ahí cuando regresáramos o si seríamos víctimas del temido ladrón de comida de Franklin.

—No corra, señorita Topper —escuché que alguien me dijo con tono preocupado. Era Daniel, que estaba parado afuera del salón de música. Señaló mi bota; tenía la agujeta desamarrada—. No vaya a tropezarse…

—Gracias. —Me agaché para amarrarme las agujetas y, cuando alcé la mirada, él estaba ahí, extendiéndome la mano para ayudarme a levantarme—. Y yo que pensaba que la caballerosidad ya no existía —dije bromeando y dejando que mis dedos se entrelazaran con los suyos.

—Nunca —respondió rápidamente—. Se lo aseguro, señorita Topper, todavía hay uno o dos caballeros en la Escuela Secundaria Franklin.

—Esa es la mejor noticia que he escuchado en todo el día —comenté, alegre. Ahora estábamos a escasos centímetros el uno del otro y el perfume de su piel me pareció extrañamente familiar. Debió haber sido su jabón. Olía a bosque fresco, como la fragancia de los pinos recién cortados.

35

La Navidad estaba por llegar, y, si era desafiante mantener la atención de los estudiantes en las semanas posteriores a las vacaciones de verano, resultaba mucho peor en los días previos a las vacaciones de invierno. Los niños fantaseaban con regalos y viajes a Florida. Yo también estaba un poco distraída, debo admitirlo; no había días festivos que disfrutara más.

Durante los últimos tres años, Bill y yo nos habíamos dividido la cena de Nochebuena y la Navidad entre nuestras respectivas casas. Cuando empezaba a pensar en todos los regalos que debía comprar para la familia, comencé a organizar la visita de Finn a casa de Yuri. El primer paso fue saber si Finn estaría dispuesto a ir.

Anuncié al grupo que en las últimas dos semanas antes de salir de vacaciones hablaríamos sobre hombres y mujeres que habían superado la adversidad. La tarea final antes de Navidad sería escribir una columna periodística sobre un momento en la historia en que alguien hubiera plantado cara a una injusticia. Les di el ejemplo de Gandhi y Rosa Parks. Sabía que la mayoría de los niños de la clase querrían elegir a un atleta, así que también les sugerí a Jesse Owens y Jackie Robinson como posibilidades.

Después de la escuela, me acerqué a Finn cuando iba a encontrarse con su mamá. Con una seña le indiqué que necesitaba hacerle una pregunta.

—¿Qué hay, señorita Topper? —Se colgó la mochila L. L. Bean al hombro; las correas se veían un poco gastadas. Parado frente a mí, parecía un cachorro, los ojos bien abiertos y el pelo rubio despeinado. Tuve que contener el impulso de quitarle el fleco de los ojos.

—Tengo un favor que pedirte, Finn. —Me lancé directamente al punto—. Hay un estudiante de tu misma edad; va a cumplir doce años en junio. Dos veces a la semana le doy clases en su casa porque está muy débil para venir a la escuela.

—¿En serio? —me interrumpió Finn—. ¿Qué le pasa?

Esperaba poder ser un poco vaga acerca de la enfermedad de Yuri, pero Finn era un niño demasiado curioso para dejarme escapar tan fácilmente.

—Bueno, ¿cómo explicártelo? —Me costó trabajo encontrar las palabras precisas—. Nació con una extraña enfermedad del corazón y tiene débil el sistema inmune, así que por ahora carece de la fortaleza necesaria para estar en el salón de clases con tantos niños alrededor. Y yo quería ver si te gustaría acompañarme una tarde a visitarlo. Pienso que le hará bien interactuar con un chico de su edad. —Sonreí—. Además, es un gran fanático del beisbol, como tú. Creo que van a tener mucho en común.

—Claro —dijo con voz animada—. ¿Por qué no?

Mi corazón saltó de alegría.

—¿En serio, Finn? ¡Es fantástico! —Me acerqué y le di un pequeño apretón en el hombro—. Voy a llamarle a tu madre para asegurarme de que esté de acuerdo.

—Sí, claro. No hay problema, señorita Topper. Estoy seguro de que mi mamá no tendrá inconveniente en que yo vaya.

—Así lo creo también. Además, quizá lo mejor sea que ella te lleve, porque tal vez el municipio no esté de acuerdo con que viajes en mi coche.

—Ahí está esperándome. —Señaló el estacionamiento—. Me tengo que ir.

Me despedí de él.

—Una cosa más. —Se detuvo justo antes de cruzar la puerta de entrada—. ¿Le va a los Mets o a los Yankees? —gritó.

—¡Yankees! —le grité de vuelta.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Bien! ¡Entonces sí quiero conocerlo!

36

Conocí a Bill en mi segundo año en la Universidad de Míchigan. Me tomó dos semestres completos acostumbrarme a la vida en una universidad grande. Habiendo crecido en Strong's Neck, estaba acostumbrada a pequeños caminos campiranos y casas que recordaban la sensibilidad de Nueva Inglaterra. Para el baile de graduación, mis amigas y yo compramos nuestros vestidos en la tienda Laura Ashley de Stony Brook Village y nos pusimos perfume Anaïs Anaïs para sentirnos bellas y femeninas. Nuestro baile de preparatoria consistió en un gimnasio atestado de niños torpes y serpentinas. John McMannis, mi pareja para esa noche, me dejó a la mitad de la fiesta por otra chica llamada Gina Lorenzo, quien usaba un vestido negro de licra a la Betsey Johnson y medias de red. Recuerdo haber estado parada en un rincón rapeando con unos amigos al ritmo de «Ice Ice Baby» cuando vi que Gina salía del gimnasio con la pareja con la que yo había llegado; sus medias estaban rasgadas por encima del muslo.

Para cuando conocí a Bill, ya no utilizaba vestidos de flores y por suerte también había regalado mi pantalón de terciopelo. Solo necesité ir a mi primera fiesta universitaria para darme cuenta de que a los jóvenes no les interesaban los vestidos elegantes y femeninos que a mi juicio me hacían parecer un personaje de una novela de Jane Austen.

Dejé los moños de tela con los que me sujeté el cabello durante casi toda la preparatoria y comencé a llevar la melena suelta. El año en que se estrenó la película *Mujer bonita* aprendí a hacerme rizos con un producto de L'Oréal e incluí en mi guardarropa pantalones de mezclilla y suéteres pachones. A pesar de mi apariencia más actualizada, conservaba algo de la niña penosa de Long Island que se veía a sí misma como una mujer torpe de huesos grandes y muy distinta de las rubias del Medio Oeste que parecían haber nacido con un rey del baile a su lado.

La tarde que conocí a Bill estaba con mi mejor amiga Katie en la barra del Brown Jug comiendo papas fritas con aderezo; el entró y se sentó con unos amigos. En algún momento estiré la mano para tomar algunas servilletas y accidentalmente tiré su bebida.

—Oh, Dios —me disculpé, muy apenada—. Por favor, permíteme comprarte otra.

Él se negó y, en cambio, preguntó si podía invitarnos una ronda a Katie y a mí. Su actitud era infantil y dulce, y, cuando llegaron las bebidas, me sorprendió ver que también había pedido otro plato de papas para que lo compartiéramos. Me encantó que disfrutara tanto comiendo las papas como Katie y yo. Era realmente alto: medía como 1.90. Era fuerte y sus rasgos se asemejaban a los de mis parientes irlandeses; había algo en él que me hizo sentir muy a gusto de inmediato. Cuando caminábamos juntos yo no lo opacaba, a

pesar de medir casi 1.80, y además le daban risa mis chistes, cosa que no había pasado antes con nadie.

Varios del grupo nos quedamos despiertos casi toda la noche. Terminamos en uno de los jardines de la universidad, jugando y bebiendo. Recuerdo que pensé que Bill era muy caballeroso porque se bebía la cerveza rancia que yo debía tomarme en castigo por perder algún juego.

En los días que siguieron, se esforzó mucho buscándome. Me enteré de que le había preguntado a mi compañera de cuarto por mi horario de clases, para poder aparecerse, así como por casualidad, exactamente cuando yo salía de Angell Hall. Me invitó a ver partidos de basquetbol con él, justo cuando el equipo de la escuela estaba en su mejor momento y todos se emocionaban con los logros de los Fab Five. Ahí me contó historias que explicaban por qué le encantaban los deportes. Cuando hablaba de ellos, la voz le cambiaba. Sonaba muy viva, como un cubo de hielo cuando cae en un vaso de limonada con agua mineral. Era todo alegría. Conocía muy bien la historia del basquetbol, a todos los jugadores y sus estadísticas. Y, cuando comenzó la temporada de beisbol, los nombres cambiaron, pero su entusiasmo se mantuvo.

Pero, ahora, Bill se asemejaba más bien a un vaso de agua tibia. Nada parecía emocionarlo excepto sus amigos de la oficina y el nuevo catálogo de autos BMW que nos había llegado por correo. Lo había dejado en su mesa de noche y solía pasar las hojas brillantes cada vez que yo estaba trabajando en la cama hasta tarde.

Nunca utilizamos la chimenea, que en su momento me entusiasmó mucho porque pensaba que nos abrazaríamos frente a ella los fines de semana de invierno. A pesar de que me la pasaba subiendo la temperatura del termostato, la casa siempre me resultaba fría.

No podía evitar pensar en aquella irradiación de mis estudiantes especiales que tanto me atraía. Jamás había considerado que la luz que emitía una persona podía cambiar. Sin embargo, la chispa de Bill que inicialmente me había cautivado se había transformado en los últimos meses. Era horrible decirlo, pero sabía que era verdad. Ahora sus ojos estaban apagados.

37

Llamé a la madre de Finn al día siguiente y me dijo que sería un placer llevar a su hijo a la casa de los Krasny una tarde después de la escuela. Con esas horas extra, ella podría pasar más tiempo con su hija.

—Tiene entrenamiento de basquetbol los jueves; salvo ese, cualquier otro día nos queda bien. —Podía escucharla revolver papeles en el fondo—. ¿Cuál es la dirección? Déjame hallar una pluma.

—Moriches Road número 35. No está lejos de la tienda St. James.

—Ah, queda cerca de nuestra casa. Me parece una idea encantadora.

—Tiene usted un gran hijo, señora Laffrey. —En ese momento sentí la necesidad de decirle lo mucho que disfrutaba que Finn fuera mi alumno—. No solo es inteligente y resulta muy placentero enseñarle; también es increíblemente compasivo. Siempre está ayudando a los niños que avanzan más lento y no le preocupa parecer *cool*. —Como su maestra, me sentí verdaderamente orgullosa al hablar de él.

—Muchas gracias, señorita Topper. Es usted muy amable al decir esas cosas. —De pronto escuché la voz de una niña llamándola a lo lejos—. Tengo que irme, pero, si está de acuerdo, llevaré a Finn el próximo lunes a las cuatro y media. ¿Está bien?

—Voy a consultar con la mamá de Yuri; salvo que yo me ponga en contacto con usted, hagámoslo como usted propone.

El lunes siguiente llamé a Katya durante mi hora de comida solo para confirmar que Yuri estuviera de ánimo para recibir una visita esa tarde. Por la mañana me cercioré de que Finn no tuviera ningún síntoma de resfriado ni tos. Lo último que quería era llevar algún agente contagioso a casa de los Krasny. La salud de Yuri me había parecido estable las semanas previas, y sabía que, si había alguna razón para posponer la visita, Katya sería la primera en avisarme.

Cuando llegué, lo primero que vi fue un pequeño árbol de Navidad en la sala, decorado con una delicada guirnalda de luces. El aroma a pino fresco era vigorizante y de inmediato me recordó la tradición de mi familia de comprar el árbol en una de las granjas locales, y a mi madre haciendo chocolate y galletas de canela para mi hermano y para mí mientras nosotros podábamos las ramas.

—¡Qué rico huele! —le dije a Katya, quien colgó mi abrigo—. Veo que ya pusieron su árbol. Se ve muy bien.

Miró hacia la sala y sonrió.

—Sí, lo pusimos este fin de semana. Mi esposo es judío… pero no cree en Dios. —Dejó escapar una risa nerviosa—. Aun así, sabe lo mucho que me gustan estas tradiciones estadounidenses. Algo así jamás sería permitido en Ucrania.

—A mí también me encantan estas festividades —admití—. Siempre necesitamos una dosis adicional de alegría cuando afuera está helando.

—Sí, y a Yuri le fascina también. Ayer lo senté conmigo en la cocina y me ayudó a hacer las galletas. Me parece que está muy emocionado por conocer a ese otro niño… —Vaciló un momento, apenada por haber olvidado su nombre.

—Finn —dije, para ayudarla—. Finn Laffrey. Ya verá. Pienso que él y Yuri van a llevarse muy bien.

El Volvo de la señora Laffrey apareció exactamente a las 4:30 de la tarde. Yo estaba sentada en la sala con Yuri. Katya nos había traído un segundo plato de galletas de canela y azúcar porque Yuri y yo ya nos habíamos terminado el primero. Yo tenía una taza de té caliente entre las manos y le decía a Yuri que me sentía como una especie de casamentera, como en el musical *El violinista en el tejado*.

—Aunque, en lugar de matrimonios, mi trabajo es crear amistades.

—¿Cuáles son sus criterios para juntar a dos personas? —me preguntó, quitándose el fleco de los ojos—. Me da curiosidad por qué lo eligió a él.

—Ambos son buenos estudiantes y les gusta leer. Los dos son amables e interesantes. Ah, ¡y les encantan los deportes!

Yuri sonrió.

—Y, antes de que me lo preguntes —añadí—, ya averigüé: es fanático de los Yankees, como tú.

Katya condujo a Finn a la sala y yo me puse de pie, ansiosa por presentarlos.

—Finn, te presento a Yuri. —Hice un gesto grandilocuente con la mano—. Y Yuri, él es Finn.

—¡Hola! —Finn alzó la mano para saludarlo—. Me gusta tu jersey. —De inmediato se dio cuenta de que Yuri, que estaba sentado en su cómodo sillón, traía puesto el jersey de Mariano Rivera. Finn, por su parte, traía uno con el número de Andy Pettitte.

Yuri sonrió y lo saludó de vuelta.

—Te gusta Pettitte, ¿eh?

—Sí, es mi favorito —dijo Finn, y de pronto el ambiente se sintió más ligero.

—Es un buen tipo. —La cara de Yuri se iluminó—. Lo tuvo difícil el año pasado con su papá enfermo, pero siguió jugando bien.

Ese tipo de intercambio era exactamente lo que yo esperaba que uniera a ambos niños.

—Sí. —Finn asintió—. Escuché que durante la práctica para la Serie Mundial escribió «Papá» con letras plateadas en el interior de su gorra para tenerlo cerca cuando estuviera en el campo y no pudiera acompañarlo en el hospital.

—Eso es genial. No lo sabía. —Yuri parecía muy impresionado—. Supongo que es

porque a mi papá le gusta Mariano Rivera.

—Sí, él también es increíble —coincidió Finn.

Los miré a ambos; sus sonrisas iluminaban toda la habitación.

—Bueno, ¿empezamos? —Le hice una señal a Finn para que se sentara a mi lado en el sofá—. No olvides probar estas galletas antes de empezar, Finn. Yuri y yo ya nos comimos un plato completo antes de que llegaras.

Finn se estiró y tomó una galleta. Sonrió después de la primera mordida.

La siguiente hora la pasamos hablando del libro de Lois Lowry, *¿Quién cuenta las estrellas?,* la lectura que acabábamos de comenzar en el taller de escritura de la escuela. Al final de la hora le dije a Yuri que quizá le interesaría hacer una columna deportiva sobre algún atleta famoso que hubiera superado la adversidad en los deportes, como Finn y los demás alumnos de mi clase tendrían que hacer para su siguiente tarea. Así, la próxima sesión podríamos hablar de los obstáculos que esos atletas habían remontado.

—¿Te parece bien?

Los niños asintieron.

—Una pregunta, señorita Topper —dijo Yuri con una sonrisa—. ¿Ser de los Mets cuenta como adversidad?

—Muy chistoso —respondí, aunque vi que Finn también sonreía.

Cuando estábamos por terminar, Yuri miró a Finn y le preguntó si era parte de algún equipo.

—Juego en un equipo de basquetbol con mi amigo Charlie. —Se agachó para amarrarse la agujeta y se quitó el fleco de los ojos para poder ver lo que hacía—. Y espero que me escojan para el equipo de beisbol de la escuela en la primavera.

El gesto de Yuri se descompuso, aunque intentaba seguir sonriéndole a Finn.

—Qué suerte tienes —dijo en voz baja—. Tal vez un día, cuando no haga tanto frío, pueda ir a verte jugar.

38

Los niños se vieron una vez más antes de las vacaciones de Navidad. Para el final de esa segunda reunión, hubo un diálogo animado entre los dos sobre su investigación para la falsa columna deportiva. Hablamos de Jackie Robinson y Jim Thorpe, dos atletas que demostraron gran fortaleza a pesar de los numerosos obstáculos que tuvieron que enfrentar para poder competir. También hablamos de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos.

Tan solo con esas dos visitas, fue evidente que Yuri se animaba al ver que Finn entraba en la casa. Yo seguí reuniéndome con él una vez a la semana, pero esas sesiones eran más sosegadas que cuando Finn nos acompañaba.

Visité a mis padres, y mi madre, que siempre veía más allá, se dio cuenta de que yo evitaba hablar de Bill.

—¿Todo bien en casa, cariño? —Se andaba con cuidado. La veía buscando alguna clave en mi rostro.

Frente a mí había un plato de sopa de boda italiana. En lugar de inhalar sus aromas, como lo hacía habitualmente, me limitaba a mover las bolitas de carne de un lado a otro en el caldo, y una hoja de escarola se enredó en el cuello de mi cuchara.

—No estás comiendo nada. —Sus ojos pasaron de mi rostro al plato de sopa humeante —. Así que ya conozco la respuesta.

Su mano se posó sobre la mía y sus dedos tibios de inmediato me envolvieron en una calidez maternal.

—Maggie, cuéntame lo que pasa.

Sentí un calambre en el estómago. No quería decirle a mi madre que el hombre con el que acababa de mudarme, con quien llevaba seis años de noviazgo y con el que yo había dado por hecho que me casaría, se estaba convirtiendo en un extraño. El terreno que teníamos en común parecía estar desapareciendo y la mudanza a la casita de campo —que supuestamente haría más sólida nuestra relación— había puesto en evidencia grietas que yo no había percibido antes. Por difícil que fuera para mí aceptarlo, empecé a sospechar que nuestros corazones eran realmente muy distintos.

—No es nada. En serio —mentí. Tragué saliva, pero seguía sintiendo un nudo en la garganta—. Solo las tensiones usuales, supongo. Ambos nos estamos acostumbrando a ser compañeros de casa además de novios.

—Sí, es un ajuste enorme. —Sonrió—. Después de que tu papá y yo nos casamos, no sabía cuánto tiempo podría soportar el hecho de que él no se pudiera dormir sin escuchar

música en la radio despertador. En esa época no me gustaba tanto la música clásica.

—¿Y ahora ya te gusta?

—Puedo disfrutar de un cuarteto de cuerdas mucho más que cuando tenía veintidós años. —Se rio—. En ese entonces solo quería oír a los Beatles o a Sam Cooke.

»Algunas veces las personas se distraen un poco durante las fiestas —añadió, en defensa de Bill—. Pero sé cuánto saborea Bill los mariscos que preparamos en nuestra cena de Navidad a la italiana. Siete platillos de felicidad —dijo y percibí en su voz el gozo que le provocaba cocinar para todos—. Así que, si sigue gustándole eso, las cosas no pueden estar tan mal…

Me encantaba ver cómo mi madre se conectaba con mi abuela y mi bisabuela Valentina cuando cocinaba en Navidad. Era como si los recuerdos de ellas estuvieran incluidos en la mezcla de harina y huevo para hacer ravioles. Mi madre silbaba las canciones preferidas de mi abuela mientras espolvoreaba azúcar sobre los canoli. «La comida es amor», eran sus palabras favoritas.

Yo sabía que el amor tenía muchos lenguajes distintos y que algunas variantes eran mucho más obvias que otras. Si observamos con la suficiente distancia, lo descubrimos en los lugares más insospechados. Y el descubrimiento, con frecuencia, es la mayor recompensa.

39

Sasha nunca le dijo a Katya que recientemente, en una revista científica, había descubierto un artículo que explicaba que los hongos absorbían la radiación tanto de la atmósfera como de la tierra en la que crecían. A Katya siempre le fascinó comer hongos. Los preparaba con huevo, con cebada o salteados con un poco de pollo y acompañados de arroz.

En Kiev, a él le encantaba verla regresar del mercado con una canasta de alimentos recién cosechados en el bosque: cebollín salvaje, espárragos y moras, cuando era temporada. Recordaba que en otoño, varios meses después del accidente del reactor nuclear, ella le dijo que, según un vendedor del mercado, la cosecha de hongos había sido mucho más abundante que nunca.

Katya sabía que debía evitar las fresas que fueran tan grandes como huevos de gallina y las manzanas que crecían en formas retorcidas y extrañas. Pero, cuando se trataba de moras o de hongos, que le encantaban, no ponía ningún reparo.

Unos años después de que recibieran el diagnóstico de Yuri, y luego del comienzo de la Perestroika en la Unión Soviética, la información sobre los niños afectados por el accidente nuclear se hizo pública. Sasha hizo una lista: «El agua en la que Katya nadó. Todos los hongos que comió. La exposición solar los primeros días tras el accidente». Miró el listado y quedó convencido de que todos esos elementos formaban una trágica ecuación científica que a la postre había generado el defecto en el corazón de Yuri.

Yulia, la hermana de Katya, ya era adulta y trabajaba como enfermera en un hospital cerca de la frontera entre Bielorrusia y Ucrania.

—Hay tanto cáncer aquí —le dijo—. Tantos tumores extraños… y tantos bebés que nacen con un hueco entre las dos cámaras del corazón. He visto muchos casos de anomalías de Ebstein como el de Yuri, a pesar de que ya pasaron diez años del accidente nuclear. Y, Sasha, no hay nada que podamos hacer para ayudarlos. —En el teléfono, Sasha alcanzaba a escuchar que su cuñada chasqueaba la lengua a miles de kilómetros de distancia—. Los doctores dicen que, antes de Chernóbil, nunca vieron tal cantidad de problemas —añadió en voz baja—, aunque, oficialmente, el gobierno niega que haya conexión.

Yulia nunca le dijo esto a su hermana cuando hablaban por teléfono. Sasha también se guardó la terrible información.

—De por sí ya se culpa a sí misma —le dijo a su cuñada—. Pero ella no hizo nada mal. El gobierno nos dijo que estábamos seguros.

—En realidad, las mujeres en edad fértil deben haber sido las más vulnerables —le confesó Yulia—. Yo veo las consecuencias de ello a diario. Hay toda una nueva generación de niños que nacieron con muchos problemas.

Sasha siempre intentaba convencerse a sí mismo de la suerte que habían tenido al salir de la Unión Soviética en el momento en que lo hicieron. Ahora él trabajaba en el laboratorio de una prestigiosa universidad, tenía seguro médico y podía brindar a Yuri los mejores cuidados.

Por la noche, sin embargo, cuando se sentía inquieto, caminaba de puntitas al cuarto de Yuri y lo observaba dormir. Recordaba que, cuando su hijo era bebé, su cuna estaba muy cerca de la cama que él compartía con Katya, y esta siempre dormía con un ojo abierto, por temor a que el pequeño dejara de respirar durante la noche. Después de que Yuri se mudó a su propio cuarto y tuvo una cama de niño grande, Sasha de pronto descubría a su esposa durmiendo en la alfombra, junto a su hijo. Ella se había convertido en su guardiana.

Incluso ahora, con frecuencia se eclipsaban uno al otro por la noche, como dos naves que hacían sus rondas al cuarto de Yuri nada más para asegurarse de que estuviera respirando normalmente en su cama.

Con el tiempo, Yuri había pasado de ser un niño delicado a un joven apuesto. No podía negarse que su salud era frágil, pero en muchos sentidos era igual a todos los chicos de su edad. Su habitación estaba decorada con pósteres de sus jugadores favoritos de los Yankees. Un móvil del sistema solar colgaba del techo. En su mesa de noche exhibía orgullosamente la tarjeta de beisbol autografiada que el jefe de Sasha le había conseguido.

La luz de la luna iluminaba la habitación y Sasha estaba asombrado con su hijo. Para él, era un milagro. Su piel bella, sus rasgos perfectos. Su curiosidad incesante y su cálido sentido del humor. Sasha lo amaba tanto que algunas veces sentía un dolor intenso y repentino en el corazón.

Desde el momento en que nació, Sasha le prometió a Katya que su hijo vencería el diagnóstico.

Nunca le reveló a su esposa el secreto que guardaba: que él no era distinto de ella. Sasha también se preocupaba a diario por que algo pudiera sucederle a su hermoso hijo.

40

Dos días antes de las vacaciones de Navidad, mi escritorio estaba repleto de regalos de mis estudiantes. Nunca me había percatado de lo mucho que necesitaba un buen baño hasta que recibí aquel cofre del tesoro: cajas de jabones con atractivas envolturas, botellas de Bath & Body Works y esponjas color neón que me envolvían en una nube de perfumes, a cuál más llamativo.

Había unas cuantas excepciones. Lisa Yamamoto me obsequió una hermosa caja *bento* con palillos laqueados y una nota en la que me sugería usarla como lonchera para llevar mi comida a la escuela. Roland McKenna me dio una caja de chocolates, y Finn, una taza de cerámica con la leyenda: «La mejor maestra del mundo».

Yo había comprado una caja de paletas de chocolate en forma de copos de nieve para regalárselas a mis estudiantes. Cuando salieron al recreo, en cada paleta pegué una tarjeta que decía «Felices fiestas» con plumón rojo brillante.

Los niños seguían en su recreo cuando Suzie entró para una breve plática. Dejé de escribir y le sonreí.

—Hola. Solo quería saber cómo estabas. El otro día te veías un poco apagada. —Traía un suéter con pequeñas campanas y sonaba como un carrillón al caminar.

—¿Hoy eres Jingle Bells? —dije, burlándome—. ¿Cuándo vendrás disfrazada de Rodolfo el Reno? ¿Mañana, el último día de clases?

—Hay que tener sentido del humor, Mags —respondió, con las manos en los bolsillos del suéter—. Los niños estuvieron completamente atentos mientras les enseñaba a hacer yeso. Todo se lo debo a las campanitas, claro.

—Me haces reír mucho.

Se acercó y levantó algunos de los regalos envueltos que se encontraban en mi escritorio.

—A la maestra de Arte le va muy mal con los regalos navideños, qué duda cabe. —Tomó una crema de rosas que tenía un moño—. Me tienes impresionada.

—Seguro es porque ellos creen que ya hueles delicioso. Llévate lo que quieras, con confianza.

Suzie se llevó un jabón a la nariz e inhaló su penetrante fragancia sintética.

—La verdad es que las notitas que les ponen son lo que más me gusta. Olvídate de las que exhiben una letra perfecta y expresan gratitud con toda elocuencia. Sé que esas las escribieron sus mamás. —Negué con la cabeza—. No; las que me encantan son como esta… —Tomé la tarjeta de Lisa, que tenía una garza de origami pegada en el reverso.

Querida señorita Topper:
Usted hace que la escuela sea divertida. No parece escuela cuando estamos en su clase. Espero que le guste traer su lunch en esta caja. ¡Quizás hasta aprenda a usar los palillos! Gracias y feliz Navidad.
La quiero,

Lisa

—O esta otra. —Le enseñé la de Robert.

Querida señorita Topper:
Feliz Navidad. Ha sido superbuena con nosotros este año, así que espero que reciba muchos regalos. Este es el mío. No tiene que compartir el chocolate con su familia si no quiere. Es todo para usted.
Atentamente,

Robert

La última que le mostré fue la de Finn.

Querida señorita Topper:
Gracias por invitarme al taller de escritores con Yuri. Él es muy buena onda y me da gusto poder ayudarlo. Deseo que se ponga fuerte para que podamos jugar beisbol juntos en la primavera.
Su estudiante,

Finn

Suzie se veía divertida.

—Los niños siempre dicen la verdad.

—¿No es cierto? Quiero conservarlas todas. Quizá las ponga en el mismo archivero en el que guardé las cartas que se escribieron a sí mismos. Ese archivero se ha vuelto mi cápsula del tiempo.

Se rio.

—¿Qué le vas a dar a Bill este año? ¿Algo bueno?

Hice una mueca.

—Me estresa tanto. No tengo idea.

La mano de Suzie flotaba encima del mar de regalos que había en mi escritorio. Se detuvo sobre una de las tarjetas hechas a mano que estaba pegada a uno de los obsequios.

—¿Y por qué no le haces algo tú? Al diablo con los regalos caros. Escríbele algo con el corazón. Lo dijiste tú misma: las tarjetas de tus alumnos son los presentes que más te gustan.

—No estoy segura de que aprecie el gesto —le dije, mientras pegaba mi última tarjeta de Navidad a la última paleta de chocolate—. Creo que preferiría que le consiga boletos para

los Mets o una suscripción a un club de cerveceros…

—¿Y por qué no una cinta con canciones de James Taylor? —Soltó una carcajada—. Ya en serio, ¿qué hay de ti, querida? ¿Qué hay en tu lista de regalos para esta Navidad? ¿Algo con un poco de brillo?

—¿Sabes, Suzie? Honestamente…, si pudiera tener lo que fuera, desearía lo que escribió Finn en su nota. —Suspiré—. Me encantaría ver a Yuri jugar beisbol.

41

Alguien dejó abierta una de las puertas del auditorio y el sonido de la orquesta de la escuela interpretando el *Himno a la alegría* llegaba hasta el pasillo. Yo conocía la melodía de la época en que destrocé las notas en mi primer —y único— violín; muy pronto mi padre se dio cuenta de que no había heredado ni un gramo de su talento musical.

La música era intensa y vigorizante. En quince minutos empezaba mi siguiente clase y sentí que algo me jalaba a la parte posterior del recinto: una mezcla extrañamente reconfortante de distintos instrumentos de cuerda.

Los niños inclinaban la cabeza hacia sus partituras y sus brazos se deslizaban para frotar el arco sobre las cuerdas. Aunque nunca logré dominar el violín, seguía sintiendo que mi cuerpo respondía a la música, como impulsado por algo cálido y familiar.

Al frente, en un pequeño podio de madera y dando la espalda a los asientos vacíos, se encontraba Daniel. Su batuta trazaba arabescos en el aire. Se movía como si estuviera en trance. Con una mano sostenía la batuta y con la otra hacía gestos libremente, cual si sus dedos conjuraran las melodías. Observaba cómo se enfocaba en distintas secciones de instrumentos, haciéndole señas a un grupo para que tocara más bajo y a otro para que lo hicieran con mayor intensidad. Sus hombros estaban encorvados sobre el atril y su pelo ensortijado se mecía con cada nota.

Podría haberlo observado durante horas, como cuando se contempla en la intimidad algo bello y privado. Se había transformado y había pasado de ser el nuevo maestro sustituto de Música, cordial y gracioso, a algo más abstracto, más interesante. Un artista absorto en su oficio. No pude contenerme. Sentí que había sido testigo de algo mágico.

42

Me quedé en el auditorio hasta que sonó la campana, saboreando la música y viendo esa otra faceta de Daniel. Cuando, de ser un concierto, los sonidos se transformaron en partituras guardadas en fólderes y pies golpeando las sillas, me apresuré a mi salón para dar mi última clase antes de salir de vacaciones.

Los estudiantes estaban muy inquietos. Las conversaciones sobre adónde irían de vacaciones se mezclaban con la paranoia mediática relacionada con el Y2K. Escuché a Óscar mencionar que su padre estaba guardando dinero en efectivo por miedo a que su cuenta de banco quedara vacía a consecuencia de un ataque cibernético. Lisa dijo que sus padres habían llenado el sótano con garrafones de agua, baterías, lámparas y una maleta colmada de pasta instantánea. Pensé que Bill y yo no nos habíamos preparado para una eventualidad. Cuando miré mi escritorio repleto de regalos con champús corporales y cremas humectantes, me quedó claro que, pasara lo que pasara el 1 de enero, estaría limpia y oliendo bien.

Era completamente consciente de que mi deber como maestra consistía en crear un ambiente sin ansiedad ni miedo dentro del salón de clases, y por eso debía poner fin a los escenarios apocalípticos alrededor del Y2K que los niños describían; traté de dirigir su energía hacia algo más positivo. Intenté recuperar su atención pidiéndoles que escribieran una lista con sus propósitos de Año Nuevo.

—Yo tengo unos cuantos —les dije mientras caminaba entre sus escritorios y los observaba sacar sus cuadernos—. Al principio de mi lista pondré que debo escuchar más a menudo mi voz interior. ¿Saben lo que eso significa?

—¿Su conciencia? —preguntó Lisa.

—En cierto sentido. Digamos que es mi brújula personal. Quiero que me mantenga enfocada en el camino que más me convenga. Y también intentaré comer menos galletas —añadí, dándome unas palmadas en el estómago.

La clase se rio.

—Bueno, tienen quince minutos para terminar su lista.

Se encorvaron sobre su escritorio y comenzaron a escribir. Vi de reojo el listado de Zach y me dio risa. «Ser más limpio», decía. Invariablemente, Zach llegaba a la escuela con las agujetas desatadas y el cabello despeinado. Nunca aseaba su carpeta y su escritorio siempre se sentía pegajoso, aun cuando el conserje lo limpiaba sin falta la noche anterior. Le di una palmadita en el hombro y volteó:

—Muy buena —le dije, con el pulgar hacia arriba.

Después de que sonara el último timbre del año, los niños salieron corriendo y sus gritos de emoción resonaban en los pasillos. Aunque no tenía clase con Yuri, tenía la intención de pasar por su casa y darle su paleta de chocolate con mi nota navideña. No quería que se perdiera de nada que yo hiciera por los otros niños.

Había hablado brevemente con Katya por teléfono y me dijo que Yuri aún no se levantaba. El día anterior había ido al hospital para que le hicieran un electrocardiograma y estaba algo cansado.

—Aun así, le encantará verla; puede venir. Además, tenemos algo que darle.

Manejé por la ruta que ya conocía de Franklin a casa de los Krasny. Los viejos olmos con sus ramas torcidas y pesadas estaban cubiertos de nieve fresca. De alguna manera, mi trayecto parecía menos agobiante de lo habitual bajo aquel aterciopelado dosel blanco. Una ardilla cruzó el camino y bajé la velocidad para dejarla pasar.

Había un cálido resplandor de velas en la ventana de la casa; cuando estuve más cerca me di cuenta de que se trataba de un candelabro de Hanukkah. Las velas blancas de plástico tenían falsa cera derretida.

—Felices fiestas —dijo Katya cuando abrió la puerta; se veía alegre con su suéter rojo y mallas negras.

Yo, en cambio, parecía un *wookiee* de la Guerra de las Galaxias, con un enorme sombrero afelpado y una chaqueta extragrande. Di unos pisotones para quitar la nieve de mis botas y entré.

—Veo que ya están totalmente inmersos en el ambiente de estos días —comenté, cuatro kilos menos después de quitarme todo lo que me arropaba. Señalé el árbol y la menorá.

Katya se rio.

—A Yuri le gusta celebrar ambas festividades, así recibe más regalos. Típico niño. Mientras más regalos abra, mejor. —Fingió enfado, pero era evidente que le encantaba el entusiasmo de su hijo—. Y a mí también me gusta porque, como le dije la semana pasada, en Ucrania jamás podríamos celebrar fiestas religiosas como estas. —Alzó la mano y se alisó el cabello—. He hecho algunos avances con mi marido judío ateo… Por lo menos ahora es agnóstico.

Reí.

—¿Señorita Topper? —La voz de Yuri provenía de la sala. Volteé y lo vi parado junto al árbol de Navidad. Vestía pantalones de lana y una playera grande—. ¡Venga a ver esto!

Bajé los dos escalones alfombrados para entrar a la sala. Había visto su árbol la última vez que lo visité con Finn, pero esta vez ya tenía varios regalos debajo.

Yuri se agachó y levantó uno pequeño y rectangular, envuelto en un brillante papel rojo y dorado.

—Es para usted. Feliz Navidad. —Irradiaba alegría.

El objeto se sentía pesado, como si se tratara de un libro. De inmediato le agradecí y caminé con él de vuelta al sofá. Con mucho cuidado intenté quitar la cinta para no dañar la envoltura. Me parecía que era un gesto educado no abrir el regalo como una salvaje.

El obsequio consistía en un bellísimo diario forrado en piel. Era color café, muy

elegante. Los bordes del papel eran dorados.

—Pensé que le gustaría tener un diario para escritores de adulto —me dijo dulcemente.

—Es el diario más hermoso que he visto —aseguré, y me lo llevé al pecho—. Nunca había tenido algo así. Te lo agradezco muchísimo, campeón.

Sus mejillas se ruborizaron.

—Hay una notita dentro, también.

Abrí el diario y encontré un sobre pequeño.

—¿La leo ahora?

—No, después —respondió Yuri—. Solo quería que supiera que ahí estaba.

Le sonreí y me agaché para darle un abrazo. Nunca había abrazado a Yuri antes y pude sentir sus huesos como de gorrión. Era tan frágil que me preocupé al pensar que pude haberlo quebrado en dos.

—Recuerdo que tu familia tiene la tradición de hacer pierogi en Año Nuevo —le dije—. La mía acostumbra regalar chocolate.

Metí la mano en mi bolsa y le entregué la paleta en forma de copo de nieve, igual a la que les había dado a mis otros estudiantes. Ahora, mi regalo y mi notita: «Felices fiestas para un gran estudiante», me parecían muy poca cosa al lado del obsequio tan bien meditado de Yuri.

Cuando salí de su casa esa tarde, no pude esperar a llegar a la mía para leer su nota. La abrí en el coche. Esta vez no tenía que impresionar a nadie con mis buenos modales, de modo que rompí el sobre. En el suave papel color blanco marfil se produjo un borde irregular.

Querida señorita Topper:

Quería darle algo especial para Navidad porque ha sido muy buena viniendo a mi casa cada semana. Nunca me había gustado leer ni escribir antes de que usted fuera mi maestra. Me hizo ver que los libros pueden ser divertidos, casi tanto como el beisbol. Así que deseo que tenga este diario para escritores. Espero que disfrute llenándolo tanto como yo disfruto llenar el mío.

Su estudiante,

Yuri

P.D. ¡¡¡Vamos, Yankees!!!

Guardé la nota en su sobre roto y luego lo metí en el diario. Por ahora, mis frustraciones domésticas quedaban en segundo plano gracias a la pureza del gesto de Yuri. Me pregunté por un momento cómo habría sido mi vida si no diera clases, y pensé en lo que Katya había dicho acerca de que el tamaño del corazón de una persona es igual al tamaño de su puño. Solté mi diario y lo puse en el asiento del copiloto. Mi corazón también se sintió más suelto, como una mano que deja ir un papalote en el aire.

43

Cuando salí de la casa de Yuri me sentía como Suzie solía decir: «caminando por el borde». Usaba la expresión para referirse a esos momentos en los que se experimentan dos emociones intensas a la vez. Uno puede sentirse extremadamente contento y terriblemente triste al mismo tiempo.

Era terrible admitirlo, pero, no obstante lo pleno que sentía el corazón por la hermosa nota de Yuri, comenzaba a sentir miedo de volver a casa. Quizá porque Bill y yo todavía teníamos que cortar nuestro árbol. O quizá porque, cada vez que le sugería que leyéramos juntos o que nos acurrucáramos a un lado de la chimenea, o cuando intentaba contarle algo gracioso que Yuri había dicho, no mostraba el menor interés. Tal vez era porque, en los seis meses que llevábamos en la nueva casa, no habíamos cocinado ni una sola comida en pareja.

Así que, en lugar de ir de casa de Yuri directo a la mía, decidí visitar a mis padres. La tristeza que me provocaba mi situación en casa me produjo nostalgia por las tradiciones de mi infancia. Me encantaba ayudar a mi madre a preparar los ravioles con el viejo rodillo de la abuela Valentina, o verla mojar la brocha en aceite de oliva y pasarla con seguridad sobre las capas de pasta.

Manejé con mucho cuidado para no patinarme. Los veinte minutos de camino por Strong's Neck eran panorámicos, pero en invierno había hielo. Aun así, el viaje fue catártico. Me encantaba ver las viejas granjas de mi niñez, sus techos inclinados y nevados contra el cielo azul pálido. Sentía que el cuerpo se me reblandecía mientras cruzaba el puente Strong's, cubierto de nieve.

Muchos momentos de mi infancia estaban conectados con ese paisaje. Cómo me gustaba que, para dormir, mi madre me narrara historias sobre Anna Strong, la espía de la guerra de Independencia que vivió a tiro de piedra de nuestra casa doscientos años atrás. «Comunicaba la información a los soldados estadounidenses mediante el color de la ropa que ponía a secar», me contaba mi madre, sentada en el borde de la cama, el rostro iluminado por la luna. Yo me dormía pensando en Anna, afuera de su cabaña, con su vestido de algodón moviéndose al viento, colgando la ropa colorida que cargaba en su canasta y formando con ella un código secreto.

Incluso décadas más tarde, el recuerdo de mi madre hablándome de Anna y haciéndola parecer una persona viva me estremecía.

Dejé el coche en la entrada de la casa y me puse la chamarra tras tocar el timbre. La

temperatura bajaba a cada instante, de modo que giré la perilla y entré.

Adentro me recibió el sonido del estéreo a todo volumen, con uno de los conciertos de violín favoritos de mi padre. Por el aroma de sus galletas italianas, deduje que mamá estaba en casa.

—¿Ma? —grité por encima de la música y caminé hacia la cocina.

Encontré a mi madre espolvoreando azúcar glas sobre unas galletas. De alguna manera lograba verse elegante siempre. Su cabello estaba recogido en un chongo poco apretado y algunos mechones le caían cerca de las mejillas.

—¡Maggie! —Giró para verme. Estaba sorprendida—. ¿Qué haces aquí? No te esperábamos hasta mañana.

—Es que los extrañaba un poco. —Avancé y la abracé—. Añoraba verte en acción.

Mi madre suavizó el rostro y se limpió las manos en el delantal.

—Estoy terminando de hornear.

Sonreí. Conocía bien sus rituales de preparación. Haría el «banquete de los siete pescados», como siempre lo habían hecho su madre y su abuela. Era una de las pocas constantes en mi vida. El congelador estaba lleno de charolas de ravioles y risotto de camarón. Cuando era pequeña, yo contaba los siete pescados que cocinaría: calamares, langostinos a la parrilla, lenguado de Dover relleno de cangrejo, colas de langosta, camarones para el risotto y almejas al horno. Nunca comíamos tan bien como en la noche de Navidad.

—Papá está en el sótano, ocupado con su nuevo violín. —Sonrió—. Dice que este va a ser su obra maestra. Desde que fue al taller en Oberlin, ha estado trabajando como loco.

—¿Quién iba a decir que terminarías casada con un Stradivarius moderno? —le dije en broma. Le robé una galleta y lamí las migajas que me quedaron en los dedos.

—No sé si están buenas —comentó mi mamá, aguardando mi reacción.

—Son las mejores, ma. Si me quedo aquí contigo, devoraré toda la charola. —Le besé la frente—. Mejor voy a ver a papá.

La puerta del sótano estaba abierta. Al bajar las escaleras, encontré a papá barnizando cuidadosamente su violín, con largos y meticulosos brochazos. No me gustaba interrumpirlo cuando se hallaba tan concentrado en su trabajo, así que me quedé unos minutos en las escaleras, observando esa panorámica de mi papá cubriendo el instrumento en tonos oscuros ámbar y naranja.

Alrededor de los veinticinco años comencé a suavizar mi actitud hacia mi padre. No era tan impaciente ni me irritaba tanto con él como cuando era adolescente. Al verlo moverse un poco más lento, con la postura cada vez más encorvada, las manos algo más nudosas, hice una pausa y me di cuenta de que debía valorar al ser humano que tenía enfrente antes de que fuera demasiado tarde. Empecé a contemplarlo con ojos adultos y ahora podía apreciarlo en toda su complejidad: era un hombre capaz de dedicarse a su familia y conservar su alma artística; nada fácil en un mundo con tantas presiones y exigencias.

Mi padre trabajó toda su vida para mantener a su familia y solo en su jubilación

aprendió a fabricar con sus propias manos lo que siempre había amado. Él adoraba todo lo que tuviera relación con el violín. El sonido, la figura sensual, los orificios en forma de «f» en la tapa, las vetas de la madera de arce. Comenzó a tocarlo a los ocho años e incluso consiguió una audición en la escuela Juilliard. Al no ser aceptado, terminó en una universidad local estudiando Economía y Contabilidad, y tocaba el violín por las noches.

«Lo mejor que me trajo el violín fue a su madre», solía bromear con mi hermano y conmigo. A ninguno de los dos nos gustó el instrumento cuando él intentó darnos clases, así que durante toda mi infancia las pasiones de mi padre se manifestaban de otras maneras. Cuando éramos chicos, queríamos escuchar las canciones de moda en la radio del auto, pero siempre estaba sintonizada la principal estación de música clásica, WQXR. Si comenzaba un concierto de violín, mi padre imitaba los movimientos del solista cuando el semáforo estaba en rojo. Y, en los largos viajes familiares, en vano procuraba que mi hermano y yo participáramos en el juego de «adivinen al compositor» después de escuchar las primeras notas de una pieza.

Esa obsesión con la música clásica siempre nos pareció a Charlie y a mí un poco molesta cuando éramos niños —preferíamos oír las canciones que nos gustaban y que compartíamos con nuestros amigos—, y nuestra madre anhelaba escuchar melodías que pudiera cantar. Mi padre terminaba cediendo y ponía una estación de *oldies* en la radio; su rostro se transformaba cuando la voz de mi madre flotaba en el auto. Era una escena que hacía que Charlie y yo nos quejáramos e hiciéramos muecas. Pero, años después, todo lo que me había desesperado de mi padre me provocaba el efecto contrario: sus excentricidades y su amor incuestionable por mi madre me fascinaban.

—¿Papi?

Mi padre acababa de dejar su brocha y se dio la vuelta, limpiándose las manos en la bata.

—¡Hola, hermosa! —Su rostro se iluminó al verme y su voz subió de tono—. ¡Qué sorpresa! ¿Decidiste que este año la Navidad empezaría un día antes?

—Solo extrañaba ver a mamá hacer todos los preparativos. Por alguna razón, hoy me he sentido muy nostálgica.

—Bueno, si la nostalgia hace que vengas a visitarnos, yo no tengo problemas con eso —dijo riendo y entrecerró los ojos—. Ven y dale un abrazo a tu viejo.

Bajé los escalones y lo abracé. Olía a barniz y a aguarrás, y sentí que mis ojos comenzaron a lagrimear cuando pegué la mejilla a su camisa de franela.

—¿Qué pasa, pequeña? —Sentí la palma de su enorme mano en mi nuca; comenzó a alisarme el cabello.

Quería decirle que no hacía más que jugar a la casita con Bill y que todo se sentía fuera de lugar, pero no pude encontrar las palabras. Así que solo dejé que me abrazara un ratito más.

Salí de casa de mis padres después de la cena, sin decirles una palabra sobre Bill. Sabía

que al día siguiente llegaríamos juntos y no quería arruinarle a nadie el banquete de Navidad. Manejé en silencio, sin escuchar siquiera la radio, a diferencia de lo que habría hecho cualquier otro día. El cielo estaba aterciopelado y negro; las estrellas brillaban, y yo manejé bañada en la luz de la luna llena.

44

Llegué a casa cerca de las diez de la noche; cuando entré, Bill estaba en el sillón frente a la televisión, viendo un juego de basquetbol.

—Estaba por mandar un equipo de búsqueda para rescatarte —dijo bromeando, sin levantarse de su asiento.

Me quité el abrigo y dejé mi bolsa abierta sobre la silla.

—Pasé a casa de mis padres después del trabajo.

—¿No los vamos a ver mañana? ¿Por qué la doble visita?

Me encogí de hombros y me dejé caer en una silla para quitarme las botas.

—Estuve sintiéndome rara todo el día. Supongo que solo quería verlos.

Era claro que él ya había comido. La olla grande que usábamos para hervir pasta estaba en el fregadero y había un frasco de salsa vacío en la mesa. En la coladera, el espagueti se había hecho un mazacote enorme y esponjoso. Agradecí ya haber cenado con mis papás.

—Mags —gritó desde la sala—. Mi mamá quiere que lleguemos al mediodía en Navidad. ¿Te parece bien?

Dejé las ollas y el espagueti donde estaban. No me sentía de humor para limpiar su desorden. Regresé a la sala y me recargué en la pared.

—Tendremos que salir a las diez, entonces. Porque habrá tráfico en la carretera.

—Seguro, lo que tú digas… —Tenía la vista fija en el partido.

Al verlo, por fin entendí por qué me enfurecía tanto su pereza. Sabía que Yuri habría hecho cualquier cosa por poder levantarse de su sillón, salir y aprovechar todo lo que la vida le ofrecía. E, incluso con todas sus limitaciones físicas, su curiosidad era indomable. Pero aquí estaba yo, viviendo con un hombre que parecía no tener ninguna curiosidad, ningún deseo de hacer nada que no fuera tirarse frente a la televisión durante su tiempo libre, a pesar de estar completamente sano. Sentí cómo hervía de ira en mi interior.

—¿Sabes lo que me encantaría? —dije, alzando la voz—. ¡Que tomaras esos leños de madera de cerezo que llevan desde junio arrumbados en ese rincón y encendieras la maldita chimenea! —Le arrebaté el control remoto de la mano y apagué la televisión—. Quiero envolver mis regalos de Navidad con la chimenea a todo lo que da. ¡Eso es lo que deseo de Navidad! —Casi hiperventilaba de lo enfadada que estaba—. ¿Puedes hacer eso, Bill? ¿Puedes?

Me miró como si me hubieran abducido unos extraterrestres. Jamás había explotado así con él. Simplemente se quedó sentado, aturdido.

Se levantó del sillón; sus ojos buscaban a mi antiguo yo en mi rostro enfurecido y rojo.

Se dirigió a la esquina de la habitación donde estaban los leños en una canasta y comenzó a llevarlos a la chimenea. Bill había sido *boy scout* y sabía muy bien cómo hacer una fogata. Acomodó la leña en una especie de pirámide. Luego fue a la cocina y cortó periódico en largas tiras que después hizo bola y las colocó debajo de la madera. Trabajaba con eficiencia, con el cuerpo encorvado sobre la chimenea. Cuando terminó fue a la cocina por los cerillos y luego prendió todas las bolas de periódico para encender los leños. Las llamas comenzaron a crecer. Bill ajustó la malla protectora, se limpió las rodillas y se puso de pie.

El aroma de la madera de cerezo llenó el cuarto. Por fin empecé a tranquilizarme y la ira comenzó a desaparecer de mi cuerpo.

Me senté en el sillón, con las piernas dobladas bajo mi cuerpo. Bill tomó asiento junto a mí y admiró lo que acababa de hacer.

—Feliz Navidad, Mags —dijo en voz baja.

Me cubrí las piernas con una manta de lana y busqué su mano entre los pliegues.

45

Al día siguiente, Bill y yo llegamos con mis padres temprano por la tarde, con cajas de regalos y una botella de Chianti Riserva. La casa estaba llena de luces navideñas y mi padre había puesto un enorme listón de satín rojo alrededor de la puerta.

Había empezado a nevar esa mañana, y, cuando Bill y yo subimos los escalones, me sentí como una niña otra vez, inquieta por probar la comida de mi madre y por entrar en una casa inundada de buen ánimo. Mi hermano había llegado más temprano con su esposa y yo quería que abriera su regalo: unos utensilios para la parrilla que le había comprado en Brookstone. Estaba segura de que le iban a encantar. También había incluido un recetario de Bobby Flay, para que el presente fuera extrafestivo.

Mi papá abrió la puerta y nos dio un gran abrazo a Bill y a mí. La casa que yo había visitado apenas veinticuatro horas atrás estaba completamente transformada. Bing Crosby cantaba villancicos en el estéreo. Papá había colocado guirnaldas en los barandales y colgado un poco de muérdago en el umbral de la sala.

Charlie se acercó con su esposa Annie y le dio unas palmadas en la espalda a Bill.

—Qué bueno verte, hermano —le dijo, antes de saludarme y darme un beso en la mejilla —. ¿Estás lista para zambullirte en los siete pescados? —me preguntó—. Annie ha estado contando los minutos que faltan para que mamá sirva sus calamares.

Reí. Mamá siempre añadía orégano y pimienta a la harina de maíz antes de freírla. Charlie y yo solíamos pelearnos las últimas piezas.

—Cuidado —le advertí a Annie—. Las guerras de calamar se ponen intensas en la casa Topper.

—Considérate advertida —añadió Bill—. Maggie estuvo practicando su furia conmigo anoche.

—¿En serio? Me habría gustado ver eso —dijo Charlie alzando una ceja.

—Solo quería prender la chimenea —me defendí. Señalé la que había encendido mi padre—. No creo que haya nada malo en eso.

Mi papá caminó hasta nosotros y colocó el brazo sobre mi hombro, acercándome a él.

—No hay nada malo en ello. Bill debe valorar estar con una mujer que sabe lo que quiere.

Me forcé a sonreír.

—Debes ver nuestra pequeña casa, Annie. Tiene todo el encanto de Nueva Inglaterra ¡justo aquí, en Long Island!

—Tu mamá me la describió como un sitio sacado de las páginas de una novela de Jane

Austen.

—Es bastante más modesta —me reí—, pero sabes que me fascina el encanto del estilo antiguo. Creo que la agente de bienes raíces nunca se había topado con alguien que quedara tan deslumbrado al ver techos bajos, ningún closet y piso disparejo. —Miré a Bill —. Pero, en mi opinión, leer junto a la chimenea o darse un baño en una tina con patas de garra ayuda mucho.

—¿A ti también te gusta el lugar, Bill? —Charlie volteó a verlo.

Bill se encogió de hombros.

—Soy una persona de necesidades simples. ¿Qué te digo? Mi sillón cabe en la sala. La televisión funciona. Hago quince minutos menos al trabajo y tengo mejor sueldo. Así que, sí, me gusta.

Pude ver que mi hermano estaba por hacer una broma, pero mamá apareció de repente con su delantal rojo y cargando un platón de calamares.

—Que comiencen las festividades —dijo mi papá con entusiasmo.

Todos nos abalanzamos sobre la comida como un enjambre de abejas.

46

Yo manejé de regreso. Bill iba cabeceando de sueño, recargado en su ventanilla. Esa noche nos dormimos como niños cansados, sin lavarnos los dientes ni quitarnos la ropa. A la mañana siguiente abrí por completo la regadera para que el agua saliera extracaliente; dejé que me mojara bien el rostro y el cuerpo para poder despertar. Cuando terminé, me envolví en una toalla y con otra me hice un turbante para secarme el cabello.

—Bill —lo llamé, sentada en una esquina de la cama—. Tenemos que salir en una hora si queremos llegar a tiempo con tus papás.

Alzó una mano y se frotó los ojos.

—Uf. ¿Qué le puso tu papá a ese vino especiado? Apenas me puedo mover.

Lo ignoré. No había sido el vino lo que le produjo resaca, sino todo el alcohol extra que bebió.

Me acerqué a besarlo.

—Feliz Navidad. Que tengas un año feliz y luminoso.

Me devolvió el beso con sus labios secos. Le olía la boca.

—Feliz Navidad, Maggie Ann.

Siempre me llamaba así cuando quería mostrarse cariñoso. Como si pronunciar mi segundo nombre evocara una época muy antigua o una especie de gótico sureño o algo que para él tenía encanto. No se equivocaba: invariablemente me hacía sonreír.

—Dame diez minutos más —murmuró y se volteó boca abajo—. Un hombre necesita hacer acopio de fuerzas antes de ver a su madre.

La madre de Bill era formidable. No podía decirse que fuera bella; más bien era de esas mujeres que suelen describirse como *atractivas*. Nadie consideraría *atractiva* a una rubia bajita. Ese adjetivo está reservado para las mujeres altas, de pelo castaño y huesos anchos que no toleran a los bobos. Y así era, sin duda, la madre de Bill.

Eleanor me caía bien, aunque era diametralmente distinta de mi madre. No cocinaba ni le gustaba la jardinería, pero había sido una de las primeras mujeres en su colonia en volver al trabajo después de tener un bebé.

Aun a los sesenta años, laboraba cinco días a la semana en un banco local en el área de hipotecas residenciales. El papá de Bill, Jerry, un ingeniero retirado, estaba orgulloso de haber cedido el control a su extremadamente hábil esposa. «Mantiene todo andando como reloj suizo», era su frase favorita para describir a Eleanor. En lo que me secaba el pelo, en mi mente podía escucharlo decir eso.

Mientras manejamos hacia el norte a Mamaroneck, nos turnamos para escuchar las estaciones de radio favoritas de cada uno. Había comido tanto la noche anterior en casa de mis padres que estaba contenta de que el menú de Eleanor fuera simplemente pollo rostizado y ensalada de col comprados en una tienda cercana. Bill era hijo único y Eleanor no tenía empacho en decir que odiaba que se desperdiciara la comida. Le enorgullecía que después de comer no hubiera nada más que recipientes vacíos. Se molestaba si quedaba algo, aunque fuera un pepinillo.

Llegamos poco después del mediodía. La casa de los padres de Bill estaba pintada de amarillo pálido, con largos témpanos de hielo cubriendo las canaletas, algo vencidas por el peso de la nieve. No había luces navideñas en el exterior. Los aromas eran muy distintos de los olores de mi infancia durante las vacaciones de Navidad; la razón más obvia era que los árboles sintéticos carecen de fragancia. Yo había crecido con un padre que podía hablar con entusiasmo sobre la belleza de un abeto balsámico o un sauce canadiense. Con Eleanor todo tenía que ver con la eficiencia. Quería algo que pudiera empacar, desempacar y guardar en una caja en el sótano. El árbol sintético cumplía con su propósito —conmemoraba la fecha—, pero no había arte ni belleza en él. Era práctico y eficiente sin tanto alboroto.

Eleanor nos recibió vestida con un traje azul marino y collar de perlas. Su cabello oscuro estaba recogido en una trenza francesa.

—Hicieron buen tiempo, ¿verdad? —observó y nos dio un beso en la mejilla a cada uno.

—Sí —coincidió Bill, orgulloso de que su madre se hubiera dado cuenta de lo puntuales que habíamos sido.

—Tu papá está abajo sacando unos platos desechables de la alacena. Tengo galletas y queso en la sala. Sírvanse, por favor.

Recogió nuestros abrigos y nosotros nos dirigimos a la sala. El árbol falso brillaba con las pocas luces y ornamentos que colgaban de él. Bill puso nuestros regalos debajo y yo me senté en el sofá.

—¿Qué tal va la escuela este año? —preguntó Eleanor mientras se sentaba frente a mí —. ¿Tienes algún diamante en el grupo?

Algo en sus palabras me hizo sentir incómoda de inmediato.

—Bueno, todos son chicos extraordinarios. Pero, sí, tengo unos cuantos muy especiales este año.

—Cuéntale de Yuri —me animó Bill, que se estaba haciendo un sándwich con un par de galletas y un pedazo de queso; de lejos parecía una galleta Oreo psicodélica.

Me sorprendió la petición, porque Bill nunca preguntaba por Yuri y ahora de repente quería que le hablara de él a su madre.

—¿Yuri? —La voz de Eleanor se elevó un poco, mostrando interés—. ¿Tienes a un niño ruso en clase?

—No, Eleanor. —Me reí, un poco incómoda—. Estoy dando tutorías a un pequeño cuyos padres emigraron de Ucrania. Por eso el nombre.

—¿Tutorías? —Había un tono de sorpresa en su pregunta. Durante un momento procesó la información y luego estiró el brazo para tomar un pedazo de queso. Sus uñas estaban pintadas de color rojo ladrillo—. ¿Y lo haces para ganarte un dinerito extra? —Mordió el queso—. Bien por ti, Maggie. Me impresionas. Siempre has tenido una gran ética de trabajo.

—Ah, no. Él es estudiante en mi distrito, pero tiene una enfermedad del corazón. Le doy tutorías en su casa para que no pierda el año.

—Mi Maggie va a ser una gran madre algún día —dijo Bill y me apretó la rodilla—. Toda esta práctica rendirá frutos cuando tengamos hijos.

Me tensé al escucharlo. Jamás habíamos hablado de la posibilidad de tener hijos, como lo hacían otras parejas jóvenes, en un intento por anticipar el futuro. La idea de convertirnos en padres parecía muy lejana, y, sin embargo, ahora que Bill lo había mencionado como algo posible, me enfureció que creyera que mi trabajo era simplemente un ensayo general para ser madre.

—Dar clases no es una especie de entrenamiento, Bill. Es un trabajo real e increíblemente importante —aclaré.

—Claro que lo es, querida —dijo Eleanor, barriendo con la mano las migajas que habían quedado sobre sus pantalones—. Bill tuvo una madre que trabajaba; él sabe cómo es eso.

Sin embargo, se me ocurrió entonces que quizá Bill no quería lo que había vivido en su infancia. Tal vez buscaba lo contrario: no deseaba que mi energía y mi afecto estuvieran divididos.

Sentí que mi cuerpo se alejaba instintivamente de él. Incluso mi rodilla no quería tocar la suya. Sabía que deseaba tener hijos algún día, pero, ciertamente, me negaba a ver mi trabajo como un *entrenamiento* para ese momento.

Eleanor ahora estaba sentada con el cuerpo hacia el frente, intentando sacarle información a Bill sobre su trabajo.

—¿Te van a dar un bono este año, querido? ¿De cuánto? —En su voz había algo magnético, como si sus dedos buscaran la confirmación de números y cifras.

Estaba por disculparme para ir al baño cuando escuché a Jerry. Traía un montoncito de platos desechables y servilletas.

—¡Feliz Navidad! —exclamó, animado. Llevaba el pelo cano peinado hacia atrás y era exactamente como imaginaba que sería Bill en cuarenta años: la cara enrojecida, los ojos azul claro… Y una playera de los Gigantes sobre el suéter de cuello de tortuga.

—Muy gracioso, Jerry —dijo Eleanor, seca como el polvo—. Ahora quítatelo.

Él se rio.

—Nada como la diversión navideña de hacer enojar a la esposa. —Jerry se agachó y de un cisne de cristal tomó unos cuantos chocolates M&M—. Perdón, pero, como sabes, El, no soy muy fanático del queso —musitó y se echó otro puñado de chocolates a la boca.

Eleanor fingió sonreír y miró hacia el árbol.

—Quizá sea buen momento para intercambiar regalos. Siempre es lindo hacerlo antes de

sentarnos a comer.

Bill preparó un último sándwich de galletas y queso y luego se acercó al árbol. Sentí que me daban náuseas. Ya no quería estar ahí. Peor, de pronto me sentí presa de una inseguridad súbita porque creía que todos odiarían los regalos que les había llevado. Para Eleanor había elegido una bufanda de la marca Talbot y un collar de oro hecho a la medida que pensé que podría usar en su trabajo. A sugerencia de Bill, a su padre le regalaría una camisa de franela. Había envuelto ambos obsequios con papel brillante plateado y listones de satín rojo.

En mi casa, cuando intercambiábamos presentes, había un elaborado ritual para recibirlos. Primero había que reparar en la belleza de la envoltura y después se desenvolvía el paquete con todo cuidado; siempre había que mostrar gratitud por el gesto que simbolizaba el regalo. Para cuando uno llegaba al obsequio en sí, ya tenía que haber elogiado a la persona que se lo había dado unas cinco veces. Yo misma me daba cuenta de que era excesivo, y Bill se burlaba de esto al principio de nuestra relación. La primera vez que me dio un regalo de cumpleaños se impacientó tanto con mi reacción que él mismo rompió la envoltura.

Este año, su familia me puso las cosas sencillas. La caja de regalo de Lord & Taylor tenía solo un elástico que mantenía la tapa en su lugar.

—Es para ti, Maggie —anunció Eleanor cuando me lo entregó—. Le preguntamos a Bill y nos dijo que siempre tienes frío.

Sonreí y aparté el elástico. Sin duda era una caja muy liviana para contener un calentador personal. Y no me equivoqué: era una bata roja de chenilla.

—Eso sin duda te mantendrá caliente —observó Bill.

—Seguro que sí —dije—. Muchísimas gracias.

—Y va bien con mi regalo. —Bill me ofreció dos cajas.

Abrí la primera y descubrí un par de pantuflas de piel de venado. En la segunda había un suéter rojo tejido.

—Siempre dices que tienes frío, Mags —comentó Bill tímidamente.

Podía sentir que los ojos se me llenaban de lágrimas. Sabía que estaba siendo ridículamente hipersensible. Quizás había dicho muchas veces que la cabaña me parecía un poco fría, pero lo que quería era que Bill se pusiera romántico y encendiera la chimenea.

—Ese es mi hijo —dijo Jerry, alzando su nueva camisa de franela para admirarla.

Bill abrió mi regalo. Eché la casa por la ventana y le compré un reloj TAG Heuer que él había estado admirando.

—Ambos hemos tenido mucho trabajo —murmuré—. Pensé que sería bonito regalarte tiempo.

—Eres muy original, Maggie. —Se rio. Yo sabía que quería elogiarme, pero no lo hizo con mucha gracia—. Supongo que por eso tú estudiaste Literatura y yo no.

Las vacaciones de Navidad transcurrieron sin novedades. El silencio imperaba en la

cabaña y los témpanos de hielo en la ventana me hacían sentir que algo en mi interior estaba helado y no estaba listo para descongelarse. Aun así, los rituales dentro de mi hogar me llenaban de calor y bienestar. Usé ese tiempo de descanso para organizar mis cosas y desempacar las últimas cajas que había almacenado desde junio. Dormí mucho y me di largos baños de tina.

Suzie nos había invitado a su casa para Año Nuevo y me emocionaba ponerme elegante y beber un poco de champaña con mis amigos. Incluso compré un vestido para esa tarde.

—Usa algo que te saque de tu zona de confort —me sugirió Suzie, y me dio un pellizco en el trasero—. Tienes una gran figura, pero siempre la estás escondiendo.

Le di un golpe amistoso en el brazo.

—¡Para! —dije, bromeando—. No quiero distraer a mis estudiantes con todo el encanto que oculto debajo de estos pantalones amplios.

—Lo digo en serio, Mags. Solo se es joven una vez en la vida; no lo desperdicies. —Con sus manos recorrió las curvas de su figura—. Te quiero, lo sabes. Eres la única con la que compartiría mis materiales de arte; tan buena amiga te considero… Así que hazme caso. Ponte algo muy atrevido para la cena de Año Nuevo.

Solté una carcajada. El comentario de los materiales de arte me mató de risa. Suzie los protegía como si se tratara de las joyas del Vaticano. Todos los maestros temían pedirle unas tijeras o un pliego de cartón. Pero yo sabía que Suzie me ofrecería su último frasco de brillantina.

—Lo único que quieres es que reanime a Bill, ¿verdad?

Suzie hizo una mueca.

—A quien quiero reanimar es a ti, querida. Ni siquiera había pensado en Bill.

Quizás estuvo mal de mi parte, pero decidí regresar la bata de chenilla que me regaló Eleanor. Usé el crédito en Lord & Taylor para adquirir algo que sí me gustara. Si todos pensaban que me estaba quejando mucho por tener frío, qué mejor manera de calentarme que comprando un vestido ajustable de terciopelo negro con un gran escote.

Sin duda era algo que salía de mi zona de confort, pero, cuando me miré en el espejo del probador, me sentí transformada. El vestido se entallaba en las zonas precisas.

—¡Este sí que es un vestido! —exclamó la vendedora con entusiasmo.

Me miré una vez más en el espejo. Con el crédito que tenía en la tienda, solo tuve que pagar ochenta dólares adicionales. Me paré de puntitas imaginando que usaba zapatos de tacón.

—Me lo llevo —le dije a la vendedora cuando salí del vestidor y le entregué orgullosa mi tarjeta de crédito.

Bill estaba en el estudio cuando bajé enfundada en mi nuevo vestido negro. Había dicho adiós a los rizos que usaba desde la universidad. Me planché el pelo y luego formé unas curvas suaves y sensuales, inspirada en una foto de Lauren Bacall. Mi cabello rojo lucía vibrante en contraste con el terciopelo negro, e hice un esfuerzo por aplicar rímel en mis

pestañas rubias para que el efecto fuera aún más espectacular. Me veía muy atrevida. Bill odiaba el perfume, pero aun así puse un poco de rosa damascena en la tina para que mi piel tuviera un leve aroma floral.

—¿Ya estás lista? —me gritó cuando bajaba las escaleras.

Di dos pasos y lo vi sentado en su sofá. Traía unos pantalones de mezclilla y una chamarra de cierre.

—¡Vaya que te arreglaste! —dijo animado y dejó a un lado el control remoto.

—Es Año Nuevo, Bill —murmuré en voz tan baja que no sabía si me había escuchado. Sentí como si estuviera en una montaña rusa en plena bajada; el corazón se me fue al estómago. Pasé la tarde imaginando la reacción de Bill ante mi transformación. Creí que se quedaría con el ojo cuadrado y que saltaría de su sofá, incapaz de contenerse. Pero me equivoqué. Ni siquiera se levantó.

«No llores cuando uses rímel», escuché la voz de mi madre en mi cabeza. Estaba a dos segundos de que mi cara pareciera crayola derretida.

—Pensé que simplemente íbamos a una fiesta casual a casa de tu amiga —explicó. Se puso de pie y bajó la mirada para revisar su atuendo—. ¿Tengo que subir a cambiarme, Mags?

Ya era de noche afuera y pude verme en el reflejo de una de las ventanas. Mi cabello, mi vestido y el gesto de decepción en mi rostro.

—La verdad es que no importa —murmuré. Los zapatos empezaban a molestarme.

Bill abrió la puerta y buscó las llaves de su coche.

—Yo manejo de ida y tú de regreso.

Asentí. Me daba gusto que por lo menos uno de los dos parecía tener un plan.

Bill manejó alegre a casa de Suzie. Prendió la radio, sintonizó WFAN y me sonrió.

Cuando llegamos, Suzie de inmediato me hizo sentir bien.

—¡Hola, mujer bonita! —dijo al abrir la puerta—. *¡Yabadabadú!*

Ella se veía muy seductora también. Lejos habían quedado los suéteres amplios con botones o campanitas. Suzie lucía un vestido rojo de terciopelo que llegaba al piso, con bordes de falsa piel blanca en el pecho y la bastilla. Su amplio escote parecía un conejo saliendo de su madriguera.

Suzie tomó la botella de champaña que Bill traía en la mano y le hizo una seña con el dedo.

—Cuídala o se la van a llevar todos los galanes esta noche.

Bill hizo una mueca.

—Me andaré con cuidado, Suzie.

Mi amiga volteó a verme.

—Solo quería que estuviera advertido. Después de todo, es la última noche del milenio. Todo puede suceder.

—No me digas que tienes un búnker lleno de sopa instantánea y agua embotellada —dije, meneando la cabeza.

—¿Galletas y refresco cuentan? —respondió, dándome un pellizco.

—Ese sí que sería el fin del mundo. —Me reí—. Bueno, ¿dónde está la champaña?

Suzie vivía en un departamento ubicado en un sótano, pero se había esforzado mucho por hacerlo parecer festivo. Había brillo por todos lados. Las paredes estaban decoradas con pequeñas luces navideñas. Había numerosas velas en los estantes y serpentinas en la mesa del comedor. Todo el cuarto centelleaba.

—¿Quieres algo de tomar? —preguntó Bill en cuanto nos quitamos los abrigos. Negué con la cabeza y comencé a buscar algún rostro conocido—. En unos minutos. Necesito irme con calma.

En una esquina reconocí a alguien. Era Daniel, que estaba solo, bebiendo vino tinto. Vestía un saco de terciopelo verde oscuro y pantalones de mezclilla.

Suzie acababa de cambiar el CD en el estéreo.

—Esta está dedicada a todos ustedes —gritó.

«It's the End of the World as We Know It», de REM, llenó el espacio. Todos en la fiesta aullaron de gusto.

Quizá Suzie tenía razón. Necesitaba aceptar que estábamos entrando en un nuevo siglo. Yo no creía que al día siguiente despertaríamos con las cuentas de banco vacías ni que se caería el sistema eléctrico, pero esta era la única vez en mi vida que presenciaría un cambio de milenio.

Envalentonada por esto, me acerqué a Daniel y le jalé una manga.

—Creo que los dos pensamos en terciopelo.

Se le iluminaron los ojos y el blanco de su sonrisa se intensificó por los focos fluorescentes color lavanda que Suzie había instalado para la ocasión.

—Traté de imaginar lo que habrían usado en 1899. —Sonrió y miró mi vestido—. Pero, para ser honesto, el terciopelo te queda mucho mejor a ti que a mí.

Me reí.

—Te ves fantástica —insistió—. En serio.

—Gracias. Me hiciste la noche. —Recargué la espalda contra la pared—. Ojalá pronto termine esto del Y2K. Ya está cansando un poco.

—Sí, ya sé. Aunque me hizo evaluar mi vida y tomar la decisión de no esperar para hacer las cosas que me apasionan.

—¿Como qué?

—Bueno, para empezar, no me he sacado de la cabeza el dato de que tu papá hace violines. —Su voz se alzó por encima del volumen de la música—. Me gustaría comprar uno. Y me encantaría conocer su trabajo.

Me imaginé a mi padre, exultante, mostrándole sus violines a Daniel. Sabía que era algo que disfrutaría mucho.

—¿Quieres visitar su taller? —Pensarlo me emocionaba.

—Sí, claro. No me estoy extralimitando, ¿o sí?

—No, para nada; mi papá estará encantado. Pero vas a tener que disponer de un par de

horas: cuando empieza a hablar de laudería, es difícil detenerlo. —Con el rabillo del ojo vi que Suzie me estaba haciendo una seña con el pulgar hacia arriba y avanzaba con aire sensual hacia la zona de baile mientras la más reciente canción de Sugar Ray seguía a REM. Con su vestido rojo con bordes de falsa piel blanca parecía una sexi señora Claus.

—Me encantaría dedicarle todo un día —dijo Daniel.

Sé que suena cursi, pero sentí como si estuviera dentro de una película. Me hormigueaba el cuerpo y mi corazón latía deprisa. De pronto me sentí increíblemente viva. Hasta que Suzie se acercó y me jaló para bailar con ella.

—No voy a dejar que te vayas hoy sin que te haya visto bailar —me gritó.

Con el brazo entrelazado en el mío, Suzie me llevó a otra parte de la habitación y comenzó a girar a mi alrededor al ritmo de Britney Spears.

—Esa es mi chica —gritó. Mientras fingía cantar «Hit me, baby, one more time», me hizo dar un giro exuberante.

Mi torso y mis piernas parecieron moverse en direcciones opuestas. Sentí que la rodilla se me doblaba y de pronto terminé patinando en el suelo.

—¡Dios mío! Perdón, querida. —Se agachó e intentó levantarme.

Sin embargo, me quedé tirada en el piso como un costal de papas; el tobillo me dolía mucho. Me quité los zapatos, maldiciendo en voz baja por haber elegido esos tacones tan imprácticos, y me senté en una silla.

Busqué a Bill entre la multitud, pero no lo hallé. Cuando levanté la mirada, Daniel estaba frente a mí, poniendo unos hielos en una servilleta.

—Vas a necesitar hielo —dijo y se agachó para revisarme el tobillo.

Fue curioso escuchar la voz de Yuri en mi cabeza cuando sentí el alivio helado del hielo en mi piel. «Cuidas de las personas que amas». Yo recordaba esas palabras y, mientras tanto, Bill no aparecía por ningún lado.

Todo era muy raro. El tobillo me punzaba, pero el resto de mi cuerpo estaba como adormecido. Apenas era consciente de que Daniel y Suzie estaban a mi alrededor; me parecían muy lejanos. Les di las respuestas apropiadas. Le dije a Suzie que no se preocupara, antes de que se fuera a buscar a Bill. Le agradecí a Daniel. Cuando Bill apareció finalmente, admití frente a él que había perdido un poco el espíritu festivo. Pasé un brazo encima de sus hombros y le pedí que me llevara de vuelta a casa.

Cuando llegamos al auto, pegué la cara al frío cristal mientras Bill encendía el motor.

—Te tengo una sorpresa. No iba a decir nada hasta mañana, pero me parece que es un buen momento para contarte…

—Suena muy misterioso. —Me obligué a parecer intrigada, a pesar del dolor.

—Voy a comprar un auto con el bono navideño. He estado pensando en un BMW deportivo. Tal vez rojo, incluso.

Cerré los ojos.

—¿En serio? —Intenté que mi voz sonara emocionada, pero en realidad la emoción que percibí en él, y que no le había escuchado en mucho tiempo, solo me entristeció.

47

A la mañana siguiente, con la pierna sobre almohadones, comprendí que estaba por atestiguar el ajusticiamiento de mi relación de seis años. Desde hacía semanas me sentía atrapada. Pero la inmovilidad física provocó una nueva sensación. Era necesario reconocer que Bill y yo no nos estábamos acercando más dentro de las cuatro paredes de la casa. Ni siquiera este escenario idílico podía enmascarar las grietas de nuestro noviazgo. Bill buscaba la felicidad en el exterior; yo, en el interior. De pronto, todo lo que antes me parecía confuso y empantanado, ahora me quedaba perfectamente claro.

Bill caminó al baño y abrió la regadera. Escuché el agua y luego el sonido de la puerta de cristal que se cerraba. Cuando salió, envuelto en su toalla, yo estaba sentada con la espalda muy recta. Tenía los ojos fijos en él.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Sigues molesta por lo de anoche?

—Es un nuevo año —le dije despacio—. Nos llevábamos tan bien en la universidad —continué; las palabras salían de mi boca sin ninguna inflexión—. Pero, en la vida real, simplemente…, simplemente no estamos funcionando.

Se quedó callado. La luz invernal llenaba nuestra habitación. Él se veía dolorosamente desnudo, solo cubierto por una toalla.

—Mags… ¿Es por lo de anoche? Ni siquiera te vi cuando te caíste.

—Me di cuenta. Suzie tuvo que ir a buscarte. Dijo que estabas platicando animadísimo con Vicki Di Piazzo.

—Estás siendo injusta. Ella me estuvo acorralando toda la noche. —Me dio la espalda y sacó una playera del cajón.

No le respondí. La verdad era que a mí me había aliviado que pasara toda la noche platicando con Vicki Di Piazzo, la instructora del gimnasio. Me hizo sentir menos culpable por no haber querido hacer otra cosa que intimar con Daniel, hablar de sus clases, su amor por el violín y de cómo creía que la música podía cambiarle el alma a un estudiante.

—Por favor —insistió, sentándose en la cama.

Me obligué a continuar.

—Pensé que esta cabaña sería el ensayo perfecto para cuando montáramos nuestra casa juntos. —Miré el cuarto, deteniéndome en todos los detalles que había puesto para hacerlo más acogedor: la colcha floreada, las fotos enmarcadas de los dos en un partido de basquetbol en Míchigan. Nada de eso nos había unido más. El hecho era que ya no

teníamos la vida universitaria en común. Tampoco teníamos las distracciones de Manhattan. Solo contábamos con la vida real y cada quien se movía en una dirección distinta.

—Maggie —dijo—, no estás siendo justa. La has pasado mal desde que empezaste a darle tutorías a ese niño, Yuri. Los dos los sabemos. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

Lo miré, incrédula. Tenía que ver con nosotros dos nada más.

—Lo que pasa con mi trabajo, Bill…, es que te obliga a cambiar la manera en que ves las cosas. Y con un estudiante como Yuri… Ahora veo la vida distinta gracias a él, y es algo bueno. Eso no es pasarla mal. —Respiré profundo—. Más bien ha sido una epifanía.

—Maggie.

—No, por favor. —Levanté la mano—. Estamos comenzando un nuevo año, un nuevo milenio. Es el momento propicio para que cada uno empiece de cero.

—¿Y cómo vas a pagar este lugar solo con tu sueldo? —Su tono de voz de pronto se volvió frío.

—Tengo suficientes ahorros para cubrir la renta hasta el final del año. Y luego buscaré otro sitio si lo necesito… —Me negaba a pensar que dependía de él para pagar las cuentas.

—Esto es una estupidez, Maggie. —Se levantó de la cama y se dirigió a su cajón de calcetines. Lo abrió y sacó un catálogo de Tiffany que tenía oculto bajo la ropa. Lo arrojó sobre la cama—. ¡Y pensar que iba a pedirte matrimonio el día de tu cumpleaños!

Miré la caja color azul huevo de petirrojo en la portada, con su irreprochable moño blanco, y nada de eso me conmovió. Muchas veces había imaginado la propuesta de matrimonio perfecta. Una caja de terciopelo y un hombre arrodillado. Sin embargo, en ese momento lo único que quería era lanzarle el catálogo a la cara.

—Lo lamento —le dije, intentando no llorar—. Sé que tú no eres el que cambió. Fui yo… Yo cambié.

—¡Claro que sí! —exclamó, azotando una mano contra la cajonera.

Para el final de la semana, Bill ya había empacado todas sus cosas. Se llevó la televisión y también el sofá. Pero todavía quedaban algunos leños en el rincón. Me serví una copa de vino, puse el tobillo en alto sobre una pila de almohadas e hice lo que había querido hacer desde hacía mucho tiempo: encendí un gran fuego en la chimenea.

48

Después de que Bill se fue, comencé a vigilar muy de cerca mi presupuesto e intenté vivir del modo más frugal posible. Cancelé la suscripción al cable, dejé de pedir comida a domicilio y me alejé lo más que pude del centro comercial. Al mismo tiempo, sin Bill ahí, me concentré más que nunca en el trabajo. En clase seguíamos leyendo *¿Quién cuenta las estrellas?,* una novela situada en Dinamarca durante la ocupación alemana. Para la mayoría de mis estudiantes, era la primera vez que leían sobre las turbulencias y horrores de la segunda guerra mundial. Además de abordar la conmovedora amistad entre dos niñas, Ellen y Annemarie, quería explorar el tema del heroísmo.

Pensé que Yuri y Finn estarían particularmente interesados en hablar de esa obra. Se habían vuelto muy amigos. Alimentaban sus entusiasmos mutuos, no solo debido al afecto que sentían por los Yankees, sino porque también parecían disfrutar de las conversaciones personales y filosóficas que surgían a partir de los libros que leíamos. Me di cuenta de que Finn actuaba de una manera en clase y de otra cuando estaba con Yuri. En la escuela se veía más preocupado por la cantidad de veces que participaba; era como si llevara la cuenta de cuántos comentarios hacía o cuántas veces alzaba la mano, como si no quisiera parecer demasiado estudioso ante los demás niños. Cuando iba a visitar a Yuri, en cambio, daba la impresión de que bajaba la guardia, y yo veía lo mucho que disfrutaba tener la libertad de intervenir tanto como quería en la discusión.

Me fui adaptando a la soledad de mi cabaña de cuento, y uno de los platos fuertes del nuevo año consistía en ver cómo surgía la amistad entre los dos niños. Cuando releí la novela para preparar mis notas de clase, no pude sino pensar en Finn y Yuri en el lugar de los personajes de Annemarie y Ellen. Dos amigas, una más vulnerable que la otra, cuya amistad se hacía más profunda a causa de la adversidad.

—Para ustedes, ¿quién es el héroe de la novela? —les pregunté a Finn y Yuri. Ambos se habían tranquilizado después de comentar las últimas noticias de los Yankees.

—Bueno, hay muchos héroes en el libro —dijo Finn.

—Los papás de Annemarie son… Bueno, ellos le abren las puertas a Ellen y la esconden —dijo Yuri.

—Y no olvidemos a Peter, el que forma parte de la Resistencia.

—El pescador que lleva a Annemarie y su familia a costas más seguras también es un héroe… — Los ojos de Yuri se avivaron. Era evidente la diferencia que suponía tener a Finn en la discusión. Añadía un poco de competencia juvenil.

De tarea les pedí que ponderaran un poco más lo que significaba ser un héroe. ¿Quería

decir que la persona siempre actuaba de manera valiente o se trataba de algo más complejo?

Dos días después, cuando leí lo que Yuri había escrito en su libreta, me sobrecogí.

No creo que uno pueda ser héroe si no tiene algo que perder. Muchas personas en Dinamarca querían que el rey Christian estuviera al mando y no los nazis, pero ser un héroe es más que solo decir que no estás de acuerdo con algo. Para ser héroe hay que arriesgar. Tienes que sentirte en peligro. Annemarie y su familia pusieron en riesgo su vida al ocultar a Ellen. Annemarie también arriesga su vida cuando sale a mitad de la noche para llevar los papeles falsos al pescador que trasladará a Ellen y su familia a Suecia. Peter muere por un disparo al final del libro, debido a sus esfuerzos por ayudar a los demás. Todas estas personas son héroes, en mi opinión.

Ya estábamos cerca del fin de febrero. Habían pasado casi dos meses desde que Bill dejó la casa y yo ya era experta en encender la chimenea. Quizá no era una *girl scout* como Bill, pero tenía mis recursos y estaba decidida a aprovecharlos ahora que era soltera. Se había vuelto una tradición de cada noche, así que apartaba un poco de tiempo para hacerlo. Todas las tardes de sábado iba a las granjas cercanas a comprar leña y llenaba la cajuela de mi auto con ella. Aprender a elaborar algo que me mantenía caliente e iluminaba la habitación con una apariencia hermosa compensaba mi falta de compañía. Y aunque la casa estaba más silenciosa de lo que me gustaba, me sentía acompañada por las voces de mis estudiantes, que parecían estar conmigo cuando leía sus trabajos.

«El papá de Annemarie es un héroe cuando finge que Ellen es su hija. Se le ocurrió la idea tan rápido cuando el nazi le preguntó, que se convirtió en héroe instantáneo al hacerlo», escribió Lisa Yamamoto con su letra perfecta. Dibujó el interior de un departamento, con Annemarie y Ellen ocultas bajo sus camas, y el padre de Ellen discutiendo en la puerta con un soldado alemán.

«Creo que el verdadero héroe del libro es Peter», escribió Roland McKenna. «Murió arriesgando su vida, así que es el más heroico de todos los personajes de la historia».

El de Finn era el último cuaderno de la pila. Lo saqué y lo coloqué en mi regazo. El decorado de la portada estaba conformado principalmente por recortes de atletas tomados de *Sports Illustrated* y de la sección deportiva de *Newsday*. Derek Jeter bateando. Una foto de los Yankees de 1999. Imágenes de Wayne Gretzky patinando y Michael Jordan clavando la pelota en la canasta. En la esquina derecha, sin embargo, vi una foto reciente de Finn cargando a su hermana bebé: su brazo la rodeaba con una actitud protectora mientras ella sujetaba un animal de peluche bastante maltrecho.

Pasé las páginas antes de leer su última tarea.

Creo que, para ser un héroe verdadero, no debes pensar que lo eres. Un héroe hace lo correcto por instinto. La familia de Annemarie no tiene mucho tiempo para pensar si debe o no admitir a Ellen en su casa; lo hacen porque es lo correcto. Peter busca

salvoconductos para las familias judías porque sabe que necesitan su ayuda. Considero que las personas que son héroes saben qué es lo correcto y lo que no. No van en contra de lo que para ellas es correcto, aun cuando eso signifique poner en riesgo su vida.

No supe por qué me conmovió tanto la respuesta de Finn, pero me vi obligada a hacer un esfuerzo para no llorar mientras la leía. Él había dibujado una medalla al valor con plumones de color rojo y negro, y tuve que dejar a un lado el cuaderno por temor a arruinar el dibujo con mis lágrimas.

49

Ya había comenzado a acostumbrarme a que lo único que escuchaba eran mis movimientos en la casa, junto con el ruido de los viejos radiadores y el viento golpeando las ventanas. Aunque a veces me sentía sola, no extrañaba el sonido de la televisión prendida toda la noche, o tener que limpiar los pelillos de la barba de Bill del lavabo. Cuando abría el clóset de los abrigos, ya no tenía ante mí una jungla de chaquetas y chamarras pachonas, y encontraba mi gabardina con facilidad. Pero lo que sí extrañaba —y mucho— era la conversación cálida y familiar que te saca de la rutina de un día largo. Me encantaba ir a la cama con un libro y con la libertad de ponerme una mascarilla como si fuera camuflaje de guerra, pero la ineludible realidad era que pasaba todas las noches sola.

Entonces, justo antes del puente del Día de los Presidentes, estaba con Suzie en el salón de maestros cuando Daniel se nos unió.

—Maggie Topper —dijo mi nombre y apellido, con una voz tan suave y reconfortante que Suzie no pudo contener su sonrisa de gato de Cheshire—. La gente ya no usa el nombre completo con la frecuencia suficiente… Hay una musicalidad que surge al pronunciarlo. En fin, vine a ver si tienes un momento para hablarte de algo… —Se le subió el color al rostro de súbito; era difícil que no pareciera increíblemente encantador. Hizo una pausa y miró a Suzie, como si ella fuera a ayudarlo a encontrar las palabras adecuadas. Pero ella abrió su contenedor de pasta primavera y le sonrió ampliamente. Yo estaba fascinada y Suzie divertidísima viendo cómo a un hombre adulto le costaba trabajo hablar conmigo—. Sé que te lo dije en la fiesta de Suzie, pero quería preguntarte si puedo tomarte la palabra e ir a visitar el taller de tu padre. Deseo cambiar de violín y, mientras más lo pienso…, más me intrigan tu padre y sus instrumentos.

Reí.

—No sabes lo emocionado que va a estar cuando le lleve un cliente potencial. Todavía no domina el arte de la autopromoción.

Daniel volvió a sonreír. De pronto, el rubor profundo desapareció de su rostro. Estaba radiante.

—Bueno, pongámosle fecha. Habla con él y me dices si también te queda bien. —Dio unas palmadas sobre una de las sillas vacías—. Me emociona, Maggie. De verdad me emociona.

—Yo también estoy contenta —dije, dándole un golpecillo juguetón—. Me convertirás en la hija del año si terminas comprando uno de sus violines.

Suzie sonrió y se dio la vuelta para irse a su clase.

—¿Y qué tan probable crees que sea que compre uno de los violines de tu papá, Mags?

—No sé… ¿Veinte por ciento? Mi papá estará encantado simplemente al poder hablar de música y violines con alguien que tiene tanto interés en el tema como él.

—Yo apuesto que es un hecho: cien por ciento —dijo, al tiempo que tapaba los restos de su comida—. Me sorprende, Maggie, que no te des cuenta de que Daniel se siente atraído por ti.

El domingo siguiente, Daniel llegó a mi cabaña en su Honda Civic rojo. Escuché sus pasos en la grava del camino de entrada antes de que tocara el timbre.

Era un poco patético, pero había pasado la tarde anterior probándome distintos atuendos para nuestra salida. La parte más lógica y escéptica de mi cerebro me insistía en que no pensara en esto como una cita romántica. Íbamos a ver a mis padres, después de todo, y ningún adulto en su sano juicio consideraría que eso contaba como primera cita. Solo alguien que estuviera realmente interesado en comprar un violín y nada más sugeriría un plan tan absurdo. Pero, aun sabiéndolo, no podía evitar querer lucir lo más atractiva posible. Me probé media docena de pantalones hasta que encontré los que más favorecían a mi cadera.

Pensaba en cómo Katya siempre estaba tan elegante sin esfuerzo, con sus largos suéteres y sus pantalones, pero yo no tenía ese cuerpo de bailarina que se veía bien cubierto con todas esas capas. Después de probarme cuantas blusas tenía en el clóset, elegí una azul de algodón y me puse una bufanda en el cuello, como hacía mi madre cuando necesitaba un pequeño detalle extra. No estaba muy segura de si ese estilo me favorecía: o me veía muy francesa y sofisticada, o parecía sobrecargo de Air France. En cualquier caso, no había vuelta atrás. Daniel ya había tocado la puerta.

Cuando abrí, lo encontré en el umbral con una caja de chocolates.

—Pensé que debía llevarles algo a tus padres —explicó, levantando la mirada para verme.

De pronto, mi nerviosismo desapareció. Se veía tan formal parado ahí con su caja de chocolates que no notaría si mis pantalones negros combinaban o no con mi blusa azul.

—Qué amable. —Lo invité a pasar a la sala—. Acabo de hacer una jarra de café. ¿Quieres un poco antes de irnos?

En cuanto entró, sus ojos recorrieron el cuarto. La casa seguía oliendo a la madera de cerezo que había encendido la noche anterior.

—¿Tienes una chimenea de verdad? —preguntó, mirando hacia allá—. ¿Cómo encontraste este lugar?

Me reí.

—En el *PennySaver*. Fue suerte, en realidad —dije contenta.

—Ya lo creo —comentó impresionado—. Vomitarías si conocieras el agujero que estoy rentando. Es una casa para dos familias, pero yo soy un inquilino sin familia que vive en el sótano.

—Suena encantador. ¿Leche o azúcar para el café?

—Como tomes el tuyo está bien para mí.

—¿Dulce y suave, entonces?

—Me parece bien… —Vi cómo movía con cuidado los cojines del sillón para sentarse—. Dulce y suave suena perfecto.

De camino a casa de mis padres no pusimos música en la radio; solo charlamos un poco. Fue un gusto hacer de guía para un par de ojos nuevos en mi querido Strong's Neck. Bajé el cristal de la ventana unos centímetros y una brisa helada entró en el auto. Admiré su perfil. Sus mejillas altas, la pequeña cicatriz en forma de hoz y la melena de rizos negros a la Byron.

—Siento como si estuviera viajando en el tiempo contigo —dijo riendo cuando pasamos por el puente—. Tu cabaña, tu chimenea, y ahora esto… —Señaló una finca equina que no se encontraba lejos del antiguo rancho de Selah Strong, un sitio al que mi papá me llevó para que montara un poni por primera vez cuando tenía menos de cinco años.

—Es un lugar muy especial y me gusta mucho poder mostrárselo a alguien que no lo conoce. ¿Quieres que te cuente una anécdota muy interesante?

—Claro. Soy todo oídos.

Y así como lo había hecho mi madre, sentada en el borde de la cama hacía muchos años, le hablé de la espía Anna Smith Strong y su canasta de mimbre llena de ropa colorida.

—Ahora deja que yo te cuente una historia —pidió mientras nos adentrábamos en Strong's Neck.

Me contó que había crecido en Riverdale, que su padre era profesor de Historia y que su madre había sido concertista de piano hasta que la artritis truncó su carrera. Después de su retiro profesional, ella comenzó a dar clases a algunos estudiantes en su casa.

—Siempre teníamos música en la casa, ¿sabes? Mi mamá o sus estudiantes practicando, o un disco, o la radio… —me dijo y miró hacia la ventana. La nieve casi se había derretido, excepto por unas cuantas islas heladas que se disiparían con la siguiente lluvia.

—No me digas: la estación era WQXR.

—Sí, esa misma.

—«Toda la música clásica, todo el tiempo» —recitamos al unísono.

—Solo que ni mi hermano ni yo tuvimos la suficiente sofisticación para enamorarnos de la música clásica como tú —aclaré—. Yo prefería a Olivia Newton-John y Duran Duran.

—Cualquier tipo de música mueve al alma de alguna manera. Supongo que yo puedo apreciar todos los géneros.

Habíamos llegado a la entrada de la casa de mis padres.

—Bueno, eso es un alivio enorme… No tendré que preocuparme de que me evites cuando me encuentres en el salón de maestros.

—No creo que tengas nada de que preocuparte. —Abrió la puerta del auto y, al salir,

hizo un gesto muy elaborado con la mano—. Eres una mujer renacentista, Maggie Topper.

Me reí discretamente mientras caminábamos hacia la puerta.

—Espero que eso sea algo bueno.

—Mmm, no creo que sea necesario siquiera responder a eso, ¿o sí? —Alzó una ceja y me lanzó una mirada juguetona.

Una vez adentro, Daniel fue recibido con el aroma de berenjenas a la parmesana y el sonido de un concierto de violín.

Mis padres no podían ocultar su emoción. Yo era como el gato que había traído un canario amarillo brillante. Daniel le entregó la caja de chocolates a mamá y sus amplios hombros lo hicieron ver muy apuesto cuando se acercó a saludar de mano a papá.

—Me han dicho que andas buscando un nuevo violín, hijo.

Pude sentir cómo la energía dentro de la casa cambió. Un instante después de conocerlo, mis papás estaban encantados con él.

—Sí, y cuando Maggie me habló de su taller, me picó la curiosidad. Sabía que debía venir a visitarlo.

Mi papá rebosaba de alegría y mamá me lanzaba miradas —podía verla con el rabillo del ojo—. La impresionaba menos que hubiera llevado a un violinista amante de la música que el hecho de que se tratara de un hombre soltero y muy guapo. Miré su delantal y noté que había una pequeña mancha de cocoa cerca del bolsillo. Parecía señal de que había preparado tiramisú.

—Hice un poco de comida, Daniel, por si tienes tiempo de quedarte después de que acaben de hablar de negocios en el sótano…

—Huele delicioso, señora Topper. ¿Cómo podría negarme?

Mi mamá se ruborizó. La felicidad le brotaba por los poros. Daniel era tan cortés y educado que hacía que Bill pareciera un exconvicto de la prisión de Alcatraz.

—Vamos abajo al taller antes de que mi esposa siga tentándote con más plática sobre su comida. —Papá abrió la puerta del sótano y nos hizo una seña a Daniel y a mí para que lo siguiéramos.

—Asegúrate de que pruebe el que parece que tiene un ave en las vetas de la madera de arce —le gritó mamá—. Ese es mi favorito.

—Tu madre tiene razón —coincidió papá—. En verdad parece que tiene unas alas.

En la guarida de papá, el aroma del tomate, el ajo y el queso ricota dejaron su lugar a la fragancia del arce y el abeto.

Mi papá todavía no tenía tantos violines en inventario. No planeaba mostrarle a Daniel los que había hecho en sus primeros años de aprendizaje después del taller en Oberlin. Yo sabía que había por lo menos cuatro piezas más recientes de las que estaba especialmente orgulloso, que eran las que lo había escuchado tocar. Pero, como era habitual en él, primero querría explicarle todo el proceso a Daniel, con lujo de detalle. Y, en una de esas,

Daniel disfrutaría de la explicación.

Los dos se llevaron muy bien desde el principio. Mi papá tomó distintas muestras de madera —arce, abeto, roble— y se las acercó a la nariz para deleitarse con su aroma antes de pasárselas a Daniel, como un entusiasta del vino que aprecia el buqué antes de dar el primer trago. Papá le describió la madera que utilizaba para cada parte del instrumento y cómo las hermosas vetas de cada variedad podían inspirar el alma del violín.

Para ejemplificarlo tomó tres piezas, una con barniz color rojo intenso y dos de tono ambarino; por último, colocó un cuarto instrumento en la mesa, el que parecía tener unas alas de ángel. Mi padre asió este último y se lo acomodó bajo la barbilla; levantó el arco y comenzó a deslizarlo de un lado a otro, moviendo el cuerpo y el violín como si este fuera su compañero de baile.

—¡Increíble, señor Topper! Vaya que toca bien el violín… ¿Alguna vez lo ha hecho profesionalmente? Maggie nunca lo mencionó…

Mi papá se rio.

—No, eso no se me dio. Cuando era chico intenté entrar a Juilliard y a algunas otras escuelas de música, pero no me aceptaron. Supongo que no tenía suficiente talento. —Se limpió las manos en el delantal—. Entonces conocí a la mamá de Maggie y tuve que buscar la manera de ganar dinero. Pero nunca he abandonado mi amor por la música. —Me miró y sonrió—. Maggie puede contarte cómo los torturé a ella y a su hermano con toda mi música clásica durante la mayor parte de su infancia.

—¿La mayor parte de mi infancia? ¡Toda, más bien!

—«Así que la música era su vida, ¿pero no era su manera de ganarse la vida? Y lo hacía sentir contento, lo hacía sentir muy bien…» —La voz de Daniel adoptó cierta cadencia; las palabras de pronto sonaron profundas y conmovedoras, y las reconocí de inmediato.

—¡No! ¿Acabas de citar la canción «Mr. Tanner»?

—Sí. Con unos ajustes menores.

—Daniel, no bromeo si te digo que estuve obsesionada con esa canción cuando era adolescente.

—Es verdad. Mi niña es gran fanática de Harry Chapin. —Los dedos de papá tocaron el borde de uno de sus violines—. Una tragedia… Murió muy joven… Y era de Long Island, también…

—No tiene que decírmelo —insistió Daniel—. Mi compañero de cuarto en la universidad era de Huntington. Me sé la letra de casi todas sus canciones. «Cats in the Cradle», «Taxi», «Mail Order Annie»…

A mí me encantaba Harry Chapin desde que mi mejor amiga puso «Cats in the Cradle» en su sótano durante una pijamada en sexto de primaria. Sus canciones siempre contaban una historia y, lo mismo que mis libros favoritos, me daban la sensación de estar en otro mundo.

—Creo que todavía tengo sus grandes éxitos en el auto —murmuré, aún sin poder creerlo—. Pondremos ese CD en el camino de regreso.

Mi papá golpeteó con el arco su mesa de trabajo.

—No quiero interrumpirlos, jóvenes, pero este señor Tanner estaría muy complacido si Daniel probara uno de sus instrumentos. Un poco de crítica constructiva de parte de un colega músico me vendría muy bien.

Casi una hora más tarde, después de que Daniel probó cada uno de los violines y mi padre le dio una clase sobre los detalles de su manufactura —los cinceles que usaba para tallar el cuello, las sierras y los frascos de barniz—, percibí que Daniel se había enamorado del violín que mencionó mi madre: aquel cuyas vetas semejaban un par de alas.

—Con ese vas a volar —dijo mi papá, tocando los bordes curvos del instrumento—. Pero es algo especial. Me costará trabajo dejarlo ir.

Daniel se quitó el violín del cuello y lo acercó a la luz.

—Es una belleza, no cabe duda.

—¿Por qué no te lo llevas a casa? —sugirió papá—. Úsalo un poco y ve si realmente te enamoras de él. No quiero que tomes una decisión apresurada; no hay presión en ningún sentido. Solo he vendido un par de violines a amigos de la familia, así que no hay clientes que estén haciendo fila en mi puerta.

—Bueno, no todavía, papá —añadí, en su defensa—. Quizás en diez años seas conocido como el Stradivarius de Strong's Neck.

Daniel sonrió.

—Es muy amable de su parte, señor Topper, pero no sé si pueda pagarlo con mi salario, aunque quisiera comprarlo. —Sus ojos miraron con detenimiento las cuerdas—. Es una verdadera obra de arte.

—La verdad es, Daniel, que no he pensado mucho en el precio. Fabrico estos violines porque es algo que me gusta hacer ahora que estoy jubilado, ¿sabes? Honestamente lo hago por amor al arte. —Sacó un papel y un pequeño lápiz de una de las bolsas de su delantal. Sumó unos cuantos números y después circuló el total de la suma—. Ese es el costo de mis materiales, más un pequeño extra por el tiempo que invertí. Analízalo y me dices si crees que es justo.

Daniel alzó las cejas.

—¿Está bromeando? Es mucho más que justo. Casi lo está regalando.

—Se lo estaría dando a un colega amante de la música, que por añadidura es amigo de mi hija… —Me lanzó una mirada veloz—. Considéralo como un regalo para mí también.

50

En el viaje de regreso a casa escuchamos los grandes éxitos de Harry Chapin. En el reflejo de la ventana podía ver que las manos de Daniel descansaban sobre el estuche del violín y sus dedos seguían la melodía con suaves golpecitos en el asa negra.

No había estado tan feliz en meses. Y ahora, con la música que flotaba entre nosotros, me sentía revigorizada. Nuestra conversación fue muy sencilla. Hablamos de todo, desde el aroma de la cafetería de Franklin hasta los riesgos de enseñar a tocar el clarinete a niños de doce años con frenos en los dientes. No me había reído así de fuerte en meses. Y esa risa me hizo sentir más ligera, menos sola y mucho más dichosa de lo que me había sentido en mucho tiempo. Tenía un nuevo amigo, y se sentía muy bien.

Lo que también descubrí fue que me sentía mucho más viva cuando estaba junto a alguien que tenía la misma hambre de conocimiento que yo. Amaba dar clases porque la curiosidad de mis estudiantes me animaba. Y por eso prefería pasar mi hora de comida al lado de Suzie, que era una cascada de energía artística, y no con Florence y Ángela, las otras maestras de Inglés, quienes, con su pragmatismo tan unidimensional, eran cualquier cosa menos inspiradoras. Daniel, en cambio, formaba parte de ese grupo especial: en sus ojos tenía la chispa que yo buscaba en la mirada de mis estudiantes.

Llegamos a la entrada y apagué el coche. De pronto, sin música a nuestro alrededor, todo resultaba más serio.

—Espero que el violín cumpla con tus expectativas —le dije—. Pero, en verdad, no te sientas presionado. Si no te gusta, siempre podemos dar una vuelta por el taller del maestro y ver si hay otra pieza que quieras probar.

—Una familia de servicio completo —bromeó—. Me gusta. Es mucho mejor trato que el que recibo en Sam Ash. —Abrió la puerta del auto y salió—. Decir que esta ha sido una de las mejores tardes que he pasado en mucho tiempo sería quedarme corto, Maggie —añadió mientras caminaba hacia su coche y me señalaba con el estuche del violín—. ¡Te buscaré en el salón de maestros mañana!

El olor a plástico recalentado en el microondas y café rancio ya no me parecía tan desagradable. Más bien, ahora pensar en eso me emocionaba.

51

Al día siguiente, Suzie no parecía tan emocionada cuando la obligué a comer conmigo en la sala de maestros.

—Pero traje ensalada —dijo—. No necesito esta sobrecarga olfativa. ¿No podemos comer en tu salón, como siempre?

—Es que me gustaría saber qué le pareció a Daniel el violín de mi papá, pero no quiero que parezca que lo estoy acosando.

—Es difícil imaginarte como la mujer de *Atracción fatal*. —Se me acercó—. ¿Tiene un conejo que puedas hervir si te enfadas con él?

Pese a sus bromas, Suzie se rindió y comió su ensalada conmigo en la mesa circular, llena de manchas de salsa de tomate, y rodeada del olor a café rancio. A cambio, le conté las aventuras del fin de semana con mi papá y su taller. También le describí minuciosamente los trayectos de ida y vuelta con Daniel en el auto.

—Supongo que Josephine preparó un banquete —dijo Suzie, pescando un pedazo de lechuga con su tenedor.

—Berenjena a la parmesana con ricota fresco y albahaca. Pero se lució con el tiramisú.

Suzie meneó la cabeza.

—En mi próxima vida, quiero reencarnar en ti.

Me reí.

—Creo que le dio gusto tener otro hombre al que alimentar; extraña a mi hermano. Deberías ver la expresión en su rostro cuando alguien nuevo elogia su cocina. —Hice una cara chistosa, sumiendo los cachetes y pestañeando: mi mejor intento de imitar a mi madre.

El reloj de pared seguía avanzando y yo lanzaba miradas a la puerta para ver si Daniel entraba. Nos quedaban apenas quince minutos antes de que sonara la campana y tuviéramos que volver a clases.

Suzie se dio cuenta de que estaba nerviosa. Se me acercó y me susurró:

—Seguro está ayudando a algún estudiante con frenos que se quedó atorado en el clarinete otra vez.

Estaba a punto de darle un golpecito en el hombro cuando entró Daniel y caminó directamente hasta nuestra mesa.

—Qué bueno que te encuentro, Maggie Topper. —Acercó una silla vacía y se sentó—. Estuve tocando el violín de tu papá toda la noche. Tiene un sonido fantástico… Tan rico y aterciopelado. Hace que mi antiguo violín parezca una porquería.

—Tranquilo, amigo —dijo Suzie, levantando una mano—. Te ahogarás si no haces una pausa y tomas aire.

—Perdón, es que es tan emocionante tener un nuevo instrumento y conocer las manos que lo construyeron. Tu papá es genial, Maggie.

Me sonrojé.

—Me aseguraré de decírselo. —Volteé a ver mi recipiente de plástico, con sobras recalentadas de la comida de mi madre. Amaba profundamente a mi papá y me enorgullecía que en su jubilación se dedicara a cumplir el sueño de toda una vida de fabricar violines. Pero de alguna manera me sentí algo decepcionada. Aunque suene infantil, quería que Daniel mencionara una sola cosa que no tuviera que ver con mis papás.

En ese momento sonó la campana. Daniel se me acercó, me miró directamente a los ojos y me dijo:

—Y ¿sabes? Me pareció fabuloso que notaras que estaba citando versos de «Mr. Tanner» a tu papá.

No escuché bien lo que añadió a continuación porque la campana, con su timbre agudo y escandaloso, seguía sonando. Pero estoy casi segura de que dijo:

—Maggie, tú también eres genial.

52

Había días en los que Sasha conducía al laboratorio y sentía que se salía de su cuerpo, como si estuviera suspendido en el aire y observara sus acciones a través de una lente analítica.

Dos manos pálidas sujetaban el volante oscuro de su Pontiac; el reflejo en el retrovisor parecía pertenecer a alguien más. Hacía poco que había comenzado a usar lentes y su melena empezaba a hacerse más escasa.

Para ser lo más eficiente posible, Sasha se esforzaba por mantener separada su vida profesional de su vida personal. Publicó artículos sobre la oscilación de los neutrinos en revistas especializadas, los cuales recibieron elogios de sus pares. Sus colegas lo querían. Ahora era alguien con quien se podía conversar sobre beisbol, como cualquier otra persona nativa de Nueva York. Nadie conocía las estadísticas mejor que él.

Sin embargo, nunca compartía con sus colegas el pesar que le provocaba la enfermedad de Yuri. Esa angustia la soportaba él solo, encapsulada y guardada en lo profundo. Estaba agradecido por el seguro médico que su trabajo le ofrecía, porque permitía que Yuri tuviera el mejor cuidado posible. Los detalles delicados los comentaban solo él y Katya. Y, aun así, sus temores más graves tampoco se los comunicaba a su esposa. Se negaba a confesarle el temor que le producía cualquier gripa, cualquier dolor en el pecho que sintiera su hijo, o que, una vez que subía al coche para regresar a casa, su mente se vaciaba de datos científicos y se llenaba de pensamientos relacionados con Yuri.

A pesar de sus preocupaciones, Sasha seguía sorprendiéndose de lo mucho que había cambiado. Los pensamientos que ahora ocupaban su mente eran muy distintos de los que tenía cuando era joven. Antes de conocer a Katya, creía que un hogar era una estructura con cuatro paredes y un techo. Nunca dio mucha importancia a una estufa siempre caliente o a una cama llena del calor proveniente del cuerpo de otra persona. Tuvo suerte de entrar a la universidad, donde pudo sumirse en los libros y disfrutar del confort de la ciencia, y donde casi todo podía ser explicado clínicamente.

En aquellos días se sentía orgulloso de su capacidad de ver los hechos con claridad. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que la verdad no era siempre blanca o negra, y había descubierto todos los matices del gris. A los treinta y ocho años, Sasha empezaba a creer que las cosas más bellas de la vida no tenían explicación. ¿Cómo explicar realmente la atracción de un alma hacia otra, sin que medie una sola palabra? ¿Cómo creer que un niño podía cuestionar el diagnóstico fatal de su doctor y crecer para convertirse en un

joven brillante y curioso?

En algún momento de la transformación del joven insensible que Katya conoció en Ucrania en el hombre que era ahora, se había convertido en alguien con una enorme esperanza. La paternidad había fortalecido su corazón. Sus emociones ya no lo asustaban. Más bien, reforzaban su necesidad de proteger a su esposa y a su hijo.

Por las noches, cuando se pegaba al cuerpo de Katya, ella le pedía que se quitara sus lentes nuevos y apagara las luces. «No, quiero verte», solía insistir él. Tras una década de matrimonio, aún se maravillaba al contemplar el cuerpo de su esposa flotando encima de él. Amaba el aroma de su piel y la luz de sus ojos. Amaba cómo se contoneaba para acercarse a él, como un pequeño caracol en busca de refugio. Y, después del nacimiento de Yuri, sentía que Katya prefería la modestia de la oscuridad, un manto de sombras en el que no se sentía juzgada. Katya solo veía defectos donde él encontraba perfección. Y, al hacer el amor, él tenía los ojos abiertos y ella mantenía los suyos casi cerrados.

Sasha sentía mucha curiosidad por lo que pasaba detrás de esos párpados cerrados. Cuando cruzaba el umbral de la puerta todas las noches y veía a Yuri dormido en su sillón, frente a la televisión que mostraba un grupo de hombres corriendo alrededor de unas bases en un estadio, entre el aplauso de la gente, quería saber qué sueños rondaban la mente de su hijo. Habría dado cualquier cosa por intercambiar su corazón con el de Yuri, solo para que este pudiera experimentar el gozo de sentir la tierra bajo unos zapatos deportivos y el aire revolviéndole el cabello.

Aun así, ver a su hijo dormir lo llenaba de calidez. Lo cargaba y lo llevaba por el pasillo hasta su cama. Cuando lo tapaba con las cobijas, lo estudiaba un poco más, tal como lo hacía cuando era un bebé de cuna. Sasha se ajustaba los lentes y procuraba que ese recuerdo quedara grabado en su memoria. Quería capturar lo que sabía transitorio y efímero. La inocencia y la infancia no eran etapas infinitas en la vida. La única constante era el amor de un padre.

53

Yuri pareció fortalecerse después de que la nieve comenzó a derretirse. Su cuerpo, tan frágil y tan poco desarrollado cuando lo conocí, estaba embarneciendo. Al principio su rostro tenía mucho de Katya: los enormes ojos azules, la frente redonda y alta, y las mejillas afiladas. Pero ahora era posible ver que también emergían rasgos de Sasha, su padre. Incluso su risa, antes aguda, se había vuelto más gruesa, más propia de un joven que de un niño.

Luego, algo extraño pasó. De la nada, Yuri se tornó más introvertido e inquieto. Durante todas las semanas que Finn lo había visitado, Yuri se había mostrado ansioso por que su amigo le contara acerca de sus actividades, como si pudiera vivirlas a través de él. Pero ahora me daba la impresión de que incluso sentía resentimiento al escucharlo. Se agitaba en particular cuando Finn mencionaba las pruebas para entrar al equipo de beisbol. Su trabajo escolar se vio afectado. Cuando recogí su cuaderno vi que se había saltado toda una semana de tareas de escritura, pero no sintió la necesidad de explicar por qué no había trabajado.

Cada vez que trataba de incitar a Yuri a que me dijera qué era lo que le estaba molestando, me bloqueaba. Me acerqué a Katya y le pregunté si ella tenía alguna idea, pero tampoco tenía ninguna explicación. Incluso Finn empezaba a dudar de venir a sus sesiones semanales a casa de Yuri.

—No sé, señorita Topper —me dijo un día después de clases—. Me parece que Yuri no quiere que vaya.

—No creo que sea el caso, Finn —le respondí, intentando tranquilizarlo—. Algo le pasa que no nos está contando. Pero no creo que tenga nada que ver contigo, cariño. Incluso su madre está desconcertada porque de pronto se ha puesto muy irritable.

Finn alzó los hombros.

—Mi mamá dice que todos tienen derecho a estar de malas de vez en cuando.

—Sí —coincidí—. Estoy segura de que yo también he estado de malas a ratos.

—Y yo —dijo Finn riendo—. Pero, si le parece bien, mi mamá cree que debería darle un poco de espacio a Yuri esta semana. Si sigue queriendo que yo vaya, puedo volver el próximo jueves.

Me descorazoné un poco cuando Finn se fue. Sabía que trataba de hacerse el valiente. Yo también había percibido que Yuri parecía estar marcando distancia entre los dos.

El cambio de actitud de Yuri me pesaba. Estaba tan distraída por eso que casi choqué con Florence Konig una mañana en el pasillo, cuando mi grupo salió hacia el gimnasio.

—Tienes que levantar la cabeza al caminar —me regañó Florence—. Casi me atropellas.

Alcé la vista. Tenía razón. No había visto que venía directo hacia mí. Me miró fijamente por un segundo.

—¿Está todo bien contigo, Maggie?

—Sí, sí. Solo traigo muchas cosas en la cabeza.

—¿Estás segura? —insistió—. Tengo un sexto sentido para este tipo de cosas y me parece que no la estás pasando bien.

Hice una pausa. El pasillo de la escuela ya no estaba atiborrado de niños y tampoco veía a Suzie por ningún lado. Éramos solo ella y yo, y de pronto Florence, con su traje sastre y su broche de mariposa con un diamante de imitación, no me pareció tan dura e insensible como en otro momento. De hecho, la encontré amable.

—Es una larga historia —murmuré.

Miró su delgado reloj de oro y sus ojos grises se cruzaron con los míos.

—Parece que las dos tenemos cuarenta minutos libres antes de que empiece nuestra siguiente clase. Creo que eso me da suficiente tiempo para que me cuentes.

En la puerta del salón de Florence había un cartel que decía, con enormes letras color púrpura: LA VIDA ES APRENDIZAJE.

Me vio mirar esas palabras y al entrar me dijo:

—Es cierto, ¿no?

—Sí, claro —dije con un suspiro—. Todavía intento aprender a diario cómo hacer este trabajo. Pero hay días en los que siento que fallo terriblemente.

Florence me miró con un sorprendente gesto de empatía carente de juicio.

—Maggie, todos nos sentimos así por momentos; te lo digo yo, que he estado en esto mucho más tiempo que tú.

Esta vez, la referencia a la experiencia y la antigüedad de Florence no me molestó. Pensé que, a estas alturas, si ella tenía algo de sabiduría que ofrecer, ¿por qué no aprovecharla? Asentí y me senté en una de las sillas de sus estudiantes. Miré el salón. Se veía idéntico a como estaba en septiembre pasado. Había mariposas en las paredes: algunas hechas de cartulina, otras recortadas de revistas como *Scientific American* o *National Geographic,* y otras más retratadas al salir de sus crisálidas. En su periódico mural, Florence había escrito los nombres de cada uno de sus estudiantes en estampas de mariposas color neón.

—Vaya que te gustan las mariposas —comenté, observando todo el salón.

—Sí, me encantan. —Florence volteó y admiró su trabajo—. Hay una larga historia que explica por qué. —Hizo una pausa y me miró con gentileza—. Pero primero cuéntame tu historia.

Casi sentía que estaba en un confesionario. Yo, en una silla baja detrás de uno de los escritorios; Florence en su silla de respaldo alto, con aquel casco de rizos canos enmarcando sus mejillas rosadas y las manos entrelazadas al frente. Le conté todo mi periplo con Yuri desde septiembre: el complicado inicio, el gozo que me produjo descubrir

que le gustaba el beisbol y las visitas de Finn.

—Pero de pronto parece que estoy en penumbras otra vez —dije, desesperanzada—. Es como si hubiera vuelto al principio, con un estudiante que no me quiere ahí. Y no tengo idea de qué hacer al respecto.

En el rostro de Florence, del que yo siempre creí que me miraba con cierto aire de desdén, había aparecido un gesto de bondad y entendimiento.

—Este es un trabajo difícil, Maggie. Todos los niños tienen una historia que se está contando a cada momento. —Se aclaró la garganta—. Y nosotras, como maestras, también tenemos nuestra historia. —Abrió uno de los cajones de metal de su escritorio y sacó un libro delgado—. Quizá no sabes por qué amo tanto las mariposas o por qué no cambio la decoración del salón con cada estación, como lo hacen los demás profesores. Pues hay una razón y es parte importante de mi historia. —Se levantó y me puso el libro enfrente—. ¿Lo has leído? Se llama *I Never Saw Another Butterfly*.

Tomé el libro y le eché un rápido vistazo. En la portada, que parecía un *collage* hecho por un niño, se leía: «Dibujos y poemas de niños en el campo de concentración de Terezín».

—Mis padres sobrevivieron al Holocausto —dijo con voz más baja—. Mi madre me tuvo en un campo de prisioneros en Checoslovaquia, después de que la liberaran del campo de concentración de Terezín. Ella y mi papá fueron deportados a un pequeño pueblo cerca de Brno. Por fortuna, no los llevaron más al Este, porque la gente que corrió esa suerte terminó en campos de exterminio como Auschwitz.

Sentí que el cuerpo se me entumecía.

—No tenía idea, Florence.

—Pocas personas lo saben. Ángela es una de ellas, claro. —Respiró profundo—. Mi mamá se hizo maestra una década después de llegar a Estados Unidos. Regresó a la escuela, aprendió inglés y al final dio clases en el sistema escolar de Westbury por treinta años. Es mi inspiración.

—Me puedo imaginar.

—Pero la razón por la que comparto este libro contigo es que mi madre conoció a la mujer que en Terezín animó a los niños a escribir los poemas y dibujar incluso en diminutos pedazos de papel, aun cuando tuvieran hambre o se estuvieran helando y no llevaran más que unos jirones de ropa encima. Esa mujer creía con todo su corazón que la labor de una maestra es hacer que los niños se sientan seguros, infundirles la creencia de que sus capacidades no tienen límites. —Florence hizo una pausa para retomar el tono ecuánime en la voz—. Se llamaba Friedl Dicker-Brandeis. Los poemas y los dibujos existen porque ella animó a los niños a usar la mente —y la imaginación— en esos terribles momentos. Y ese, Maggie, fue un regalo extraordinario. Friedl era una mujer valiente y ponía por encima de todo a sus estudiantes. Para ella nada era más importante que preguntarles a los niños, incluso en las circunstancias más terribles: «¿Qué estás pensando? ¿Qué imaginas? ¿Qué pasa por tu mente?». Al final de la guerra descubrieron más de setecientos dibujos y poemas, casi todos de niños que murieron después.

Me estremecí y sentí cómo comenzaban a formarse lágrimas en mis ojos cuando pensé en todos esos niños.

—El título *I Never Saw Another Butterfly* proviene de uno de los poemas —explicó Florence—. Me rodeo de mariposas a diario, Maggie, para no olvidar por qué hago este trabajo. Y para recordar que no hay nada más importante que abrir la mente de un niño a infinitas posibilidades.

Asentí. Necesitaba escuchar ese recordatorio.

—Llévate el libro a casa, Maggie. Léelo, y quizás incluso puedas compartirlo con Yuri. Sé que algo bueno saldrá de eso. Como les digo a mis estudiantes cada año, nada impide que una mariposa extienda sus alas.

Leí el libro completo esa tarde. Me perdí en las palabras de aquellos niños cuyas voces se apagaron demasiado pronto. Al día siguiente, cuando visité a Yuri, le pregunté a Katya si podíamos salir al porche para trabajar ahí.

—Claro —accedió—. El sol le hará bien.

Me dio gusto. Quería estar en la naturaleza y no atrapada dentro de la casa con Yuri cuando le diera el libro.

Afuera, los pájaros cantaban y dos ardillas inquietas correteaban por el borde del barandal de madera. Yuri y yo nos sentamos en las sillas de teca.

—No sé qué está pasando por tu cabeza últimamente, pero extraño lo fáciles que eran nuestras conversaciones —le dije con tiento—. Una amiga me dio este libro el otro día y pensé que podría parecerte interesante. La mayoría de los poemas los escribieron niños más o menos de tu edad. De verdad quiero que lo leas, Yuri. Es una demostración de que ni las limitaciones físicas ni el enorme sufrimiento pueden limitar la mente humana o la imaginación.

Yuri estudió el libro; se detuvo en las reproducciones de los dibujos y leyó algunos versos. Bajo la suave luz del día, noté que su rostro cambió.

—¿Qué les pasó a estos niños? —preguntó—. Eran judíos, ¿verdad?

—Sí —respondí en voz baja.

—¿Murieron en el Holocausto?

—Muchos de ellos sí, Yuri.

—Mi papá perdió gran cantidad de familiares en la segunda guerra mundial.

—Muchas personas pasaron por eso. Pero fue particularmente devastador para los judíos.

Yuri asintió. Sus ojos se fijaron en una pequeña mariposa blanca que se había posado sobre los geranios que colgaban junto a la puerta corrediza.

—¿Sabe? A mi papá siempre le han gustado las mariposas. Cuando era muy pequeño me contó una teoría en la que él cree… Se llama el efecto mariposa. Una única cosa puede modificar el destino de todo. Algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa en Sudamérica puede comenzar una reacción en cadena de sucesos y cambiar con ello el resto del universo.

—Eso es muy interesante —le dije. Yuri no tenía idea del salto que me dio el corazón al ver que se volvía a abrir conmigo y que estaba respondiendo a los temas del libro—. Una cosa muy pequeña puede alterar el curso de una vida entera.

—Exacto. —Sus ojos mostraban esa inequívoca luz que alguna vez percibí y que me atrajo a él hacía tantos meses.

Quería que supiera que ser su maestra me había cambiado la vida, pero, antes de poder decírselo, él me confesó algo que no me esperaba.

—Me gustaría volver a la escuela, señorita Topper. Que Finn haya venido a casa ha sido fantástico, pero solo me mostró todo lo que me estoy perdiendo. Deseo estar con los demás niños, ser como esa mariposa. —Respiró profundo—. Quiero ser libre.

Mi conversación con Yuri me dejó más decidida que nunca. Debía ser su abogada, su defensora para que extendiera sus alas tanto como le fuera posible. El libro que Florence me prestó me sirvió para recordar por qué había elegido ser maestra. Aunque yo no había decorado mi salón con mariposas, veía a mis estudiantes como esas bellas criaturas aladas y deseaba que aprovecharan sus alas al máximo y volaran.

Así que, en mi siguiente visita, le pedí a Katya que habláramos en privado sobre la posibilidad de que Yuri volviera a la escuela.

—Ha estado relativamente sano todo el año —reconoció Katya, quien envolvió el borde de su taza con los dedos y dejó que el vapor viajara a través de sus manos abiertas—. Como le conté, se la pasó enfermo todo el quinto año. Las gripas constantes. Y fue terrible para Sasha y para mí… no saber si la dificultad para respirar se debía a la gripa o a su enfermedad del corazón… —Quitó las manos de la taza y las colocó en su regazo—. No tiene idea de lo que es estar constantemente preocupado por la vida de un hijo. —Bajó la cabeza—. Creo que ya no sé lo que es no estar preocupada. —Su voz se quebró en las últimas palabras y la vi llevarse una servilleta a los ojos para secarse las lágrimas.

»Quiero que tenga una existencia normal. Es lo que más anhelo en la vida. —Miró por la ventana de la cocina. Un cardenal rojo picoteaba en el comedero amarillo brillante instalado en el porche de madera—. Veo cómo se le ilumina la cara cuando Finn viene a visitarlo. Escucho cómo hablan de beisbol, con su inocencia de niños. Y quiero que tenga eso a diario. En serio… Es solo que… —Se detuvo a mitad de la frase.

—Está asustada —le dije, completando su idea—. Es totalmente entendible. —Estiré la mano para tomar la suya—. Sé que se preocupa por Yuri y por que esté lo más sano posible, pero no se puede quedar dentro de la casa para siempre y vivir en una burbuja. Aun siendo maestra soy consciente de que los niños solo pueden aprender algunas cosas de los libros.

Asintió.

—Tiene razón. Mi esposo dice lo mismo…

Sabía que Sasha había llevado a Yuri a unos cuantos partidos de beisbol en los últimos años.

—¿Por qué no llevarlo a un partido de basquetbol en Franklin? —sugerí—. Y, cuando el

clima esté más templado, quizá pueda ir a los partidos de beisbol también. Ahí podrá ver a Finn jugar y animarlo.

»Yuri está creciendo —dije con cuidado—. Los cambios han sido evidentes en los últimos meses. Usted ha estado todo este año con él en la casa, pero sé que no quiere que esté aislado del mundo por completo. ¿Qué clase de vida sería esa?

Katya alzó la vista; tenía los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Quiero que esté seguro, porque me culpo a mí misma por su enfermedad.

Le apreté la mano.

—No diga eso: usted no tuvo nada que ver con eso.

—Chernóbil. ¿Ha oído hablar de eso? —Se mordió el labio y todo su cuerpo pareció estremecerse—. ¿Cómo no pensar que algo andaba mal si la temperatura en abril era tan alta como en verano? Salí a asolearme esa tarde. Nadé en el río, que estaba tan tibio como el agua de una tina. —La expresión en su rostro era de dolor—. Y ahora me entero de que la radiación la absorbieron los hongos. Y comí muchos antes de quedar embarazada.

—Dejó escapar una risa nerviosa—. Mi cuerpo debe haber absorbido todo ese veneno como una esponja. Incluso me sorprende seguir viva. —Se llevó las manos al rostro y negó con la cabeza.

Yo la escuchaba y sentía un hueco tremendo en el estómago. Su dolor era contagioso, y pensé que empezaría a llorar junto con ella.

—Katya, usted no tiene la culpa. Todo fue un terrible accidente.

—Esperaron tres días para decirnos lo que había pasado —murmuró; sus palabras se perdían entre los sollozos—. Tres días. ¿Se puede imaginar? Todo ese tiempo, me quemé como una langosta. Me tiré a tomar el sol como una tonta.

54

Esa noche me costó trabajo dormir. Me emocionaba enormemente hablar con Katya sobre la posibilidad de que Yuri asistiera a clases algunas veces por semana en cuanto el clima mejorara, pero nuestra conversación de esa tarde reveló mucho más de lo que yo esperaba. Katya se sentía aterrada de que algo le sucediera a Yuri cuando ella no estuviera cerca. No lograría convencerla de la noche a la mañana.

Por muy frustrada que me sintiera por el hecho de que Katya aún no hubiera accedido a que su hijo acudiera a la escuela una vez a la semana, me entusiasmaba ver que Yuri parecía estar canalizando su frustración por medio de su cuaderno de escritura. Ahora que me había revelado el motivo de su inquietud, sabía que no necesitaba fingir conmigo. De hecho, había empezado a hablar con más franqueza con Finn; le decía que le daba gusto que hubiera entrado al equipo de beisbol de la escuela y también lo mucho que le molestaba no tener la oportunidad de hacer lo mismo.

Luego, para mi sorpresa, me enteré de que Sasha había llevado a Yuri a las gradas de Franklin a ver uno de los partidos de Finn.

—Traía el uniforme completo de los Yankees —me contó Finn después de clase—. Fue realmente increíble. Me dieron la bola con la que jugamos el partido y se la regalé. ¡Debería haber visto cómo se le iluminó la cara!

Me llené de emoción y deseé haber estado ahí para presenciarlo.

—¡Guau! Eso es verdaderamente increíble, Finn —exclamé, efusiva—. Con suerte, cada pasito nos está acercando a que Yuri esté un día por semana en el salón de clases con nosotros.

—Sí, tengo mucha esperanza de que eso suceda, señorita Topper. Y creo que él también.

Mientras mi vida profesional estaba dedicada a buscar las mejores opciones para Yuri, mi vida personal, en buenos términos, mejoraba. Daniel y yo cada vez pasábamos más tiempo juntos. Hicimos algunas visitas al taller de mi papá. Me contó que estaba considerando inscribirse en el programa de verano en el Medio Oeste con el que mi padre había empezado a aprender a fabricar violines. Al principio me preocupó que solo estuviera fingiendo interés en mí para frecuentar a mi papá, algo que, tal como lo creía Suzie, sonaba realmente alocado cuando lo decía en voz alta.

El clima pasó de nevadas de invierno a lluvias de primavera, pero yo seguía encendiendo la chimenea cada fin de semana. Ahora, casi todos los sábados Daniel llegaba alrededor de las cuatro de la tarde y preparábamos la cena. Pasaba antes al supermercado por

provisiones y mediante un juego decidíamos qué cocinaríamos con lo que había comprado.

«Puedo preparar algo delicioso solo con un poco de ajo y aceite de oliva», lo retaba. Se paraba detrás de mí mientras yo picaba el ajo y lo freía en la sartén; el aroma llenaba toda la habitación y me hacía sentir como si estuviera en casa otra vez.

Después de la cena, con la chimenea encendida, se ponía el violín debajo de la barbilla e interpretaba lo que le viniera a la mente. Algunas noches eran canciones irlandesas y, otras, algo de Stephen Foster. Era interesante que sonara tan distinto de mi padre cuando tocaba el violín. Mi papá producía un sonido casi melancólico; en cambio, el de Daniel era brillante y animado. Las notas eran altas y vivaces, como si reventaran de vida.

—Déjame ver si puedo tocar «Cats in the Cradle» —bromeó un día—. Algo un poco más sombrío para variar.

Tomó el violín y comenzó a puntear las cuerdas, buscando las notas adecuadas. Luego, por encima de la música, lo escuché cantar «Little Boy Blue and The Man in the Moon. When you coming home, Dad?». De pronto sentí que iba a llorar.

—¿Hice algo mal? —Se detuvo y se quitó el violín de la barbilla—. Pensé que te gustaba esa canción.

—Sí, me gusta —murmuré. No estaba segura de por qué me habían dado ganas de llorar. No era que mi papá no nos hubiera dedicado tiempo a mi hermano y a mí cuando crecimos. Había sido, más bien, al contrario.

Daniel dejó el violín y se sentó junto a mí en el sillón. Me abrazó y se acercó un poco más.

—Espero que no te enfades conmigo por hacer esto —me dijo al oído.

Luego se inclinó hacia mí y me besó.

55

El beso. Lo repasé una y otra vez en mi mente. No solo el beso; todo, desde el momento en que Daniel se acercó y me sorprendió, hasta el minuto en que se fue de mi casa más tarde esa noche.

Ese beso me hizo viajar en el tiempo hasta primero de secundaria, cuando Timmy Mitchell, el niño del que estuve secretamente enamorada durante tres años, me besó atrás de la cafetería. Sentí el mismo caudal de emociones, aunque ahora tenía veintisiete años y no doce. Estaba encantada de que la atracción fuera mutua. Pero, por otro lado, me asustaba la posibilidad de que los demás maestros se enteraran. No era muy complicado comprender que tener una relación con un colega en una escuela pequeña no era necesariamente la mejor idea.

—No puedes pensar en terminar algo que apenas comienza —me aconsejó Suzie—. Ahora, vuelve a contarme cómo pasó. —Estaba burlándose de mí—. Me cuesta imaginar la repentina transición de una canción deprimente acerca de un padre delincuente a un beso apasionado en el sillón. —Empezó a tararear «Cats in the Cradle» con una tonada *country,* aunque no era ese tipo de canción—. Y, de pronto, ¡zas! ¿Un beso? —Rio a carcajadas.

—Sí, parece algo repentino —coincidí—. Pero no puedo dejar de pensar en él. Siento como si estuviera en secundaria otra vez.

—Perdón que te lo diga, Mags, pero sí lo estás.

Le di un golpecillo juguetón en el hombro.

—¡Basta! Ya sabes a qué me refiero.

—Mira, Daniel tiene esa alma de poeta que te encanta. Eso es lo que te estaba faltando con Bill. Y es algo difícil de hallar, créeme.

No dije más, pero sabía que Suzie tenía razón.

—En fin —dijo mi amiga lanzándome un codazo—. Pensé que para la intimidad preferías a James Taylor.

No le contesté. Había una razón por la que Daniel amaba a Harry Chapin tanto como yo. Las mejores cosas de la vida surgen cuando las personas comparten sus historias. Y ese primer beso se sintió como el primer capítulo. Estaba lleno de curiosidad y era una invitación a seguir.

La primavera había llegado. Los azafranes florecieron. Los enormes árboles que bordeaban los caminos serpenteantes desde la escuela Franklin hasta mi cabaña habían

comenzado a retoñar. Todo parecía más positivo y esperanzador después del deshielo del invierno.

Tras mucha deliberación, Katya permitió que Yuri fuera un día a la semana a la escuela. Casi no pude contener mi entusiasmo cuando por fin me dijo lo que había estado esperando escuchar durante todo el año. Sabía que debía hacer que mi salón estuviera lo más libre de gérmenes posible, así que salí corriendo a la tienda a comprar toallas de papel, productos de limpieza y una gran cantidad de toallitas con cloro. Los conserjes supuestamente usaban los desinfectantes que les daba la administración, pero me preocupaba que el salón no estuviera tan aseado como debía estarlo. De suerte que, armada con mis recién adquiridas herramientas, me arremangué la blusa y comencé a higienizar cada rincón a conciencia. Limpié un escritorio tras otro, quité los dibujos a lápiz y todas las manchas pegajosas, en especial en el mugroso lugar de Zack, al que me enfrenté como si se tratara de un caldo de cultivo de gérmenes. Luego froté todas las superficies que alcancé, desde la parte superior de los libreros hasta el borde del pizarrón. A continuación me enfoqué en las perillas de la puerta, tanto la de adentro como la de afuera del salón. No dejé nada al azar: me encargué hasta de los lápices y las plumas que había en la taza de mi escritorio.

A la mañana siguiente, mi estómago estaba hecho un nudo. Apenas si pude desayunar o tomar una taza de café. ¿Cómo reaccionarían los otros estudiantes frente a Yuri? ¿Lo aceptarían o lo considerarían un extraño frágil? Me imaginaba a los pollitos que picotean al más débil de entre ellos, o a los lechones que alejan al más vulnerable de la camada.

Aun así, por delicado que Yuri pudiera parecer a su llegada, me reconfortaba pensar que a la postre su personalidad boyante podría resultar contagiosa. A pesar de sus limitaciones físicas, nadie podría negar que tenía una chispa especial. Después de todo, había hecho migas con Finn de inmediato. Así que me repetía a mí misma que, aunque el chico no vendría a diario y aunque yo no podría controlar cada una de sus interacciones en Franklin, por lo menos con Finn ya tenía una amistad sólida.

Con todo y los esfuerzos de Suzie por tranquilizarme diciendo que yo siempre trataba de tener un salón de clases lleno de bondad y con un ambiente seguro para el aprendizaje, me sentía ansiosa por proteger a Yuri de cualquier daño o incomodidad. La administración de la escuela envió una carta a los padres para informarles que en el salón habría un nuevo estudiante con necesidades especiales. Pero yo sabía que los otros alumnos estarían muy curiosos por conocer a quien se uniría al grupo a mitad del año.

—Les tengo una noticia emocionante —les dije a los chicos de tercer año la víspera de la llegada de Yuri—. Tendremos un nuevo estudiante en la clase: Yuri Krasny. Estará con nosotros un día a la semana; tenemos que darle una gran bienvenida.

—¿Por qué solo una vez a la semana? —dijo Rachel.

—Es una gran pregunta. —Sabía que alguien lo preguntaría y ya había practicado mi respuesta varias veces. No deseaba alarmar a los alumnos ni hacer que se sintieran temerosos al interactuar con Yuri, pero también quería dejar satisfecha su curiosidad—.

Yuri nació con un problema de salud peculiar. Sus papás lo han cuidado muy bien para que se mantenga fuerte. Eso quiere decir que desde hace algunos años no ha podido asistir al salón de clases con niños de su edad. —Sonreí para que los estudiantes se sintieran contentos y no nerviosos por la nueva incorporación—. La buena noticia es que yo lo conozco bien, porque he estado yendo a su casa a darle tutorías desde que comenzó el año.

Lisa no quedó muy contenta con mi respuesta, que yo había formulado en términos bastante vagos a propósito.

—Pero ¿de qué tipo de problema de salud se trata? —inquirió.

—Solo digamos que es necesario mantener el salón lo más limpio y seguro posible, como se les informó a sus papás en la carta. Así que voy a repartir estas toallitas antibacteriales la mañana que él venga. Todos recibirán una —dije, levantando un bote de toallas—. Y todos tienen que usarlas. Sin excepción. ¿Entendido?

Óscar alzó la mano.

—¿Se va a morir?

Antes de que pudiera formular una respuesta apropiada, Finn estalló:

—¡Claro que no!

Volteé a verlo. La determinación en su rostro lo decía todo. Él quería que las cosas funcionaran para Yuri tanto como yo.

Hablé con Katya la noche anterior al primer día de Yuri. La puse al tanto de todas las medidas de seguridad que había instrumentado.

—Les dije a los alumnos que, si se sentían enfermos o presentaban estornudos o tos, me avisaran de inmediato —le comenté para tranquilizarla. Además, si algún estudiante mostraba los primeros síntomas de un resfriado, la llamaría. No podíamos pretender que los padres de los demás alumnos dejaran a sus hijos en casa por una gripa, en especial los padres que trabajaban, pero queríamos asegurarnos de que Katya tuviera toda la información que requería para sentirse segura de que Yuri nunca estaría en riesgo.

—Estoy hecha un manojo de nervios —me confesó. Tuve que pegarme el teléfono a la oreja; tan apagada sonaba su voz.

Hice mi mejor esfuerzo por tranquilizarla.

—Si resulta demasiado para Yuri, regresamos a como estaban las cosas antes. Por su bien, veamos si puede tener un poco más de interacción con otros estudiantes de su edad.

»Duerma un poco —le sugerí cariñosamente—. Lo cuidaré como si fuera mi hijo. Se lo prometo.

—Sasha me dice que tengo que dejarlo vivir una vida tan plena como sea posible y que sigamos minimizando los riesgos —me contó—. Es solo que no puedo dejar que nada malo le pase. Sé que suena mal, pero no solo es mi hijo… También es mi mejor amigo.

56

Al día siguiente me encontré con Yuri y Katya en la recepción. Yuri vestía un atuendo que había elegido su mamá, no él: camisa de cuadros rojos, chaleco tejido azul marino y pantalones caqui bien planchados. Para Katya, así era como uno debía presentarse en su primer día de clases. No sabía que para la mayoría de los niños en Franklin eso significaba usar pantalones de mezclilla y una playera más o menos limpia.

—Pero mira qué guapo te ves —lo halagué. Llevaba la mochila a la espalda—. ¿Estás bien con la mochila? Parece muy pesada.

—Sip —respondió de inmediato. Rebosaba entusiasmo, al grado de que casi podía ver la emoción saliendo por sus poros.

—Ha estado muy emocionado por este día —me dijo Katya—. Ya conoció al director Nelson, y él nos presentó con la enfermera Stern. Yuri ya sabe que debe ir con ella ante cualquier problema.

—Excelente. Me da gusto que esté todo listo. —Miré a Katya y asentí con un gesto de confianza—. Bueno, vámonos al salón, Yuri. —Le hice una floritura juguetona con la mano—. Todo el mundo está ansioso por conocerte.

El salón olía a limón sintético. Entre las toallitas limpiadoras y los desinfectantes que había aplicado el día anterior, el aire estaba impregnado de aroma a «limpio». Una cosa era segura: Yuri estaba entrando en un entorno inmaculado.

En cuanto cruzamos la puerta, pude sentir que la energía dentro del salón cambió. Lo familiar se había vuelto extraño. Salvo por Finn, los ojos de todos los estudiantes se fijaron en Yuri; cada niño se formaba una opinión de la nueva adición a la clase.

—Todos, por favor, denle la bienvenida a Yuri —les pedí con la voz más animada.

Los alumnos emitieron todo tipo de bienvenidas, desde unos saludos tibios con la mano hasta algunos *holas* más entusiastas.

Vi que Robert no saludó a Yuri. Y, aunque no me sorprendió, sí hizo que el corazón se me estrujara. Zach, en cambio, le dedicó un saludo amable con la cabeza y le sonrió; estaba a punto de chocar manos con él, pero se dio cuenta de que lo más conveniente era no tocarlo.

—Hay un asiento al lado de Finn —le indiqué amablemente a Yuri—. ¿Qué te parece si te acomodas ahí para que podamos comenzar?

Observé a Yuri mientras caminaba lentamente hacia su escritorio. Lo había limpiado tantas veces que las patas de metal y la tabla casi brillaban. Se quitó la mochila de los

hombros y se acomodó. Era evidente lo nervioso que estaba, pero, cuando volteé a verlo, Finn se acercó a él y le dio una palmada afectuosa en la espalda. Robert y Óscar tomaron nota. En ese momento supe que Yuri iba a estar bien: Finn estaba de su lado.

Yuri se mostraba mucho más tímido que cuando se hallaba conmigo a solas. Sin embargo, también podía ver en sus ojos lo interesado que estaba en escuchar lo que los otros estudiantes decían durante nuestras discusiones grupales.

En su tercera visita, estábamos estudiando la metáfora y les pedí a los alumnos un ejemplo que recordaran de alguno de los libros que habíamos leído en clase y que lo explicaran.

Lisa levantó la mano.

—La rueda de la vida, en *Tuck para siempre*. En el libro, Tuck dice que la vida debe girar y girar y nunca detenerse. Que tiene que moverse como una rueda.

—Sí —dijo Zach—. La familia Tuck está atrapada en una vida sin fin, pero Jesse sabe que eso no está bien. Todo y todos deben morir en algún momento.

Sentí que una preocupación me recorría el cuerpo. Había decidido no leer ese libro con Yuri por el modo en que aborda la fragilidad de la vida y explora el tema de la mortalidad, y ahora esos intentos por mantener las emociones de Yuri a salvo y protegidas me estallaban en la cara.

Volteé a verlo de inmediato para ver cómo reaccionaba a lo que los demás niños decían. Noté que arrugaba la frente y clavaba su mirada en mí. Más que triste, parecía enojado.

—Qué tal otro ejemplo de metáfora de otro libro que hayamos leído —sugerí a la clase, para llevar la discusión a un título distinto.

—En *¿Quién cuenta las estrellas?*, las estrellas no son solo las que están en el cielo, también representan al pueblo judío en Dinamarca —respondió Rachel.

Respiré aliviada al pensar que había conseguido desviar la atención de un libro que pudo haber molestado a Yuri, pero me equivoqué. Después de la clase, él se acercó a mi escritorio.

—¿Por qué no leí *Tuck para siempre*?

Trastabillé un poco.

—Es que… pensé que…

Pero él concluyó la frase por mí:

—¿Pensó que como soy un niño enfermo no era buena idea?

—No, Yuri… Solo creí que…

Negó con la cabeza y se mordió el labio.

—Ya es suficientemente malo no poder hacer todo lo que hacen los demás niños, como jugar beisbol. Pero no permitirme leer los mismos libros, eso simplemente es infame. Pensé que teníamos algo especial. Nunca me trató como un chico enfermo, hasta ahora.

Mi cara estaba roja y la sentía caliente. Intenté retener las lágrimas. Sabía que confesarle que quería protegerlo no lo haría sentir mejor.

—Discúlpame —le dije—. Cometí un error.

—¿Me puede dar el libro? —Estiró la mano—. Quiero leerlo.

Tomé un ejemplar del librero que había detrás de mi escritorio.

—Ten. —Se lo entregué—. Otra vez, discúlpame, Yuri. Espero que lo disfrutes, es una obra muy especial.

Tomó el libro sin hacer contacto visual conmigo y salió del salón.

—Tienes que perdonarte a ti misma —me aconsejó Suzie cuando le conté lo que había ocurrido en la clase. —Me acercó una caja de pañuelos desechables para que me secara las lágrimas—. Tu impulso fue protegerlo y él solo quiere ser tratado como un niño normal.

—Ahora tengo mucha más empatía por su madre —le dije, sorbiendo—. Es como si estuviera atrapada entre la espada y la pared al querer abrirle el mundo, pero también resguardarlo y que no lo lastimen.

Había verdad en las palabras de Suzie, y pronto me daría cuenta de que, durante las semanas que Yuri pasara en la escuela, sería imposible controlar lo que decían los demás estudiantes. Una tarde escuché que Anna Ling se le acercó y le preguntó si había corrido con la suerte de no tener que asistir a la clase de deportes.

Yuri se sonrojó.

—No diría *suerte* precisamente…

Anna odiaba la clase de deportes y hacía todo lo posible por no participar en ella. Últimamente se había quejado con la enfermera de tener *cólicos* unos minutos antes de que empezara la clase. Así que hoy, cuando dijo que se había golpeado un dedo del pie de camino a la escuela y que no podía jugar quemados, me compadecí un poco de ella. Pensé que además sería bueno que se quedara en el salón y le hiciera compañía a Yuri.

—Ustedes dos pueden ayudarme a redecorar el periódico mural para el mes que viene. —Señalé una pila de cartulinas de colores y la engrapadora. Me daba gusto volver a estar bien con Yuri y pensé que sería buena idea que alguien que no fuera Rachel me ayudara con la decoración, porque ella siempre era la que hacía las manualidades en la clase—. Podemos hacer un fondo como de tablero de ajedrez.

A Anna le fascinaba el arte, casi tanto como a Lisa y Rachel, así que sabía que le iba a encantar decorar el periódico. De inmediato comenzó a sugerirle a Yuri distintas combinaciones de colores para utilizarlas como fondo.

Mientras Yuri trabajaba con gran cuidado y deliberación, Anna era un torbellino de energía. Andaba de aquí para allá, platicando y moviéndose al mismo tiempo, y me pareció que Yuri estaba disfrutando de la posibilidad de expresar su creatividad.

Justo antes de que regresaran los demás estudiantes, vi que Yuri se aproximó a la ventana para mirar el campo de beisbol.

—Parece que no va a llover hoy, como predijeron. —Se le dibujó una sonrisa en el rostro—. Eso quiere decir que Finn sí jugará con su equipo.

Me le acerqué.

—Sí, creo que esas nubes se están yendo —coincidí—. Se ve que será un gran día para jugar beisbol.

—Mamá me dio permiso de ir —me informó, sonriendo—. ¿Sabe? El asunto es como usted nos dijo hoy en la clase, señorita Topper: la imaginación es una de las herramientas más poderosas del cuerpo. —Respiró profundo—. Cuando veo a Finn jugar, imagino que soy yo el que está ahí bateando. Es como si mi mente viajara a su cuerpo y golpeara la pelota. Se siente tan bien.

57

Ese mayo, como las cosas marchaban bien, Katya le permitió a Yuri ir dos veces por semana a la escuela. Ella siempre lo llevaba y lo recogía al final de la jornada. Su coche con frecuencia estaba detrás del de la mamá de Finn en la fila; ambas dejaban el motor encendido mientras esperaban a sus hijos.

Desde fuera parecía que Katya avanzaba junto con Yuri. Estaba aprendiendo a dejarlo ir un poco al darle más libertad y tiempo con sus nuevos amigos. También mencionó que quizá podría dar clases de ballet en una escuela de danza cercana, pero aún no se animaba a hablar con el director.

—Debería hacerlo —le dije, intentando motivarla—. Con su experiencia, tiene mucho que ofrecer a los niños.

—Hace tanto tiempo que no bailo —respondió Katya—. Y algunas veces mi mente me engaña. Después de la lesión, todavía bailaba en sueños. Me despertaba sintiéndome confundida: no sabía si me había fracturado en la realidad o en el sueño. Pero, después del nacimiento de Yuri, casi no volví a dormir lo suficiente como para soñar. —Se miró las manos—. Aun así, es tan raro… En el último año he comenzado a tener sueños en los que bailo nuevamente. La otra noche soñé que estaba en Kiev, en el escenario del Teatro Nacional. —Cerró los ojos—. La coreografía se desenvolvía en mi mente como si fueran las escenas de una película. Al despertar, mi cuerpo se sentía cansado; incluso los músculos me quedaron adoloridos.

Intenté imaginar lo que sería haber entrenado con tanta intensidad para algo que uno deseara muchísimo y que de pronto todo se desvaneciera. Sabía que mi camino como profesora había tenido sus problemas, pero siempre había posibilidad de fallar, de aprender de los errores. Katya, en cambio, había trabajado toda su infancia para bailar profesionalmente, y ese sueño se quebró en un instante. La maternidad tampoco había sido fácil para ella. Desde el momento en que nació Yuri, había tenido que preocuparse por una gran cantidad de cosas que otras madres daban por sentadas: que los pulmones de su hijo jalaran aire, que su corazón bombeara sangre por todo su cuerpecito. Sabía que el hecho de que Katya le permitiera a Yuri ir a clases dos veces por semana representaba un paso enorme para ella y que estaba soltando buena parte del control que había acumulado para que Yuri se mantuviera sano y salvo.

Le prometí a Katya que, durante el recreo, Yuri se sentaría en las gradas y no realizaría actividades que alteraran su ritmo cardiaco. Yuri no protestó porque entendía que la medida impuesta por sus padres y maestros solo tenía como objetivo protegerlo.

Durante los dos días que acudía a la escuela, yo lo acompañaba durante el recreo y me aseguraba de que estuviera de ánimo para el tramo que faltaba. La mayoría de las veces tratábamos de determinar quién lanzaba la pelota con más fuerza en los quemados; él, sorpresivamente, atribuía ese mérito a Anna Ling. Algunos días, con los rayos del sol calentándonos el rostro, intentaba, a manera de juego, que me contara algunos chismes de la clase, por ejemplo, si sabía quién estaba enamorado de quién. Sin embargo, un jueves tuve un conflicto con el horario. Hubo una reunión de departamento obligatoria que me impidió sentarme con él en las gradas.

—¿Estarás bien por tu cuenta allá afuera, campeón? —le pregunté, apretándole el hombro afectuosamente.

—Seguro que sí, señorita Topper. No se preocupe por mí.

—Excelente. Mañana estaré ahí. —Le sonreí mientras lo miraba subirse el cierre de la sudadera y tomar su almuerzo para ir a la cafetería con Finn.

Estuve consultando el reloj durante la reunión. El director Nelson subió los pies a la mesa y comenzó por solicitarnos a mí y a los demás profesores de la sección de Arte y Literatura que le diéramos retroalimentación sobre los libros de texto que estábamos usando en el salón. Ángela y Florence dieron su opinión, y yo coincidí con ellas en que eran un buen recurso para los niños. Faltaban ocho minutos para que terminara el receso cuando por fin pude salir a ver cómo estaba Yuri.

Sin embargo, las gradas estaban vacías. Él siempre se sentaba en la primera fila, pero ahora no había nadie en su lugar. Vi que Óscar estaba lanzándole la pelota de hule rosa a Zach.

—¡Oigan, chicos! —les grité—. ¿Dónde está Yuri? No lo encuentro. —Mientras pronunciaba esas palabras, mis ojos escaneaban el patio de la escuela. Tampoco vi a Finn —. ¿Y dónde está Finn?

Los niños se quedaron helados y la pelota rebotó cerca de los pies de Óscar.

—Eh —murmuró Zach—. Creo que fueron al bosque a buscar algo.

—¿Al bosque? —Sabía que Zach era muy mal mentiroso. Volteé tratando de localizar a las dos supervisoras que supuestamente estaban cuidando a los niños—. ¿Fabiola? ¿Tina? —las llamé.

Ambas tenían unos silbatos colgados del cuello con una cuerda roja, el pelo sujeto en colas de caballo. No estaban vigilando el patio, sino rodeadas de un grupito de niñas que discutían sobre a quién le tocaba decorar sus chamarras de mezclilla con joyas falsas.

—¿Dónde está Yuri? —Corrí hacia ellas, ya un poco sin aliento. Señalé hacia las gradas vacías—. Los niños dicen que lo vieron irse al bosque con Finn. —Mi corazón se aceleró. Conocía a esos chicos; sabía que no eran rebeldes. El pánico me asaltó pensando que algo les había pasado.

Fabiola volteó.

—¿Yuri? Sí, lo vi sentado ahí hace diez minutos, no más. Te lo juro. —Trataba de permanecer tranquila, pero se daba cuenta de que, si algo les ocurría a los niños, sería su

responsabilidad.

Miré el reloj. Quedaban cinco minutos para que los estudiantes regresaran a sus salones. No lo pensé dos veces y corrí hacia el bosque que separaba la escuela de la carretera. Pero, antes de avanzar cinco metros, vi a los dos saliendo de un claro. Estaba furiosa. ¿Por qué diablos se habían ido al bosque?

La felicidad de su rostro desapareció de inmediato cuando me descubrieron en medio del patio, con mi falda negra hasta la rodilla ondeando al viento.

—Oh, señorita Topper —murmuró Finn—. Creíamos que estaba en una junta.

—Estaba. Ya terminó —dije con firmeza—. ¿Dónde estaban ustedes?

Bajaron la mirada; era obvio que no habían ido a buscar insectos.

Durante unos segundos que parecieron muy largos, ninguno de los dos habló. El silencio era doloroso. Yo temía que uno de ellos dañara todavía más con una mentira el pacto de confianza que ahora estaba roto, pero me equivoqué.

—Lo lamento —dijo Finn antes de que Yuri abriera la boca—. Es mi culpa. Convencí a Yuri de que me acompañara al minisúper. Los jueves les llegan nuevas tarjetas de beisbol y quería que fuéramos los primeros en elegir.

—Uf. ¿Tarjetas de beisbol? —les pregunté, rechinando los dientes—. ¿Saben que me tenían muerta de miedo?

Fabiola y Tina estaban soplando sus silbatos para advertirles a todos que era hora de regresar a clases.

—A los dos nos salió Ken Griffey Jr. —Yuri sonrió, mostrándome sus nuevas tarjetas como gesto de paz, con la estrella de los Rojos de Cincinnati hasta arriba—. ¿Qué probabilidades había de que pasara eso?

—Muy pocas —reconocí, pero seguí mirándolos con severidad. Quería que supieran que lo que habían hecho era inaceptable y que yo estaba furiosa—. Debo informar al director Nelson sobre esto… Y sin duda tendré que hablar con sus padres.

A los dos les cambió la cara.

—Sé que a su edad es difícil de entender, pero sus padres confían en que yo los cuido mientras están en la escuela —les dije con firmeza. Y, aunque me dolía en el alma, los llevé a la oficina del director.

Los niños estaban sentados afuera de la oficina del director Nelson en lo que nosotros llamábamos a sus madres.

Finn se veía muy afectado y tenía el rostro pálido. Cuando llegó su madre, bajó la mirada mientras ella le decía que estaba muy decepcionada por su comportamiento.

—Esperábamos más de ti —lo dijo, meneando la cabeza—. Debes saber que eso no se debe hacer y mucho menos con Yuri.

Finn estaba avergonzado y me rompía el corazón.

Pero cuando Katya entró a la oficina, furiosa con su hijo —y sospechaba que también conmigo—, me sorprendió la reacción de Yuri. No se veía triste ni avergonzado como Finn. Al contrario, estaba peculiarmente desafiante.

Katya lo señalaba con el dedo, con la cara tan encendida como el interior de una toronja.

—¿De qué te ríes, Yuri? Estoy muy molesta contigo. ¡Pudo pasarte algo terrible!

Yuri me miró, luego miró a su madre. Y metió el pecho.

—La vida tiene que vivirse, sin importar cuánto dure. —Estaba citando una frase de *Tuck para siempre*—. Y me río porque es la primera vez que me siento como un niño de verdad.

Llamé a Katya esa tarde. Mientras marcaba su número en el teléfono sentía temor por la conversación que tendríamos. Ella había reunido todas sus fuerzas para confiarme a Yuri esos dos días a la semana en la escuela, y yo era consciente de que por lo menos le debía una explicación.

Cuando contestó, me quedó claro que ya sabía por qué la llamaba.

—Estoy enfadada con él, no crea que no. Pero usted me prometió…, me prometió que siempre lo cuidaría. ¿Qué habría pasado si se le hubiera complicado respirar allá afuera y no hubiera habido nadie que lo ayudara? —El miedo era evidente en su voz y se amplificaba con los hipotéticos *hubiera* con los que había tenido que vivir desde el nacimiento de Yuri.

Alcancé a mencionar a Fabiola cuando ella me interrumpió; su voz fue como una bala en el aire.

—¿La señorita Fabiola? ¿La señorita Tina? No conozco a esas mujeres. Solo a usted. A ellas no.

—Lo lamento mucho. No volverá a suceder. Se lo prometo —me disculpé—. Le diré al director Nelson que no puedo tener reuniones cuando Yuri esté en la escuela. Las tendré en otro horario.

—Sé que mi Yuri rompió las reglas. Dice que fue su idea ir por las tarjetas de beisbol…, que quería tener una aventura en la escuela. —Dejó escapar un gran suspiro—. Pero sigo muy molesta, aun cuando, según mi esposo, los niños se portan así, son solo niños.

Cerré los ojos. Era el momento en la conversación en el que sabía que no debía ponerme del lado de Sasha y en contra de ella.

—Pero, como le dije a mi esposo, nuestro Yuri no es un niño típico.

—No —respondí en voz baja—. Para nada.

Cuando vi a Finn en la clase al día siguiente, lo llevé a un lado para hablar.

—Ayer fue un mal día, pero espero que hayas aprendido de tu error y que pasemos la página.

Finn cambiaba el peso de un pie al otro y miraba al suelo mientras yo le hablaba.

—Cuando le dije que había un sitio donde vendían las mejores tarjetas… se emocionó tanto. El plan era que solo iríamos por ellas y volveríamos rápido.

—Pero no puedes salir de la escuela así nada más… Como su maestra, yo respondo por su seguridad.

—Lo sé, y estoy muy apenado, señorita Topper. Supongo que en el momento me sentí responsable de que Yuri estuviera contento en la escuela, pero las cosas no me salieron bien.

Le apreté el hombro.

—Tú haces que esté contento, Finn. Sé que es así.

—Dijo que esas tarjetas iguales que tenemos son de la suerte. Que va a poner la suya en su álbum más querido. —Sacó la tarjeta del bolsillo—. Le dije que yo no tenía álbum, pero que la llevaría conmigo siempre.

Katya no mandó a Yuri a la escuela durante la siguiente semana.

—Necesita descansar —me explicó por teléfono—. ¿Y quién es ese Ken Griffey Jr.? —me preguntó—. Le dijo a Sasha que volvería a hacer lo mismo solo para conseguir esa tarjeta.

Me costó trabajo no reírme.

—Es un gran jugador de beisbol; ahora juega con los Rojos de Cincinnati. Los fanáticos lo aman porque es muy evidente que él ama el beisbol.

Eso le quitó la frialdad. No pudo reprimir una risita.

—Bueno. Pues volverá a la escuela la próxima semana.

Respiré aliviada y le prometí que nada parecido al incidente de la semana anterior volvería a suceder.

La siguiente vez que la vi, en su casa, le llevé un tiramisú que mi madre había preparado la noche anterior.

—Su nombre significa «levántame el ánimo» en italiano —le expliqué y le entregué la charola de aluminio llena de nubes de queso mascarpone espolvoreadas con cocoa.

—Parece que es lo que necesitamos. —Sonrió y tuve la impresión de que me había perdonado.

Al entrar en su sala, me relajé. El distrito ya no me pagaría por darle una segunda sesión a Yuri, ya que este había comenzado a asistir a la escuela. Sin embargo, a veces tenía ganas de ir a la casa de los Krasny y sentarme a platicar con el chico. La temporada de beisbol estaba en pleno apogeo y me entretenía muchísimo escuchar a Yuri hablar de los Yankees. Tenía la esperanza de que Derek Jeter llevara al equipo a otra Serie Mundial ese otoño.

—Mi papá me contó que, cuando llegó a Estados Unidos, los Yankees estaban pasando por una pésima racha y que los Mets iban arriba. Pero él siguió apoyándolos a pesar de eso. Y, ahora, ¡mírelos! Otro año como campeones, me parece —vaticinó, exultante.

Intenté bromear con él sobre la posibilidad de que los Mets resurgieran de sus cenizas y les robaran el impulso a los Yankees. Pero para Yuri eso era imposible.

—Los Mets jamás derrotarán a los Yankees, señorita Topper. ¡No hay manera!

—Yo tengo toda mi fe puesta en el débil, a estas alturas ya debes saberlo, Yuri.

Se encogió de hombros.

—Las estadísticas cuentan otra historia. Dos Series Mundiales seguidas, tres en los

últimos cuatro años. Con Mariano Rivera, Bernie Williams, Derek Jeter…, ¿cómo es posible que su equipo les gane?

—Si no creyera que pueden ganar, ¿qué tipo de fanática sería?

Yuri estaba sentado en su sillón y los ojos se le iluminaban al hablar de beisbol.

—Una fanática realista, señorita Topper. Eso sería. —Sacó una de las almohadas en las que estaba recargado y la abrazó—. Pregúntele a David Cone y a Dwight Gooden. Ahora que son Yankees no extrañan nada a los Mets.

Me reí.

—Mantendré la esperanza de que van a darlo todo en el otoño. Según mis fuentes, este será un gran año para Mike Piazza como cácher y para el guapo de Al Leiter en el picheo.

—No tenga tanta confianza —dijo Yuri, entretenido con la charla—. Si hay otra Serie del Subway, tenemos que prometer que la veremos juntos. Pase lo que pase. Y con Finn también. —Se acomodó en el sillón y extendió su brazo hacia mí—. Vamos a darnos la mano, señorita Topper. Así sabremos que es un trato.

La noche del viernes Daniel vino a casa y cocinó la cena. Mi madre me había dado recientemente una cortadora tipo mandolina y la probamos cortando papas que luego horneamos. En la radio, Macy Gray interpretaba «I Try» y de pronto los dos terminamos bailando en la cocina.

Sentí su respiración en mi nuca, su mano acercándome a él. Me susurró mi nombre al oído. Luego añadió mi apellido: «Maggie Topper». Su voz sonaba como la música más bella del mundo. Conforme la canción se hacía más lenta, tomó mi cabeza en sus manos fuertes y me confesó que se estaba enamorando de mí. «Como una estrella que cae del cielo», fueron sus palabras. Me quedé prendada de esa frase como si fuera un recipiente lleno de luciérnagas iluminándome el corazón.

58

El año escolar estaba llegando rápidamente a su fin. El viento estaba lleno de pétalos de flor de cerezo. Los estudiantes empezaron a contar con los dedos las semanas que faltaban para que terminara el ciclo, y, cuando recogía las tareas, veía que los forros de sus cuadernos comenzaban a despegarse. Las páginas de rayas azules estaban repletas de sus pensamientos e ideas, y algunas incluso se habían desprendido.

Para la siguiente tarea les pedí que escribieran acerca de algún tema sobre el que desearían saber más. Podían describir una persona o suceso, siempre que pudieran explicar por qué les provocaba curiosidad.

Les puse el ejemplo de una fotografía en blanco y negro que mi madre tenía junto a su cama. Era un retrato de mi abuela Valentina, la que había llegado a Estados Unidos con todo su guardarropa puesto y que apareció transformada cuando salió del baño. Le dije a la clase que mi madre siempre me contaba historias sobre ella, pero que se me antojaba saber más. El grupo entero rio a carcajadas cuando describí la sorpresa de mis parientes al darse cuenta de que mi abuela había llevado encima toda la ropa interior, todas las blusas y faldas que poseía.

Les dije que mi madre aún preparaba las recetas de Valentina, cuyo recuerdo se mantenía vivo por medio de las texturas y sabores de la comida. Les confesé que desearía haber tenido la oportunidad de conocer a mi abuela y escuchar de sus labios más historias sobre su vida en Sicilia y lo que había sentido al casarse a los dieciséis años con un hombre al que había tratado muy poco.

—Las mejores historias comienzan con preguntas cuya respuesta no conocemos —les expliqué—. Así que, cuando escriban su tarea, piensen en alguna pregunta que les interese responder.

En el cuaderno de Yuri, esta fue la respuesta:

EBSTEIN Y YO

Cuando tenía cinco años, no fui al kínder como los demás niños de mi cuadra. Mis padres me dijeron que iría el año próximo, porque no todos tenían que asistir al kínder. Al año siguiente me mandaron a la escuela, pero yo ya sabía que no era como los otros niños de la clase. Tengo una anomalía en el ventrículo derecho. Mi padre dice que las paredes de mi ventrículo derecho son más delgadas que las de otras personas, pero que mi corazón también es más grande, algo que a mí me parece bueno, aunque los doctores

no lo ven así. ¿Quién no querría un corazón más grande?

Lo más duro es que no puedo hacer las cosas que los chicos de mi edad hacen, como jugar beisbol. Desearía correr las bases como mi amigo Finn. Me encantaría saber qué se siente batear un jonrón. Según mi doctor, no puedo jugar porque puedo provocar que haya alguna filtración de mi válvula tricúspide. Ahora tengo una filtración media. Sin embargo, si empeora, necesitaré cirugía.

Mi papá me contó que un doctor llamado Ebstein le puso nombre a lo que tengo. A veces me pregunto si ese doctor se preguntó a su vez cómo era para un niño tener lo que tengo. ¿Lo vería nada más como un defecto en el corazón? ¿O le pasó por la cabeza todo lo que los niños con el síndrome que él describió no podían hacer? Me gustaría saber si Ebstein alguna vez se preguntó qué era ser un niño como yo.

El cuaderno de Yuri parecía una extensión viva de él y me daba mucho gusto que se sintiera tan cercano a mí como para compartir conmigo sus pensamientos más íntimos. Aparté el cuaderno y cerré los ojos; aun así, se me escaparon las lágrimas. Pensé que nadie sería capaz de imaginar lo difícil que era para un niño de doce años soñar con jugar beisbol y no poder hacerlo. Pero las palabras de Yuri eran tan claras que casi me permitieron entenderlo, y deseé tener el poder de curar su corazón enfermo.

59

Junio llenó la escuela de inquietud y de cuerpos calientes ansiosos por estar afuera en el verano. El aroma del pasto recién cortado en el patio de recreo se impregnaba en la ropa de los niños mientras regresaban a clase. Me tomó hasta la última gota de mi energía lograr que se concentraran en las últimas semanas de trabajo. Sus cuadernos de escritura estaban repletos con el trabajo de todo el año y sus mochilas estaban también desgastadas, algunas incluso ya no cerraban. Aun así, ningún padre correría a comprar otra faltando tan poco para que terminara el año. Los estudiantes solían bromear diciendo que ya no tenían ni lápices en sus estuches, y yo me convertí en la proveedora de los suministros necesarios para poder cumplir con las metas de los últimos días. Lo irónico era que Suzie desempeñaba esa función casi todo el tiempo: otros maestros, yo entre ellos, le rogábamos a menudo que nos diera unos cuantos pliegos de cartulina o una crayola. Ahora entendía su sufrimiento.

Yuri, sin embargo, cada vez era más popular entre los estudiantes. Se había convertido en el consentido de la clase durante los últimos dos meses. Era el que llevaba el marcador cuando Finn y los demás jugaban basquetbol en los recreos. También había forjado un vínculo con Anna, y ambos hacían los periódicos murales o las decoraciones más coloridas del salón cuando los demás estaban en el gimnasio. Solo una o dos veces había tenido que irse temprano porque se sentía fatigado. En general, se veía muy bien y no padeció problemas respiratorios ni ninguna otra complicación relacionada con su defecto cardiaco.

En la primavera, mi cabaña estaba más bella de lo que me imaginaba. Cuando llegamos Bill y yo la primera vez, ya había pasado la temporada de petunias. Pero ahora todo el frente de la casa se hallaba colmado de flores color rosa pálido y blanco con rayas rojas, del tamaño de una borla de algodón. Corté varias y decoré con ellas cada rincón. Cuando me quedé sin jarrones, usé una vieja regadera y me felicité por mi ingenio.

Daniel comenzó a venir más de una noche a la semana y yo solo podía pellizcarme esas tardes en las que no hacía más que sentarme perezosamente en el sillón después de cenar pasta y vino, y lo escuchaba tocar el violín de mi padre. Otras noches las pasábamos en silencio, nuestros cuerpos muy juntos bajo la colcha, y lo único que se oía era el latido de nuestros corazones.

Estaba agradecida por tener una amiga como Suzie. Solo una artista como ella pudo entender de inmediato cuando le describí lo cómodo que resultaba ese silencio entre Daniel y yo, el cual me hacía sospechar que eso que comenzaba a sentir era amor. Odiaba

decir esa palabra, como si al pronunciarla todo fuera a echarse a perder y desaparecer en una nube de humo. Pero bajé un poco la guardia y descubrí que estaba pensando en él durante los ratos muertos en la escuela.

—Siempre les explico a mis estudiantes que en una pintura hay zonas que requieren mucho color y otras que deben quedar en blanco —me dijo Suzie—. Con el amor ocurre más o menos lo mismo, Mags. Necesitas tener espacio entre el color. De otro modo es demasiado. Todos precisamos espacio para respirar.

Me parecía que había mucha sabiduría en sus palabras. Era una de las muchas razones por las que adoraba a Suzie. Y, al ver cómo iba vestida hoy —con una blusa color rosa intenso con mariposas bordadas, la cual contrastaba con sus *leggings* negros—, era evidente que aplicaba esa misma filosofía a su atuendo. Si se hubiera puesto unos pantalones con un estampado muy abigarrado, habría sido demasiado. Pero, al mezclar esas dos prendas, había conseguido un efecto fabuloso.

Recordé que se acabaría mi contrato de renta de la cabaña en las próximas semanas y consideré que, tomando en cuenta mi modesto salario, el gasto era enorme. Era muy pronto para pedirle a Daniel que se mudara conmigo. Pensé en proponérselo a Suzie, pero solo había una habitación, y, aunque podíamos habilitar otra en la sala, me detuve al imaginar todos los materiales de arte que llenarían ese espacio que yo había mantenido como un ejemplo del encanto de estilo antiguo.

—No puedes rendirte —insistió mi madre cuando le dije que quizá tendría que mudarme—. ¿Te está costando pagar la renta en este momento? —Suavizó su pregunta sirviéndome otro poco de ziti.

—Puedo hacerlo… Es solo que me resulta difícil ahorrar. En resumidas cuentas, casi todo mi salario se va en pagar los gastos de la casa.

—Maggie, escúchame. La casa es el espacio más importante que puede tener una persona. Es el refugio del alma. Quiero que renueves el contrato, y, si las cosas se complican, sabes que tu padre y yo siempre te ayudaremos.

—Pero no quiero pedir ayuda, Ma —dije, empujando el ziti con mi tenedor.

—Lo sé —susurró—. Pero un día entenderás que los padres están ahí para lanzar un salvavidas si sus hijos están en problemas. No importa qué edad tengan. —Se acercó y me apretó la mano—. Es lo que hacemos.

60

Katya y Sasha asistieron a la ceremonia de graduación en Franklin, un evento que invariablemente tenía lugar el último día del ciclo escolar. A los maestros les encantaba porque había un poco de glamour y celebración. El director Nelson siempre se tomaba unos minutos para reflexionar sobre el año y nombraba a los estudiantes que se habían distinguido de alguna manera. Todo terminaba cuando el alumnado recibía su certificado por haber aprobado el sexto o séptimo grado.

De inmediato reconocí a los papás de Yuri cuando entraron en el auditorio. Comparados con los demás padres, que iban vestidos de modo casual, con pantalones de mezclilla y camisa polo, los Krasny se veían muy formales y fuera de lugar. Sasha llevaba un traje gris claro y una delgada corbata roja, y Katya, una larga falda plisada y una blusa blanca; su delgada figura estaba cubierta por la tela desde el cuello hasta los pies. Los dos se sentaron tan cerca como pudieron de Yuri, quien se hallaba en la tercera fila junto a Finn.

Era difícil creer que ese niño otrora frágil y delicado —aquel que, cuando lo conocí, estaba demasiado aletargado para levantarse de su sillón— ahora se reía con su mejor amigo y compañero de escuela, con el rostro rebosante de buena salud.

Sentí una punzada de satisfacción al pensar que yo había impulsado a Katya para que le permitiera asistir a la escuela. Sabía que ella había tenido que reunir todo el valor de que disponía para enviarlo en un principio. Pero, al verla sentada junto a Sasha en el auditorio, era evidente que tanto ella como su esposo estaban muy contentos por ver a Yuri tan feliz y vibrante. Recordé la descripción que hizo Katya de las primeras semanas posteriores al diagnóstico de su hijo, una época en la que cada momento estaba enfocado en que el niño respirara sin dificultad y que su corazón funcionara como debía. Sasha le había prometido entonces que su hijo crecería hasta convertirse en un joven sano, aunque en secreto ambos creían que eso era imposible. Pero ahí estaba Yuri, sentado junto a su mejor amigo, y parecía tan sano y tan feliz como cualquier otro niño de doce años en ese auditorio.

Después de la ceremonia me acerqué a Sasha y a Katya y les agradecí que hubieran venido. Les dije que creía que eran muy valientes por haber dejado que Yuri acudiera a la escuela casi cada día de la semana anterior.

—Sé cuánto se preocupan por él, pero vean lo bien que está desarrollándose. —Señalé hacia donde estaba Yuri, con Finn y otros dos compañeros. Todos reían y la pasaban

bien.

—No nos habríamos sentido tan cómodos si usted no hubiera sido su maestra —comentó Katya—. Saber que usted estaría cuidándolo hizo que todo fuera mucho más sencillo.

Sasha miró a la gente.

—Si hubiera visto mi graduación de secundaria —dijo riendo—. Tuvimos que jurar lealtad a la patria y nuestras vidas estaban planeadas de antemano.

Katya le dio un manazo juguetón.

—Ya sabemos lo afortunados que somos al estar aquí… Y nos sentimos sumamente contentos de ver a Yuri tan bien…

Coincidí. Sentía que todos habíamos logrado algo muy importante al tener a Yuri de vuelta en la escuela. Pero sabía que no solo yo había ayudado a que la transición fuera más sencilla. El esfuerzo de Finn también resultó crucial. Lo busqué entre la gente y vi que se acercaba a sus padres y a su hermana. La pequeña, con un vestido amarillo y el cabello recogido en una cola de caballo igual que su madre, apoyaba el brazo izquierdo en una muleta de metal. Cuando Finn se dirigía a ella, la alzó en su dirección, como un pequeño soldado de juguete haciendo un saludo de felicitación.

Yuri apareció de pronto a nuestro lado.

—Finn me preguntó si podía ir a su partido de Ligas Infantiles esta noche. Es por el campeonato. ¿Puedo ir? Papá podría llevarme…

Katya vaciló.

—Quería sorprenderte con algo en casa, hacer que este día fuera una fiesta para ti. Sabes lo orgullosos que estamos, Yuri. —Volteó a mirar a Sasha—. Hicimos pierogi anoche e incluso encargamos tu postre favorito de Carvel.

—Sí, pastel de chocolate y vainilla en forma de bate de beisbol —añadió Sasha y le apretó el brazo a su hijo.

—Pero es el último partido de la temporada —suplicó Yuri—. Y Finn quiere que vaya. Dice que le doy buena suerte… Por favor, mamá.

Este era un intercambio común entre cualquier madre e hijo, sin duda lo había escuchado en incontables ocasiones, y bien pudo haber pasado entre mi hermano y mi mamá quince años atrás. Pero, aun así, era raro ver a Katya y a Yuri en este tipo de negociación. Podía percibir lo frustrada que se sentía Katya, aunque intentaba ocultar cualquier evidencia de su enfado.

A decir verdad, Yuri siempre se mostraba muy dispuesto cuando yo iba a su casa. Nunca lo había visto pedir nada porque en todo momento Katya estaba a su alrededor, como una madre halcón, preocupada por que todos sus deseos y necesidades estuvieran cubiertos. Pero ahora parecía que lo único que Katya quería era que su hijo regresara a casa con ella.

—Papá pidió el día en su trabajo, Yuri —argumentó ella en una leve protesta.

—Déjalo ir, *lapushka* —respondió Sasha; su voz era como un bálsamo para calmar la irritación de Katya—. El niño quiere celebrar con su amigo en el partido. Yo con gusto lo

llevo. —Abrazó a su esposa y me miró como buscando un poco de apoyo amistoso—. Es lo que se hace aquí en Estados Unidos, ¿no, señorita Topper? Un buen partido de beisbol equivale a pasar un buen rato. Es aritmética básica.

—Es el tipo de ecuación con el que los niños sueñan. —Me reí—. Pero ¿quién soy yo para decir qué hacer? Hoy es el último día de clases. —Me crucé de brazos con un gesto juguetón—. Así que, oficialmente, estoy de vacaciones.

61

Ese verano me mantuve ocupada y gané un poco de dinero extra trabajando como administradora en un campamento diurno local. Acepté unas cuantas invitaciones a cenar en casa de los Krasny, contenta por tener una excusa para ver a Yuri. Sin embargo, pasé la mayor parte de mi tiempo libre con Daniel. Para mediados de agosto viajamos en auto desde Long Island hasta Savannah, Georgia. El viaje consistió en diez días de canciones en la radio, paradas en locales de grasosas alitas de pollo y el éxtasis de comer unas donas exquisitas en el camino.

Daniel me contó todas las historias de su infancia, incluyendo la que explicaba cómo había terminado con una cicatriz en forma de hoz. «Me caí de la casa del árbol de un amigo, como de un metro de alto». Se reía al recordarlo. «Una rama de roble me cortó; por suerte no fue en el ojo ni en el oído». Continuamos llenando el ambiente de historias y pasamos la noche en moteles modestos, ahorrando dinero para poder pasar tres días en una antigua plantación muy lujosa.

El romance estaba a todo lo que daba, y la humedad en Georgia, más aún. Supe que era amor cuando una mañana Daniel miró mi cabello y notó que mis rizos, normalmente manejables, habían aumentado tres veces su tamaño. «Mides como quince centímetros más», dijo, bromeando y abrazándome. Seguimos riendo mientras caminamos por las calles del pueblo y entramos a algunas encantadoras tiendas de antigüedades. Por la noche, hundía la nariz en unos ramitos de menta fresca y bourbon mezclado con jarabe, y mi cuerpo se relajaba en una silla de ratán bajo un ventilador en el porche de nuestro hotel.

Sin embargo, el viaje no tuvo el final feliz que yo había imaginado. En mi versión, Daniel y yo regresábamos a casa; él me cargaba y entrábamos a la cabaña; nos tirábamos en el sillón y hacíamos el amor apasionadamente y nuestra relación quedaba sellada por el hecho de haber compartido diez días de felicidad y armonía. En cambio, cuando llegamos, había un mensaje en la contestadora. Era de Katya. Su voz sonaba temblorosa y cansada, como si hubiera estado llorando durante horas: «Yuri pasó una mala semana. Estamos en el hospital en este momento. Está pidiendo verla, señorita Topper. Dijo algo sobre los Yankees y los Mets». Dejó el número donde podía localizarla y me pidió que la llamara tan pronto como me fuera posible.

Llegué al hospital de Stony Brook al día siguiente. En la recepción, una mujer revisó su computadora y me dijo que Yuri estaba en terapia intensiva. Me indicó un largo pasillo

blanco y me dijo que tomara el elevador al cuarto piso.

Después de pasar las puertas medio abiertas que solo permitían tener una visión parcial de las camas del hospital, descubrí a Sasha esperando en el pasillo afuera del cuarto de Yuri. Estaba irreconocible. Tenía los ojos enrojecidos y su cara, sin rasurar, estaba enmarcada por la pena y el cansancio.

—La semana pasada comenzó a quejarse de taquicardia y se le dificultaba respirar. Lo llevamos con el doctor Rosenblum, quien estaba preocupado y nos pidió que estuviéramos alerta por si las cosas empeoraban. Luego empezó a presentar problemas estomacales. —Respiró hondo—. Tuvo retortijones, algo que nunca le había pasado, diarrea… El doctor nos dijo que tenía muy dilatado el lado derecho del corazón. —Parecía que en cualquier momento iba a vomitar—. Katya está hecha un desastre. Está con Yuri ahora. —Movió la cabeza en dirección al cuarto—. Él ha estado viendo beisbol día y noche. Lo único que parece distraerlo es que piensa que los Mets y los Yankees jugarán otra Serie del Subway.

Sonreí a pesar mío. Había pensado lo mismo durante el camino de regreso de Savannah. Los dos equipos de Nueva York tenían grandes posibilidades de llegar a la postemporada.

—¿Hay algo que se pueda hacer? —Estaba desesperada por escuchar el plan de los doctores para curar a Yuri.

—Reparar la válvula tricúspide, la cirugía que Yuri necesita, implica mucho riesgo —dijo Sasha, conteniendo las lágrimas—. Siempre he confiado en la ciencia, pero ahora no sé dónde poner mi fe.

Me quedé sin palabras. Siempre me había enorgullecido de tener una respuesta para casi cualquier situación. Pero ahora estaba muda. Todo lo que pude hacer fue poner mi mano en su brazo, en un patético intento de confortarlo.

—Vaya a verlo —murmuró Sasha—. Ha estado preguntando por usted desde que llegó. Mi esposa no puede hablar con él de deportes y yo he estado enfocado en conversar con los doctores, no en cómo les está yendo a los Yankees o a los Mets.

—Sí, claro.

Caminé hasta el cuarto y me asomé por la ventana de la puerta. No pude ver a Yuri. Lo único que alcancé a distinguir fue a Katya inclinada sobre la cama de hospital, el pelo recogido en un chongo medio deshecho y un brazo sobre la cobija que cubría a su hijo.

Cuando entré al cuarto, de inmediato me sentí sobrecogida por la emoción. Todos los recuerdos dolorosos de Ellie volvieron a mi mente. El estudiante vivaz y alegre de la ceremonia de graduación se había transformado en un niño que se veía muy enfermo. Su rostro, de un tono amarillento, estaba demacrado. Tenía una intravenosa en el brazo y el catéter estaba enredado en la cama. El resto de su cuerpo estaba envuelto en cobijas y sábanas.

—¡Señorita Topper! —La voz de Yuri se elevó por encima del ruido de los aparatos del hospital. Sonaba ronca y urgente.

Aunque fuera un golpe emocional ver a Yuri así de débil, me controlé y traté de que no advirtiera mi preocupación.

—Te extrañé, campeón —le dije al acercarme. Entre la maraña de sábanas y cobijas,

noté el brillo de algo que no esperaba: la figurilla dorada de un beisbolista—. ¿Y eso qué es, Yuri? —le pregunté.

Acomodó con cuidado el montón de cables que salían de su bata de hospital y quitó unas sábanas para mostrarme un trofeo dorado con la base azul.

—El equipo de Finn ganó el campeonato de Ligas Infantiles la noche de nuestra graduación. Me dio su trofeo.

Katya volteó a verme. Sus ojos brillaron.

—Se ha dormido con él todas las noches desde que se lo dio. —Se le quebró la voz—. Finn le dijo que le traería buena suerte.

62

Hay ciertos lugares que uno asocia con niños. Los patios y los salones de clases; las calles cerradas de los suburbios, llenas de bicicletas y porterías de hockey; las playas infestadas de palitas y cubetas de plástico que los chicos abandonan para ir a zambullirse en las frescas olas, y el asfalto hirviente de los estacionamientos donde pequeñas manos sujetan billetes de dólar a la espera del camión de los helados.

Pero hay otros sitios que nunca vinculamos con la infancia; simplemente, nos parece que no congenian con ella. Nadie asociaría el blanco aséptico de un hospital con los niños. La niñez debe estar saturada de color: el dorado del sol y los vibrantes tonos del arcoíris. Me dieron ganas de llorar cuando vi el rostro de Yuri. Carecía de su color rosado habitual y sus ojos azules estaban hundidos. Por mucho que se esforzara por parecer feliz y emocionado de verme, no podía pasar por alto el lugar en el que se hallaba. Encontrarlo en una cama de hospital, con largos cables alrededor de su torso, rodeado de los sonidos de los monitores, era mucho más cruel de lo que había imaginado.

Katya se veía por lo menos diez años más grande en comparación con la última vez que coincidimos. Alrededor de sus ojos había unas sombras oscuras y su chongo no sujetaba todo su cabello. Llevaba un vestido muy simple y su cuerpo parecía encogido. La hospitalización de Yuri claramente la estaba consumiendo.

Yuri, sin embargo, intentaba mantener el buen ánimo a pesar de estar tan débil, y el contraste entre su expresión y la de su madre me hacía dudar de que tuviera idea de la gravedad de su condición.

—Estoy muy contento de que esté aquí, señorita Topper —dijo animado—. Mi mamá se está cansando de ver tanto beisbol conmigo.

Katya dejó escapar una risilla.

—Sí, es verdad. No entiendo nada de ese deporte.

La televisión, situada en una esquina lejana de la habitación, transmitía un partido de media tarde; el sonido estaba apagado.

—¿No me digas que estás viendo un partido de los Royals?

Yuri hizo un gesto lánguido con los hombros.

—Ya sé. Pero me ayuda a pasar el tiempo. —Su voz sonaba distinta, como si tuviera algo atorado en el pecho. Debajo de la sábana blanca de hospital, noté que su pecho subía y bajaba, y que él hacía una pequeña mueca.

—Bueno, qué tal si nos olvidamos de los Royals y hablamos de mi increíble equipo… Están teniendo una gran racha, ¿no te parece?

—¿Lo dice en broma, señorita Topper? —Empezó a reírse—. Tenemos a Mariano Rivera y a Andy Pettitte. Son invencibles. Siga soñando.

Siguiéndole el juego, negué con el dedo.

—Nunca subestimes al débil. Ya te lo he dicho.

—Parece que soy el débil otra vez —dijo, levantando el brazo en el que tenía la intravenosa—. Así que quizá sería mejor que intercambiáramos equipos. —Se estaba burlando de mí—. ¡Nah! ¡Nunca podría hacer eso!

Disfrutaba platicar con Yuri acerca de un deporte que le provocaba tanto placer.

—Te traje un pequeño detalle. —Metí la mano a mi bolsa y saqué un ejemplar de *Las glorias de su tiempo. La historia de los inicios del Baseball contada por sus protagonistas* —. Creo que te va a encantar. Está contado desde la perspectiva de veinticinco jugadores de las Ligas Mayores.

—¡Qué bien! Quizá podamos discutirlo con Finn aquí en el hospital, ¿no? —Yuri intentó sonar optimista—. No quiero que mi cerebro se haga papilla.

—No creo que eso sea posible, Yuri. Tienes un cerebro impresionante.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro y sentí que mi corazón se estrujaba.

—Lo digo en serio, Yuri. Hay muchas cosas que podrías enseñarme. Así de inteligente eres.

—Es horrible que mi corazón no esté a la altura de mi cerebro —respondió, intentando contener un acceso de tos—. Odio sentirme siempre tan cansado.

Busqué su mano y le di un apretón. Para tener doce años, sus manos me parecían pequeñas.

—¿Estás cansado ahora? ¿Prefieres que me vaya?

—No, por favor no lo haga. Me gusta que esté aquí.

—A mí también me gusta estar aquí, campeón. —Me preocupaba que escuchara que la voz se me quebraba.

—Solo voy a cerrar los ojos unos minutos.

Yuri cerró los ojos; sus dedos estaban entrelazados con los míos, y sentí cómo se relajaron cuando se durmió. Katya volvió a entrar en el cuarto con una taza de café para mí y me dijo que si quería ya podía irme.

—Yo me quedo —me dijo con voz muy baja—. Sé que le dio mucho gusto que haya venido a verlo.

—No, quiero quedarme —insistí.

Deseaba que él supiera que no lo había dejado. Cuando despertara quería que me viera ahí, esperándolo, lista y dispuesta a platicar con él sobre beisbol.

63

La operación de Yuri estaba planeada para el siguiente lunes. Con la esperanza de distraerlo a él y a su familia del temor de la cirugía de la válvula tricúspide, Daniel se ofreció a ir a tocar el violín al hospital.

Ciertamente, Yuri no era aficionado a la música clásica, pero la posibilidad de que el maestro de Música de la escuela tocara en vivo en su cuarto de hospital fue suficientemente atractivo para que aceptara la oferta. Para mí, saber que usaría el violín que había construido mi papá era un bono extra.

Daniel y Yuri se conocieron de pasada en la ceremonia de graduación, y el chico no tenía idea de que estábamos saliendo. A decir verdad, esperaba que nadie más en la escuela, aparte de Suzie, lo supiera. Daniel y yo habíamos acordado mantener nuestra relación en secreto el mayor tiempo posible. Los chismes escolares son lo peor para cualquier romance incipiente, y queríamos evitarlos a toda costa por imposible que pareciera. No había maestro que no disfrutara especulando con la vida amorosa de sus colegas.

La mañana que Daniel y yo iríamos al hospital, él llegó a mi casa y cariñosamente me entregó una bolsa de papel estraza con dos donas y dos cafés. Los rosales estaban en flor en mi jardín y bajo la sombra de los árboles nos tomamos el café, sentados en las sillas Adirondack, y nos lamimos los dedos al terminar con las donas.

—Me encanta estar aquí —dijo—. Tienes mucha suerte de tener todos estos pájaros. —Daniel siempre escuchaba música en todas partes.

—Lo sé. —Sonreí—. Siento que estoy en una cápsula del tiempo cada vez que regreso a casa. —La cabaña no tenía aire acondicionado, pero me había acostumbrado a dormir con las ventanas abiertas y a despertar con el sonido de las golondrinas.

Daniel apuró el último trago de café y dejó su vaso en el pasto.

—Sé que puede parecer un poco extraño, pero estoy nervioso por ir a ver a Yuri hoy.

—¿Por qué estarías nervioso? —Hice una mueca—. Él es el que entrará a cirugía mañana.

—Lo sé, Maggie. —Bajó la voz—. Y sé lo importante que él es para ti.

—Por eso me dio mucho gusto que me preguntaras si podías acompañarme hoy.

Vi que su rostro se suavizó y sentí el impulso de hacerle una caricia en la mejilla.

—Es solo que no pude dormir pensando en qué pieza tocar para él.

Dejé mi vaso vacío en el brazo de la silla de madera y fui a sentarme en sus piernas. Pasé

mis dedos por su cabellera gruesa y ensortijada. Su frente brillaba con un tono amielado, bronceada por tanto tiempo que había pasado al aire libre en los últimos meses.

—¿Por qué no esperas a que lleguemos allá para decidirlo? Quizá te inspires —le susurré, al tiempo que me inclinaba para besarlo.

Esa tarde pasamos varias horas en la sala de espera antes de poder ver a Yuri. Katya y Sasha se turnaban para acompañarnos y disculparse por que no podíamos entrar todavía.

—Tienen que hacerle muchos exámenes para mañana —dijo Katya, torciendo las manos.

—Quizá no fue prudente haber venido. Es un momento tan agitado para ustedes.

—No, no —insistió—. A Finn lo trajo su mamá ayer y eso animó a Yuri un montón. Le dará mucho gusto verla. —Me apretó el brazo—. Lo ayudará a distraerse, usted lo sabe.

Katya miró a Daniel. El estuche negro del violín descansaba en sus espinillas.

—Y su idea de tocar un poco de música para él… es perfecta.

Daniel sonrió.

—Espero que el próximo año pueda estar en la orquesta conmigo. Me aseguraré de conseguirle un gran violín.

—Mi papá sin duda estará muy complacido de hacerle uno —añadí, llena de entusiasmo.

—Oh, le encantará eso —respondió Katya—. O por lo menos a mí… —Su voz se apagó —. Siempre amé la música clásica. Los estadounidenses no la escuchan lo suficiente. Es un bálsamo para el alma.

A las cuatro de la tarde por fin pudimos entrar a ver a Yuri. El trofeo de Finn no estaba entre las sábanas, sino sobre la mesita de madera de imitación, junto con una jarra naranja de agua y unos vasos. El ajado ejemplar de *Las glorias de su tiempo* que yo le había regalado estaba ahí también. Me alegró mucho que Yuri hubiera podido leerlo.

El aspecto de Yuri había empeorado. Los círculos azulados alrededor de sus ojos ahora estaban tan oscuros que parecía un mapache, y su rostro se veía inflamado.

—Hola, señorita Topper. —Su voz apenas era audible—. Gracias por visitarme. Espero que no sea mucha molestia estar viniendo al hospital.

Me senté junto a su cama y tomé su mano. Tenía cinta quirúrgica entre los dedos y había un largo tubo de plástico entre nosotros.

—¿Estás bromeando, campeón? Viajaría mil kilómetros para verte. Y ¿qué crees? Hoy traje a mi concertista particular. Va a tocar un poco de música para ti.

Yuri volteó a ver a Daniel e intentó sonreír.

—Hola, amigo. ¿Quieres escuchar algo en particular? —Daniel alzó el estuche del violín para que Yuri lo viera.

—¿Puedes tocar algo que le guste a mi mamá? —dijo Yuri, tras pensarlo un momento —. ¿Algo de un ballet…? Algo ruso de preferencia, obvio.

—Déjame ver qué puedo hacer. —Daniel abrió el estuche sobre una de las sillas del

hospital—. Quizá *Romeo y Julieta,* de Chaikovski. —Sacó el violín de mi padre; el tono ambarino brillaba con el sol de la tarde. Se lo puso debajo de la barbilla y levantó el arco —. Este es el *tema del amor*. —Me guiñó el ojo.

El arco se deslizó sobre las cuerdas y el sonido de las primeras notas llenó el cuarto. Daniel cerró los ojos y la música viajó por toda la habitación.

Miré a Yuri, que también había cerrado los ojos; su rostro se relajaba al escuchar la música. Por un momento, Katya también parecía haberse transportado a un lugar que no era ese cuarto de hospital.

Mi corazón se sintió lleno de amor en ese instante, un amor tan puro como la música que surgía del violín de Daniel.

64

Yuri salió de las cuatro horas de cirugía y pasó la siguiente semana recuperándose en el hospital antes de poder regresar a su casa. Durante esos últimos días de agosto fui muy seguido a ver a los Krasny. Algunas veces Daniel me acompañaba y otras, iba yo sola, pero siempre tenía mi lugar junto a Yuri, frente a la televisión.

El chico tuvo que pasar varias semanas con el cuerpo reclinado para que la herida del pecho cicatrizara bien. Sasha y Katya pusieron una cama en la sala y ahora su sillón estaba relegado al rincón. Finn quizá les contó a los demás estudiantes sobre la cirugía, porque había varias tarjetas en la mesa contigua a su cama, además de varios botes anaranjados de medicina y cajas de gasas y cinta.

Katya se movía sin hacer ruido por la casa mientras en la televisión se escuchaba el partido de los Yankees. Sasha no se perdió ninguno de los juegos nocturnos, pero, para los de la tarde, éramos solo Yuri y yo. Él estaba debilitado por la operación, pero el beisbol le regresaba un poco de energía.

—Los Mets están jugando como si tuvieran un pie en la Serie Mundial.

—No tan rápido, señorita Topper —me respondió, entre sorbos de limonada que daba con un popote—. Todavía quedan seis semanas.

—Estoy de humor para una apuesta —le dije, bromeando.

Para septiembre, cuando la escuela volvió a comenzar, la adrenalina tornó a su máximo nivel y me sentí emocionada por un nuevo año dando clases. Además de eso, los Mets peleaban por el primer lugar en su división y los Yankees estaban firmemente afianzados como líderes en la División Este de la Liga Americana. Muchos de mis niños de sexto grado habían decorado sus cuadernos con las insignias del equipo que apoyaban. Pero buena parte de mis otros alumnos no tenían ni idea de lo que sucedía en el mundo del beisbol. Como había ocurrido el año anterior, algunas niñas de la clase tenían una obsesión malsana con Britney Spears y seguían desafiando los límites de la vestimenta apropiada para la escuela al usar faldas muy cortas, calcetas hasta las rodillas y zapatillas. Había estudiantes del club de matemáticas que no podían creer que el Y2K no hubiera traído consecuencias y se ponían a hablar de todo lo malo que podría suceder con las computadoras hacia el final del año, pues afirmaban que era algo que no tenía que haber sucedido forzosamente el 1 de enero.

—Gracias a Dios que salió el sol —dijo Suzie, extendiendo los brazos para abrazar el fresco día de otoño.

Estábamos sentadas afuera, almorzando durante el recreo de los niños. Los rayos del sol

iluminaban el pasto del jardín. Durante el verano, Suzie tomó una clase de cocina saludable en la YMCA y había empezado a salir a caminar por las tardes, así que había bajado mucho de peso. Masticaba su ensalada de coles de Bruselas, zanahorias y jícama cuando Finn nos saludó efusivamente desde el campo de futbol.

—¿Sabías que le dio a Yuri su trofeo de beisbol? Yuri se lo llevó al hospital para que le diera buena suerte —le conté.

Suzie dejó su tenedor en el recipiente vacío. Colocó la tapa y se quedó en silencio un momento. Miraba a Finn moverse por el campo, controlando con gran destreza el balón blanco y negro.

—Siempre me estoy quejando de lo malos que son algunos de estos niños, que no limpian su desorden al final de la clase, que se la pasan hablando mientras intento explicarles la diferencia entre acrílico y témpera. Y, cuando uno se encuentra con un chico como él, se da cuenta de la suerte que ha tenido. —Suspiró—. En ocasiones ese brillo se contagia.

65

Durante mis visitas de otoño, Yuri se mostraba cada vez más preocupado por su equipo favorito, los Yankees, que casi tuvieron un colapso de final de temporada. Aun así, lograron aferrarse y meterse a la postemporada. Los Mets, en cambio, terminaron jugando muy bien y ganaron su puesto como comodín de la Liga Nacional con facilidad.

Ambos equipos conquistaron sus primeras dos series de postemporada y con eso aseguraron que hubiera una Serie del Subway. Finn y yo fuimos a casa de Yuri a ver el primer partido y ambos se emocionaron —a costa mía— con una victoria de los Yankees en *extra innings*.

—No está decidido, ni por mucho —les advertí con el dedo, cual vieja institutriz—. No subestimen a mis Mets.

Como no logré llegar a casa de los Krasny para el segundo partido, ansiaba ver a Yuri al día siguiente. Todos estaban comentando el drama del encuentro: Roger Clemens lanzó un pedazo de bate roto a los pies de Mike Piazza, mostrando un pésimo espíritu deportivo.

—Yuri, ¿qué pasó con Clemens? Ningún maestro en el mundo habría permitido ese tipo de comportamiento.

Yuri estaba recargado en varias almohadas. Su cabello se veía igual que como lo recordaba cuando lo conocí, como las plumas rubias de un pequeño pajarillo. Había un vaso de plástico con un popote cerca de él.

—Yo tampoco lo podía creer —respondió débilmente—. Pero quizá fue un accidente; debe de haber confundido el bate con la pelota.

Negué con la cabeza.

—No quieras engañarme, Yuri. Ya sabemos que tiene la mecha muy corta. Si fuera jugador de los Mets, estarías burlándote de mí ahora a más no poder.

Yuri se retorció un poco y sonrió pícaramente.

—Bueno, pero es un gran pícher.

Me dio gusto que algo lo distrajera. Según Katya, desde que Yuri salió del hospital, se pasaba la mayor parte de los días durmiendo y no le interesaba nada más que ver a los Yankees en la televisión. Katya opinaba que era mejor esperar a que recuperara un poco la fuerza antes de volver a organizarnos para las tutorías, así que sospeché que sus días transcurrían con más lentitud que de costumbre.

—Pienso que yo le habría dado más que una suspensión a Clemens si fuera mi estudiante…

—Ya lo creo, señorita Topper. —Esbozó otra sonrisa forzada, pero yo sabía que estaba bajo de ánimo.

—¿Has visto a Finn estos días?

—Su mamá lo trajo de visita antier, y estuvimos platicando sobre el primer partido de la serie. Pero es más difícil que venga porque tiene que cumplir sus compromisos con el equipo de basquetbol. Este año juega de armador y supongo que está muy presionado. —Se acomodó en la silla y tosió—. Me molesta no poder ir a la escuela este año —añadió—. Estoy muy enfadado porque justo me pasó esto cuando empezaba a hacer amigos. —Se señaló el pecho.

Se me rompía el corazón por él. Una parte de mí se preguntaba si no había empeorado las cosas —su salud— al animar a Sasha y Katya para que lo mandaran a la escuela.

—Solo necesitas recobrar algo de fuerza, campeón. En unos meses podrás volver. Además, si estuvieras en la escuela no habrías podido ver todos esos partidos de la postemporada por la tarde.

—Es lo bueno —comentó, fingiendo un poco de optimismo—. Y quizá terminaré un poco más fuerte que antes de la operación. Eso es lo que mi papá me repite todo el tiempo.

—Tu papá es una persona muy inteligente —le dije con gran confianza—. Así que, si tuviera que apostar, le haría caso a él.

—Bueno, si es así, entonces es mejor que cambie de equipo —sugirió entre risas—. Porque quien me hizo fan de los Yankees fue mi papá. Él empezó a seguirlos en 1987, cuando el equipo al que usted le va, los Mets, estaban en la cima del mundo. —Alzó la mano y comenzó a contar—. Desde entonces, los Yankees han ganado tres Series Mundiales y los Mets apenas si han llegado a la postemporada.

—Otra prueba más de que tu papá es un genio, Yuri. Así que yo escucharé todo lo que tenga que decir sobre tu recuperación. Después de que estés al ciento por ciento, hablaremos de cambiar de equipo.

Al salir, vi que Katya estaba sentada a la mesa de la cocina, leyendo una revista y con una taza de té. Cuando me escuchó buscar las llaves del coche dentro de mi bolsa, levantó la mirada.

—Me siento tan contenta de que ya no esté en el hospital —le dije al acercarme—. Y que ahora esté en casa. —Jalé una de las pequeñas sillas de la cocina y me senté.

—¿Quiere que le prepare uno? —preguntó Katya y señaló su taza.

—No, gracias. Tomé un poco de café antes de venir…

Asintió y se llevó la taza a los labios.

—Cada vez que lo veo parece más fuerte —observé—. Creo que la cirugía fue todo un éxito.

—Sí, estamos muy felices de que ya haya terminado —murmuró. A continuación tomó un pequeño crucifijo que llevaba colgado en una cadena, debajo de su blusa—. Sasha odia que haya empezado a usar esto nuevamente. Pero no se imagina la cantidad de veces que

le recé mientras mi hijo estaba en el hospital. —Se le quebró un poco la voz—. El doctor no nos decía qué probabilidad tenía Yuri de sobrevivir a la cirugía. ¿Puede creerlo? —Apretaba tanto las manos que sus nudillos estaban blancos.

»Pero Sasha siempre exige que le den datos. Quería saber si valía la pena abrirle el pecho a Yuri para realizar una operación tan riesgosa. Estuvo insistiéndole mucho al doctor para que le respondiera. Le preguntaba si era más probable que Yuri muriera por la intervención o por el defecto en su corazón. —Se acomodó en la silla y volvió a poner el crucifijo dentro de su blusa—. Le dije a Sasha: «Soy su madre; solo quiero que mi hijo esté bien». Yo no cuestiono a los doctores; no puedo pensar en estadísticas o en tasas de mortalidad. Cada día que despierto agradezco que mi hijo esté durmiendo en su cama. —Hizo una pausa y tomó aire—. Duerme casi todo el día, pero yo apenas puedo cerrar los ojos. Siento que estoy otra vez en la época en que solo tenía unas semanas de nacido. Todo el tiempo tengo miedo de que algo pueda pasarle si me quedo dormida un segundo.

—Está exhausta, Katya —la interrumpí—. Por qué no me deja quedarme un rato en la sala en lo que él duerme y usted sube a tomar una siesta.

—No, no… Estaba por irse y… seguro tiene otras cosas que hacer.

—No tengo que estar en ningún otro lugar más que aquí —le dije y estiré una mano para hacerle una caricia en el hombro—. Suba. Le prometo que estaré cuidándolo.

Yuri duerme. Tiene los ojos cerrados; los párpados color azul pálido, casi lavanda. Estoy sentada mirándolo dormir, preguntándome qué sentirá Katya al verlo así. Para mí, él es la imagen de la ternura infantil; sus facciones se relajan mientras descansa. Su mente está muy lejos, perdida en sueños que no conozco. Me pregunto si sueña que juega algún deporte, que tiene otra vida en la que es activo y su corazón es fuerte.

No me preocupo como lo hace Katya. Quizá porque no soy madre. Escucho su respiración constante y noto cómo su pequeño pecho asciende y desciende bajo la manta de algodón y confío en que su cuerpo está funcionando como debe.

Yo más bien disfruto de la calma de ver a Yuri descansar. Imagino únicamente cosas positivas: que vuelve a la escuela, que bromea con sus amigos, que juega beisbol con Finn.

Observo las hojas de maple que caen en el jardín y a las ardillas recoger semillas en el porche; me siento afortunada de poder cuidar al precioso hijo de Katya y Sasha.

No volví a ver a Yuri sino hasta el quinto juego de la Serie Mundial. Llevé a Daniel, a pesar de que él era fan de los Yankees por haber crecido en Riverdale, en el Bronx, donde, si descubren que eres fanático de los Mets, te pueden colgar de las uñas de los pies. Cuando pasó por mí esa tarde, no pudo evitar burlarse de mi jersey de los Mets.

—Si mi hermano deportista me viera salir con una chica que tiene una playera de Al Leiter, pienso que abogaría por que me expulsaran de la familia.

Me reí.

—¿A pesar de que soy excelente con los niños y muy guapa?

—Él no vería más allá de esos horribles colores naranja y azul.

—Te diré algo —anuncié, al tiempo que le pasaba el plato con berenjena rollatini que había preparado mi madre para los Krasny—. Prometo no usar esto cuando conozca a tu hermano. Dejaré que se enamore de mí antes de contarle que le voy a los Mets. ¿De acuerdo?

Daniel abrió la puerta del auto y me metí.

—Eres demasiado inteligente, Maggie. —Me regresó el platón para que lo colocara en mi regazo.

—Así es: inteligencia mata carita —le dije bromeando—. Y a ti te encanta.

Encendió el auto y me respondió:

—Por suerte para ti, tengo ambas.

Katya había preparado un festín para cenar, así que la berenjena de mi madre estaba bien acompañada en la mesa. La comida estaba dispuesta como un muy generoso bufet: pierogi de papa y de carne, coliflor rellena, un platón de kielbasas asadas y tazones llenos de borscht.

Todos, salvo Yuri, comimos los manjares de Katya, quien sabía muy poco de beisbol y estaba más preocupada por que algo molestara a Yuri que por quién ganara el partido.

El plato blanco de Yuri tenía unos cuantos pierogis, pero no los había tocado. La falta de apetito la compensaba con entusiasmo por el juego.

—Qué lástima que Finn no pudo venir —dijo, volteando a verme—. Su tío está de visita y sus papás le organizaron una fiesta.

Miré hacia la chimenea, donde Yuri había colocado el trofeo de Finn para que le diera suerte, justo como en el hospital.

—Pero traes puesta tu playera de Jeter favorita y tienes el trofeo de Finn ahí. Creo que tu armadura de superstición está en su lugar.

Yuri sonrió y señaló mi jersey de los Mets.

—Veo que la suya también, señorita Topper.

—Sip —le respondí y me senté en el sofá. Le di una mordida a un pierogi. El relleno de papa caliente me recordó los gnocchi de mi madre, aunque percibía el sabor de la cebolla y la pimienta.

Sasha subió el volumen de la televisión. Los Yankees habían ganado tres de los cuatro partidos y necesitaban ganar uno más para quedarse con el título.

—Si los Yankees ganan hoy, brindaremos con una botella de vodka que tengo en el refrigerador —anunció Sasha—. Incluso tú, Yuri —bromeó.

—Claro que no —interrumpió Katya—. Comeremos el pan de jengibre con crema batida que preparé para celebrar.

Bernie Williams comenzó anotando con un jonrón en la segunda entrada y Yuri y su papá se pusieron como locos.

Los Mets le anotaron dos carreras a Andy Pettitte, el pícher de los Yankees, pero luego el jugador favorito de Yuri, Derek Jeter, pegó otro jonrón para empatar el partido a dos

carreras.

—¡Yuju! —gritó Yuri. Su mano golpeó uno de los cojines de su improvisada cama.

Daniel no parecía compartir el amor de su hermano por el beisbol, más bien, le divertía que el resultado tuviera a todos nerviosos. Se sirvió otro poco de kielbasa, y estoy segura de que vi a Katya sonreír cuando lo hizo.

En la parte alta de la novena entrada, los Yankees anotaron dos carreras, cuando un lanzamiento del jardinero central de los Mets le pegó a Jorge Posada, que se barría en *home*. La pelota fue a dar a una de las bancas y Scott Brosius hizo un tanto: 4-2 a favor de los Yankees. El relevista superestrella Mariano Rivera intentaría cerrar el partido en la parte baja de la entrada. Hasta yo tuve que admitir que, en ese momento, era poco probable que mi equipo ganara.

—Esto no se acaba hasta que cae el último *out* —dijo Daniel, apoyándome. Su mano descansaba sobre mi pierna y yo le regresé el gesto poniendo mi mano encima de la suya.

Lo que él no entendía era que a mí no me importaba quién conquistaría la Serie Mundial. O, más bien, me habría importado mucho más si no hubiera conocido a Yuri. Con el triunfo de cualquiera de los dos equipos, yo salía ganando.

Al final de la novena entrada, con un hombre en base y dos *outs,* Mike Piazza pegó lo que parecía ser el jonrón que empataría el partido a un lanzamiento del gran Mariano. Pero Bernie Williams atrapó la pelota en lo profundo del campo y los Yankees ganaron el partido y la Serie.

Esa tarde, los ojos de Yuri parecían estallar como fuegos artificiales. Yo, en secreto, estaba contentísima a pesar de la derrota de mi equipo. Nada se comparaba con el gesto de felicidad pura en la cara de Yuri cuando los Yankees corrieron al campo y alzaron a Mariano en hombros y lanzaron sus gorras, extasiados de emoción. Le había dicho a Yuri que me encantaban los Mets porque eran el equipo débil de Nueva York. Pero los Yankees hacían que Yuri se sintiera como un campeón, y por eso les agradecí en silencio y con mucho gusto comí el pan de jengibre con crema batida que había preparado Katya.

66

Vi a Yuri justo después del día de Acción de Gracias, y, aunque seguía en recuperación, todos en su casa estaban de buen ánimo. La corona de hojas de maíz y arándanos secos de Katya era un símbolo de calidez y festividad. Pasé por casa de mi madre y recogí un plato de lasaña para compartir con ellos.

—¿Más comida? —preguntó Katya al tomar el platón—. Casi no puedo moverme; he comido muchísimo en los últimos días.

—Así es en Estados Unidos —bromeé—. La tierra de la abundancia y un poco más.

Katya sonrió y señaló a Yuri.

—Extraña la escuela y a todos los amigos que hizo el año pasado. —Negó con la cabeza —. Pero el doctor no quiere que vuelva todavía. —Puso la lasaña en el refrigerador y se movió con gracia hacia la estufa—. ¿Té?

Asentí.

—Finn sigue visitándolo —dijo, queriendo sonar optimista. Prendió la estufa—. Pero, para serle honesta, desde la operación, Yuri pasa mucho tiempo mirando la ventana, simplemente contemplando las nubes.

Me dio gusto que Finn continuara frecuentando a Yuri a pesar de que ya no tuviéramos nuestras sesiones de lectura. Al principio del año vi a Finn en el pasillo de la escuela y me sorprendió lo mucho que había crecido ese verano. Era casi de mi tamaño, sus hombros estaban más anchos y su cara era más angulosa. Había menos de esa etapa translúcida que tanto nos fascinaba a Suzie y a mí, y parecía más un joven.

Extrañaba a Finn en clase y a Yuri también. Tenía sentimientos encontrados cuando veía a mis exalumnos caminar por los pasillos. Sabía que ya no estarían en mi grupo, pero también me quedaba claro que lograrían muchas otras cosas cuando salieran de Franklin. Esa parte del ciclo de enseñanza seguía tocándome una fibra sensible.

Sin embargo, el lado positivo, lo que siempre me restauraba el ánimo, era mi nueva camada de estudiantes. Acababa de asignarles sus últimas tareas de escritura sobre narrativas personales y sabía que eso me haría sentir más cercana a ellos y a sus pensamientos.

Los días transcurrieron con mayor rapidez de lo que me habría gustado; intenté pasar más tiempo con Daniel y con mis padres en medio de todas mis responsabilidades en la escuela. Estaba por buscar a Katya para organizar otra visita a Yuri antes de que llegara la Navidad cuando Sasha me llamó.

El teléfono estaba sonando cuando llegué a casa. Me ocurre algo con el timbre de los teléfonos. Muchas personas no tienen problema con dejarlo sonar y que la contestadora responda; yo, en cambio, hago todo lo que esté a mi alcance para tomar la llamada.

Después de abrir la puerta rápidamente y lanzar mi bolsa al piso, llegué al teléfono justo antes de que la contestadora se accionara.

—¿Señorita Topper? —La voz apenas se escuchaba. Nunca olvidaré ese sonido porque no parecía la voz de Sasha. Era un susurro bajísimo.

—¿Señor Krasny?

Lo que siguió fue un silencio terrible. Y en ese silencio supe casi de manera intuitiva que algo terrible había sucedido. La falta de palabras, la incapacidad para decir algo concreto. Escuché todo eso al otro lado del auricular, aunque no quería creerlo.

—¿Señor Krasny? ¿Sasha? —insistí, con el corazón a mil por hora.

—Sí, soy Sasha. —Una vez más, las palabras eran casi inaudibles, como si las pronunciara alguien que no podía respirar.

Me pegué el auricular lo más que pude a la oreja.

—¿Está todo bien? —En mi voz era evidente el pánico.

—Es Yuri —dijo, con la voz quebrada. Una vez más, escuché el silencio y luego lo que semejaba una respiración entrecortada—. Fue una arritmia repentina.

—¿Qué? —Mi voz rebotó en mi pecho—. Pero está bien ahora, ¿verdad? —Deseaba estar en una realidad paralela, una en la que Yuri estuviera frente a mí, sonriente y feliz.

—No —alcanzó a responder Sasha, antes de que sus palabras se perdieran entre los sollozos.

Después de eso, todo se vino abajo. Solté el teléfono y caí de rodillas.

Los detalles vinieron después, cuando me describieron la terrible escena, una vez que me reuní con ellos en su casa. Tenían el rostro enrojecido y desencajado. Katya estaba sentada en el sofá, el cuerpo lánguido, los ojos irritados. No podía hablar y claramente había dejado de comer. Los dos parecían crisálidas vacías, huecas por la pena.

Nos sentamos en la sala, donde todos los rastros de Yuri seguían intactos. Sus libros yacían en la mesa de centro, junto a un lápiz medio mordido y los frascos anaranjados de sus medicinas. Encima de la chimenea estaba el trofeo de beisbol que Finn le había dado. El cuarto parecía un purgatorio; cada objeto permanecía en su lugar a pesar de la ausencia de su dueño. Sentí que mi mente me engañaba. ¿Cómo no estaba Yuri ahí, en su sillón mullido? ¿Cómo era que no volvería a escuchar su voz o a ver sus ojos azules llenarse de vida al hablar de libros o de beisbol? ¿Y cómo era que los pájaros se atrevían a seguir cantando afuera, cuando el niño que siempre se sentaba junto a la ventana y los admiraba en su vuelo se había ido para siempre?

Cada vez que Katya intentaba hablar, se le iba la voz. Sasha, después de hacer acopio de toda su fuerza, me contó los terribles detalles. Yuri había estado quejándose de dolor de cabeza ese día y Katya pensó que se debía a la lluvia y al cambio en la presión del ambiente. El chico se desmayó de camino al baño y Katya lo sostuvo en sus brazos hasta

que llegó la ambulancia.

—Fue todo tan rápido —dijo Sasha en voz muy baja. Contuvo la respiración—. Para cuando llegaron al hospital, Yuri ya se había ido.

Días después, en la mañana del sepelio, apenas logré salir de la cama. Simplemente no entendía que Yuri no estuviera con nosotros. Todavía escuchaba su voz, su risa. Veía su rostro por doquier; sus ojos color azulejo, llenos de vida. Pero la imagen de Katya y Sasha, sentados como dos fantasmas en su sala, era el contraste más marcado para esos recuerdos. Le dije a Daniel que pensaba que no sería capaz de soportar el funeral; mi pena era inmensa.

Me habían pedido que dijera unas palabras en el funeral. Me quedé toda la noche despierta, intentando escribir algo; pero en ese momento, con el papel en la mano, me preocupaba no poder hablar.

Recuerdo muy poco de lo que pasó esa tarde. Hay cosas que aún tengo bloqueadas. La imagen de Sasha y Katya en los primeros asientos, sus cuerpos perdidos bajo la ropa de luto. Sus rostros tan pálidos y maltrechos que parecían dos marionetas a punto de caer, sin que nadie les sujetara los hilos.

Más que moverse por una habitación, Katya solía flotar; sus brazos y piernas parecían ingrávidos; su cuerpo era naturalmente bello. Ahora, apenas podía mantenerse en pie. Cuando me acerqué para darle un abrazo, se derrumbó en mis brazos.

El pequeño ataúd de Yuri estaba dispuesto en el centro de la habitación. Encima había una corona de flores blancas con un papel que simplemente decía «Amor». No podía mirarlo. No quería pensar en el cuerpo que se hallaba dentro de esa caja laqueada, sabiendo que se trataba del niño al que había querido tanto y que pronto estaría debajo de la tierra para siempre.

—Daniel. —Apenas pude decir su nombre, así que mejor le apreté la mano—. No voy a ser capaz de leer esto.

Le entregué mi elegía, con la esperanza de que la leyera por mí. Sin embargo, él me la regresó con gesto dulce.

—Maggie —susurró—, lo amabas y él siempre fue muy valiente por ti. Ahora tú tienes que ser valiente por él.

En un cuarto con muros grises y un podio de madera en uno de los lados, aparecieron rostros familiares. Lisa Yamamoto llegó con su mamá, lo mismo que Rachel Mendelsohn y Roland McKenna. Vi al director Nelson sentarse en una de las últimas filas; a Florence, con su broche de mariposa en la solapa de su traje oscuro y el rostro serio, e incluso a Ángela, quien ocupó un lugar atrás de ella.

Luego vi a Suzie. Casi no la reconocí con ropa negra y el pelo recogido en un chongo respetuoso. Cuando se me acercó, no me dijo nada. Sus brazos me envolvieron y sentí que la calidez de su piel absorbía mi pena como una esponja.

Por último, Finn se presentó con sus padres y su hermana pequeña. Aunque la mayoría

de los dolientes se sentaba en las últimas filas, Finn caminó por los lugares vacíos para tomar asiento cerca de los Krasny. Con un saco azul marino y pantalones caqui, se veía cinco años más grande que cuando vestía el uniforme escolar. Ayudó a su madre a acomodar a su hermana y le detuvo la muleta; cuando nuestros ojos se cruzaron, noté que estaba intentando mantenerse estoico y no llorar.

Más tarde, me paré frente al podio, con las manos sujetando los bordes. Cerré los ojos y respiré profundo, rezando para que mi voz no se quebrara antes de pronunciar la última palabra. Me negué a mirar el ataúd; más bien me enfoqué en las puertas de madera mientras el cuarto quedaba en silencio. Volví a respirar profundo y sentí que algo cambiaba, como si Yuri estuviera frente a mí. Comencé como si le estuviera hablando solo a él.

Yuri:

Llevo toda la noche mirando este papel, pensando cómo capturar todo lo que eres. Durante nuestra amistad, busqué enseñarte el poder de las palabras. ¿Cuántas veces discutimos pasajes de libros que nos conmovieron? Ambos aprendimos que las palabras tienen el poder de inspirarnos, de unirnos, de llenar esos espacios desconocidos. Pero hoy siento que las palabras no son capaces de describirte.

Yuri, muchas personas dicen que una sonrisa puede iluminar una habitación entera; pero, para mí, tus ojos eran las lámparas más brillantes. Nunca he visto ojos tan cristalinos y que irradiaran tanta luz. Jamás te confesé que solía recordar tus ojos mucho tiempo después de irme de tu casa por las tardes. Flotaban en mi mente como dos faros en una tormenta oscura. Veía tanto en esos ojos: inteligencia, humor, curiosidad y el deseo de hacer más con tu vida de lo que tu corazón te permitiría.

Yuri, se supone que una maestra debe instruir a sus alumnos, pero yo sé que aprendí mucho más de ti de lo que pude haberte enseñado. Me enseñaste a valorar el mundo a mi alrededor. Me empujaste a pensar más profundamente, a desafiarme a mí y a mis otros estudiantes en el salón. Me diste una lección de valentía. Cuando te visité en el hospital, parecías un guerrero con todas esas máquinas conectadas a ti. Me mostraste cómo hacer lo que la mayoría de la gente da por hecho: respirar sin complicaciones, saborear cada partido de beisbol y soñar con llegar a estar lo suficientemente fuerte para jugar.

Nunca entenderé por qué una vida que comienza y está llena de posibilidades, rebosante de curiosidad, puede ser arrancada de esta tierra tan pronto. Nunca entenderé cómo a un niño con el corazón más generoso que he conocido se le puede detener el corazón antes de tiempo. Lo que sí sé es que dejaste una huella imborrable, no solo en mí, sino en todas las vidas que tocaste. Siempre recordaré esa tarde en la que me citaste las palabras de Tuck para siempre, *un libro que te causó enojo por no haberlo leído antes: «La vida tiene que vivirse, sin importar cuánto dure». Y, Yuri, nunca sabrás cómo me enseñaste lo que significan esas palabras.*

Una vez dijiste que Derek Jeter era tu héroe porque nunca se rendía, porque siempre daba lo mejor de sí en cada juego. Yuri, tú eres y serás para siempre mi héroe, mi campeón.

Cerré los ojos y sentí que se me iba la fuerza. Me había pasado como a esas mujeres cuyo hijo queda atrapado debajo de un auto y que por un momento reúnen una fuerza sobrehumana para salvarlo. Pero ahora, después de terminar de hablar, estaba a punto de colapsar.

Recuerdo muy poco, salvo que Daniel me llevó a sentar en una silla, supongo que debido a mi rostro, que seguro estaba muy pálido. También tengo el recuerdo borroso de haber salido de la iglesia, donde vi a Finn unos pasos adelante de mí y sacando su gorra de los Yankees. Había escrito el nombre de Yuri en la visera con plumón plateado, y noté cómo se la puso y la jaló lo más abajo posible para cubrirse el rostro y las lágrimas.

Yuri fue enterrado bajo la sombra de un enorme arce. Su lápida era dolorosamente simple: «Yuri Alexander Krasny. Amado hijo y amigo».

Después del entierro, Daniel manejó a casa sin decir una palabra. El silencio nos envolvía. La pena era imposible de compartir.

67

Los meses posteriores a la muerte de Yuri no fueron sencillos para mí. Pasé los primeros envuelta en una neblina, incapaz de procesar el hecho de que un niño tan brillante y lleno de curiosidad se hubiera ido. Había días en los que debía esforzarme al máximo para salir de la cama y acudir a la escuela porque lo único que quería era acurrucarme y llorar durante horas.

Dormía mal. No podía cerrar los ojos a menos que la radio o la televisión estuvieran encendidas para distraerme, porque me era imposible dejar de pensar en el funeral de Yuri. Veía a Katya, rígida en su silla, sus grandes ojos azules mirando el pequeño ataúd de su hijo con lágrimas rodándole por las mejillas. Y sabía que, si mi dolor era así de grande, el suyo debió haber sido inconmensurable.

Algunas veces despertaba a mitad de la noche y escuchaba la voz de Yuri en mi mente. Tenía sueños muy intensos en los que lo veía sentado en su enorme y cómodo sillón, sus ojos azules mirándome con gran lucidez. Percibía su voz infantil hablando con animación de los Yankees. Observaba sus manos pálidas dando vuelta a las páginas de uno de los libros que leíamos. Sentía la atmósfera entre nosotros como una mezcla de emoción y melancolía; un niño ansioso por hacer más, pero impedido por su fragilidad física.

Y entonces despertaba y me daba cuenta de que se trataba de un sueño y mi cuerpo empezaba a temblar. El único que me tranquilizaba era Daniel, que me decía que el alma fluía como la música, que llenaba los espacios más amplios. Como el aire o como el aliento, el alma era capaz de viajar a donde el corazón estuviera abierto, durante el sufrimiento, durante el amor. Él tomaba mi mano y se la llevaba al pecho para que volviera a dormirme sintiendo el ritmo de su corazón.

Llamé varias veces a los Krasny para ver cómo estaban, pero solo me respondía la contestadora. Habían pasado casi tres semanas desde el funeral, y, después de dejar varios mensajes, decidí llevar un plato de lasaña de mi madre como gesto de amor. Sabía que no tenían familia en Estados Unidos, así que quería que supieran que no estaban solos en su pena.

Manejé hacia su casa una tarde fría y frágil. El invierno casi había llegado y los árboles al lado del camino estaban desprovistos de hojas. Y, sin embargo, el viaje se me hizo tan familiar que podría haber cerrado los ojos y verme a mí misma dirigiéndome a mi destino con la bolsa llena de materiales escolares, ansiosa por pasar tiempo con Yuri.

Tenía un plan: si los Krasny no atendían al timbre, dejaría la comida en la entrada con

una pequeña nota. Así sabrían que, aunque no habíamos tenido la oportunidad de hablar, yo seguía llevándolos en mi corazón, a ellos y a Yuri.

Era claro que se encontraban en casa cuando llegué. Los coches de ambos estaban afuera y había una lámpara encendida cerca de la ventana. De modo que, con gran nerviosismo, apagué mi auto y con el platón de lasaña envuelto en papel aluminio caminé hasta la puerta.

Con el rostro sin rasurar, Sasha abrió la puerta; sus manos se veían temblorosas cuando tomó el platón. Apenas pudo decir mi nombre y me hizo una seña para que entrara. La pena tiene un color y un aroma particular. La casa estaba a oscuras y el aire se sentía estancado.

—Perdón por venir sin avisar —me disculpé—. Solo quería pasar un momento y ver cómo estaban.

Asintió. Sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas.

—Le dejé algunos mensajes a Katya en la contestadora —dije en voz baja.

—Sí —musitó distraído, como si fuera la única palabra que pudiera pronunciar. Estaba dando vueltas con la lasaña en las manos, sin saber dónde dejarla.

La casa parecía estar colapsando desde el interior. Había un abrigo en el piso; un zapato azul estaba abandonado cerca de la puerta, y una taza y varios platos yacían sobre la mesa de centro.

Finalmente, Sasha tomó la charola y la puso en la mesa de la cocina.

—Por favor. —Me hizo un gesto para que me sentara en el sofá.

Entré a la sala. Seguía inalterada. El sillón. El trofeo de Finn. Los frascos de medicina. Nada había cambiado, no habían tirado nada.

—No hemos tenido oportunidad de… —Hizo un gesto hacia las reliquias de Yuri. Bajó la mirada y vi que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entiendo —dije con torpeza—. Solo quería pasar para dejarles algo. Sé que debe ser difícil comer incluso… Pero mi parte italiana quería mostrarles que estoy pensando en ustedes.

—Siempre ha sido muy amable. —Se acomodó en su asiento, se inclinó y se llevó las manos al rostro—. Quizá sea mejor que se lleve la comida. Nadie se la comerá.

—La pueden congelar —sugerí—. O tirar, incluso. Solo quería que supieran que…

—Lo sabemos, Maggie. Lo sabemos. —Su voz sonaba quebrada, dolorida, como un cristal roto. Al escucharlo decir mi nombre, todo resultó incómodo, como una herida abierta.

Iba a decir algo cuando alcancé a ver a Katya envuelta en una bata de baño holgadamente amarrada. Su cabello, suelto y lacio, caía encima de la prenda. Me miró con los ojos vacíos, el rostro hundido y cóncavo. Tenía la misma expresión ausente que hacía tantos años le había visto a la señora Auerbach.

Antes de que pudiera decirle nada, su voz cortó el aire. Dijo algo con tono enérgico, en ruso; unas palabras incomprensibles para mí. Sasha palideció y volteó a verla; le

respondió en ruso, en voz baja y mesurada.

El aire en el cuarto cambió.

—No debí haber venido —dije, con la voz entrecortada. Estaba temblando.

Sasha se puso de pie y caminó hacia Katya. Le quitó el cabello de la cara. Y luego, sin decir otra palabra, se la llevó a su cuarto.

Me quedé sentada ahí, aturdida. Pasaron varios minutos y Sasha no volvía. Me levanté, me colgué la bolsa al hombro y salí de la casa.

Apenas pude manejar de vuelta después de la visita a los Krasny. El encuentro con Katya rondaba mi mente. Claro, no había comprendido sus palabras, pero el tono de voz y la manera como me miró me hacían pensar que me culpaba por la muerte de Yuri.

Cuando llegué a casa, tuve que hacer acopio de fuerzas para entrar y subir a mi cuarto. Daniel no estaba en su casa, así que llamé a Suzie.

—Está en el fondo del agujero más oscuro imaginable, Maggie. Está en duelo por la muerte de su hijo. No tiene nada que ver contigo.

—Creo que sí —le dije, llorando—. Creo que me culpa por la muerte de Yuri…

—Querida —me respondió con afecto—, ¿cómo se te ocurre tal cosa?

—Quizá piensa que Yuri nunca debió haber regresado a la escuela… Quizá piensa que haber tenido más actividad hizo que su corazón se debilitara…, como aquella vez que Finn y él se escaparon juntos… —Respiraba con dificultad entre palabras.

—Más bien creo que extraña enormemente a Yuri. Maggie, tú estarías enloqueciendo también si hubieras perdido a un hijo.

Me cubrí la boca para tratar de acallar los sollozos.

—No debí haber ido sin avisar.

Suzie guardó silencio un momento.

—Tal vez tengas razón en eso. Quizá no debiste haber ido, pero no hay nada que puedas hacer ahora. En unos días, llámalos y discúlpate. Diles que fuiste porque sentías un gran cariño por Yuri y porque ellos te importan también. —Respiró profundamente—. Los corazones rotos no sanan de la noche a la mañana.

Colgué el teléfono. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. No estaba segura de que los corazones rotos pudieran sanar alguna vez; quizá latían de otra manera, alterados para siempre.

68

Después de esa tarde llamé a los Krasny una, dos, tres veces el mismo mes. Siempre me contestó su máquina y no recibí respuesta.

Al mes siguiente lo intenté de nuevo. Al tercer mes lo intenté una última vez.

Daniel me abrazó esa noche, me acarició el pelo y me susurró al oído que me amaba.

—Necesitan su espacio. No tiene nada que ver contigo —me explicaba, buscando consolarme.

Sin embargo, el recuerdo de la mirada de Katya y las palabras que pronunció y yo no entendí no me dejaban tranquila. Durante la hora de comida seguía preocupada, y Suzie finalmente me dijo:

—Quizá nunca sepas lo que dijo Katya. Y sé que eso es muy difícil.

La miré. Mi hermosa amiga, con sus ojos duros y brillantes, su suéter de chenilla con estrellas bordadas.

—Pero tienes que vivir tu vida y hacerlo de tal forma que honres la memoria de ese niño —añadió. Su voz era firme y fuerte—. No le des vueltas a la pena privada de sus padres una y otra vez como disco rayado. Maggie, no es tu pena.

Las palabras de Suzie me llegaron muy adentro y, aunque fue difícil escucharlas, despertaron algo en mí. Comencé a pensar en la vida de otra manera, procurando reajustar mi sentido de la oportunidad. Busqué vivir más en el presente y apreciar lo que tenía a mi alrededor. Traté de honrar el espíritu de Yuri al concentrarme aún más en mis clases y en mis estudiantes. Pensaba en él cada vez que hablaba de las imágenes del Coliseo o la rebanada de pizza en la portada de mi cuaderno de escritura. Y también cada vez que le daba a leer *Shoeless Joe* a algún alumno que amaba los deportes, y casi podía escucharlo cuando abordábamos los pasajes más conmovedores.

Había otros gestos más pequeños que me vinculaban con la memoria de Yuri, los cuales hacían que mi vida fuera un poco más dulce, un poco más pausada, y que me inspiraban a saborear más el mundo que me rodeaba. Compré un comedero de pájaros y lo puse afuera de la ventana de la cocina. Era simple, sin pintar, una clásica casa de madera con una percha y un círculo como puerta. Y siempre que un cardenal o un azulejo se acercaban a comer, me acordaba de Yuri. La visita de los pájaros me reconfortaba; me decía que su espíritu seguía presente conmigo justo cuando abrían sus majestuosas alas y volaban con confianza por el cielo.

La vida, como suele hacerlo, continuó. Daniel se mudó a la cabaña antes de Navidad y los meses que siguieron no fueron para nada iguales a los que pasé con Bill. La casa adquirió vida con el sonido de sus instrumentos. No solo el violín de mi padre, sino también un viejo banyo que conservaba de la universidad y un ukelele que estaba aprendiendo a tocar. Compramos nuevas repisas para el cuarto y las llenamos con nuestros libros y CD favoritos. La casa, que siempre me había parecido pintoresca, ahora estaba plena y completa; ya parecía un verdadero hogar.

Una tarde esa primavera, estaba sentada en el jardín, en una de las sillas Adirondack que había pintado de blanco, leyendo un libro a la sombra del árbol de tilo. El aire olía a lilas y pasto recién cortado. Dejé el libro a un lado cuando vi a Daniel acercarse.

—Maggie Topper —pronunció mi nombre completo y me sonrió tan cálidamente que habría derretido un glaciar entero. Traía algo en el puño cerrado. Antes de que pudiera decirle algo, se puso de rodillas y me pidió que me casara con él.

Siempre asociaré el olor de las lilas con la propuesta de matrimonio de Daniel y con el beso cálido que le siguió. Miré la delgada argolla de platino con una piedra circular rodeada de un pavé de diamantes mientras la deslizaba en mi dedo. Era un pequeño círculo de estrellas perfectamente cortadas.

—Había planeado pedirte matrimonio desde el invierno, pero me pareció que necesitabas enfrentar el duelo de Yuri apropiadamente.

Lo besé una vez más, con los ojos húmedos de emoción. ¿Cómo tuve tanta suerte al encontrar a ese hombre de hermoso corazón y alma de músico?

—Sí, acepto casarme contigo, Daniel O'Reilly —le susurré al oído y él me abrazó.

Esa tarde, mientras los pétalos de lila volaban por el aire y los petirrojos saltaban por el pasto, sentí que el ciclo de la vida me rodeaba de una manera embriagadora y vigorizante. Esa misma sensación, mitad nervios, mitad anticipación, la experimentaba cuando era niña en el primer día de clases.

69

Nos casamos un día soleado de principios de julio. Mi madre me hizo una guirnalda con frescas rosas rosas, lavanda y flores blancas cortadas de su jardín. A su vestido de bodas le alargó la falda con un encaje antiguo para que yo pudiera usar una prenda con historia familiar; con sus hábiles dedos imprimió su amor a todo lo que me llevaba a mi nueva vida, incluida la comida de la recepción, que sirvió en los platones pintados a mano de mi abuela en una mesa grande dispuesta con velas en el jardín de nuestra cabaña.

Bebimos champaña en copas delgadas y bailamos al ritmo de Van Morrison; Daniel me acercaba a él para cantarme «She's as Sweet as Tupelo Honey» al oído. La noche siguiente hicimos el amor en un pequeño hotel de Vermont, con las ventanas francesas del balcón abiertas y nuestros cuerpos iluminados por un baño de estrellas blancas.

Tras cuatro años de matrimonio, Daniel y yo estábamos listos para formar nuestra propia familia. Nunca había considerado tener hijos cuando estuve con Bill, pero ahora era algo que realmente quería. Había pasado mis veintes rodeada de los hijos de los demás, lo mismo que Daniel, y, una vez que entramos a los treinta, las ganas de tener un niño nos dieron muy fuerte. Comenzamos a pensar en un cuarto extra para el bebé. Visité a mi ginecólogo y salí sintiéndome fuerte y sana. Empecé a tomar ácido fólico cada mañana y a comprar los libros infantiles que más me gustaban cuando iba a la librería.

Por la noche, Daniel me consentía y jugábamos a buscarle el nombre más adecuado a nuestro hijo no nacido. Juliet si era niña y George si era niño, pues eran la versión inglesa del nombre de Yuri. Imaginábamos cómo se vería con nuestros rasgos combinados. Con su cabello ensortijado, mis ojos oscuros, su talento musical, y la altura y el apetito de mi familia.

Los primeros meses que procuramos quedar embarazados fue como si viviéramos una segunda luna de miel. No podíamos esperar a salir del trabajo. El jardín estaba lleno de las flores que tanto me gustaban. La chimenea finalmente tendría un descanso después de habernos sido tan útil durante el invierno. Cocinábamos grandes cenas con pasta y vegetales asados y evitábamos beber mucho vino. Cenábamos afuera y contemplábamos las luciérnagas en el jardín. No sabíamos cuándo veríamos la marca rosa en la prueba de embarazo, pero estábamos pasándola muy bien mientras tanto.

Pero, para cuando pasó la Navidad, después de casi ocho meses de intentarlo, empecé a sospechar que algo no andaba bien. Tenía treinta y tres años y, sin duda, no era demasiado mayor para tener hijos. Una segunda visita a mi ginecólogo resultó en una

serie de complejos exámenes de sangre para descubrir algún desequilibrio hormonal. El médico me sugirió un ultrasonido para averiguar si tenía ovarios poliquísticos o endometriosis.

Sin embargo, los doctores no pudieron hallar ninguna causa que me impidiera embarazarme. Daniel se hizo pruebas y tampoco descubrieron nada.

Y, aun así, cada mes llegaba mi periodo y el corazón se me quebraba. La constante montaña rusa de pensar que, finalmente, ese sería el mes en el que comenzaría la gestación del bebé que tanto deseábamos me tenía hecha un desastre emocional. En cuanto sentía un dolor en el abdomen, pasaba de imaginar que el embrión se estaba implantando a temer que estuviera teniendo un aborto espontáneo antes siquiera de haber tenido una prueba de embarazo positiva.

Si tienes una amiga que va a tu casa en cuanto se lo pides, que percibe el dolor en tu voz o incluso en tu respiración cuando la llamas por teléfono; si tienes una amiga que te conoce muy bien y te quiere mucho, entonces considérate una de las personas más afortunadas del mundo. Para mí, esa amiga era Suzie. Más que eso, era un salvavidas y un faro de optimismo y esperanza cuando lo único que yo quería hacer era meterme en la cama con una compresa caliente y media caja de pañuelos desechables.

«Me bajó», le decía, y ella sabía que esas gotas de sangre traerían gran cantidad de lágrimas. Otro fracaso. Otro ciclo sin tener un bebé. Había días en los que me encontraba en el estacionamiento de la escuela, cerca de uno de esos grandes árboles que la bordean, y me alcanzaba unos pañuelos para limpiarme las lágrimas. También varias veces me cubrió con los demás maestros después de que la llamaba para avisarle que no podría ir a trabajar porque mi tratamiento para la ovulación me producía náuseas y debilidad.

Daniel no sabía qué decir para reconfortarme, pero lo intentaba a su modo. Cada vez me sentía más frustrada, y esa frustración me silenciaba de una manera que no había vivido antes. Habíamos agotado nuestros ahorros en dos fertilizaciones *in vitro* y comencé a pensar que nunca saldríamos de ese oscuro agujero. El peor escenario posible de pronto me parecía muy real: Daniel y yo no podríamos tener un hijo propio. Esa realidad, tan terrible y demoledora, me devoró por completo. Antes me alegraba cuando alguna colega anunciaba su embarazo; ahora odiaba a todas las mujeres que me parecían más sanas y en mejor estado físico que yo. Envidiaba todo de ellas. Sentía que me había convertido en un monstruo verde y horrendo, que mi alma era horrible y celosa.

Seguí el consejo de Suzie y probé con la acupuntura. Comí espinacas y otras verduras ricas en ácido fólico y vitaminas B y D. Lejos quedó la ropa interior seductora o las cenas preparadas en casa con mantequilla y laurel antes de meternos a la cama. Ya no tenía energía para la seducción, y el juego previo entre Daniel y yo se redujo a tomarme la temperatura y exigirle que estuviera listo para hacer lo suyo al instante. Pero nada funcionaba. Hubo un tiempo en el que con cada ciclo creía que todo era posible, pero ahora lo único que sentía era desesperanza.

Mi madre, desesperada por contribuir, sugirió algo tan ridículo que no supe si molestarme por lo tonta que sonaba su propuesta o abrazarla porque estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudarnos a Daniel y a mí a concebir un bebé. Había leído acerca de una isla en la costa italiana llamada Isquia, un lugar de aguas sagradas donde —según la leyenda— las sirenas iban a nadar cuando no podían quedar preñadas. Para ella, la isla parecía un sitio de esperanza. Y me puso en la mano un par de boletos de avión para Italia.

Para fines de agosto, Daniel y yo nos tomamos de la mano y cruzamos el Atlántico. Yo intenté dejar atrás mi esperanza de formar una familia. Sabía que el deseo de mi madre era que sanáramos como pareja, así que me rendí ante la idea de que el viaje era el primer paso para esa restauración. Viajamos primero a Roma y luego a Nápoles. Comimos pizza hecha por hombres delgados que con sus palas de madera extraían discos perfectos y manchados de carbón, con queso mozarela de leche de búfala y tomates calentados al sol. De ahí abordamos un ferri a Isquia, donde el agua del legendario golfo estaba tan tibia como una tina y había aroma de limones en el aire.

Me enamoré de Daniel por segunda vez en ese viaje. Vi cómo su rostro se transformó al escuchar la música de Vivaldi que salía de una pequeña iglesia en Trastevere. Me maravillaba su pasión por las artesanías de los artistas locales y su insistencia en que compráramos un pequeño Pinocho de madera para llevárselo a mi padre como recuerdo. De pronto, la posibilidad de que nos convirtiéramos en una pareja de viejos con arrugas y cabello blanco no parecía una sentencia de muerte. Ahora me sentía afortunada de haber conocido a alguien con quien compartir el mundo y con quien podía vivir una vida llena de amor.

Pero, en el camino de vuelta a casa, Daniel me dijo que me veía distinta. No quería decir nada, pero yo también notaba que algo había cambiado en mi interior. Mi cuerpo se sentía tibio y contento. Y, más extraño aún, tenía una sensación poco familiar, como si me hubiera tragado una mariposa.

La primavera siguiente, ya a punto de llegar a término, tenía una enorme panza redonda y senos grandes, y lo único que quería era estar en la cama todo el día y comer mozarela con los pies sobre una pila de almohadas y un ventilador portátil apuntándome a la cara. Habían pasado los primeros meses de náuseas y mi madre se empeñaba en alimentarme a mí y a su nieto no nacido con entusiasmo desbordado. Me cumplía cualquier antojo. Daniel había subido cuatro kilos por todas las lasañas y manicotti que me enviaba mi madre y que compartía conmigo.

En silencio, me regocijaba, pues todas las piezas de la vida que había imaginado estaban, finalmente, en su lugar. Daniel tenía trabajo en una nueva escuela y había recibido un aumento de sueldo inesperado. Pero, más importante aún, los dos estábamos emocionados porque, después de intentar durante tanto tiempo tener un bebé, en el verano íbamos a saborear nuestros primeros meses como padres.

Ya habíamos concluido los últimos detalles de la habitación del bebé; adecuamos el

cuarto extra y le pusimos libreros de pino blanco y una mecedora con un asiento a cuadros blancos y azules. Mi papá había venido a ayudar a Daniel a armar la cuna, y los dos cantaban mientras trabajaban.

Cuando terminaron, mi mamá y yo pusimos las sábanas de algodón sobre el pequeño colchón y atamos a los bordes los protectores de cuna. A las dos nos parecía increíble que pronto habría un bebé durmiendo en ese nido perfecto.

El embarazo me hizo estar más emocional que nunca. No era solo el influjo de las hormonas que inundaban mi cuerpo. También sentía que algo me salía del corazón: el amor que me provocaba ese niño que nadaba en mi interior, que pateaba por las noches y empujaba mi piel con su puñito o su piecito. El peso del amor, así se lo describí a Daniel. Estaba nerviosa. Estaba emocionada. Estaba preocupada. Estaba ilusionada. A diario percibía que mi conexión con nuestro bebé era cada vez más fuerte.

Ese junio, faltando tres semanas para llegar a término y con el cuarto del bebé ya completo y los cajones llenos de ropita que me habían regalado en el *baby shower,* pude concluir el año escolar en Franklin sin mucho estrés. Me parecía sorprendente que la generación de Yuri y Finn se graduara de preparatoria el fin de semana siguiente. La mayoría de ellos entraría a la universidad y comenzaría su vida adulta.

Había mantenido la promesa que hice a todos mis grupos de guardar las cartas que escribieron a su yo del futuro. Ese año sería la primera vez que mis exalumnos se graduarían y estaba ansiosa por enviarles los mensajes que habían redactado cuando tenían doce años.

Las cartas estaban en un archivero en el sótano, dentro de fólderes color manila. Abrí el que decía «Generación 2006» y dejé caer su contenido en el suelo. Era la generación de Finn y Yuri. Extendí las cartas por el piso. Dicen que los aromas pueden hacer recordar cosas que estaban dormidas. Pero, como maestra, con solo ver los nombres y la letra de mis antiguos estudiantes llegó un caudal de memorias. Vi la letra perfecta de Lisa Yamamoto y sus dibujos de flores en todo el sobre. Saqué su carta y, cual copos de nieve, cayeron tres grullas de papel cuidadosamente dobladas.

Querida Lisa:

Felicidades por cumplir dieciocho y por graduarte de prepa. Espero que cuando leas esto hayas crecido quince centímetros y hayas sido aceptada en muchas universidades. Espero que uses un gran vestido para la fiesta de graduación y tengas la mejor cita del mundo. Espero que ya hayas viajado a París, pero, si no lo has hecho, ojalá vayas pronto. Espero que ya tengas tu licencia de conducir para que puedas ir a todos los lugares que quieras sin que tus papás tengan que llevarte. Cuando cumplas dieciocho, espero que estés en camino de convertirte en diseñadora de modas y que nunca abandones tus sueños.

De parte de tu yo de doce años,

Lisa Yamamoto

Sonreí y volví a meter la carta en el sobre. Luego saqué otra. Sin lugar a duda, era la de Óscar Letino. El niño tenía la peor letra de la clase, pero siempre estaba lleno de energía y con una sonrisa en el rostro. Abrí el sobre.

Querido Óscar:
Felicidades por cumplir dieciocho. Espero que cuando leas esto midas 1.80 y tengas seis millones de novias. Espero que vayas al baile de graduación con Stephanie Besuto y que te deje darle un beso.
Espero que la señorita Topper no guarde esta carta porque me va a dar muuuucha pena si lo hace.
Atentamente,

Óscar Letino

La de Zach Gordon fue la siguiente.

Querido Zach:
¡Felicidades por cumplir dieciocho y graduarte de prepa! Espero que te estés divirtiendo y estés listo para ir a la Universidad de Virginia, donde vas a ser pícher y a jugar como armador. Espero que tu novia supermodelo te trate bien cuando se casen y tengan cinco hijos. Cuando leas esta carta, espero que te sientas increíble.
Atentamente,

Zach

El sobre de Rachel Mendelsohn estaba lleno de dibujos. En el periódico de Franklin leí que había sido aceptada en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Su carta, escrita con tinta morada, era breve y adorable:

Querida Rachel:
Espero que cuando tengas dieciocho estés viviendo una vida mejor y más interesante. Espero que la hayas pasado increíble en prepa y que hayas tomado la clase de Fotografía Avanzada para la se requiere recomendación. Espero que tengas uno de los mejores portafolios de arte y que entres a una gran escuela de Arte. Aquí te dejo un dibujo de cómo creo que te verás cuando te gradúes de la prepa.
De tu yo de doce años,

Rachel Mendelsohn

En la parte inferior del papel, Rachel se había dibujado vestida de negro, con un portafolios repleto de obras de arte y un pincel en la boca.

Luego me encontré con la carta de Finn.

Querido Finn:

Felicidades por graduarte de prepa. Espero que hayas tenido un año increíble y sería fantástico si lograste entrar al equipo de basquetbol y de beisbol. Ojalá que seas capitán de los dos también. Espero que mamá y papá estén orgullosos y que te hayan admitido en una buena universidad. Espero que hayan ideado una operación para que Kelly no tenga que usar su muleta y pueda correr contigo afuera. Espero que cuando asistas a la universidad te vaya bien e ingreses en la escuela de Medicina para buscarle una cura a lo que tiene Kelly, si es que todavía no existe. Espero que te conviertas en doctor y ayudes a mejorar la vida de los demás.

Finn

Empecé a llorar. Había mucho en esa carta que no había procesado cuando la leí, seis años atrás. Finn no conocía a Yuri cuando la escribió, pero su increíble empatía estaba ahí desde entonces.

El sobre de Yuri era el único que estaba sellado. Estaba lleno de dibujos de jugadores de beisbol y el número 2 de Derek Jeter. Sentí que el bebé pateó cuando toqué el papel. Mi pulso se aceleró, un vendaval de vida recorrió todo mi cuerpo y un codo me golpeó las costillas. Me impresionó mucho que mi bebé se moviera al tomar la carta del primer niño al que quise tanto.

Me sentí muy triste. Levanté el sobre y estudié los dibujos. Los examiné como si fueran una guía para entender a Yuri. La felicidad y el entusiasmo emanaban del papel.

No recordaba que se me había pasado decirle que no sellara la carta. En ese momento no tuve corazón para pedirle que reemplazara por otro el sobre que había llenado con tantos dibujos y decidí guardar su carta con las de su generación. Pero, ahora que la tenía en la mano, no sabía qué hacer.

No podía abrirla y destruir esos dibujos, esas imágenes que eran uno de los pocos recuerdos permanentes de algo que Yuri había hecho con sus propias manos. Por otra parte, ¿realmente me pertenecía la carta? ¿Debía leerla? Solo podía pensar en Sasha y Katya. El sobre, y lo que fuera que contuviera, era algo que había hecho su amado hijo. ¿Acaso no merecían tenerlo?

Y, aun así, me paralizaba la idea de enviárselo.

No había hablado con ellos desde aquella terrible tarde, cuando, años atrás, las palabras en ruso de Katya, enfadadas y condenatorias, me lanzaron por los aires. En otra vida habría sido capaz de llamar a Katya por teléfono y decirle que me encontraba en posesión de algo muy valioso que ella debía tener. Pero todas las llamadas que les hice después de la muerte de Yuri quedaron sin respuesta. ¿Cómo podía mandarles una carta así por correo sin hacerles saber que la esperaran? El golpe al recibirla sería inimaginable.

Me puse de pie, embarazada y acalorada. Cuando subí del sótano, Daniel estaba en la cocina cambiando un foco fundido. Me miró y supo que algo me ocurría.

—¿Qué pasa, amor?

Levanté el sobre y se lo mostré sin dejar que lo tocara.

—Es una carta de Yuri a su futuro yo.

—«Una carta del pasado con un mensaje para el futuro» —leyó en voz alta—. Oh, Dios.

—Es la única que está sellada —le expliqué.

—Si quieres leerla, podemos abrirla con vapor, Maggie —sugirió dulcemente, luego de observar el sobre—. Dejaríamos los dibujos intactos.

—Pero ¿soy yo quien debe leerla? —Comencé a temblar. Sentí a mi bebé patear de nueva cuenta; quizá las emociones estaban haciendo que se moviera más.

—No lo sé —dijo con suavidad—. ¿Por qué no nos sentamos e intentamos resolverlo?

Asentí. Nos sentamos en el sillón de la sala. Daniel se acomodó a mi lado y con su enorme mano tomó las mías, que todavía sujetaban la carta.

—¿Olvidaste que la tenías? Nunca la mencionaste.

Me quedé callada. La verdad era que las cartas de la generación de Yuri eran una cápsula del tiempo. Siempre pensé que todavía faltaban muchos años para mandarlas. Y, de pronto, ese año los chicos se graduaban.

—No tengo idea de qué es lo correcto, Daniel —le confesé, con voz temblorosa—. Quizá si ya fuera madre, tendría más confianza.

—Puedes llamar a tu mamá, Maggie. Pregúntale qué debes hacer. —Sujetó mis manos con fuerza y sentí otra patada en mi interior.

—El bebé cree que es buena idea —le informé, mientras me paraba del sillón. Subí a llamar a mamá.

70

—Creo que debes decirle a Katya que tienes la carta, cariño —me aconsejó mi madre—. Pero también creo que no es algo que debas hacer esta noche o, incluso, esta semana. En mi opinión, lo mejor es que esperes. Ella ya debe estar sufriendo bastante con todos los amigos de su hijo que se graduarán esta semana. En el periódico mencionaron las universidades a las que irán algunos de ellos.

Sabía que mi madre tenía razón. En *Newsday* había visto una semblanza de Finn en la que decían que lo habían aceptado en Columbia con beca, y tomé nota de que debía escribirle para felicitarlo.

—¿Por qué no esperas una semana o dos antes de escribirle? Puedes dejarle un mensaje y decirle que tienes algo que hizo Yuri y que quizás ella querría tenerlo.

—Pero no sé lo que dice la carta, mamá. ¿Qué pasa si dice algo que la molesta?

Mi madre se quedó callada por unos momentos.

—Pienso, mi amor, que no hay nada en el mundo que haya escrito alguno de mis hijos que yo no querría tener. Y, si los hubiera perdido —añadió con voz entrecortada—, lo querría aún más.

Mi plan siempre fue llevar las cartas a la escuela el último día de clases, para que los otros profesores pudieran verlas primero y recordáramos a los niños juntos.

Mantuve en secreto que tenía la carta de Yuri; solo le mostré el sobre a Suzie porque sabía que se conmovería al ver sus dibujos.

En el salón de maestros, Florence se maravilló con las grullas de papel de Lisa Yamamoto y Suzie recordó la vez que Óscar tiró pegamento en el piso y dejó adherido uno de los tenis de Jackie en el suelo. Todos se acordaron con mucho cariño de Finn, y Ángela comentó lo maravilloso que era que fuera a Columbia en otoño.

Después de que leímos las cartas, sellé los sobres y los regresé al salón para ponerlos en el correo por la tarde.

Mi salón se veía dolorosamente vacío. Ya había quitado todas las decoraciones, entregado todos los trabajos finales a los estudiantes, y los cuadernos de escritura quizá los tenían en sus mochilas. Muchos de ellos seguramente los tirarían a la basura al llegar a casa, felices de dejar atrás un año de trabajo y ansiosos por empezar las vacaciones de verano.

No podía creer que el próximo año ya no estaría en Franklin. Había decidido quedarme en casa para el primer año de vida del bebé. Afortunadamente, el director Nelson ya había

contratado a mi sustituta, Katherine, una maestra de veinticuatro años recién graduada que había estado siguiéndome la mayor parte de la semana anterior y no podía contener su entusiasmo ahora que tenía un empleo de tiempo completo para el siguiente ciclo escolar. Al ver las cajas que había a mi alrededor, me di cuenta de que Katherine se había puesto a trabajar mientras yo estaba en la sala de profesores leyendo las cartas.

Empezaba a lanzar algunas plumas y notas adhesivas a una de las cajas, cuando escuché la voz de Suzie.

—¿Quieres ir a McCanns por un té helado? —Miró su reloj. Los niños habían salido temprano y era la una y media.

—¿Por qué no? —Eché un vistazo al salón. Gracias a Katherine, estaba bastante ordenado, las paredes limpias. Incluso había empacado cuidadosamente la enorme mariposa que había detrás de mi escritorio. Después de hacerme amiga de Florence, me propuse pegar la mariposa cada año para recordarme lo importante que es este trabajo para mí.

—¡Esa es mi amiga! Es un día demasiado lindo para pasarlo encerradas y te ves encantadora con ese vestido azul —dijo Suzie, elogiándome. Le sonreí. Hacía años me encantaba el ánimo alegre que sus atuendos me transmitían. Si mi vestido era del color del cielo, su blusa sandía y sus pantalones capri verdes sin duda eran la evidencia del verano que estaba por llegar—. Vamos, no hay nada aquí que no pueda esperar a que regreses.

71

El té helado grande con azúcar extra me dio el empuje que necesitaba para llevar los últimos artículos de mi salón al coche. Suzie y yo caminamos sonrientes de vuelta a la escuela.

—Tienen que ir a visitarnos a mí y a Joe a Montauk después de que nazca el bebé —insistió. Suzie llevaba tres años saliendo con Joe y esperaba que pronto se comprometieran para casarse—. No puedo creer que ese hijo tuyo estará aquí a mediados de julio.

—Podría adelantarse. —Di una palmada en mi vientre enorme. Dentro, sentí que el bebé se movió. Su gimnasia interna era constante para ese momento. Algunas veces me parecía que, literalmente, iba a salir pateando de mi panza.

—Me gustaría que llegara antes. Siento que he estado embarazada junto contigo desde el momento en que tomaste ese curso.

Su deseo se hizo realidad. Ella fue la tercera persona a la que llamé, después de Daniel y mis papás. Ella había sido mi animadora más entusiasta desde el principio.

Nos separamos a mitad del pasillo.

—Pasaré a tu salón antes de irme —me prometió.

Sonreí y me despedí con la mano antes de entrar en mi aula.

Caminé a mi escritorio y de inmediato sentí que había algo distinto, algo faltaba. El bote de las plumas que había vaciado una hora antes seguía ahí. Pero no estaban las cartas de los estudiantes, incluida la de Yuri.

Me invadió el pánico. Abrí cada cajón del escritorio y revisé todo el salón. Busqué una segunda vez, repitiendo en mi mente todos los movimientos que había hecho desde que salí de la sala de profesores. Busqué en los marcos de las ventanas donde a veces dejaba papeles, junto a los escritorios y debajo de ellos.

Pero las cartas no estaban en ningún lado.

Sentía que iba a enloquecer. Toqué el espacio en el escritorio donde las había dejado. Rebusqué en todas las cajas, pensando que quizá, con mi cerebro de embarazada, las había guardado en alguna por equivocación. Pero no las hallé. Las cartas habían desaparecido sin dejar rastro.

De pronto, cuando estaba hincada en el piso, con la barbilla cerca de mi vientre, intentando buscar debajo del escritorio una vez más, escuché una voz:

—Maggie, solo quería decirte… —Era Katherine, la joven maestra sustituta. Estaba parada en el marco de la puerta; se veía bella y esbelta con su vestido de verano color

mandarina y su largo y brillante cabello avellana—. Como tenía que ir al correo, llevé las cartas que dejaste en tu escritorio, las sellé y las envié.

Estaba a punto de desmayarme.

—¿Qué?

—Pues quise ahorrarte un viaje. —Señaló mi vientre—. Quería que tuvieras una cosa menos que hacer… Sé cuántos pendientes tienes en la cabeza ahora.

—Pero… —tartamudeé, intentando procesar lo que acababa de decirme—. ¿Las pusiste en el correo, Katherine? ¿Todas?

—Sí. —Me miró, confiada y radiante. Estaba convencida de que había hecho una buena acción.

—¡¿Todas?! —volví a preguntar. Casi no podía hablar. Me sentí morir—. ¿Incluso la que estaba separada de las demás?

—Ah, ¿te refieres a la de los dibujos de beisbolistas? Sí, esa también.

De inmediato sentí que palidecí y que las rodillas se me doblaron. Solo pensaba en que había enviado la carta de Yuri sin que yo pudiera advertirle a Katya.

—Así no tenía que pasar. —Se me quebró la voz. Tomé mi bolsa y salí corriendo a buscar a Suzie.

72

—Tenemos que recuperar la carta de Yuri —le insistí a Suzie. Me imaginaba a Katya al abrir su buzón y descubrir el sobre con la letra y los dibujos de su hijo—. Katherine pensó que me estaba haciendo un favor y envió todas las cartas, entre ellas la de Yuri. —Estaba hiperventilando—. Por Dios… Suzie, ¿qué voy a hacer?

—Primero que nada, calmarte. —Suzie me tomó por los hombros y me miró directamente a los ojos. Sacó un pañuelo y me secó las lágrimas—. Ahora tienes que respirar. No queremos que le suceda nada a ese bebé.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Solo ayúdame a corregirlo, Suzie. No puedo causar más dolor a esa familia… No puedo…

—Primero que nada, Maggie, fue un accidente; deja de culparte. —Respiró profundo—. Ahora podría matar a esa mosca muerta cuerpo de palillo, Katherine… Esos malditos maestros novatos siempre quieren hacernos quedar mal a los veteranos. —Mi amiga estaba haciendo su mejor esfuerzo por hacerme reír.

—Tú y yo sabemos que estaba tratando de ayudarme.

—Y mira lo bien que funcionó… Pero, en serio, tengo un amigo, Jack, que trabaja en la oficina de correos. Hay que llamarlo ahora mismo y ver si puede hacer algo por nosotras.

Intenté normalizar mi respiración. No quería que el bebé tuviera un estrés innecesario, pero sentía que el pánico recorría todo mi cuerpo. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Katya y Sasha.

Suzie tomó su celular y le marcó a su amigo.

—La carta es asunto del gobierno desde que entró en ese buzón —le explicó Jack—. Ya no puedes recuperarla. Lamento darles la mala noticia.

—¿No puedes pedirle a nadie que te ayude? —le rogó—. Por favor.

—No solo me echarían del trabajo —respondió—. Quizá todos terminaríamos en la cárcel.

Después de que Suzie colgó, tomó uno de sus bancos altos y se sentó junto a mí.

—Me dijiste que ibas a buscar a Katya y a contarle sobre la carta.

—Iba… —Me sequé los ojos con el pañuelo—. Pero pensaba esperar hasta después de la graduación… Sé que es un momento difícil para ella.

—Quizás así tenía que ser, Maggie —dijo, forzándose por buscarle un sentido a las

cosas—. La carta estaba destinada a enviarse y este accidente hizo que el destino se cumpliera.

—No tolero la idea de que Katya la vea sin previo aviso. Imagínate cómo será para ella. Que llegue ese sobre con la letra de su hijo de doce años, con sus dibujos de jugadores y diamantes de beisbol. Y lo más perturbador es que Yuri se dirige a su yo futuro… Pero él nunca tuvo futuro, Suzie. El futuro se lo robaron.

Suzie se quedó en silencio por unos instantes. Sus manos buscaron las mías y, cuando me tocó, el bebé volvió a moverse.

—¿Quieres que yo los llame?

La quería tanto en ese momento. Lo habría hecho en un segundo, lo sabía. Pero no era ella quien debía llamar. Por difícil que fuera, debía hacerlo yo.

73

La primera vez que quise llamar a los Krasny, colgué antes de marcar su número completo; hice otro intento antes de poder pulsar todos los dígitos. Cuando la comunicación por fin se estableció, sentí que se me revolvía el estómago y estuve a punto de arrojar el teléfono.

Katya contestó y el sonido de su voz me hizo viajar al pasado.

—¿Hola?

Las palabras se me atoraron en la garganta un momento, pero por fin pude sacarlas.

—Señora Krasny, soy yo, Maggie Topper.

—¿Maggie? —La sorpresa en su voz era evidente.

—Lamento molestarla —comencé.

—No me molesta, Maggie —respondió con voz suave.

—Es terrible que haya pasado tanto tiempo sin comunicarme. —Mi voz comenzó a quebrarse. Empecé a disculparme por la última vez que los visité, pues sentía que me había entrometido en su proceso de duelo. Le aseguré que no dejaba de pensar en Yuri, en ella y en Sasha. Solo después de haberle dicho todo eso, le hablé de la carta que estaba en el correo.

Se quedó en silencio lo que se sintió como varios minutos.

—Maggie, me gustaría verla. Quiero leer sus palabras.

Comencé a llorar y me pidió que me detuviera.

—Por favor —dijo con tono serio—. No más lágrimas. Si comienza usted, yo no podré parar.

Un silencio doloroso y cortante se abrió paso entre las dos. Me esforcé por hallar las palabras adecuadas para llenarlo.

Katya, sin embargo, las halló primero.

—¿Por qué no viene a tomar el té la próxima semana? Ha pasado demasiado tiempo y para entonces ya habré recibido la carta.

Sus palabras fueron un gran alivio para mí. Sabía que la carta llegaría a su buzón en uno o dos días, así que quedamos en vernos el martes siguiente.

Unos días después, mientras manejaba a casa de los Krasny por caminos que alguna vez habían sido muy familiares para mí, me inundaron los recuerdos del año que pasé con Yuri. Vi su rostro. Sus ojos azul brillante. Esa sonrisa contagiosa. Me costó trabajo recordar el sonido de su voz, pero podía evocar fácilmente su risa, la manera en la que me

levantaba el ánimo de inmediato.

Al llegar a mi destino, vi a tres niños mayores jugando hockey sobre ruedas. Cuando me acerqué a la banqueta, una niña pequeña, vestida con un tutú, daba vueltas en el pasto con los brazos arriba de su cabeza.

Katya estaba sentada en los escalones afuera de la casa, contemplando a la niña, que parecía tener unos tres años. Me impresionó de inmediato su mirada. No era triste ni feliz, sino extrañamente tranquila. Como si este fuera simplemente otro momento del que disfrutaba —como de los rayos de sol— para cuando llegaran los días nublados.

74

Cuando entré, la casa parecía distinta. En el rincón donde solía estar el sillón de Yuri, había varios ponis de plástico apilados y una caja de juguetes color rosa y blanco. Katya ya tenía lista una jarra de té y un plato de galletas en la pequeña mesita junto al sofá, como solía hacerlo cuando yo iba de visita años atrás.

La pequeña niña se acercó y se sentó entre las dos.

—Ella es Violeta —dijo Katya, abrazándola y hundiendo la nariz entre sus cabellos rubios.

—Qué nombre tan bello —comenté, algo sorprendida.

Katya sonrió.

—Sí. Las violetas florecen incluso en la nieve.

Y entonces comprendí. El nombre lo explicaba todo.

—Qué gusto conocerte, Violeta. —Le extendí la mano.

La niña tomó mi mano y le dio un apretón. Cuando me miraba, era como si sus grandes ojos azules penetraran mi corazón. Eran iguales a los de Yuri.

Katya sonrió.

—Y veo que usted también está esperando a un pequeñito. Felicidades.

—Sí. —Miré mi enorme panza—. Nace el 17 de julio.

Asintió y me acercó el plato de galletas para suavizar un poco el silencio incómodo que se instaló entre nosotros. Tomé una y la puse en mi plato.

Katya le dio una galleta a Violeta; luego le plantó una nalgadita y le dijo que fuera a su cuarto a buscar una de sus muñecas.

—Nos tomó tiempo reunir el valor para buscar tener otro bebé. Los exámenes genéticos y el ultrasonido temprano me ayudaron a sentirme más confiada. Pero no hay un día que no piense en él…

Miré hacia afuera. Los pájaros cantaban. Ahora había tres comederos en la terraza, y mi corazón de pronto se sintió extrañamente lleno.

—Lamento mucho que le hayan mandado la carta por accidente —le dije con cautela—. No sabía qué hacer cuando la encontré. Estaba planeando hablarle durante el verano para avisarle que la tenía y preguntarle si quería que se la diera, pero, por error, la pusieron en el correo.

—Por favor —me interrumpió. Su voz sonaba entrecortada; intentaba contener las lágrimas—. Quiero creer… que esta carta no fue enviada por accidente, sino porque de

alguna manera él quería comunicarse con nosotros nuevamente. Sus palabras me reconfortaron tanto, no tiene idea.

Sus ojos se dirigieron al rincón donde antes estaba el enorme sillón amarillo. El antiguo trofeo de Finn seguía encima de la chimenea y en las repisas había varias fotografías de Yuri enmarcadas. Y en la mesa contigua al sofá se veía una foto especialmente bella de Sasha y Yuri con sus gorras de los Yankees, sonriendo, radiantes.

Podía notar que Katya seguía sintiendo la presencia de Yuri a su alrededor, y, en cierto sentido extraño, también yo. Era como si su espíritu estuviera en el cuarto, con nosotras.

—Me alivia tanto, Katya. No tenía ni idea de lo que decía la carta y no quería causarles más dolor a usted y a Sasha.

La luz en su rostro cambió.

—Usted hizo todo lo contrario, Maggie. —Me tomó las manos—. No puede imaginarse lo felices que nos hizo esa carta.

Una oleada de emociones me sobrecogió.

—Me preocupaba que me culpara…

Su rostro se suavizó y me apretó más los dedos.

—Estaba tan perdida en mi pena cuando vino la última vez. Estaba ahogándome. —Suspiró—. Usted no hizo nada. La pérdida fue tan…, tan grande. —Se llevó un puño al pecho—. Quiero que lea la carta, Maggie. Verá cuánta paz nos trajo a mí y a Sasha. —Me soltó las manos—. Está llena de todo lo que hacía especial a Yuri. —Salió del cuarto y regresó con el sobre.

»Por favor… —dijo, y me la entregó—. Cuando la lea, verá a Yuri de nuevo. Su necesidad de que todos estuviéramos bien. Ni una sola vez pensó en sí mismo.

Tomé el sobre y admiré los dibujos una vez más. Y luego saqué la carta:

Querido Yuri:

Felicidades por cumplir dieciocho y por graduarte de prepa. Espero que ahora midas 1.80. Espero que los Yankees sigan siendo campeones, que el doctor Rosenblum haya encontrado una cura para el defecto de tu corazón y que puedas jugar beisbol en la universidad.

Espero que mi papá haya ganado muchos premios de ciencia por su trabajo en el laboratorio. Y espero que mi mamá se haya puesto otra vez las zapatillas de ballet que tiene escondidas en el cajón, y que esté bailando de nueva cuenta. Pero, sobre todo, espero que en el futuro todos estemos juntos como familia. Hoy, cuando la señorita Topper nos pidió que le escribiéramos a nuestro yo de dieciocho años, miré al cielo por la ventana y pensé: «Espero que cada familia tenga una nube en el cielo. Qué bonito sería que, sin importar lo que pase aquí en la tierra, esa nube esté reservada para la familia de uno. Que cuando muramos, no vayamos ahí y aguardemos a que las personas que amamos se reúnan con nosotros».

Eso pienso.

Sinceramente,

Yuri, 11 ¼ años
Octubre de 1999

Dejé la carta. Podía escuchar la voz de Yuri salir de la página. Seis años después de su muerte, regresaba tan clara como una campana que resonara en mis oídos. Había cierta premonición en las palabras de Yuri. Como si necesitara saber que había un plan alternativo si algo le pasaba. Pensé en el realismo mágico de *Shoeless Joe*. Yuri y yo habíamos hablado largamente de cómo Kinsella soñó con la posibilidad de construir una cancha de beisbol en medio de un campo de maíz en el Medio Oeste, en la cual habría un equipo de jugadores fantasmas de primera línea. «Todo es posible si lo imaginas», le dije aquella vez. Y ahora, cuando leí su carta, descubrí que él soñaba con la posibilidad de que existiera esa nube familiar. Necesitaba creer que un día vería en el cielo a todas las personas que amaba.

Guardé la carta en su sobre.

Katya estiró su mano y apretó la mía.

—Pensar que quizás hay una nube familiar en la que él nos está esperando… es… —su voz se quebró—, es algo tan bello.

Minutos después se levantó y fue a otra habitación. Cuando regresó, traía algo que reconocí de inmediato. Era el cuaderno de escritura de Yuri, con la portada repleta de recortes de revistas y dibujos trazados con plumones.

Las imágenes deterioradas por el tiempo me invadieron. Eran extrañamente familiares, y, sin embargo, pertenecían a otra época. Vi la fotografía amarillenta de la bailarina, la imagen del recipiente de laboratorio, el santo ortodoxo ruso, la estrella judía, el amuleto contra el mal de ojo, todas esas tarjetas de beisbolistas de los Yankees, con Derek Jeter ahora medio despegado. Mis ojos encontraron la pizza, el helado de chocolate, la evocadora estampa de un corazón roto y la esperanza infantil de las nubes algodonadas… Todo ello tan conocido para mí.

Pero había algo que yo no había visto. En algún momento, Yuri añadió la foto donde aparecían él y Finn el día de la graduación de Franklin, abrazados y sonrientes.

Katya regresó al sofá y se sentó.

—Por años, este fue uno de los recuerdos más preciados que tenía de Yuri. Ver sus palabras en esas páginas, sus pensamientos e ideas preservados ahí. Tener esta parte tangible de él era un verdadero regalo. Pero ahora tengo esta bella carta también.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas. No podía expresar lo que pensaba porque las palabras estaban atoradas en mi garganta. Quería decirle a Katya que todo lo que tenía que ver con Yuri era bello: su risa, sus ojos, sus palabras, su alma.

Katya tomó la carta de Yuri y la guardó en el cuaderno.

—Siempre tendré sus palabras. —Su voz sonaba entrecortada una vez más. Dio unas palmadas a la portada—. Me mantienen cerca de él. —Luego, con su mano cubrió la mía —. Le agradezco eso a usted, Maggie, porque, gracias a sus enseñanzas, ahora tengo dos cosas que vienen de Yuri y que siempre podré conservar y atesorar. Puedo leerlas cuando

sea para sentirme más cerca de él. Usted ayudó a plasmar lo que había en su corazón.

Epílogo

Los días pasan de forma muy distinta ahora que nació Georgie. Algunas tardes, las horas transcurren muy lentamente, en una rutina que consiste en amamantar, cambiar pañales y mantener horarios para un bebé que depende de mí casi por completo para estar limpio, seguro y alimentado. Cuando mi padre viene de visita, trae un violín que él mismo fabricó y lo pone en el piso para que Georgie pueda tocar su superficie barnizada y recorrer las cuerdas con los dedos. Veo que la edad transforma a mis padres en un sentido que contrasta fuertemente con el desarrollo de mi hijo, quien siempre está cambiando. Con cada mes que pasa, Georgie se hace más fuerte y alcanza más metas; los gorjeos de la infancia ahora son reemplazados por unas cuantas palabras monosílabas. En cambio, mi madre ya no ha podido trabajar en el jardín debido a los dolores de espalda y mi padre, que sigue batallando con su artritis, parece caminar más despacio y con más cuidado, como si tuviera miedo de tropezarse. Le digo a Daniel que siento que la vida va en dos direcciones: por un lado, mis padres que envejecen y, por el otro, el milagro de nuestro hijo, en pleno crecimiento. Ambos son igualmente frágiles y ambos hacen sonar las cuerdas de mi corazón. Quiero formar una copa con mis manos y sostener a todos y mantenerlos sanos y salvos, aunque sé que hay muchas cosas que no puedo controlar.

Hay otros días en los que, con Georgie en mis brazos, me pregunto cómo le explicaré el origen de su nombre, que en ruso se dice «Yuri». Quiero contarle acerca de un niño que amaba el beisbol y que tenía un corazón muy grande y una sonrisa enorme. Pienso decirle, cuando sea más grande, que a diario somos bendecidos al poder pasar tiempo con las personas que amamos. Pero también me gustaría confesarle, por si algún día nos separamos, que creo en las palabras de un niño de doce años que una vez se escribió una carta a sí mismo en la que decía que en el cielo, arriba de nosotros, cada familia tiene su propia nube especial.

Extraordinaria lasaña familiar

DE LA COCINA DE JOSEPHINE MACRI

SALSA DE TOMATE:

- ½ cebolla
- Aceite de oliva
- Perejil y albahaca picados
- 4 dientes de ajo finamente picados
- Paquete de carne molida de res, cerdo y ternera combinados de 450 g a 900 g
- 450 g de salchicha italiana (picante o dulce)
- Sal y pimienta
- 1 lata pequeña de pasta de tomate
- ½ copa de vino tinto
- 1 lata de tomates triturados (28 onzas) San Marzano

RELLENO DE RICOTA:

- 1 frasco (900 g) de ricota de leche entera
- 450 g de queso mozarela de leche entera rallado
- ½ taza de perejil fresco picado
- ¼ taza de albahaca picada
- Sal y pimienta
- Queso pecorino romano rallado
- Aceite de oliva
- 1 huevo grande

370 **BECHAMEL:**

- 5 cucharadas de mantequilla
- 4 a 5 cucharadas de harina
- 4 tazas de leche entera tibia
- ¼ taza de queso rallado
- Nuez moscada
- Sal y pimienta
- 1 paquete de pasta seca para lasaña (compre dos por si necesita más)

SALSA DE TOMATE:

Sofría la cebolla con dos cucharadas de aceite de oliva hasta que dore. Agregue la albahaca y el perejil picados. Añada el ajo finamente picado. Agregue la carne combinada, la carne de la salchicha, sal y pimienta. Cocine y mezcle la carne hasta que se cueza. Agregue la pasta de tomate y cocine unos minutos más. Añada el vino tinto. Deje que el alcohol se evapore, agregue los tomates triturados y tome la lata como medida para agregar la misma cantidad de agua. Hierva a fuego lento de 45 minutos a 1 hora.

RELLENO DE RICOTA:

Ponga el ricota en un tazón. Agregue aproximadamente un tercio del queso mozarela rallado, ¼ de taza del queso pecorino romano, perejil, albahaca, sal y pimienta. Agregue unas gotas de aceite de oliva, el huevo y mezcle hasta obtener una masa homogénea.

BECHAMEL:

Derrita la mantequilla en una sartén. Agregue la harina y mezcle hasta que tenga la consistencia de arena húmeda. Vierta lentamente la leche tibia. Mezcle hasta que la salsa sea lo suficientemente espesa como para cubrir la parte posterior de la cuchara. Añada el queso y espolvoree un poco de nuez moscada, sal y pimienta al gusto.

MEZCLA:

Cubra ligeramente el fondo del recipiente para hornear con salsa de tomate. Coloque la pasta seca sobre la salsa de manera uniforme, quiébrela si es necesario que se ajuste al recipiente.

Cubra la pasta con el relleno de ricota; presione uniformemente sobre la pasta. Espolvoree el mozarela rallado sobre el relleno. Agregue otra capa de salsa de tomate y espolvoree por encima el queso pecorino romano rallado. Repita y termine con una capa de pasta y salsa. Vierta la bechamel sobre la lasaña, cubra el plato con papel aluminio y hornee a 350 grados, hasta que suelte burbujas en las esquinas. Quite el papel aluminio y vuelva a meter al horno hasta que la parte superior quede ligeramente dorada. Deje reposar la lasaña antes de cortarla. Disfrútela.

Agradecimientos

E*l secreto de las nubes* es, primero que nada, una carta de amor a todos los maestros que tuve en mi vida y que contribuyeron a hacer de mí la escritora que soy ahora. Desde mi maestra de primer grado, la señora Goldberg, que un día puso una mancha de pintura en un papel y me dijo que escribiera una historia sobre lo que veía, hasta Laura Levine, mi profesora de escritura creativa en Wellesley College; todos ellos han sido guías maravillosos que ayudaron a moldear mi pensamiento y me abrieron los ojos al mundo.

El fallecido James Swink, mi profesor de Literatura durante tres años en la Harbor Country Day School, fue el primero que me animó a escribir un diario. Siempre me decía: «Alyson, cuando seas escritora…», en vez de «si algún día llegas a ser escritora…». Este año, cuando a mi hijo le dejaron leer *Matar a un ruiseñor* durante el verano en su clase de tercero de secundaria, releí la novela y recordé la voz del señor Swink: su bello acento sureño leyendo en voz alta los fragmentos que tanto le gustaban. Eso hace un buen profesor; su voz y su sabiduría se quedan para siempre con nosotros.

Mi admiración creció y tengo mucho más respeto por los maestros desde que mis dos hijos, Zachary y Charlotte, empezaron a ir a la escuela. A diario veo su generosidad y su entusiasmo por inculcar en las mentes jóvenes el amor por aprender. Susie Meisler, Judy Biener, Ilene Brown, Erika Brignoti, Michelle Melara, Camille Tedeschi y Kelly Krysinkski son algunas de las maestras que han tenido mis hijos a lo largo de los años y que me han dejado sorprendida por su dedicación a la profesión.

La inspiración original para *El secreto de las nubes* vino de una querida amiga y maestra, Christina Tudisco, quien me contó que cada año pide a sus estudiantes que le escriban una carta a su yo de dieciocho años y luego conserva las cartas hasta el día que los chicos se gradúan de preparatoria. Aunque el personaje de Yuri es totalmente producto de mi imaginación, sé que, tristemente, no todos los estudiantes de Christina han llegado a graduarse. Saber que esas cartas sirven como una cápsula del tiempo para preservar las esperanzas y los sueños de esos niños para un futuro que tal vez nunca llegue, me conmovió profundamente.

Agradezco a muchas otras maestras dedicadas que compartieron sus experiencias conmigo y fueron muy amables al leer y comentar los borradores de este libro: Patricia Nowak y Angela Bruner me describieron sus experiencias como docentes en 1999 y también me acercaron a la obra de la educadora Lucy Calkins y al Teachers College Reading and Writing Project; en especial agradezco a Allison Von Vange y a Michel Webb, quienes leyeron varias versiones de la novela y aseguraron su veracidad. Tuve otros

lectores, entre ellos MJ Rose, Suzanne Sheran, Andrea Peskin Katz, Robbin Klein, Jardine Libaire, Victoria Leventhal, Nikki Koklanaris, Michelle Chydzik-Sowa, y mi padre, Paul Richman. Un agradecimiento enorme a mi extraordinaria agente, Sally Wofford-Girand, que desde hace veinte años me ha animado para que escriba y a todos en el equipo de Berkley, en especial a mi editora Kate Seaver, que me impulsó mucho más con este libro que con ningún otro. También, como ha pasado con todas mis novelas, mi esposo Steven es el primer par de ojos que lee todos los capítulos y funge como mi caja de resonancia. Sin su amor y apoyo, nada de esto sería posible. Siempre serás el chico de pelo oscuro y ojos claros de todas mis novelas.

También estoy en deuda con la bailarina Nicoleta Moldavan por compartir conmigo las historias de su infancia cuando estudiaba ballet en Rumania, país que en ese tiempo era parte del bloque comunista de la Unión Soviética. A Guy Fletcher y Philip Mollenkott les agradezco su asistencia para crear una lesión de baile más creíble para mi personaje, Katya.

Por ayudarme con mi investigación y entendimiento de la anomalía de Ebstein, quiero agradecer a los doctores David D'Agata, Sean Levchuck y Doug Luxenberg. Al compartir conmigo su conocimiento sobre padecimientos cardiacos pediátricos, los cuales me ayudaron a asegurarme de que mis descripciones de las experiencias de Yuri fueran lo más médicamente precisas posible. Y por contarme sobre sus vidas en la Ucrania post-Chernóbil, agradezco a Lana Dovna y a Vadim Strohm.

Por último, hay mucho de mi hijo en este libro. Sin él no habría sido capaz de entrar al mundo del beisbol, deporte que él tanto ama. Estoy en deuda con Rob Steinert, que le enseñó a pichar a mi hijo durante tantos años en los que además le dio muchas otras lecciones valiosas acerca de la vida y los deportes. Quiero agradecer también a Sam Menzin, que me contó en detalle su pasión infantil por el beisbol, la cual comenzó cuando tenía la misma edad que mi personaje Yuri. Su conocimiento y entusiasmo fueron contagiosos, y siempre recordaré con mucho cariño nuestras búsquedas locas por confirmar algunas referencias a Andy Pettitte en la historia.

Pero fue mi querido, querido Zachary quien, después de que murió su abuela, me susurró entre lágrimas que esperaba que cada familia tuviera una nube en la que todos termináramos un día, y eso fue lo que infundió corazón y alma a este libro. Te amo.

Acerca del autor

ALYSON RICHMAN. Es una reconocida autora de *bestsellers*, entre los que destacan *The Last Van Gogh* y *The Garden of Letters;* además de ser una talentosa pintora. Se graduó de Wellesley College en Historia del Arte y Cultura Japonesa.

Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *The Secret of Clouds*

© 2019, Alyson Richman Gordon

Traducción: Pablo Duarte Sánchez

Diseño de portada: Eduardo Ramón Trejo

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: febrero de 2021
ISBN: 978-607-07-7447-8

Primera edición en formato epub: febrero de 2021
ISBN: 978-607-07-7439-3

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE